



MENTIRAS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

silenciosas

NEVA ALTAJ

MENTIRAS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

silenciosas

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2024 Neva Altaj

www.neva-altaj.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Editado por Susan Stradiotto y Andie de Beyond The Proof

(www.susanstradiotto.com & www.beyondtheproof.ca)

Revisión por Yvette Rebello (<https://yreditor.com/>)

Crítica del manuscrito por Anka Lesko (www.amlediting.com)

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks
Productions LLC www.sirenaaudiobooks.com

Diseño de Portada: Deranged Doctor (www.derangeddoctordesign.com/)

Orden de lectura y *tropes*

Serie Perfecta Imperfección

1. Cicatrices Marcadas (Nina & Roman)

Tropes: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, polos opuestos se atraen, héroe posesivo y celoso.

2. Susurros Rotos (Bianca & Mikhail)

Tropes: héroe con cicatrices y discapacidad, heroína muda, matrimonio arreglado, diferencia de edad, vibras de la bella y la bestia, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT)

3. Verdades Ocultas (Angelina & Sergei)

Tropes: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, vibras de: ¿quién te hizo esto?

4. Secretos Destruídos (Isabella & Luca)

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, héroe posesivo y celoso, amnesia.

5. Caricias Robadas (Milene & Salvatore)

Tropes: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

6. Almas Destrozadas (Asya & Pavel)

Tropes: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso, él cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

7. Sueños Quemados (Ravenna & Alessandro)

Tropes: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos a amantes, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe

posesivo y celoso.

8. Mentiras Silenciosas (Sienna & Drago)

Tropes: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

9. Pecados Oscuros (Nera & Kai)

Tropes: *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, solo ella puede calmarlo.

Índice

[Notas de licencia](#)

[Orden de lectura y *tropes*](#)

[Índice](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Querido lector,](#)

[Siguiente en la serie:](#)

[Sobre la Autora](#)

Nota de la autora

Uno de los personajes principales de esta novela padece una pérdida de audición de alta frecuencia. Al escuchar hablar a la gente, una persona con esta condición puede tener dificultades para escuchar ciertas consonantes como la S, la H o la F, que se pronuncian en un tono más alto. Como consecuencia, es posible que el habla suene apagada, sobre todo cuando se utiliza el teléfono, se ve la televisión o se está en ambientes ruidosos. Las personas con este tipo de pérdida auditiva suelen decir que sienten que pueden *escuchar* el sonido del habla, pero que no *entienden* las palabras reales que se pronuncian. También les puede resultar más difícil escuchar las voces de mujeres y niños, así como otros sonidos agudos (por ejemplo, el canto de los pájaros o el pitido de los aparatos electrónicos). Además, las personas con pérdida auditiva de altas frecuencias suelen ser más sensibles a los ruidos fuertes que las personas que no padecen esta condición. La exposición a sonidos fuertes puede causar con frecuencia molestias o dolor.

Advertencia

Por favor, tenga en cuenta que este libro contiene escenas que algunos lectores pueden encontrar perturbadoras, como la mención de la muerte de un pariente cercano, así como escenas sangrientas y descripciones gráficas de violencia y tortura.

Prólogo

Veinte años atrás, Serbia

(Drago, 17 años)

Drago

—Es la rubia, idiota —murmuro y agarro la botella de cerveza que hay sobre la mesita de centro.

No sé por qué sigo viendo estos *thrillers* tan predecibles. Quizá porque me distraen de la mierda en la que no quiero pensar. Como en que tengo que decirle a mi viejo que reprobé el tercer grado de la escuela secundaria. Otra vez. O cómo mi mamá enloquecerá por la mañana cuando se dé cuenta de que estrellé mi moto. No puedo ocultar el hecho de que tengo el brazo y la mejilla raspados. Hubiera sido genial que al menos las raspaduras del asfalto hubieran borrado el tatuaje que el maldito Adam arruinó de nuevo. Nunca debí dejarlo practicar conmigo. Tardará dos meses en sanar lo suficiente como para cubrir la mierda que me tatuó en el antebrazo. Y, con suerte, con algo que no parezca una porquería. Parece más un burro que *la parca* que le dije que me hiciera.

Dándole otro trago a la botella, miro el reloj que hay junto a la televisión. Las tres de la mañana. Debería subir a dormir. Les prometí a las niñas que mañana las llevaría al zoológico. Probablemente Dina se asustará y llorará cuando me vea la cara. Tara intentará hurgar la piel destrozada.

Apago la televisión y tiro el control remoto sobre la mesa. Estoy a medio camino de atravesar la habitación cuando un estallido ensordecedor me envuelve y me arroja de espaldas contra la pared del fondo. Un dolor intenso me atraviesa el costado derecho.

La oscuridad me envuelve.

* * *

Mis ojos se abren de golpe, pero al principio no distingo nada. Veo borroso. Siento un dolor agudo en la nuca y en un costado. Tardo un momento en darme cuenta de que estoy tirado en el suelo, mas cuando intento sentarme, otra aguda sensación de dolor me atraviesa el hombro derecho y me baja por el brazo. Aprieto los dientes y me apoyo contra la pared y con la mano izquierda consigo levantarme. Una oleada de vértigo me golpea y me detengo, intentando que la habitación deje de dar vueltas a mi alrededor. Mi visión se despeja un poco, aunque apenas consigo ver un carajo. El aire es turbio y la única fuente de luz se filtra detrás de mí. Algo húmedo resbala por un lado de mi cuello, justo debajo de mi oreja. Me lo limpio y veo sangre en mis dedos. ¿Qué demonios?

Sigo viendo hacia la pared, intentando recuperarme, cuando el olor a humo invade mi nariz. Me doy la vuelta lentamente e inmediatamente retrocedo un paso involuntariamente. En el lado opuesto de la casa, más allá de la sala y de las escaleras que llevan a las habitaciones de arriba, la puerta de la recámara de mis padres cuelga torcida de sus bisagras. Falta parte de la pared exterior, y el resplandor del alumbrado público ilumina los escombros amontonados sobre la cama y por todo el suelo. Hay polvo flotando en el aire.

—¡Mamá! ¡Papá! —Salto por encima de los muebles derribados, pero no escucho mi propia voz. No puedo oír nada.

Tengo los ojos clavados en la pared hecha añicos apilada sobre la cama donde dormían mis padres mientras intento apartar el sofá con el único brazo que me funciona. El otro está entumecido e inservible. Creo que me disloqué el hombro cuando la explosión me lanzó contra la pared.

El espacio se está llenando de humo y cada vez me cuesta más respirar, aunque no veo fuego por ninguna parte. Me doy la vuelta frenéticamente y veo un resplandor naranja más allá del umbral de la cocina. El miedo se apodera de mí mientras desvío mi mirada hacia el piso superior, a la puerta más cercana al rellano. La habitación de mis hermanas. Mis ojos se mueven entre la puerta de arriba y los restos de la habitación de mis padres, mientras mi corazón late como loco. «¿Debo ir a ayudar primero a mamá y papá?, ¿o a las niñas?». Un sabor ácido me llena la garganta al asimilar la magnitud de la destrucción en la planta baja. Es imposible que alguien haya

sobrevivido a eso. Echo un último vistazo al dormitorio de mis padres, reprimó la bilis, salto el sofá destrozado y corro hacia las escaleras.

Cuando llego al último escalón, me asalta un ataque de tos. Entierro mi nariz y boca en el pliegue de mi brazo, tratando de mantener el humo fuera de mi garganta y pulmones, y pateo la puerta para abrirla.

—¡Tara! —vocifero mientras me tambaleo y levanto de la cama a mi hermana que está llorando, a mi izquierda. La apoyo en mi cadera y me doy la vuelta para encontrar a Dina, la gemela de Tara, parada en una esquina de la habitación. Tiene los ojos muy abiertos y me mira con pánico. Intento agarrarla, pero no puedo mover el brazo derecho.

—Toma mi mano. ¡Tenemos que salir! —grito, aún incapaz de escuchar mis palabras.

Dina niega con la cabeza y pega la espalda contra la pared. Tara llora y se retuerce en mi agarre.

—¡Maldita sea, ahora, Dina! —rujo y me da otro ataque de tos—. ¡Maldición! —resoplo.

Intento mover de nuevo el brazo derecho sin conseguirlo. El humo es cada vez más denso. Tenemos que salir de aquí, sin embargo, no puedo cargar a mis dos hermanas con un solo brazo. El miedo y la impotencia me asfixian más que el propio humo. Tendré que sacarlas una a la vez. Tengo que elegir. ¿Cómo demonios puedo elegir a qué hermana salvar primero?

Tara está histérica y ya la tengo agarrada. Tendrá que ser la primera.

—¡Llevaré a Tara afuera y volveré enseguida! —exclamo, mirando la cara asustada de Dina. Parece mucho más joven que sus cuatro años cuando está asustada—. Solamente dos minutos, dulce Dina. No te muevas.

Le lanzo una mirada como suplicándole que me entienda, me doy la vuelta y salgo corriendo de la habitación.

No sé cómo consigo bajar las escaleras. El humo hace que me ardan los ojos, que me resulte casi insoportable ver por dónde voy, y tropiezo varias veces antes de llegar a la puerta principal.

Afuera, los vecinos se paran en nuestro camino de entrada, boquiabiertos ante la casa. Se ven luces rojas parpadeantes calle abajo, cada vez más cerca. Probablemente sean los bomberos o una ambulancia. Llegarán en cualquier momento, mas no puedo esperar. Arrojo a Tara llorando a los brazos del hombre más cercano y entro corriendo de nuevo a la casa en llamas.

El humo es tan denso que tengo que correr y arrastrarme por la sala. Me lagrimean los ojos y mis pulmones piden aire a gritos. Llego a la escalera justo cuando arde el borde de la alfombra más cercana a la cocina. Las llamas se propagan rápidamente y avanzan hacia la escalera.

Por fin subo a la habitación de las niñas y me esfuerzo por ver a mi hermana. No está donde la dejé, así que me lanzo hacia la cama. Dina está tapada y escondida bajo las sábanas.

—Aquí estoy, *Dulce*. —Tiro el edredón a un lado, agarro a Dina por la cintura y la subo a mi cadera.

Volver hacia la puerta principal está descartado. Hay demasiado humo. Podría intentar salir por la ventana, no está demasiado alto, pero papá la cerró con pernos el mes pasado porque Tara no paraba de abrirla y temía que se cayera. Tenemos que llegar hasta mi habitación, al otro extremo del pasillo, y utilizar el balcón que hay allí.

—¡Agárrate de mí! —No sé qué tan fuerte estoy hablando, así que grito por si acaso—. ¡Vamos a salir!

Dina me rodea el cuello con sus brazos, aferrándose a mí mientras su pequeño cuerpo tiembla. Salgo al pasillo y retrocedo rápidamente. El fuego se propagó escaleras arriba y el calor está cortando el camino a mi habitación. La única salida es bajar por las escaleras.

—Todo va a estar bien. —Deposito un beso en el cabello de mi hermana. El corazón me late tan deprisa que parece que se me va a salir del pecho—. Todo va a estar bien.

La sujeto con fuerza, respiro hondo y salgo de nuevo al pasillo.

Observo por encima de la barandilla hacia la planta baja de la casa, donde las llamas están alcanzando las alacenas de la cocina y trepando por las cortinas. El fuego se extendió a las escaleras hasta alcanzar la baranda. No sé qué es peor, si el calor o el humo. Conteniendo la respiración, bajo las escaleras lo más rápido que puedo. La puerta principal está abierta de par en par y el camión de bomberos se detuvo con ellos saliendo de él. Estoy a medio camino de la entrada cuando otra explosión estalla a mi derecha y nos tira a Dina y a mí al suelo.

Hace tanto calor que siento que se me derrite la piel. Mi hermana yace tendida a unos metros, resollando y luchando por respirar. Me arrastro hasta ella, la atraigo hacia mí y la rodeo con mi cuerpo para protegerla de las llamas.

—Tranquila, pequeña. La ayuda está en camino —le aseguro junto a su oído, justo antes de que la oscuridad me trague.

* * *

Quince años atrás, New York
(Sienna, 5 años)

Sienna

Me tiro en el sofá, cruzo los brazos y resoplo.

—¡Lo prometiste, *Mama*! Es el sexto cumpleaños de Luna. Soy su mejor amiga. Tenemos que ir.

Mama suspira y se sienta a mi lado.

—Lo siento mucho, Sienna. El jefe nos agendó a tu papá y a mí para este sábado.

—Tú y *Papa* siempre trabajan. —Frunzo el ceño, haciendo un puchero.

—Sienna, cariño, sabes que eso no es verdad. —Me acaricia el brazo.

Me aparto de ella, murmurando:

—Si me quieres, nos llevarás. ¡Me lo prometiste! *Papa* dice que cumplir las promesas es lo más importante en *todo* el mundo.

Mama lanza una mirada a mi padre, que está parado junto al librero.

—Edoardo y Sara trabajarán esta noche en el casino. ¿Quizá podríamos pedirles que nos cambien? Podríamos trabajar esta noche y ellos podrían cubrirnos el sábado.

Miro a *Papa* con los ojos muy abiertos. *¡Por favor, di que sí!*

—¿Arturo? ¿Puedes llevarlas? —*Papa* lanza por encima del hombro a mi hermano, que está sentado en el sillón reclinable junto a la ventana,

jugando con su teléfono.

—*Nop*. Tengo que trabajar el sábado. —Sacude la cabeza—. Pero puedo cuidar a las plagas esta noche.

Resoplo. Arturo ha estado tan ocupado y serio desde que empezó a trabajar para el *Don*.

Mi padre suelta un suspiro y me clava la mirada.

—¿De verdad es tan importante que tengamos que ir ambos? Puedo intentar arreglar algo para que *Mama* pueda llevarte.

—Sí, es importante. ¡Asya! —Espero a que mi hermana levante la vista de lo que esté dibujando en la mesita de centro y le grito—: ¡Di algo!

Se encoge de hombros.

—¿Ves? Asya también quiere que ambos vayan. Por favor, *Papa*. Nunca podemos ir juntos a ningún lado. ¡Habrán payasos! Nunca más volveré a pedir otra cosa.

Papa se aparta del librero.

—*Oh*, está bien. Voy a llamar a Edoardo.

Chillo de alegría y salto a sus brazos.

—¡Sí! ¡Gracias!

—Como si pudiera decirte que no, mi niñita. Te quiero demasiado. —Me da un beso en la cabeza—. A la cocina, las dos. Arturo se encargará de la cena ya que *Mama* y yo tenemos que alistarnos para ir a trabajar.

* * *

El timbre de la puerta me saca de mi sueño. Entrecierro los ojos en la oscuridad. «¿*Lo soñé?*»

El timbre vuelve a sonar.

Me deslizo fuera de la cama y camino a hurtadillas hacia el balcón para mirar hacia el porche. Dos hombres vestidos de traje hablan con Arturo. Sus voces son apagadas, así que no puedo escuchar lo que dicen, ni puedo ver la cara de mi hermano desde este ángulo, pero su cuerpo se pone rígido de repente. Mete las manos en su cabello, jalándolo, y luego se gira hacia la puerta de la entrada, que está abierta, y la golpea con el puño. Los hombres dicen algo más y se van, subiéndose a un coche negro estacionado en

nuestra entrada. Cuando vuelvo a mirar hacia abajo, Arturo está sentado en el último escalón, agarrándose el cabello con la mano ensangrentada.

Vuelvo corriendo a la cama y me meto bajo la manta, aunque no tengo sueño. ¿Quiénes eran esos hombres y por qué se comportó así mi hermano? Arturo nunca golpea nada.

Estoy mirando al techo cuando escucho que alguien sube las escaleras y cruza el pasillo. Un momento después, el ruido de la puerta de nuestra habitación al abrirse llena el silencio de la noche. Me siento en la cama y veo a Arturo en el umbral, agarrado al marco de la puerta.

—Vamos a despertar a Asya —dice—. Tengo que decirles algo.

Su voz suena extraña. No es tan burlona como cuando nos habla a Asya y a mí.

Después de encender el interruptor de luz junto a la puerta, Arturo se sienta a un lado de la cama de mi hermana. Su aspecto es diferente al de cuando nos arropó antes. Tiene la cara pálida y ojeras. Arturo no suele ser una persona alegre. *Papa* siempre dice que mi hermano es demasiado mayor para su edad, sea lo que sea lo que eso signifique, pero siempre es fuerte. Ahora parece triste. Sacude suavemente el hombro de Asya hasta que se sienta en la cama y luego le da un golpecito a su otro lado.

Voy y me siento, manteniendo mi mirada pegada a la suya todo el tiempo. Se me hizo un nudo en la garganta cuando lo vi golpear la puerta afuera, mas ahora siento que voy a vomitar. Nos va a decir algo malo.

—Algo pasó esta noche. En el casino. —Toma mi mano en una de las tuyas y la de Asya con la otra, sin embargo, no nos mira a ninguna de las dos—. Necesito que ambas sean valientes.

—¿Qué pasó? —pregunta Asya entre bostezos—. ¿Dónde está *Mama*?

—Hubo... un tiroteo. —Nos aprieta las manos—. Mucha gente resultó herida.

Quito mi mano de la suya. Nunca hablamos de tiroteos o armas en nuestra casa. *Papa* no lo permite.

—¿Dónde están *Mama* y *Pap*...? —sollozo.

Arturo me rodea con su brazo y me atrae hacia él. Puedo escuchar a Asya llorando mientras se acurruca a su otro lado.

—Están muertos —informa mi hermano entrecortadamente—. *Mama* y *Papa* están muertos.

—¡Mientes! ¿Por qué mientes? —grito mientras se derraman lágrimas por mi rostro, pero sé que no miente. Arturo nunca miente.

Capítulo 1

Presente

Sienna

Me acerco a la gran puerta con ornamentos y toco dos veces.

—Pase —pronuncia una voz masculina desde el otro lado.

Entro al despacho del jefe de la Familia de la *Cosa Nostra* de New York, con mis tacones verdes repiqueteando en el suelo pulido mientras me acerco.

—Quería verme, Don Ajello —expreso con mi voz más dulce.

Los ojos de Salvatore Ajello pasan de mi vestido verde pasto a la parte superior de mi cabeza y se detienen en mi moño. De él sobresalen plumas del mismo color que mi vestido. Tardé meses en encontrar el tono exacto.

—Siéntate, Sienna. —Me señala con la cabeza la silla de enfrente.

Me dejo caer en la silla y me acomodo el vestido, preguntándome por qué me llamó. No todos los días alguien tan insignificante como yo, en lo que respecta a la jerarquía de la *Cosa Nostra*, es invitada a una reunión privada con el Don.

Ajello se reclina y me contempla. Hay algo inquietante en su mirada, y me hace sentir como si me estuvieran examinando.

—Tu hermana se casó hace un tiempo —comenta—. Ustedes dos eran muy unidas.

—Somos muy unidas, sí.

—Pero ahora está en Chicago. Debe de ser duro para ti.

—A Asya le encanta estar allí, y me alegro por ella. —Sonrío, tratando de mantener mi voz relajada. Realmente sabe cómo escoger el punto débil para atacar.

—Es importante asegurarse de que nuestra familia es feliz. ¿Y qué hay de Arturo?

Entrecierro mis ojos hacia él. ¿Esta conversación tiene algún sentido?

—¿Qué pasa con él?

—Tu hermano tiene treinta y seis años, Sienna. Probablemente se casará pronto. Tendrá su propia familia. ¿Qué harás cuando eso ocurra? ¿Te quedarás con él y serás el mal tercio?

Cada palabra que dice se clava como una daga en mi pecho. Ya me siento mal por pasarme el día sin hacer nada más que salir con mis amigos o leer mientras Arturo trabaja todo el tiempo. Hace meses me prometí que encontraría un programa de negocios donde estudiar para por fin empezar a hacer algo con mi vida, pero aún no he hecho nada al respecto.

—Nunca me interpondría en la felicidad de mi hermano —respondo—. Cuando eso suceda, probablemente me mudaré. Buscaré un trabajo.

—¿Por qué no fuiste a la universidad? ¿Sigues estando en tus planes?

—No tengo madera de universitaria, Don Ajello.

—¿No? Y, sin embargo, hablas varios idiomas. Arturo me dijo que los aprendiste por tu cuenta.

—Sí. Italiano. Inglés, obviamente. Español y portugués. Y tengo algunos conocimientos de ruso y japonés—. ¿Necesita un traductor para algo?

—¿Cuánto tardarías en aprender un nuevo idioma? —inquire.

—Um, bueno. Depende. ¿Solo hablado o también escrito?

—Lo suficiente para que puedas entender lo que se dice. Nada escrito. Lo pienso un momento.

—Tres meses. Quizás cuatro. Dependiendo del idioma.

Ajello asiente con la cabeza mientras sus penetrantes ojos se clavan en los míos.

—Perfecto. Organicemos la boda, entonces.

—¿Oh? ¿Y quién se casará?

—Tú, Sienna.

Parpadeo dos veces, preguntándome si habré escuchado bien. Ajello está reclinado, relajado en su silla. Me observa con los brazos cruzados sobre su pecho.

—No querrás acabar sola, ¿verdad? —agrega con la cabeza inclinada hacia un lado.

Este desgraciado. Es como si pudiera ver dentro de mi alma, encontrar el peor de los miedos que anidan en ella y sacarlo contra mi voluntad.

Mis dedos se tensan sobre la falda de mi vestido.

—No.

—Entonces un matrimonio es la solución perfecta.

—Sí, eso parece. —Me obligo a sonreír.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Ya tengo a alguien en mente para ti. Durante los últimos años, he estado intentando infiltrar a alguien dentro de su organización. Esta es una gran oportunidad.

—¿Necesitas que espíe a mi futuro esposo?

—Sí. Le estarás haciendo un gran favor a la Familia.

—¿No es de la *Cosa Nostra*?

—No. Es un socio de negocios. —Ajello ladea la cabeza—. Tu hermano no estará contento cuando se lo diga. Necesito que convenzas a Arturo de que estás de acuerdo con este matrimonio.

—¿Y si no me cree?

—Arturo es mi jefe. Incluso me atrevería a llamarlo... un amigo. No tengo muchos amigos, Sienna, así que preferiría no tener que matarlo por no estar de acuerdo con mis planes. Asegúrate de que te crea.

—Haré lo que pueda. —Fuerzo otra sonrisa—. ¿Eso es todo?

Ajello levanta una ceja.

—No preguntaste con quién te casarás.

—Supongo que no importa.

—Perfecto. Haré los preparativos. Puedes irte.

Me detiene cuando me dirijo a la puerta.

—Una cosa más, Sienna.

Me doy la vuelta.

—¿Sí?

—Empieza a aprender serbio. Tienes tres meses.

* * *

Cuando salgo del edificio de Ajello, me paro en medio de la acera mientras la gente pasa a toda prisa. Me llegan partes de varias conversaciones. Risas. Una madre enfadada llamando a su hijo. El ruido me inunda y es como si hubiera entrado en una colmena cuyas paredes se cierran sobre mí. Quiero irme, pero no puedo mover las piernas. Alguien

me golpea con el codo, haciéndome tambalear hacia un lado, aunque sigo aturdida y apenas noto el impacto.

¿De verdad voy a casarme con un hombre al que no conozco? Podría negarme, sin embargo, en la *Cosa Nostra* la palabra del Don es la ley, e ir contra sus órdenes equivale a traición. Podría decirle la verdad a Arturo, y él podría convencer a Ajello de que abandone la idea. Mi hermano le salvó la vida hace una década, así que dudo mucho que el Don lo llegue a matar. Pero la cosa es que Ajello tiene razón. Mi hermano detuvo su vida cuando nuestros padres fueron asesinados. Necesito irme.

Una sensación de escalofrío me recorre el cuerpo de solo pensarlo.

Nunca he vivido sola, y no creo que pueda soportarlo. Ya es demasiado solitario con Asya lejos y Arturo ausente tanto tiempo por trabajo, así que suelo estar durante el día pasando el rato en casa de Luna. No obstante, las noches son difíciles.

Después de lo que pasó cuando secuestraron a Asya, le prometí a mi hermano que no volvería a tomar somníferos. Aun así, lo he considerado. No para hacerme daño, es que no puedo dormir en una casa vacía.

Si le pido a Arturo que se quede más tiempo en casa, estoy segura de que dirá que sí, pero nunca se lo pediría. Ya tiene bastante con sus propios problemas y no necesita tener los míos encima. La vida social de mi hermano es inexistente desde hace quince años. Fuera del trabajo, su único objetivo ha sido criarnos a Asya y a mí. Ni siquiera ha traído a una mujer a casa, nunca, y me temo que no lo hará mientras yo esté allí. Es como si en algún momento hubiera olvidado que no es nuestro padre. Ya no soy una niña y no puedo permitir que esto continúe. Arturo necesita vivir su propia vida.

Sin embargo, la simple idea de vivir sola, sin nadie con quien hablar, me hace entrar en pánico. No puedo hacerlo. Nunca podré hacerlo. Si casarme con un desconocido es la única manera de no acabar sola, voy a aceptarla. Lo único que tengo que hacer es convencer a Arturo de que fue idea mía. Él nunca permitiría que me casaran simplemente porque el Don lo ordenó.

—Señorita DeVille.

Miro a la derecha y veo a mi chófer de pie junto al coche, sosteniéndome la puerta abierta. Cruzo la distancia en silencio y me deslizo en la parte trasera.

—¿Está todo bien, señorita DeVille? —pregunta el conductor mientras se pone tras el volante.

—Por supuesto. —Le dirijo una sonrisa radiante—. Diríjase al centro comercial, por favor. Escuché que hoy hay grandes rebajas.

Cuando el auto sale a la calle, saco el teléfono de mi bolso y llamo a mi hermano. Suena varias veces y salta el buzón de voz. Debe de estar otra vez en una reunión.

—Hola, Arturo —digo alegremente después de la señal—. Sé que estás ocupado, pero quería darte la noticia. Después de que Asya se casó, me puse a pensar en mi vida, así que fui a ver al Don esta mañana y le pregunté si podía arreglar un matrimonio para mí. ¡Me dijo que sí! —Me río—. Espero que sea con un abogado. O algún CEO. En fin, solo quería que lo supieras. Ahora mismo voy al centro comercial. Vi en línea un vestido de chifón multicolor increíble. ¡Es plisado y los tonos combinan tan bien! Parece hecho para mí. ¡Te quiero!

Vuelvo a meter el teléfono en mi bolso, me quito rápidamente una lágrima de la mejilla y enfoco mi mirada en la calle, más allá de la ventana.

Drago

Observo al hombre sentado en un charco de sangre a mis pies. El lado izquierdo de su cara está tan hinchado que parece que va a estallar en cualquier momento. Lo agarro por el cuello y lo levanto, presionando su espalda contra la pared.

—¿Así que simplemente se te ocurrió soltar información confidencial mientras nuestra competencia estaba presente? —pregunto.

El hombre gime y rodea mi muñeca con sus manos, intentando liberarse. Lo estampo contra la pared y me acerco a su cara.

—¿Sabes lo que les hago a los traidores, Henry?

El hombre abre los ojos desorbitadamente y se estremece. Un momento después, el hedor de orina llena el aire.

—Ya veo que sí. —Sonrío y agarro el cuchillo que hay sobre la mesa.

Cuando aprieto la punta de la navaja contra el abdomen de Henry, justo encima del ombligo, empieza a retorcerse, así que lo sujeto con más fuerza.

Su cara se pone más roja mientras lucha por respirar. Manteniendo el agarre en su cuello, arrastro el cuchillo hacia arriba, lentamente. La sangre corre por el torso desnudo de Henry, que grita de dolor. Cuando llego a su clavícula, muevo la punta del cuchillo por debajo de su pezón izquierdo y repito mis movimientos, pero esta vez cortando horizontalmente hacia su costado derecho. El hombre se ahoga un par de veces más y su cuerpo se queda inerte. Sus ojos vidriosos me miran inexpresivos. Termino la forma que estoy tallando en su pecho, limpio la navaja en la tela de sus pantalones y dejo que su cuerpo caiga al suelo.

—¡Clávenlo a la pared! —les ordeno a los dos hombres que están a un lado y luego doy media vuelta hacia Filip, mi segundo al mando, que está sentando en el sofá—. ¿Qué quería Ajello?

—Quiere reunirse —contesta Filip—. Tiene una propuesta de negocios para ti.

Agarro la toalla de cocina de la encimera y me limpio la sangre de las manos.

—Llámalo. Dile que puede meterse su propuesta por el trasero. Se acabaron los negocios con la *Cosa Nostra*, como ya le dije a Arturo infinidad de veces.

—Ahora no es el momento de irritar al Don, Drago. —Filip se inclina hacia adelante—. Especialmente con el nuevo plan que hemos puesto en marcha. Bogdan tomará represalias en cuanto sepa que decidiste sacarlo del negocio de las armas. No podemos enfrentarnos a los rumanos y a los italianos al mismo tiempo.

—Dudo que a Ajello le importen una mierda nuestros planes. Ya no trabaja con Bogdan, así que no veo por qué se metería en nuestros asuntos. En cuanto a irritarlo, yo no me preocuparía demasiado por eso.

—Todo lo que pasa en New York es asunto de Ajello. Si cree que la guerra entre nosotros y los rumanos puede afectar en lo más mínimo a sus proyectos, hará algo al respecto. De hecho, me parece interesante que haya elegido este momento exacto para intentar restablecer una colaboración entre nosotros.

—¿Crees que se enteró del contrato de armas que estamos negociando?

—Probablemente sabe que estamos metidos en algo, aunque no creo que conozca los detalles. Por otra parte, nunca se sabe con Salvatore Ajello.

—Jodidamente perfecto. —Tiro el trapo ensangrentado sobre la mesa
—. Llama a Ajello. Dile que estaré fuera de la ciudad durante un par de
meses, pero que pensaré en su petición. Podemos hablar cuando regrese.

—¿Y lo harás? ¿Pensarlo?

Tomo mi chaqueta y mi casco de la silla y me dirijo hacia la puerta
principal.

—No.

Capítulo 2

Dos meses después

Sienna

Estoy recostada en la cama, viendo una película de Disney doblada al serbio en mi *laptop*, cuando aparece una notificación de correo electrónico en la parte inferior de la pantalla. Probablemente es un boletín de una de mis revistas de modas. Cierro la ventana emergente y sigo viendo la película.

Prefiero aprender idiomas a mi propio ritmo, mas como tengo poco tiempo, me inscribí también en un curso en línea. Me llevó cinco semanas de sesiones diarias con un tutor virtual para cubrir lo básico. El serbio es un idioma muy parecido al ruso, que entiendo a un nivel intermedio, y eso me ayudó un poco. Gracias a Dios solo necesito dominarlo hablado y no tengo que saber escribirlo, porque eso me llevaría meses. Durante las tres últimas semanas, me he enfocado en escuchar. Empecé con películas y series serbias, pero hay muchos modismos en ellas, así que puede ser difícil entenderlas. La semana pasada encontré un canal serbio en Internet, aunque en su mayoría son noticias y política. Fue tan aburrido que ayer me quedé dormida viéndolo. Hoy decidí probar otra cosa. *La Sirenita* me pareció una buena opción.

El timbre de mi teléfono en la mesita de noche llama mi atención. Es el Don.

—Don Ajello. ¿Qué puedo...?

—¿Viste el correo que te envié?

—Un momento. —Cierro la película y me dirijo a la pestaña del correo electrónico. Hay un mensaje en mi bandeja de entrada, pero no hay texto, sino varios archivos adjuntos. Abro el primero. Es una foto algo borrosa de un hombre entrando a un edificio. Únicamente se ve una parte de su perfil. Está vestido con una chaqueta de cuero y unos *jeans* oscuros. Amplío la

imagen para intentar distinguir algo más que el cabello oscuro y la barba corta del hombre, que apenas se ve, sin embargo, la imagen es demasiado borrosa—. *Um*, bien —agrego—. ¿Y este es...?

—Ese es tu futuro esposo. Drago Popov. El jefe de la organización criminal serbia.

—*Oh*... así que no es abogado.

—No, Sienna. Ciertamente no es un abogado. Durante años, Popov ha movido más de la mitad de nuestras drogas a Europa, pero después del ataque a su club por Rocco Pisanno hace dos años, Popov cortó todos los lazos con la *Cosa Nostra*. Desde entonces, los distribuidores que hemos usado no han sido ni tan rápidos ni tan confiables como Popov. Lo quiero de vuelta con nosotros.

—De acuerdo —murmuro—. Entonces, ¿soy... un incentivo para cerrar el trato? ¿No necesita que lo espíe?

—Claro que sí. Es la razón principal por la que te elegí para este matrimonio. —El sonido de papeles que se revuelven llega a través de la línea—. La mayoría de los tratos clandestinos que se hacen en esta ciudad se negocian en el club de Popov, Naos. Se considera territorio neutral, adecuado para reuniones sobre asuntos delicados. Necesito a alguien de confianza adentro que pueda reunir información sobre los negocios de Popov y me la transmita. ¿Cómo está tu serbio ahora?

—Bueno, puedo ver *La Sirenita* sin subtítulos. —Sonrío.

—¿La qué?

—*La Sirenita*. La película. —¿Nunca ha escuchado hablar de *La Sirenita*?—. A menos que una persona hable demasiado rápido o use demasiados modismos, puedo entender la mayor parte.

—Bien. Vamos a seguir adelante con la boda antes de lo previsto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Popov cerró un gran negocio la semana pasada, pero nadie sabe de qué se trata. Necesito saberlo, y quiero saberlo *ahora*.

Vaya. Qué controlador.

—Voy a reunirme con él —continúa—, para informarle sobre el acuerdo.

—¿No lo sabe? ¿Y si dice que no?

—¡Entonces morirá! —brama Ajello—. Nino irá a buscarte a las diez. Te llevará a Naos.

—Estupendo. Llevaré a Luna conmigo. ¿Y qué...?

La línea se corta. Observo la pantalla del teléfono. Me tomó algo de tiempo adaptarme a la forma en que Salvatore Ajello maneja las llamadas telefónicas.

Sacudo la cabeza y vuelvo a fijarme en el correo electrónico, repasando el resto de las imágenes, pero parecen ser más de lo mismo. La mayoría están desenfocadas, probablemente tomadas con la cámara de un teléfono con poca luz o en movimiento. Solamente hay una foto nítida. Muestra a Popov de pie en el vestíbulo de un hotel, tal vez, con el brazo alrededor de la cintura de una mujer rubia. Está de espaldas a la cámara, por lo que no se le ve la cara. A su lado, la mujer lo mira fijamente. Parece una estrella de cine, con un vestido blanco ajustado y el cabello rubio platinado cayéndole por la espalda hasta casi la cintura.

Si ese es su tipo, se va a llevar una gran decepción. Esa mujer me saca casi medio metro. También me corté el cabello hace poco, así que apenas me llega a la mitad de la espalda, y nunca me lo he teñido. Me gusta el tono castaño oscuro, por muy simple que sea. Además, combina mejor con mi vestuario. Reviso las fotos una vez más por si me salté alguna en la que pudiera verle la cara, pero no. Supongo que tendré que esperar a esta noche para saber cómo es mi futuro esposo.

Vuelvo a tomar mi teléfono y llamo a mi mejor amiga.

—Luna bella —expreso alegremente—. ¿Tienes ganas de bailar esta noche?

Drago

Tomo mi *whiskey* y me reclino, contemplando al hombre sentado frente a mí en mi reservado.

Durante los años que colaboré con los italianos, me relacioné con Arturo, el subjefe de Ajello. Hasta que la mierda orquestada por Rocco Pisano mandó nuestra relación laboral directamente al infierno. Era buen dinero, mas no tengo intención de tratar con la gente que se volvió en mi contra. Pensé que había sido muy claro en mi mensaje a Arturo: hemos terminado. Parece que también tengo que repetírselo al Don.

—No me interesa reanudar nuestra colaboración, Ajello.

—¿Tienes otro prospecto de negocio en tus planes? Porque sé con certeza que nadie puede suministrarte la cantidad y la calidad que solías obtener de nosotros.

—El asunto es que no necesito tus drogas. Mi comercio de diamantes me da el triple de lo que me daba mover la cocaína. —Me encojo de hombros.

—No se trata de dinero. Hay demasiada mala sangre entre nosotros, señor Popov. No puedo permitir que opere en mi ciudad a menos que se resuelva la enemistad entre nuestras Familias.

—¿Resuelva? —Doy un sorbo a mi bebida y lo observo—. ¿Y cómo planea que hagamos eso?

—Con un matrimonio. Concretamente, entre usted y una mujer de la *Cosa Nostra*.

¿Se le olvidó que su Capo nos disparó a mí y a mis hombres mientras estábamos realizando una reunión de negocios, y luego envió a sus mercenarios a atacar mi club? No importa que esos mercenarios no fueran miembros de la *Cosa Nostra*. O que mis hombres los mataran a los tres. Ni siquiera importa que Rocco Pisano esté muerto.

—Perdimos a un hombre en ese lío hace dos años. No es algo que se arregle casándome con la prima de uno de tus soldados, Ajello.

El Don apoya los brazos en el respaldo del sofá, observándome con una mirada calculadora.

—Ofrezco a la hermana de Arturo DeVille para el matrimonio.

Inclino la cabeza hacia un lado, considerándolo. Un matrimonio con la hermana del subjefe de la *Cosa Nostra* es una oportunidad de negocio muy lucrativa. De hecho, parece demasiado buena para ser verdad.

—¿Y qué opina Arturo de esa idea? —inquiero.

—Me aseguraré de que vea los beneficios.

—Así que está en contra. ¿Y qué hay de su hermana? ¿No tiene aspiraciones de casarse dentro de la Familia?

—Sienna es un espíritu libre. Dijo que está abierta a nuevas experiencias.

—¿Ah, sí? —Doy otro sorbo a mi bebida, preguntándome qué hay detrás de esta propuesta. Porque desde luego que hay algo—. ¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir veinte.

Levanto una ceja.

—¿Me estás jodiendo, Ajello?

—No lo estoy... *jodiendo*, señor Popov. ¿Tiene algún requisito específico de edad para una mujer con la que se casaría?

—Podría decirse que sí. —No puedo evitar sacudir la cabeza. Los italianos y sus matrimonios arreglados.

—Sienna y su amiga vendrán esta noche con mi jefe de seguridad. Asegúrate de que las dejen entrar. —Salvatore Ajello se levanta—. Hazme saber tu decisión por la mañana.

Veo cómo se marcha el Don de la *Cosa Nostra*, preguntándome si debo decirle de inmediato que no tengo intención de casarme con una mujer de casi la mitad de mi edad. Buena oportunidad de negocio o no.

Filip toma el asiento que Ajello acaba de dejar libre y hace un gesto con la cabeza hacia la salida del club.

—¿Qué quería el italiano?

—Arreglar la disputa entre nosotros. Quiere que volvamos a encargarnos de la distribución de sus drogas. Y me ofreció a la hermana de Arturo DeVille en matrimonio para cerrar el trato.

Los ojos de Filip se abren de par en par.

—¿Vas a aceptar?

—No.

—¿Por qué no? El suministro de droga es muy escaso, y Ajello tiene el mejor producto. Además, la conexión con la Familia de la *Cosa Nostra* nos dará una posición de negociación mucho mejor con la *Bratva* rusa.

—La chica tiene veinte años. No me voy a casar con una princesa malcriada de la *Cosa Nostra* que apenas acaba de salir de la adolescencia.

Los sonidos de cualquiera que sea la canción *pop* que está de moda llenan la habitación desde los altavoces superiores. La música no está muy alta porque el volumen no se sube hasta que el club abre sus puertas por la noche. Sin embargo, es suficiente para afectar a mi ya de por sí pésima audición, así que tengo que concentrarme en la boca de Filip y leerle los labios.

—... ¿y a quién demonios le importa? —indaga—. Lleva a la chica a casa, dale una tarjeta de crédito y dile que no hay límite. Se pasará el día de

compras y visitando salones de belleza. Con tu horario de trabajo, probablemente apenas la verás.

—Preferiría no verla nunca. —Sacudo la cabeza—. ¿Recuerdas a Tara a los veinte años? ¿Las peleas a gritos? ¿Cómo se encerró en su habitación cuando no quise darle el dinero para un auto nuevo hasta que se lo ganara? Soy demasiado viejo para volver a pasar por toda esa mierda, con una esposa.

—Hay que hacer sacrificios por el bien del negocio. —Filip se inclina hacia adelante—. Los italianos se toman muy en serio los lazos familiares, Drago. Un matrimonio con la hermana de Arturo garantizará que la *Cosa Nostra* no se entrometa en nuestro negocio de armas. No deberías dejar pasar esta oportunidad.

Me aprieto el puente de la nariz. ¿En serio estoy considerando casarme con una chica tan joven como para ser mi hija? Nuestro negocio de piedras preciosas y otras empresas ya generan ingresos considerables. Con la venta de armas de por medio, estaremos muy cerca de tener más dinero del que podamos lavar a través del club. Volver al transporte de drogas solamente causará más complicaciones. No obstante, Filip tiene razón. No puedo dejar pasar esta oportunidad, y no tiene nada que ver con el dinero. El trabajo ha sido lo único que me mantiene en pie. Cuanto más hay, más fácil es sobrellevar el día. Decir “no” a una posible oportunidad está fuera de discusión.

—Está bien —suspiro—. La chica vendrá esta noche con una amiga. Nino Gambini estará con ellas. Dile a los hombres de la puerta que los dejen pasar y que se aseguren de que se sienten allí. —Señalo la cabina en el lado opuesto de la habitación. La que tengo directamente a la vista.

Filip sigue la dirección de mi dedo y se aclara la garganta.

—Viene un magnate de la informática. Reservó esa cabina con cuatro meses de anticipación.

—Búscale otra —ordeno y le hago un gesto al mesero—. Quiero ver a esta chica antes de decidir si vale la pena tomarme la molestia.

Capítulo 3

Sienna

—¡Wow! —Mi mirada recorre el salón circular mientras contemplo el asombroso espectáculo que tengo frente a mí.

Las cabinas semiprivadas casi rodean la pista de baile en el centro del lujoso espacio. Paredes de cristal escarchado dentro de intrincados marcos de hierro separan cada cabina. El santuario interior consta de una acogedora zona de asientos, que incluyen un sofá de piel y dos sillones que combinan alrededor de una mesa bajita con superficie de cristal. Justo al lado de cada mampara de cristal, vestidos con una camisa blanca impecable y pantalones negros, se encuentra un mesero dispuesto a cumplir cualquier orden que se les pida al menor gesto de los clientes que ocupan las cabinas asignadas. En el otro extremo del lugar hay un enorme bar semicircular con varios *bartenders* que atienden a los clientes agrupados a lo largo de él. Una docena de parejas bailan en la pista al ritmo de una melodía lenta.

Lo que me extraña es que haya menos de cien personas aquí. No suelo frecuentar clubes porque, hasta el año pasado, Arturo solo me permitía visitar lugares que estuvieran administrados por miembros de la *Cosa Nostra*, y ninguno de ellos era propietario de un club propiamente dicho. Mi hermano me soltó las riendas hace poco, y solamente porque le dije que iba a volverme loca si seguía con su actitud de padre controlador.

—Pensé que sería más grande —murmuro.

—Con un precio de quince mil dólares por cabina por noche, no puedes esperar tener cientos de personas —comenta Nino mientras nos hace seguir a Luna y a mí al *host*, que nos conduce a la última cabina del lado izquierdo. La única que está libre en este momento.

Mientras caminamos, vuelvo a echar un vistazo al espacio y hago algunos cálculos rápidos en mi cabeza. Doce cabinas, quince mil dólares cada una. Son ciento ochenta mil por noche. Si abren cinco noches a la semana, cincuenta y dos semanas al año, son cuarenta y seis punto ocho millones al año. ¡¡Santos cielos!!

—Entonces, ¿tienes una misión? ¿Algo así como deslumbrar y no dejar atrás a ningún hombre en el camino?

Luna asiente ante mi atuendo riéndose, distrayéndose de mis cálculos.

—¿Qué? Pensé que esto era discreto. —Me encojo de hombros y tomo asiento en el lujoso sofá blanco. Nino se acomoda en el sillón de la izquierda, mientras Luna se sienta a mi lado.

—Son unas cuantas miles de lentejuelas doradas de más para considerarlo discreto, Sienna —añade con un resoplido—. Al menos no es verde fluorescente, o algo por el estilo.

—Yo nunca me pondría un overol verde. Me haría parecer un saltamontes.

—Gracias a Dios por los pequeños favores. —Luna pone los ojos en blanco.

—Pero la semana pasada me compré una chaqueta amarilla de piel sintética. —Sonrío solo de pensarlo—. Es espectacular.

Arquea elocuentemente una ceja.

—No te atrevas a ir a ningún lugar conmigo con eso puesto. Aún me da escalofríos pensar en ti en la fiesta de cumpleaños de Valeria con ese vestido rojo con plumas.

—La vida es demasiado corta para usar ropa aburrida. —Me río y me reclino para observar a la multitud.

Luna no lo entiende. Nadie lo entiende. La gente ve mis atuendos locos y mis enormes sonrisas y asumen que debo de ser una persona superfeliz sin el más mínimo problema en el mundo. Y yo siempre me aseguro de darles la razón.

Cuando mis padres murieron, no quería hablar con nadie, pero todo el mundo me preguntaba si estaba bien. Arturo. Nuestra tía, que vino a quedarse con nosotros durante un tiempo poco después. Los vecinos. Incluso Asya. Yo no estaba bien. ¿Cómo podía estar bien si cada mañana me despertaba sabiendo que por *mi* culpa habían muerto nuestros padres? Si no hubiera insistido en que nos llevaran a la fiesta, no habrían ido a trabajar esa noche. Y cada vez que alguien me preguntaba cómo estaba, me lo recordaban. Lo único que quería era que me dejaran en paz, pero todos seguían insistiendo hasta que no pude más. Así que empecé a fingir que estaba bien. Bromeaba, reía y actuaba como si todo fuera perfecto. Y por fin la gente dejó de hacerme preguntas.

Con el paso de los años, de alguna manera me metí en ese personaje que inventé. Dejé a un lado las cosas que me preocupaban, enterrándolas muy dentro, sin dejar que salieran jamás. Problemas. Miedos. Inseguridades. Todo quedó muy bien escondido. Si no pienso en los problemas, desaparecen. Eso me gustaba mucho más que la alternativa, aunque desde que mi hermana se fue a vivir a Chicago con su esposo, me he sentido tan... perdida. Como una pasajera que se quedó atrás, sola en una estación de tren abandonada, viendo cómo el último tren desaparece más allá del horizonte.

No entiendo por qué me siento así. Mi hermano y mi hermana me aman, lo sé. Harían cualquier cosa por mí. Y aun así, nunca pude abrirme con ellos por un miedo irracional a que dejaran de quererme si se daban cuenta de que no soy un rayito de sol y arcoíris.

—¡Oye! —Luna me da un codazo—. ¿Estás bien?

Parpadeo para alejar mis pensamientos y me río.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a estarlo? *Oh*, ¿te conté de la nueva historia que estoy escribiendo?

—¿La de la novia por correspondencia?

—*Nop*. Ahora estoy en mi fase de romance paranormal. Escucha...

Drago

Observo al trío que ocupa la cabina directamente enfrente de la mía. Nino, el jefe de seguridad del Don, está sentado con el brazo apoyado en el respaldo del sillón, con cara de aburrimiento. Lo he visto varias veces, pero nunca hemos hablado lo suficiente como para formarme una impresión concreta. Mis ojos se desvían y se detienen en las dos chicas que están sentadas en el sofá frente a Nino, riéndose divertidas. Una de ellas tiene puesto un vestido de noche negro y lleva su cabello rubio suelto, cada mechón liso y en su lugar. Sofisticada. Con clase. Seguramente es la hermana del subjefe. Definitivamente tiene ese aspecto. Debería enfocarme en ella, pero mis ojos se dirigen hacia la chica a la derecha de la rubia.

Me fijé en ella en cuanto entró al club, al igual que el resto de la gente, sobre todo los hombres. Es difícil ignorar a una mujer que tiene puesto un

overol dorado brillante que atrapa la luz cada vez que se mueve. Se amolda a su perfecto cuerpecito y se anuda al cuello, dejando su espalda y hombros descubiertos. Es ridículo y absolutamente inapropiado para el estricto código de vestimenta de Naos. Si no estuviera con la hermana de Arturo, mis hombres en la entrada no la habrían dejado pasar.

Dirijo mi mirada desde el profundo escote en V en la parte frontal de la monstruosidad dorada hasta su rostro similar al de una hada. Pómulos afilados. Nariz pequeña y puntiaguda. Una boca exquisita, que se ensancha en una sonrisa mientras dice algo al oído de su amiga. Estoy demasiado lejos para leer sus labios, así que salgo de mi cabina y cruzo detrás del bar, pasando junto a los *bartenders* que están sirviendo bebidas. Hay un lugar en particular entre las sombras que me gusta, justo al lado del gran pilar que oculta los cables eléctricos en su interior. Apoyo el hombro contra la pared y me enfoco en los brillantes labios de la chica.

—Ellos son compañeros que están destinados a estar juntos, pero él la rechaza por otra mujer. Ella decide huir de la manada. Sin embargo, no puede cambiar a su forma de lobo, así que...

Levanto una ceja. ¿Manada? ¿Convertirse en lobo? Incluso con la luz tenue del club, la cabina está perfectamente iluminada por la lámpara que hay junto al sofá, así que estoy bastante seguro de haber leído sus labios correctamente. La chica se aparta un mechón de cabello castaño oscuro que cayó sobre su cara y se lo coloca detrás de la oreja. Su abundante melena está recogida en dos trenzas francesas al descuido que parten de la coronilla y descienden por los lados de su cabeza. Cada trenza está decorada con lo que parecen pequeños aros dorados. Con todas las mujeres vestidas de gala o con vestidos de noche, peinadas con un estilo elegante y perfecto, ella parece completamente fuera de lugar. Quizá por eso no puedo dejar de mirarla.

Una mano me da un golpecito en el hombro. Me doy la vuelta y veo a Filip detrás de mí, mirando en la misma dirección que yo.

—¿Qué te parece? No es exactamente tu tipo.

Lanzo una rápida mirada a la chica del vestido negro.

—¿Por qué? Me gustan las rubias.

Filip frunce las cejas, una mueca se apodera de su rostro.

—La rubia no, Drago. La del traje dorado es la hermana de Arturo DeVille.

Me doy la vuelta lentamente y miro a la chica resplandeciente. Sigue hablando, agitando las manos con entusiasmo, con varias pulseras de oro colgando de sus muñecas. Me fijo en sus labios.

—Él se está muriendo a causa de una herida en el pecho. La que recibió cuando luchó contra su compañera cuando estaba convertido en lobo.

Observo a mi segundo al mando.

—¿Estás seguro?

—Síp. ¿Quieres que llame a Ajello y le informe que no lo harás?

—Todavía no.

Volteo de nuevo hacia Sienna DeVille, doy otro sorbo a mi *whiskey* y espero a ver qué pasa con el hombre lobo.

—Y ella entra corriendo a la habitación y lo ve cubierto de sangre. ¡Boom! Termina en suspenso. ¿Qué te parece?

La chica rubia ladea la cabeza, así que no puedo captar su respuesta. Se ríe, luego asiente con la cabeza hacia la multitud, diciendo algo más.

—No lo creo —responde la hermana de Arturo—. Solamente he visto algunas fotos de él, pero estaban tomadas de espaldas. Espero que sea ardiente. Y, aunque no lo sea, no importa. Basándome en lo que veo aquí, está forrado. No puedo esperar a empezar a gastar su dinero. ¡Qué emocionante!

Se ríe y agarra su bebida. Sacudo la cabeza y me doy la vuelta, con la intención de encontrar a Filip para que llame a Ajello. Si hay algo que no soporto, son las cazafortunas. Y no voy a cargar con una, al diablo con los negocios. Echo un último vistazo a la cabina. La rubia está inclinada hacia un lado, buscando algo en su bolso. Nino sigue jugando con su teléfono. Sin embargo, lo que más me llama la atención es la expresión en el rostro de Sienna DeVille. En lugar de la sonrisa traviesa de unos segundos atrás, su cara está completamente inexpresiva. Parece haberse olvidado de la bebida que sostiene mientras observa fijamente a algún lugar frente a ella.

Cuando uno de tus sentidos se ve comprometido, el cuerpo se adapta, intensificando los que te quedan. He tenido dos décadas para adaptarme y perfeccionar varias formas de percibir las cosas. El lenguaje corporal. Las expresiones faciales. La mirada de una persona. Todo eso dice mucho más que las palabras. Levanto mi vaso hasta los labios, observando a la chica. El atuendo que usa puede brillar como un maldito árbol de Navidad, pero no

hay ni siquiera una pizca de brillo en sus ojos. *Nop*, a Sienna DeVille no le entusiasma la idea del matrimonio más que a mí. No importa lo que ella diga.

La chica rubia saca el teléfono de su bolso y voltea de nuevo hacia la hermana de Arturo. Una sonrisa radiante se dibuja en el rostro de Sienna, mientras envuelve a su amiga con el brazo y posa para una foto, riendo. Creo que nunca había visto a una persona cambiar tan rápido de expresión facial y corporal. Parece estar disfrutando de verdad y, por mucho que lo intento, no puedo decidir cuál de esas expresiones es la verdadera.

Sienna

—¿Y bien? ¿Él está aquí?

Nino me ignora, está demasiado concentrado en su teléfono.

—¡Nino! —Le pellizco el brazo.

—¿Y ahora qué?

—¿Popov está aquí?

Pone los ojos en blanco y echa un vistazo a su alrededor.

—No, no está. Como ya te dije al menos siete veces en la última hora.

—Han pasado dos horas. ¿Por qué no está aquí? Es su club.

Nino murmura algo y vuelve a mirar su teléfono.

Suspirando, agarro el antebrazo de Luna.

—Vamos a bailar.

Jalo a mi amiga hacia la pista de baile, contoneando las caderas al ritmo de la música. Es difícil con unos tacones de diez centímetros, pero hago lo que puedo. No hay demasiada gente bailando, unas veinte personas, y la mayoría me miran con curiosidad.

Estoy acostumbrada a que la gente se me quede viendo. Es inevitable, teniendo en cuenta mi estilo de moda. Pues que me miren. Que se crean la imagen que proyecto: una chica despreocupada y tan segura de sí misma que entra a un club de lujo vestida con un traje llamativo y sintiéndose cómoda.

Mi hermano piensa que acepté el matrimonio arreglado porque estoy aburrida y quiero vengarme de él por ser demasiado sobreprotector. Él

mismo lo dijo mientras me regañaba e intentaba hacerme cambiar de opinión. El Don cree que es porque me amenazó con matar a mi hermano. No estoy segura de lo que piensa Luna, pero teniendo en cuenta el número de veces que he mencionado esta noche lo forrado que debe de estar Drago Popov, probablemente crea que quiero casarme por dinero. Siempre me sorprende la facilidad con la que la gente saca conclusiones cuando dejo que vean lo que esperan ver. Supongo que nadie creería que me caso con un desconocido porque me da miedo estar sola.

Recorro la multitud con la mirada, buscando a un hombre en *jeans*. Este no parece un lugar en el que admitan *jeans*, pero en todas las fotos que he visto, Drago Popov los tiene puestos. *Nop*, no hay *jeans* a la vista. Únicamente trajes hechos a la medida.

Un hombre alto apoyado contra el bar atrae mi atención. Está parcialmente entre sombras, mas, basándome en su postura, diría que tiene unos treinta y tantos años. El pantalón negro de vestir que usa está perfectamente confeccionado y su camisa negra, con el primer botón desabrochado, se extiende sobre sus hombros anchos. No tiene chaqueta y lleva las mangas de la camisa dobladas hasta los codos. Hay algo en él que me resulta familiar, aunque no puedo detectarlo. Lleva observándome desde que me di cuenta de que estaba allí, pero lo he ignorado, al igual que he ignorado al resto de los hombres de este club que me han estado lanzando miradas indiscretas.

Se inclina hacia delante para dejar su vaso en el bar y, de repente, puedo verlo. Cabello corto y oscuro, un poco más largo en la parte superior. Piel aceitunada que delata el tiempo que ha pasado bajo el sol. Y, por último, las afiladas facciones de su rostro, iluminadas por la luz del candelabro que hay en la columna cercana. Es guapo, como muchos otros en el club. Sin embargo, hay una diferencia notable que lo distingue de los otros hombres presentes. Mientras ellos me han estado mirando el trasero y el escote, este tipo únicamente se fija en mi cara.

Lo veo a los ojos y sonrío. Aún soy una mujer soltera, así que no veo nada de malo en coquetear un poco. No me devuelve la sonrisa. ¡Qué grosero! Vuelvo a prestar mi atención al resto de la multitud, pero, de algún modo, mi mirada se desvía de nuevo hacia el hombre pensativo. Sigue observándome. Otro tipo con traje gris se acerca por detrás y pone una mano en el hombro del hombre alto, moreno y guapo. Sin romper el

contacto visual, el tipo grosero y atractivo sacude la cabeza y hace que el tipo del traje se aleje.

La canción cambia a una melodía lenta: *The Sound of Silence*, interpretada por Disturbed. Siempre me gustó más esta versión.

—No me gustan las canciones lentas. ¿Crees que Nino nos dejará tomar otra bebida? —pregunta Luna dirigiéndose de nuevo a nuestra mesa.

No le contesto. Ni siquiera me muevo porque estoy pegada al lugar, mirando fijamente al hombre del bar mientras camina directamente hacia mí.

Hay algo en su forma de actuar que demanda atención. Un aire de peligro lo envuelve, cuya esencia se intensifica por la forma en que camina. Cada paso es lento y deliberado, como si fuera un lobo al acecho. La intensidad de sus ojos es petrificante y tentadora, como si de algún modo me hubiera clavado unas garras invisibles. No puedo apartar la mirada.

La canción que suena por los altavoces sube de tono, cada palabra más fuerte que la anterior. Mi corazón acompaña el ritmo, latiendo cada vez más deprisa, y cuando se detiene frente a mí, parece que se me va a salir del pecho.

—Baila conmigo. —El profundo timbre de su voz me envuelve, y es como si rozara cada centímetro de mi piel al descubierto. Estoy convencida de que no habría podido rechazarlo, aunque realmente me lo hubiera pedido. Su mano me rodea la cintura. Miro fijamente sus ojos verdes y me invade la certeza. Mi oportunidad de escapar de la oscuridad que ofrece ya pasó.

Inclina la cabeza hacia arriba, rompiendo nuestro contacto visual, para mirar algo detrás de mí. Mierda. Me olvidé por completo de Nino. Fisgoneo por encima de mi hombro, esperando ver al hermano de Luna corriendo hacia nosotros. Sin embargo, en lugar de acercarse a detener lo que hace el desconocido, tanto si quiero como si no, Nino se queda de pie al borde de la pista de baile, analizando fijamente al bombón. Mientras lo observo, Nino asiente con la cabeza y permanece en su posición. Inmediatamente, el brazo que me rodea la cintura se aprieta, acercándome más contra el pecho duro, exigiendo mi atención absoluta.

—Tu niño decidió no molestarnos.

Tiene un acento extraño, rodando la *R*, que hace que su voz suene un poco gruñona. El esposo de mi hermana es ruso y, aunque Pasha no tiene

acento cuando habla inglés, algunos de sus amigos sí lo tienen. El acento de este hombre es parecido, aunque no exactamente igual.

—Supongo que es tu día de suerte. —Sonrío, intentando ocultar mi nerviosismo. Hablar o coquetear con hombres nunca había sido un problema para mí, pero ahora me resulta difícil.

Sus manos se dirigen a la parte baja de mi espalda, justo encima de la cintura de mi overol. Sé que debería colocar mis manos detrás de su cuello, pero es mucho más alto que yo, así que simplemente las apoyo en sus hombros.

—Eso parece. —Una de sus manos se eleva ligeramente, tocando mi piel desnuda—. No recuerdo haberte visto antes por aquí.

—Vine a ver a alguien.

—¿Y este alguien es un hombre?

Su pulgar acaricia la piel a lo largo de la cintura de mi overol. Una chispa se enciende con cada roce y me recorre una oleada de calor, mientras sus ojos se clavan en los míos. Parpadeo varias veces, tratando de controlarme.

—Tal vez —suelto finalmente.

—*Hmm*. Me pregunto qué pensará tu *hombre* de tu... atuendo.

Sonrío con la intención de responderle de manera ingeniosa, como suelo hacer en situaciones similares, pero la ferocidad de su mirada me desconcentra y acabo soltando la verdad.

—Me importa un carajo.

Algo destella en su mirada y una comisura de sus labios se curva hacia arriba.

—Interesante. —Levanta la mano y me roza el labio inferior con la yema de su pulgar—. Dime, ¿qué pasó con la chica lobo?

—¿La chica lobo? —Me río entre dientes—. ¿De qué estás hablando?

—La chica que encontró a su hombre cubierto de sangre. ¿Lo salvará?

Se me cae la mandíbula al suelo. ¿Qué? ¿Cómo?

El tipo *sexy* mueve su dedo índice bajo mi barbilla y me da unos ligeros golpecitos. Cierro la boca rápidamente y vuelvo a abrirla para preguntarle cómo demonios sabe lo de mi historia cuando termina la canción. Empieza a sonar una melodía rápida y me doy cuenta de que no estábamos bailando. Nos quedamos parados, inmóviles, todo el tiempo.

—Fue un placer conocerte, Sienna DeVille —dice, y mis ojos se agrandan por la sorpresa—. Llama a tu Don. Dile que Drago dijo que sí.

Me quedo boquiabierta, sin palabras.

Drago aparta su mano de mi cara, se da la vuelta, cruza la pista de baile y le hace una señal al hombre del traje gris para que lo siga. Caminan hacia la parte de atrás y, un momento después, desaparecen por una puerta negra.

¿Ese es mi futuro esposo?

Capítulo 4

Drago

Estaciono mi moto a unos cuantos lugares de distancia del vehículo blanco que he estado siguiendo durante la última hora y observo cómo el conductor abre la puerta trasera. Sienna DeVille sale con una enorme sonrisa y el atuendo más extraño que he visto en mi vida. Al principio, me pregunto si salió en pijama, porque eso es lo que parece este conjunto de pantalón y blusa que combinan. Es blanco, con manchas negras por todas partes, lo que hace que parezca que se puso la piel de una vaca. Sus tacones son color anaranjado, como su abrigo, y tiene un gran moño anaranjado en la parte superior de la cabeza, atado a su cola alta. Le dice algo a su chofer y entra a una librería que da a la calle. Espero unos instantes, me quito el casco y la sigo.

La librería es enorme, con varias mesas grandes repletas de libros apilados en la parte delantera y estantes del tamaño de la pared en la parte trasera. No tengo que buscar mucho para encontrar a mi futura esposa, porque es imposible no verla con ese atuendo. Está parada junto a uno de los estantes, con un libro grueso entre las manos. Miro el gran letrero que cuelga del techo, esperando que diga *belleza* o *moda*. Pero no es así. Parece que está ojeando la sección de negocios.

Se le acerca una empleada de la librería, una mujer mayor con cara de pocos amigos. Sienna sonríe y se inclina hacia delante para susurrarle algo al oído. La mujer con cara gruñona abre mucho los ojos y luego estalla en carcajadas. Pasan unos minutos discutiendo algo y, cuando la vendedora regresa al mostrador, tiene una sonrisa radiante en su rostro. Mi futura esposa revisa algunos libros más de la sección antes de recorrer la tienda. Yo merodeo entre los escaparates de libros de política y continúo observándola.

Una adolescente está agachada junto a un estante de libros de romance cuando Sienna se acerca a ella y se inclina para decirle algo. La chica se encoge de hombros y sacude la cabeza. Sienna se sienta en el suelo, con las

piernas cruzadas, y empieza a sacar los libros uno a uno de la estantería y a pasárselos a la joven. Cada vez que saca un libro nuevo, se inclina hacia la chica y comenta mientras le extiende el libro. Con la mano tapándose la boca, la chica suelta una risita.

Me escabullo detrás de la estantería, justo al otro lado de ellas, y ahora tengo una visión directa de la cara de Sienna a través del hueco sobre los libros más pequeños alineados en fila, lo que me permite enfocar sus labios sin que me vean a mí.

—...mi favorito. Él es un CEO gruñón, y ella es su secretaria que ha estado enamorada de él desde que eran niños. —Sienna sonríe y agarra el siguiente libro—. Oh, y este es buenísimo. Ella es modelo, y hay un psicópata que la acosa. Así que su padre contrata a un guardaespaldas que es un SEAL retirado, pero el tipo no la soporta. Es un trope grumpy-sunshine con diferencia de edad. Te encantará.

Paso casi una hora acechando a mi futura esposa por la tienda, observando cómo charla con personas al azar como si las conociera desde hace años. Algunos no parecen estar interesados al principio, pero, tarde o temprano, todos acaban entablando una conversación con ella. Cuando se marchan, sus rostros se iluminan con sonrisas. Es como si ella los hubiera hechizado. Y al parecer, yo también estoy cayendo bajo su hechizo, porque se me olvidó la reunión que tengo hoy con su hermano.

Me doy la vuelta y salgo de la librería, dejando que mi futura esposa reparta la felicidad evidentemente contagiosa a su alrededor.

* * *

—No habrá banquete de bodas, Arturo —digo—. Firmaremos los papeles en el ayuntamiento y eso es todo.

El hermano de Sienna me mira desde el otro lado de mi escritorio, con la mandíbula apretada. Arturo y yo teníamos una relación de negocios bastante agradable antes de todo el lío con Pisano.

—¿Por qué? —pregunta entre dientes.

—La ceremonia de la boda civil tendrá lugar el sábado. No hay tiempo suficiente para organizar nada más.

—¿Por qué tan pronto?

—Porque yo lo ordeno.

Se planta frente a mí.

—¿Quién mierda te crees que eres?

—Alguien que aceptó volver a trabajar contigo, aunque Rocco Pisano mató a uno de mis hombres.

—Enviaste a tus motociclistas a atacar la fiesta de Natello. ¡Había civiles allí! Solo Dios sabe cómo ninguno de ellos terminó muerto.

—No hay civiles en nuestro negocio, Arturo. Tenemos muertos en ambos bandos, pero la *Cosa Nostra* empezó esta mierda. Si quieres una tregua, será bajo mis términos.

Arturo me fulmina con la mirada y la nariz dilatada. Puedo ver cómo pierde el control mientras arde un fuego en sus ojos. Un latido. Un estallido invisible y golpea el escritorio con la palma de su mano. Bien. Se da la vuelta y se marcha de mi oficina.

Tomo mi teléfono del escritorio y envío un mensaje a Filip, informándole que la fecha de la boda se ha confirmado y que estamos listos.

Mi insistencia en casarnos el sábado no tiene nada que ver con arreglar la disputa entre nosotros y la *Cosa Nostra*. Sin embargo, el momento es perfecto, y si vamos a seguir adelante con la tregua, quiero que entre en vigor antes de que nuestra primera entrega de armas cruce la frontera el domingo.

Con un poco de suerte, los rumanos tardarán al menos una semana, quizá más, en darse cuenta de lo que está pasando. Mientras tanto, no estoy dispuesto a arriesgarme a que alguien hable. Tan pronto como Bogdan se entere de que estoy planeando apoderarme de su negocio, los rumanos atacarán. Nos defenderemos. En menos de un mes, tendremos una guerra total. Y necesito que la *Cosa Nostra* se mantenga al margen.

Y lo más importante, quiero a esa chica tan alegre, la hermana de Arturo, en mi poder lo antes posible.

Sienna

—¿Qué quieres decir con que no habrá una boda de verdad? —La voz de Asya se escucha a través de la línea—. Solamente tengo una hermana.

¡Quiero verte vestida de novia yendo al altar!

—Sí, bueno. —Me encojo de hombros y sigo pintándome las uñas de los pies—. Quizá para la próxima.

—¿La próxima? ¿Y cuántas veces piensas casarte?

—Tres. Es mi número de la suerte.

—Jesucristo, Sienna. ¿Por qué estás haciendo esto? Si no quieres casarte, díselo a Arturo. Cancelará el compromiso.

—No quiero que cancele el compromiso. Este tipo, Popov, es guapísimo. Creo que ya estoy enamorada de él —resoplo.

—Después de pasar un minuto entero con él. Sí, claro. ¿Qué está pasando?

—¡El tipo está buenísimo! Y es rico. ¿Cómo no me va a gustar? Cumple todos mis requisitos. Sabes que soy muy superficial.

—No eres superficial. Simplemente finges que lo eres.

Aprieto la tapa del esmalte de uñas y dejo caer el frasco sobre la cama mientras las palabras de Ajello de hace dos meses pasan por mi cabeza.

—Ahora tienes a Pasha —explico, mirando al techo—. Con el tiempo, Arturo encontrará a alguien y se casará. Tendrá hijos.

—¿Y qué?

Cierro los ojos.

—No soporto la idea de estar sola, Asya.

—Arturo jamás dejará que estés sola, ni siquiera cuando se case. La casa es lo suficientemente grande para que vivan diez personas sin que se topen nunca unos con otros.

—Nunca me impondré a la familia de mi hermano.

—Ni siquiera tiene novia, Sienna. Y tú apenas tienes veinte años. Encontrarás a alguien.

—Sí.

—¿Puedo pedirle a Pasha que te arregle una cita con Kostya si quieres?

—Gracias, pero no gracias. Ese hombre se ha acostado con todas las mujeres en el área de Chicago. Es atractivo, pero no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo, hermanita?

—Un enorme y malvado hombre lobo alfa que odia a todo el mundo menos a mí, y que me convertiría en la reina de su manada —declaro y suelto una carcajada.

—Por favor, habla en serio.

—¡Lo hago!

—¡Aceptaste un arreglo matrimonial con un tipo sin siquiera conocerlo! ¡Eso no es normal, Sienna! Por favor, sé razonable y cancela el compromiso. *Por favor.*

—Te enviaré fotos. Te quiero —pronuncio alegremente al teléfono y termino la llamada.

Momentos después vuelve a sonar, así que activo la opción de “no molestar”, me acurruco bajo la manta y me asomo a la ventana sin realmente ver nada.

¿Podré hacerlo? ¿Vivir el resto de mi vida con un hombre del que no sé absolutamente nada? ¿Fingir que soy inocente mientras reúno información en secreto y se la paso a mi Don?

Probablemente.

He estado fingiendo la mayor parte de mi vida.

Capítulo 5

Drago

—Dios mío —se atraganta Filip, mirando algo detrás de mí—. ¿Qué demonios es eso que tiene puesto?

Me doy la vuelta justo a tiempo para ver a mi prometida saliendo del coche. Viste lo que algunos llaman una chaqueta acolchada de piel sintética. Podría verse bastante bien si fuera de otro color, pero la suya es amarilla como la yema de un huevo. Y usa pantalones de seda del mismo tono.

Sienna me mira, le dice algo a Arturo y se acerca apresuradamente, saltando con destreza sobre los charcos de lluvia con sus tacones altísimos. Y esos también son del mismo color que el resto de su atuendo. Me recuerda a un pollito drogado con ácido.

Mi prometida se detiene frente a mí, hablando mientras busca algo en su bolso, aunque con la cabeza agachada no puedo leerle los labios. Por fin encuentra lo que buscaba y me mira con una gran sonrisa.

—¿Si te parece bien?

—Sí —respondo sin tener la menor idea de lo que dijo.

Su sonrisa aumenta.

—Perfecto. —Apoya su espalda en mi pecho y levanta su teléfono frente a nosotros—. Di “*whisky*”.

Mira hacia el teléfono y toma una *selfie*.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirando sus uñas pintadas de color amarillo mientras sus dedos vuelan sobre el teclado.

—Enviándole la foto a mi hermana. Me preguntó por qué acepté un matrimonio arreglado con un desconocido.

Estiro la mano y tomo su barbilla entre mis dedos, inclinando su cabeza hacia arriba.

—¿Y por qué aceptaste, Sienna?

Parpadea y, por un instante, una pizca de pánico se dibuja en su rostro, pero al instante siguiente desaparece y es reemplazado por una sonrisa.

—Porque eres *sexy*. Y rico.

Su sonrisa parece genuina y su tono parece sincero, no obstante, cuando me fijo en sus ojos, noto algo más. Algo que hace todo lo posible por ocultar con su actuación radiante. Se parece mucho al sufrimiento.

Muevo mi pulgar para trazar la curva de su labio inferior. Tiembla ligeramente bajo mi tacto.

—Ven. Acabemos con esto. —Volteo hacia Filip—. Puedes irte. Llama a Keva y dile que llevaré a Sienna a casa conmigo.

Sienna no dice nada cuando le quito el teléfono y lo vuelvo a meter en su bolso. Se queda callada mientras tomo su mano y la guío por los escalones anchos de piedra hasta la entrada del ayuntamiento, Arturo siguiendo unos pasos atrás. Estamos en lo alto cuando Sienna voltea de repente hacia el estacionamiento. Sigo su mirada y veo a un hombre muy musculoso saliendo de un coche, e inmediatamente empujo a Sienna detrás de mí. Estoy a punto de sacar mi arma cuando Sienna me suelta la mano y corre a mi alrededor por los escalones hacia el bastardo fornido.

La rabia se apodera de mí hasta que me doy cuenta de que el tipo está ayudando a una mujer a salir del vehículo. Suelto mi pistola y veo a la viva imagen de mi prometida, pero sin el atuendo alocado, dirigirse hacia Sienna.

—Son mi hermana y su esposo. —La voz grave de Arturo penetra en mi aturdimiento momentáneo.

Se acerca y se coloca a mi lado. Por un momento, las líneas permanentes de preocupación de su rostro se suavizan cuando mira a sus hermanas y hace un breve gesto con la cabeza a su cuñado.

Bueno, mierda...

Sabía que Arturo tenía dos hermanas, pero no que eran gemelas. El corazón se me estruja y me sangra al ver a las dos mujeres abrazándose. Sienna dice algo y vuelve a abrazar a su hermana. Luego, se inclina y deja caer un beso en la mejilla de su gemela antes de acomodarle un mechón de cabello detrás de una oreja. Su hermana hace exactamente lo mismo con Sienna. Hasta sus gestos son idénticos. Había olvidado cómo pueden ser a veces los gemelos.

Me duele observarlas, así que me doy la vuelta y abro la puerta del edificio.

Sienna

Contemplo a mi nuevo esposo de reojo mientras conduce. Estuvo muy callado durante la breve ceremonia de la boda, y también después, cuando todo el mundo salía del ayuntamiento. Llevamos casi dos horas en la carretera y no me ha dicho ni una palabra. Pasé el tiempo ordenando mis fotos y publicándolas en las redes sociales, pero terminé eso hace cinco minutos.

—¿Todo está bien? —pregunto.

Drago me mira de reojo y vuelve a concentrarse en la carretera.

—No hablo mientras conduzco.

Levanto las cejas y hago un gesto con la boca.

—Bueeeeno. —Le escribo un mensaje a Asya, preguntándole si ella y Pasha llegaron al aeropuerto. Todavía no puedo creer que realmente haya venido. No es como si hubiera sido una boda de verdad. Fue más como ir a un banco a abrir una cuenta. Aunque los anillos fueron un bonito detalle. El de Drago es un grueso anillo de oro y el mío tiene un enorme diamante amarillo claro. Combina muy bien con mi chaqueta y refleja muy bien la luz. Levanto mi mano y tomo una foto para subirla a mi Instagram más tarde.

Giramos a la derecha y levanto la vista para ver un camino estrecho que conduce a una entrada rodeada por una gran cerca. El portón se desliza a un lado y seguimos por el camino bordeado de árboles hacia la isla bellamente adornada con una fuente de mármol en el centro. Al final del camino se alza una enorme mansión de cuatro pisos. El ladrillo beige claro y la madera marrón de su fachada brillan bajo el sol de la tarde. La casa es tan grande que parece más un hotel que una residencia. Cuento las ventanas del piso superior. Diez dan al frente. ¿Cuántas habitaciones hay? La vegetación y los árboles rodean la majestuosa mansión, que parece el escenario de un cuento de hadas.

—Ya llegamos. —Drago sale del vehículo y camina por la parte trasera para abrir mi puerta.

Salgo, todavía boquiabierta ante la belleza de la casa, justo cuando la puerta principal se abre de golpe y sale corriendo una mujer de unos sesenta

años vestida con un delantal. Se dirige hacia nosotros gritando algo en serbio tan rápido que no puedo entenderlo, apenas capto algunas palabras.

—... cena... Filip me acaba de decir... casado... sin pastel... matarte... —Deteniéndose frente a Drago, le clava el dedo en el pecho—. *Sram te bilo* (debería darte vergüenza).

Todavía estoy procesando el hecho de que mi esposo permite que una mujer, que parece ser parte de los empleados, le grite y le diga que debería avergonzarse cuando ella se voltea hacia mí y me agarra en un fuerte abrazo. Tres sonoros chasquidos me estallan en los oídos mientras me besa las mejillas en una secuencia rápida: a la derecha, a la izquierda y de nuevo a la derecha.

—Drago no me dijo que te traería hoy. ¡Pensé que había ido a una reunión de negocios! Déjame verte. —Se aparta y toma mi cara entre sus manos—. *Oh*, eres tan hermosa y... —Sus ojos recorren mi atuendo—. ¿Por qué tienes puesto un disfraz de gallina, querida?

La cara de confusión que pone mientras me mira la chaqueta es tan graciosa que suelto una carcajada. Cuando recupero el aliento, añado:

—Soy Sienna.

—Lo sé, querida. Drago fue muy amable al informarme que iba a casarse. —Mira a mi esposo, que ha estado observando la conversación en silencio, con una expresión de fastidio en el rostro—. Pero debió haberse olvidado de decirme que sería *hoy*.

—Sienna. —Drago me pone la mano en la parte baja de la espalda, y un escalofrío de emoción me recorre el cuerpo por el leve contacto—. Esta es Zivka, la exesposa de mi difunto padre, que debió haberse presentado primero.

—Llámame Keva —me dice—. Vamos a comer. Todos te esperan en el comedor desde hace casi media hora.

Arrugo las cejas. ¿Keva? Drago acaba de llamarla Zivka, ¿así que Keva es un apodo?

Mientras seguimos a Zivka al interior de la casa, intento pensar en una razón por la que Drago tendría a la ex de su padre en su casa, pero pierdo la concentración cuando su mano se desliza bajo mi chaqueta. Mis pantalones tienen la cintura baja y la blusa se me ha subido, así que sus dedos tocan la piel desnuda de la parte baja de mi espalda, provocando un pequeño escalofrío de placer que me recorre la espalda. Lo miro de reojo y descubro

que está tecleando algo en su teléfono con la mano que tiene libre, aparentemente ajeno a lo que su tacto me está provocando.

Entramos a la casa, donde nos recibe un hombre vestido con *jeans* y una camiseta negra, y con una funda al hombro que lleva dos armas. La mano de Drago se aparta de mi espalda, rozando con la punta de sus dedos mi piel expuesta. Es un suave roce, que en un momento está ahí y al siguiente desaparece, pero aún así siento como si me quemara donde su caricia se deslizó por mi piel.

El hombre con la funda asiente con la cabeza a Drago y agarra su chaqueta, luego se mueve para ayudarme a quitarme la mía. La mano de mi marido rodea la muñeca del tipo antes de que tenga oportunidad de alcanzar mi imitación de piel.

—*No toques a mi esposa* —advierde Drago en serbio. Su tono es tranquilo, pero el agarre que tiene en la muñeca del hombre se aprieta—. *Asegúrate de que todos en la casa lo sepan.*

El tipo se queda paralizado y parpadea nervioso.

Cuando Drago voltea hacia mí y me ayuda a quitarme la chaqueta amarilla, finjo estar confundida, esperando que me explique lo que acaba de suceder. No lo hace, se limita a pasarme mi abrigo al hombre, que ahora fija su atención directamente al suelo. Drago vuelve a ponerme la mano en la parte baja de la espalda y me lleva al otro lado del vestíbulo.

Caminamos hacia las puertas dobles de madera, que parecen contener una charla alegre y bulliciosa tras su sólido marco. A medida que nos acercamos, las voces se convierten en una cacofonía, docenas de personas en una batalla por ver quién mantiene la conversación más fuerte. En el momento en que atravesamos la puerta, cesa todo el ruido y el silencio desciende sobre el enorme comedor como un manto. Me detengo en seco y contemplo la larga mesa en la que se sientan al menos cuarenta personas. La mayoría son hombres, vestidos de manera informal, más o menos, pero todos tienen una funda en el hombro con una o dos pistolas. Y todos me observan detenidamente.

—Esta es Sienna —declara Drago y me dirige hacia tres sillas vacías a la cabecera de la mesa. Se detiene y señala una a la derecha de la del anfitrión, el puesto de honor. Antes de que pueda sentarme, el ruido de varias docenas de sillas raspando el suelo llena la habitación mientras todos los comensales se levantan.

—Um... ¿qué está pasando? —murmuro y miro a Drago de reojo.

—Siéntate.

Me siento en la silla. Drago toma asiento en el centro de la mesa y todos los demás vuelven a sentarse.

Me giro para mirar a mi esposo y susurro:

—¿Hay alguna cámara oculta?

Drago me mira desde la boca hasta los ojos y levanta la comisura de sus labios.

—No.

La puerta del otro extremo de la habitación se abre de golpe y entra Zivka, seguida de cuatro mujeres y dos hombres. Traen enormes bandejas de comida, las colocan en la mesa del comedor y vuelven a lo que supongo que es la cocina. Momentos después, vuelven con ensaladas y pan. Cuando terminan, Zivka se sienta al lado izquierdo de Drago y el resto del personal de servicio ocupa las sillas vacías que quedan alrededor de la mesa. Todos miran a Drago, esperando. Él asiente. La charla se reanuda cuando la gente empieza a servirse cucharadas de comida de los enormes recipientes en sus platos. Parpadeo varias veces ante la extraña escena, luego me encojo de hombros y tomo el tazón de ensalada que tengo más cerca.

Drago

Risas y conversaciones en voz alta suenan por todas partes mientras observo disimuladamente a mi joven esposa. Aparte de Keva, no le presenté a nadie de mi gente, y lo hice a propósito para poder ver su reacción. Esperaba que se sintiera incómoda. Incluso intimidada. Parece que voy a tener que modificar mis suposiciones porque, desde que empezó la comida, ha estado parloteando alegremente sin parar con Jelena, la esposa de Jovan. Por lo que he podido captar, están hablando de un libro.

Los sonidos agudos son los que más me cuesta trabajo escuchar. Sienna tiene una voz moderadamente aguda, así que me cuesta entender lo que dice cuando habla, aunque no haya distracciones auditivas. La escucho hablar, pero se me escapan demasiadas palabras. Con tanta gente hablando al

mismo tiempo en una habitación, el ruido de fondo hace imposible oírla. Y como está girada hacia Jelena, ni siquiera puedo leerle los labios.

Tomo su barbilla entre mi pulgar y mi dedo, volteándola hacia mí. Todos los que viven en esta casa conocen mi situación, así que se aseguran de mirarme cuando hablan. No sé por qué no le he contado aún a Sienna lo de mi pérdida de audición, pero pronto lo sabrá.

—¿Ya estás haciendo amigos? —pregunto.

—Eso parece. —Sus labios se ensanchan en una sonrisa—. ¿Tienes algo en contra de eso?

Tiene una boca increíblemente pecaminosa, y la forma en que se curva mientras habla me hace querer tomar su labio inferior entre mis dientes y morderlo.

—No. No tengo nada en contra de eso.

La gente empieza a levantarse de la mesa, cada uno recoge su plato y lo lleva a la cocina. Sienna los mira con asombro en sus ojos, luego baja la vista hacia su plato vacío y se acerca a tomarlo. Agarro su mano, la alejo del plato y la devuelvo a la mesa, pero no la suelto.

—Creo que tienes que explicarme las reglas que tienes en este lugar. —Ella sonríe, fingiendo que no se da cuenta de que sigo sujetando su mano.

—¿Qué reglas?

—Que la gente recoja sus propios platos. ¿No lo hace el personal? ¿Y por qué todo el mundo estaba armado en la cena? —Echa un vistazo rápido a nuestras manos entrelazadas y dirige de nuevo sus ojos hacia los míos.

—Hay siete mujeres y dos hombres que se encargan de diversas labores en la casa, como la limpieza, la preparación de la comida y el mantenimiento de los jardines. Pero no son personal. Simplemente es lo que hacen por aquí. —Estiro la mano y le muevo un mechón de cabello por encima del hombro—. Y cuando terminamos de comer, todos llevamos nuestros platos a la cocina para aligerar su carga de trabajo.

—¿No les pagan por hacer eso?

—Les pagan. Aun así, llevamos nuestros platos para mostrarles nuestro respeto y agradecimiento. En cuanto a tu segunda pregunta, nos gusta estar preparados.

—¿Para qué?

—Para todo.

—¿No tienen seguridad?

—Todos los hombres de esta casa son excelentes tiradores. Todos formamos parte de la seguridad. —Me inclino hacia delante y le pongo la mano en la nuca—. No tienes nada que temer mientras estés en mi casa, *Mila*.

Ella entrecierra sus ojos hacia mí.

—Me llamo Sienna. No *Mila*.

—Lo sé. —La acerco hasta que nuestros labios casi se tocan—. También sé que no aceptaste casarte conmigo porque soy “sexy y rico”.

Los ojos de Sienna se desorbitan ante mis palabras, y espero que intente apartarse, mas se limita a sonreír.

—¿No crees que sea una razón suficiente para casarse con alguien?

—No. Verás, tuve una razón muy específica para decir que sí a este matrimonio. Pero me cuesta mucho descifrar *tus* motivos para aceptar.

El teléfono de mi bolsillo vibra con un mensaje entrante. Lo saco con la mano que tengo libre y miro la pantalla.

16:22 Filip: Nuestro camión cruzó la frontera antes de tiempo y llegó al almacén hace diez minutos. Alguien habló. Los rumanos acaban de llegar. Bogdan exige tu presencia y explicaciones.

—Tengo que irme. —Suelto la mano de Sienna a regañadientes y me pongo de pie—. Continuaremos esta conversación mañana.

Atravieso el comedor y casi llego a la puerta cuando una mano me agarra el antebrazo. Cuando miro hacia abajo, veo a mi esposa parada a mi lado, con una mirada interrogante.

—¿Qué pasa?

—Te pregunté si podía ir contigo.

—Voy a una reunión de negocios, Sienna. Una que puede acabar con un derramamiento de sangre. Por supuesto que no puedes venir conmigo.

—*Oh*, esta blusa es vieja. La tiraré si me mancho de sangre. —Agita la mano en el aire.

Bajo la mirada y me fijo en su blusa. Es blanca, con la imagen de un conejo amarillo bizco que sostiene una zanahoria. Tanto la zanahoria como las orejas del conejo están cubiertas de pequeñas lentejuelas anaranjadas. ¿Por qué no me sorprende que se haya casado vestida así? Cuando vuelvo a

levantar la vista, veo que sigue sonriéndome. ¿Me está jodiendo o simplemente está loca de remate?

—Ve a buscar a Keva. Seguramente ya llevaron tus cosas a la habitación. Ella te dirá dónde está. —Asiento con la cabeza hacia la puerta de la cocina y me voy.

* * *

Tardo una hora en llegar a la casa abandonada que utilizamos como almacén de drogas antes de enviarlas. Aún no hemos recibido el siguiente cargamento de Ajello, así que decidí por el momento utilizar el lugar para guardar el primer cargamento de armas de fuego. Seis de mis hombres, armas en mano, vigilan un gran camión estacionado en la parte trasera. Únicamente han descargado la mitad de la mercancía. Varios metros a la derecha, hay dos coches negros. Bogdan, el jefe de la organización criminal rumana, está apoyado en el cofre del auto más cercano al camión, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Estaciono mi moto entre el camión y el vehículo de Bogdan, me quito el casco y miro al líder rumano.

—Querías verme.

—Quiero una explicación —suelta.

—¿Sobre qué?

—¡Eso! —Señala hacia las cajas apiladas junto al camión—. Hemos tenido una buena colaboración durante los últimos diez años. Te he dado el mejor producto y unas tarifas estupendas. Así que quiero saber por qué de repente has empezado a comprarle armas a alguien más, y qué diablos piensas hacer con una cantidad diez veces superior a la que sueles encargar.

Echo un vistazo rápido al interior de los autos. Hay un tipo en el asiento del copiloto del vehículo en el que está apoyado Bogdan, y otro más en el otro coche. Obviamente, alguien le dijo a Bogdan que me iba a llegar un camión lleno de armas y municiones, pero él no sabe que pienso revender la mercancía. Si lo supiera, habría traído más hombres con él. Podría decirle que mis necesidades han cambiado, que necesito más armas, pero pronto se dará cuenta de lo que pasa.

—Hice una llamada a la patria —explico—, y llegué a un acuerdo con Lutovac. Da la casualidad de que fuimos juntos a la escuela. Sabe lo que me gusta y llegamos al acuerdo de que una asociación sería beneficiosa para ambos.

Una mezcla de sorpresa y enfado se dibuja en el rostro de Bogdan en cuanto escucha el nombre. En esta parte de Estados Unidos hay dos grandes distribuidores de pequeñas armas de fuego y municiones, Bogdan y Endri Dushku. Ambos obtienen sus productos de Lutovac, un proveedor serbio con sede en Belgrado. El hecho de que ahora trabaje directamente con Lutovac deja claro que tengo el producto disponible para la reventa.

Bogdan se aparta del coche. Está casi temblando de rabia, con los puños cerrados en los costados, mientras se acerca a mí.

—No venderás armas en mi territorio, Drago.

—No hay nada que puedas hacer al respecto, así que te aconsejo que aceptes la nueva situación y te marches. Por los viejos tiempos, no me obligues a matarte.

—Eso ya lo veremos. —Las fosas nasales de Bogdan se hinchan mientras aprieta los dientes, pero se da la vuelta y entra a su auto.

Miro cómo se marchan los dos vehículos, me bajo de la moto y me dirijo hacia mis hombres, que están junto al camión.

—Vuelvan a cargarlo todo en el camión. Tenemos que trasladar la mercancía a otro lugar. Este sitio ya no se puede usar. —Volteo hacia Filip —. ¿Cómo carajo encontraron este lugar los rumanos?

—El conductor dice que lo siguieron desde la frontera. Pensó que los había perdido en un momento dado, pero aparecieron aquí mientras los chicos descargaban las cajas.

—¿Quién habló?

—Solamente pudo ser el hombre que sobornamos para arreglar que el camión eludiera la inspección de carga. Wesley P... algo.

—Averigua su nombre completo y dirección. Le haré una visita mañana —pronuncio.

—¿Qué vamos a hacer con los rumanos? Es probable que Bogdan no deje pasar esto.

—No lo hará. Necesito que añadas más hombres en cada almacén.

—¿Crees que Bogdan intentará algo? ¿Por qué no matarlo ahora?

—Si vas por ahí matando a antiguos socios, nadie hará negocios contigo. Desgraciadamente. Pero si ataca primero, tendré motivos para deshacerme de él. —Me agacho y agarro la caja de municiones más cercana.

* * *

Son casi las seis de la mañana cuando llego a casa. Subo las escaleras hasta el piso superior y me dirijo a la última puerta al final del pasillo. Las luces de mi habitación están apagadas, pero las cortinas están abiertas, lo que permite que el tenue resplandor de la mañana caiga sobre el cuerpo acurrucado a la izquierda de mi cama. La alfombra acolchada amortigua mis pasos cuando atravieso la habitación y me detengo junto al pie de la cama.

Sienna duerme de lado, con una almohada entre sus brazos y piernas. Su cabello está suelto y parte de él le ha caído sobre la cara. Desvío mi mirada hacia su cuerpo encorvado y siento que mis labios se inclinan hacia arriba. Parece que el excéntrico estilo de moda de mi esposa se extiende también a su ropa de dormir. Viste una pijama de seda, pantalón y un *top* de tirantes. Es un conjunto con estampado de cebra, pero los colores son morado y rosa.

La observo unos instantes, preguntándome por qué me fascina tanto. Desde el momento en que la dejé en el comedor esta tarde, no he podido dejar de pensar en ella. No me gusta. Lo único que debería interesarme en cuanto a mi joven esposa es su motivo oculto para casarse conmigo, pero me encuentro completamente cautivado por su extraña esencia. Es como si hubiera descubierto una criatura desconocida, cuyo comportamiento es totalmente contrario a lo que podría esperarse.

Para una chica tan protegida y mimada como probablemente sea, llegar a un lugar nuevo donde no conoce a nadie debería ser estresante. Incómodo. Esperaba que empezara a quejarse y a pedirme que la llevara de vuelta con su hermano. En cambio, se lo tomó todo con calma. En todo momento, lucía una sonrisa traviesa y emanaba esa energía irritantemente alegre. Es como si no le molestara en lo más mínimo toda esta situación.

Sienna DeVille es una sorpresa.

Y odio las sorpresas.

Con una última mirada a mi despampanante esposa, me dirijo al baño, al otro lado del dormitorio, para darme una ducha. Diez minutos después, me meto en la cama y me acuesto junto a mi mujer. Me da la espalda y no sé por qué demonios no me gusta. Le rodeo la cintura con el brazo y la acerco hasta que su espalda queda pegada a mi pecho. Después, paso una pierna por encima de la suya, enlazando su cuerpo con el mío, y cierro los ojos.

Capítulo 6

Sienna

Me despierto envuelta por algo grande y cálido. Es agradable. Suspiro y entierro la cara en la almohada. El agarre alrededor de mi cuerpo se aprieta ligeramente y abro los ojos, enfocando un brazo ancho y tatuado que me rodea la cintura.

Hay un hombre en mi cama.

Parpadeo. ¿Por qué demonios hay un hombre en mi cama? Gritando, intento zafarme, pero el agarre se hace más fuerte.

—Para. —La voz ronca de Drago retumba detrás de mí—. Estoy intentando dormir.

Empujo contra su antebrazo, no obstante, solo consigo moverme un poco, y luego me retuerzo para acabar con la cara pegada a su cuello. Dios mío, huele delicioso. Inclino ligeramente la cabeza e inhalo. Algo amaderado con una mezcla de... inhalo de nuevo *oh*, un toque de menta.

—Deja de olerme, Sienna, y vuelve a dormir.

—No te estoy oliendo —murmuro y vuelvo a intentar liberarme de su abrazo—. Suéltame.

Drago no mueve un músculo. Aprieto las palmas de mis manos contra su pecho fornido y empujo. Un fuerte suspiro suena por encima de mi cabeza y me suelta. Ruedo hasta el otro lado de la cama y me levanto de un salto.

—¿Qué haces en mi cama? —Con las manos en la cintura, fulmino con la mirada a mi esposo, que me observa con sus ojos entrecerrados.

Drago está acostado en la cama, con el brazo derecho bajo la cabeza. No tiene puesta una camisa, pero una franja del pantalón de pijama azul marino asoma por debajo de la sábana.

—Esta es *mi* cama. Estabas en ella cuando llegué a casa.

—¿Qué? Cuando Zivka me acompañó arriba después de cenar, me dijo que esta sería mi habitación. Todas mis maletas ya estaban aquí.

—Y eres mi esposa, así que es de esperarse que tanto tú como tus maletas estuvieran aquí.

Observo la habitación y me doy cuenta de que efectivamente parece pertenecer a un hombre. Anoche estaba tan agotada mentalmente que me puse mi pijama, me lavé los dientes y me fui a dormir sin prestar atención a lo que me rodeaba.

—Creo que tanto mi equipaje como yo preferiríamos tener una habitación separada. —Vuelvo a mirar a Drago. Tiene los ojos cerrados y su pecho sube y baja con un ritmo lento.

—¿Drago?

Está dormido. Jodidamente maravilloso.

Debería ducharme y vestirme. Luego, tengo que encontrar a Zivka y preguntarle si hay otra habitación que pueda usar. Eso sería lo más inteligente, mas no puedo dejar de mirar a mi esposo. Se ve diferente cuando duerme. Menos... amenazador de alguna manera.

Tiene una zona de piel desapareja en el cuello. Lo noté ayer durante la cena, mas su camisa ocultaba la mayor parte. Por lo que pude ver, parecía una pequeña cicatriz. Ahora, sin embargo, está claro que lo que vi ayer fue solo una parte de algo mucho más grande. La piel del hombro y del brazo izquierdo, hasta el codo, donde empiezan sus tatuajes, está descolorida y tiene una textura ligeramente rugosa. Apoyando mi rodilla en la cama, me inclino lentamente hacia delante para ver mejor. La mano de Drago se levanta de repente y sus dedos me rodean el brazo.

—¿Cambiaste de opinión sobre volver a la cama? —me pregunta y centra su mirada en mis labios.

—No. —Sonrío—. No me acuesto con hombres a los que no he invitado personalmente a mi cama.

Algo peligroso relampaguea en sus ojos en cuanto las palabras salen de mi boca.

—Si sorprendo a algún hombre tocándote, aunque solo sea con la punta del dedo, perderá mucho más que su mano. —Me aprieta el brazo—. Este matrimonio puede haber sido arreglado, pero a partir de ahora, el único hombre que puede mirarte, tocarte o *follarte*... soy yo.

Un agradable escalofrío me recorre y me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Por qué no lo haces, entonces?

Drago inclina la cabeza hacia un lado, examinando mi reacción. Me suelta el brazo y sus dedos se deslizan por la curva de mi pecho, descendiendo por el valle y luego más abajo, por encima de la pretina de mi pijama. Mi respiración se acelera. Puede que sus caricias sean leves, sin embargo, la respuesta de mi cuerpo es cualquier cosa menos eso. No estoy acostumbrada a que me toquen hombres que no conozco y nunca he pasado una noche en la cama con uno. Debería estar preocupada, no excitada por sus suaves caricias. Ni desear que su mano se deslice más abajo. No obstante, lo deseo.

¿Qué sentiría al estar atrapada bajo ese enorme cuerpo mientras sus caricias ardientes abrasan mi piel desnuda? Un agradable escalofrío me recorre la espalda de solo pensarlo. La palma de la mano de Drago se desliza entre mis piernas, presionando mi coño sobre la sedosa tela mientras su mirada captura la mía, y tengo que morderme el labio inferior para evitar que el gemido se me escape. Nunca me han atraído los hombres fornidos y gruñones, pero, por alguna extraña razón, estoy absolutamente cautivada por mi desconocido esposo.

—Me encantaría. —Ejerce más presión sobre mi centro palpitante, y siento cómo me mojo—. Pero no follo con mentirosas, *Mila Moya*.

Con una última caricia, Drago saca su mano de entre mis piernas y me da la espalda. Aprieto los dientes, me levanto de la cama y atravieso la habitación hasta el baño, asegurándome de dar un portazo con todas mis fuerzas.

Diez minutos después, me agacho frente a una maleta y escarbo entre su contenido, buscando algo bonito que ponerme. La ropa brillante me hace sentir feliz incluso cuando no lo estoy. Encuentro ropa interior y una blusa azul, pero mis *jeans* favoritos color naranja no están ahí. Cierro de golpe la tapa de la maleta y paso a la segunda. Drago sigue durmiendo, absolutamente ajeno al escándalo que estoy armando. En la tercera maleta encuentro por fin los *jeans* que buscaba y los botines de peluche. Me siento en el borde de la cama, me quito la toalla y empiezo a vestirme.

Me llamó mentirosa. Supongo que, en cierto modo, tiene razón. Al fin y al cabo, vine aquí a espiarlo para el Don. Aún así, me duele. Y el hecho de que así sea, me molesta. Solamente hay dos personas a las que permito estar lo suficientemente cerca como para que me importen: mi hermano y mi hermana. En cuanto a los demás, dejo pasar sus acciones o comentarios.

Si no me importan, sus opiniones o su comportamiento no pueden lastimarme. Y me *importa* un carajo lo que Drago Popov piense de mí.

Cuando termino de arreglarme, recojo la toalla de la cama para llevarla al baño, pero me detengo a mitad de camino y miro por encima del hombro a mi esposo durmiendo. Riendo en voz baja, le tiro la toalla a la cara y salgo corriendo de la habitación lo más rápido que puedo.

Una de las mujeres que cuidan la casa pasa junto a mí por las escaleras, llevando un montón de sábanas de camino al piso superior.

—¡Buenos días! —saludo.

Me mira con cierta hostilidad, mas su expresión se transforma en confusión al ver los botines de peluche que tengo puestos. Son anaranjados y tienen grandes lunares blancos por todas partes. En el centro de cada punto hay una pequeña lentejuela naranja.

—Bonitos zapatos —musita.

—Gracias —respondo con una sonrisa.

Cuando llego a la planta baja, veo a varios hombres junto a la puerta, quitándose los abrigos. Recuerdo haberlos visto en la cena de anoche y recuerdo que mencionaron que iban a hacer guardia nocturna después de la cena. ¿Por qué habrán vuelto aquí en lugar de irse a casa?

Entro al gran comedor y me detengo apenas un paso más allá del umbral. Casi todas las sillas de la larga mesa están ocupadas. ¿Los serbios celebran acontecimientos especiales durante varios días? El lugar al final de la mesa donde me senté ayer está libre, y me dirijo hacia él, diciendo alegremente “buenos días” al pasar. Algunas personas asienten con la cabeza, aunque la mayoría se limita a lanzarme miradas fulminantes. Parece que no voy a ganar ningún concurso de popularidad por aquí. Tomo asiento y me inclino hacia Jelena, la chica pelirroja con pecas con la que charlé anoche durante la cena.

—Entonces, ¿cuál es la ocasión hoy? —inquiero.

Ella frunce las cejas.

—¿Ocasión?

—Sí. Veo que tenemos invitados otra vez. —Hago un gesto hacia las personas sentadas alrededor de la mesa.

—Oh... no son invitados. —Se ríe—. Viven aquí.

—¿Aquí? ¿En esta casa? —La miro boquiabierta—. Pero son como... como cuarenta personas.

—Cuarenta y ocho, en realidad. El primer turno de guardia ya desayunó, y otros no están aquí en este momento.

Miro a lo largo de la mesa. Dios santo.

Se abre la puerta que da a la cocina y entran corriendo mujeres cargando múltiples platos sobre los brazos y en las manos. Dos toman el lado derecho de la mesa, mientras que las otras tres toman el izquierdo. Comienzan a colocar platos llenos de huevos revueltos y tocino delante de cada persona.

Un chico de unos veintitantos años, sentado un par de asientos más adelante que Jelena, intenta agarrar un plato que le ponen enfrente, pero la chica que lo coloca se apresura a apartarlo de su alcance.

—Keva me dijo que estás a dieta. Te está preparando una ensalada. — La chica le da un manotazo en la nuca y deja los dos últimos platos sobre la mesa.

—Nato, cariño, no me hagas esto —le expresa el tipo mientras ella vuelve a la cocina—. Me muero de hambre. Sabes que no puedo trabajar cuando tengo hambre.

Todo el mundo ignora sus lloriqueos y comienzan a comer. Tomo un trozo de pan del tazón más cercano y lo muerdo, fingiendo estar únicamente interesada en mi comida mientras escucho las conversaciones que tienen lugar a mi alrededor.

Me cuesta entender frases completas porque no tengo experiencia con el serbio conversacional, sobre todo con tanta gente hablando a la vez. Mi atención se desplaza de una conversación a otra, sin embargo, lo único que consigo captar son fragmentos y apenas una parte del significado. Parece que la mayoría de las conversaciones giran en torno a un gran acontecimiento y a las nuevas medidas de seguridad.

—*Pop treba da se vidi sa ludim Rusom u vezi isporuke* —dice el hombre grande y tatuado sentado frente a Jelena.

Mi tenedor se queda a medio camino de mi boca. ¿*Pop*? Eso significa sacerdote. ¿*Un sacerdote se reunirá con el ruso loco para algo relacionado con un cargamento*? ¿Tienen un sacerdote entre ellos? ¿Qué hace el sacerdote, bendice los contenedores con droga? Intento escuchar lo que dirá a continuación, pero el tipo vuelve a meterse huevos en la boca.

En el otro extremo de la habitación, la puerta de la cocina vuelve a abrirse de un empujón y entra un hombre mayor. Tiene el cabello

completamente blanco y recogido en una cola de caballo corta. Junto con su larga barba blanca, parece Santa Claus. Uno realmente extraño, ya que viste unos pantalones tácticos de color verde militar, una camiseta a juego y una funda de hombro con dos pistolas encima. También tiene una funda de cuchillo atada al muslo. El Santa Claus malote toma asiento, saca un cuchillo de aspecto diabólico de su funda y empieza a cortar el tocino con él.

—¿Quién es ese? —Le doy un codazo a Jelena.

—*Oh*, es Beli. Nuestro jardinero.

—¿Jardinero? ¿Qué es lo que planta exactamente?

—Los tulipanes son sus favoritos, ¿puedes creerlo?

—*Nop* —resoplo.

—Keva y él se odian. Hace un par de años él sembró lirios blancos por toda la casa, y Keva hizo que uno de los chicos los cortara porque dice que son flores fúnebres. Ahora Beli se asegura de plantarlas todos los años, eligiendo un lugar diferente cada vez.

—Bueno, no parece que las cosas sean aburridas por aquí. ¿Y cuál es tu papel?

—La mayor parte del tiempo trabajo con Mirko. Se encarga de la logística. —Señala con la cabeza al chico de la ensalada que está sentado cerca—. Él organiza los camiones y las rutas, y yo le ayudo. También se encarga de la vigilancia aquí y en Naos. *Ah*, y además le ayudo a Keva a lavar el dinero.

—¿Keva? —Miro hacia el extremo de la mesa donde la mujer en cuestión está sirviéndole una taza de café a un tipo—. Creía que era la cocinera.

Jelena se ríe.

—Sí, prepara comidas para todos, brinda primeros auxilios cuando es necesario y se asegura de que todo el dinero que ingresa pase por Naos y salga limpio.

—Vaya. —Sacudo la cabeza—. ¿Y por qué la llamas Keva? ¿Es un apodo?

—Es jerga. *Keva* significa mamá. Es apropiado, porque le da órdenes a todo el mundo.

—Debe de ser raro que cincuenta personas te llamen “mamá”. —Echo un vistazo a la mesa una vez más—. No puedo creer que todos vivan aquí.

Es como un hotel.

—*Oh*, no se parece en nada a un hotel, créeme. —Se ríe—. Más bien parece una base militar.

—Entonces, ¿Drago insiste en que todos vivan aquí?

—Dios, no. A menudo refunfuña por ello, pero nos deja quedarnos —replica Jelena entre bocados—. Cuando Jovan y yo nos unimos a la organización hace unos años, nos dieron una habitación en el segundo piso. Se suponía que era temporal, una forma de que conociéramos a todo el mundo y viéramos cómo funcionaban las cosas, ya que esta es la base principal de operaciones. Pero acabamos quedándonos. —Hace un gesto con la mano hacia la mesa—. Lo mismo le pasó al resto. Se sienten seguros aquí.

—¿Porque la casa está bien resguardada?

—No. Es por Drago. La gente tiende a gravitar hacia él. *Él* hace que se sientan seguros.

Intento imaginarme viviendo en una casa con tanta gente. Increíble. Una auténtica locura. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Es casi... como la manada de lobos de mi historia.

—Creo que es porque saben que Drago recibiría una bala por cualquiera de ellos —continúa—. Han sido testigos de ello más de una vez.

Volteo de golpe la cabeza hacia Jelena mientras se me borra la sonrisa de la cara.

—¿Qué?

—Le dispararon durante un ataque al complejo hace unos años. Aunque había muchos hombres en el turno de guardia para enfrentarse a los atacantes, Drago fue el primero en salir. Lo hirieron mientras cubría una posición que quedó expuesta porque uno de los soldados resultó herido.

Imagino una bala atravesando el pecho de mi esposo gruñón, y un escalofrío recorre mi cuerpo. Jelena no parece darse cuenta de mi angustia porque continúa hablando.

—Y es más práctico cuando la mayoría de la gente está en el mismo lugar. Es mucho más fácil organizar las cosas. —Señala al otro lado de la mesa, hacia el sujeto que hablaba del sacerdote—. Ese es Adam. Ha sido amigo de Drago desde hace mucho tiempo, incluso cuando vivía en Serbia, y se mudó aquí hace unos quince años. Está a cargo de los soldados. En cuanto al resto de los chicos, no tienen una definición estricta de sus

puestos. Cada uno hace lo que se necesita hacer. Transporte. Distribución. Turnos de guardia. Algunos trabajan como seguridad adicional en el club cuando es necesario.

—De acuerdo... —Asiento con la cabeza como si todo tuviera sentido. Aunque no lo tiene. En la *Cosa Nostra*, cada miembro tiene un puesto y unas obligaciones muy estrictas. Los cocineros preparan la comida. No lavan dinero. Observo una vez más a todos los que están sentados alrededor de la mesa. ¿Cómo puede funcionar una organización criminal con una estructura tan indefinida?—. Así que, una gran familia feliz.

—¡Oh! Me olvidé de Tara. La hermana de Drago —añade.

—¿Drago tiene una hermana?

—Sí. Vivía aquí, en esta casa, pero se mudó la semana pasada.

—¿Por qué?

—Bueno... —Jelena se encoge de hombros y evita mirarme a los ojos —. Hubo una especie de enfrentamiento entre nosotros y la *Cosa Nostra* hace dos años.

—Sí, me enteré. —Asiento con la cabeza. Ocurrió mientras Asya estaba desaparecida, así que no presté mucha atención a lo que pasaba dentro de la Familia.

—Le dispararon al novio de Tara y murió.

—Maldición. —Miro mi plato—. Entonces, ¿se fue por mi culpa?

—Sí. No le sentó bien que Drago le dijera que su prometida era de la *Cosa Nostra*.

Sigo asintiendo con la cabeza como si de repente me hubiera convertido en un maldito muñeco de esos que solo mueven la cabezota, y me concentro en mi comida. Con razón la mayoría de los presentes me han estado fulminando con la mirada.

—Si quieres, luego te enseño la casa —propone Jelena entre bocados —. Por cierto, ¿Drago te dijo? No salgas sola por la noche.

—No. ¿Por qué?

—Por los perros. Me temo que no son muy sociables. Es mejor que no salgas hasta que Drago te lleve a conocerlos.

Una imagen de Bonbon, mi perro, aparece ante mis ojos. Murió el año pasado, y yo soy la culpable de eso.

—Claro —murmuro, aunque no tengo ninguna intención de conocer a los perros de mi esposo y reabrir esa herida.

Cuando termino de desayunar, llevo mi plato a la cocina y casi choco con una de las chicas que sostiene una pila de platos sucios. Otras cuatro chicas corretean por la habitación, los cubiertos golpean contra la vajilla mientras lo meten todo en el lavavajillas. Debe de ser la cocina más grande que he visto en mi vida.

Una isla larga y amplia, repleta de tazones usados, bandejas para hornear y platos, ocupa la mayor parte del espacio central. Un refrigerador industrial ocupa el espacio al final de la barra y, por su tamaño, puede almacenar comida para un pequeño ejército. Detrás de las puertas de cristal de los estantes de madera blanca hay decenas de vasos, tazas y platos. El olor a café recién hecho se mezcla con el dulce aroma de las manzanas horneadas que sale de una enorme olla colocada sobre la estufa. Uno de los chicos que vi regresar del turno de guardia está metiendo una cuchara en la olla.

—¡Relja! —grita Keva, corriendo hacia él, golpeándole el brazo con un paño de cocina—. ¡No toques eso!

—Solo quería una probadita. Huele increíble.

Keva le arrebató la cuchara de la mano y saca algo que parecen manzanas ralladas de la olla.

—Piérdete. —Le devuelve la cuchara a la mano y luego se dirige a la chica que está metiendo los alimentos en el refrigerador, gritándole que se apresure.

Mis ojos recorren la habitación hasta donde está Drago, apoyado contra la pared junto a la puerta trasera que da al patio. Pensé que aún estaba durmiendo. El tipo que estaba con él en el ayuntamiento está cerca y parece que hablan de un cargamento que llegará el próximo fin de semana. No puedo escuchar todo lo que dicen desde esta distancia, pero hay algo raro en su conversación. Aunque no puedo precisar qué es. En lugar de mantener contacto visual, Drago ve hacia abajo, como si estuviera mirando al suelo y no le interesara demasiado lo que el otro hombre le está contando. Refunfuña una respuesta que no alcanzo a entender y asiente con la cabeza, luego su mirada se desvía hacia mí.

Aunque está al otro lado de la habitación, siento como si me hubiera alcanzado un rayo cuando sus ojos se posan en mí con toda su fuerza. A pesar de haberme duchado antes, todavía puedo sentir su olor. Es como si, mientras me acurrucaba, se hubiera grabado en mi piel.

—Hablares más tarde, Filip —ordena Drago dirigiéndose hacia mí.

A cada paso que da, se me acelera el pulso. Cuando por fin está ante mí, apenas puedo tragar saliva por encima de la bola de algodón que de repente se me ha incrustado en la garganta, y mi respiración se vuelve rápida y entrecortada.

Apoya las manos en la isla de la cocina, aprisionándome entre sus brazos, y baja la cabeza.

—¿Dormiste bien anoche, *Mila*?

—No, en realidad no. El colchón era demasiado duro, y luego un intruso se coló en mi cama. —Sonrío. Hace un rato busqué en Google la traducción de “*Mila*”, esperando encontrar un término despectivo de algún tipo, pero en lugar de eso, me sorprendió bastante ver que es un carifito serbio un poco anticuado pero aún muy respetado que significa “amor”.

—No te escuché quejarte mientras dormías acurrucada contra mi cuello. Roncando.

—¿Qué?! Yo no ronco.

Drago se inclina aún más, con su boca junto a mi oreja. Su aliento me acaricia la piel mientras habla.

—Sí que roncas. Es muy sutil, como el ronroneo de una gatita. —Sus labios se posan en un lado de mi cuello, y un sonido retumbante me produce un escalofrío—. Justo así, Sienna.

Me muerdo el interior de la mejilla y cierro los ojos, intentando sofocar el impulso de rodearlo con los brazos y acercarlo aún más. De algún modo, mi cuerpo gravita hacia él y apenas puedo mantener el control.

—Me pregunto si... —continúa, y se me eriza el vello de la nuca—. ¿También tienes garras?

Niego con la cabeza y me muerdo la mejilla con más fuerza.

—Mentirosa. —La palabra, pronunciada con su tono grave, me invade.

Un agradable escalofrío me recorre la espalda y me inclino hacia él, deseando más de esa sensación. Sin embargo, rápidamente me doy cuenta de lo que he hecho y me alejo. Todavía me tiene atrapada entre su cuerpo y la barra, así que no puedo moverme mucho.

—Les prometí a unas amigas que almorzaríamos juntas hoy, y después probablemente vayamos al centro comercial. ¿Alguien puede llevarme?

—Jovan te llevará. —Saca su cartera del bolsillo trasero de sus *jeans* y levanta una tarjeta de crédito frente a mi cara—. Para tus compras.

—Tengo mi propia tarjeta —murmuro.

—Pensé que te habías casado conmigo por mi dinero.

Mierda. Lo olvidé.

—*Síp*, así es. —Le quito la tarjeta de la mano y sonrío—. Solo te advierto... probablemente te arrepentirás de casarte conmigo.

Baja la cabeza hasta que sus labios rozan mi oreja.

—No lo creo.

El aliento y el calor de Drago desaparecen de repente cuando se aleja y sale de la cocina. Me entran unas ganas absurdas de ir tras él e insistir en que me lleve él mismo al centro comercial.

—*Ejem*, así que... —Me aclaro la garganta y volteo hacia Keva, que está secando un vaso—. Jelena me dijo que hay una fuente enfrente. ¿Puede alguien indicarme dónde está? Quiero tomar unas *selfies*.

* * *

—¡Estoy bien, Arturo, como ya te he dicho diez veces hoy! Por favor, deja de llamarme.

Guardo el teléfono en mi bolsillo y meto la última maleta en mi habitación nueva. Está en el otro extremo del cuarto piso, la más alejada de la de Drago. El espacio es pequeño y tiene una sola ventana que ni siquiera tiene cortinas. En el aire se siente un ligero olor a pintura fresca, lo que indica que probablemente la habitación fue renovada hace poco. Mis ojos se posan en la estrecha cama pegada a la pared y se quedan fijos a ella.

No me gusta dormir sola.

La noche después de la muerte de mis padres fue la primera vez que me metí en la cama de mi hermana para dormir. Arturo me encontró allí cuando llegó a ver cómo estábamos por la mañana, pero no dijo nada. Después de eso, seguí metiéndome en la cama de Asya todas las noches, durante años. Sentía un miedo espeluznante de que Arturo me despertara una noche para decirme que Asya se había ido, igual que nuestros padres. Estaba convencida de que si estaba a mi lado cuando me quedara dormida, también estaría allí por la mañana.

Asya nunca me pidió que volviera a mi cama. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando su cama se volvió demasiado pequeña para ambas. Mi

hermana gemela. Mi otra mitad. La gente a menudo ha cometido el error de asumir que ella era la más frágil. Asya siempre ha sido introvertida, la callada, y nada más que su música mantuvo su interés durante demasiado tiempo. Sin embargo, es mucho más fuerte que yo. Simplemente, soy mejor fingiendo.

Cuando crecimos, dejé de meterme en su cama. Ya era mayor y se esperaba que durmiera en la mía. Siempre estaba fría y solitaria, sin tranquilidad. La mayoría de las noches me las arreglaba, aunque había veces que no podía descansar. Daba vueltas en la cama hasta que crujía cuando Asya se acostaba a mi lado. Ella siempre lo sabía. Dios, la echo tanto de menos.

Aunque me alegro de que encontrara a Pasha. El día de su boda fue el más feliz de mi vida. Verla feliz y sonriente, después de todo lo que había pasado, fue un deseo hecho realidad para mí. Incluso si, de cierta manera, significaba perderla.

Vuelvo a sacar mi teléfono y miro fijamente la pantalla. Ya es demasiado tarde para llamar a Asya, y ya hablamos esta tarde. Tiro el dispositivo sobre la cama, me agacho junto a mi maleta amarilla que contiene lo esencial y empiezo a hurgar, buscando mi cuaderno. Escribir siempre me levanta el ánimo cuando estoy deprimida.

Cinco minutos después, estoy tumbada sobre el edredón, hojeando mi cuaderno grueso y brillante, cuando un pensamiento me viene a la cabeza. Nunca le pregunté a Drago cómo supo sobre mi historia.

Drago

El hombre rubio sentado frente a mí en la cabina se inclina hacia delante y me señala con el dedo.

—No me caes bien, Drago.

—Bueno, tú tampoco me caes bien, Belov, pero da la casualidad de que a tu *Pakhan* le gustan las municiones que ofrezco. Así que, ¿hacemos negocios o no?

El ruso entrecierra los ojos y se ríe a carcajadas, luego agarra su teléfono y llama a alguien, probablemente a Petrov. Sergei Belov tiene una

voz grave, así que puedo escuchar todo lo que dice, pero no me permite comprender la conversación que está manteniendo en ruso con el *Pakhan* de la *Bratva*.

—Una entrega cada dos meses —comenta cuando termina la llamada—. Y Roman quiere conocerte en persona. El mes que viene.

—De acuerdo. Te avisaré el lugar y la hora.

Belov asiente y se levanta para marcharse, luego mira hacia el sillón que acaba de desocupar.

—¿Te importa si le tomo una foto a la cabina? Sigo intentando convencer a Pasha de que cambie el interior de nuestros clubes a color blanco. Dice que lo considerará cuando me jubile.

Levanto una ceja.

—¿Alguna razón en particular para eso?

—Sí. —Levanta su teléfono y toma una foto—. Al parecer, es una maldita molestia quitar la sangre de la tapicería de tonos claros.

Lo sigo con la mirada mientras se dirige hacia la salida, silbando a lo largo del camino. Parece que el tipo está tan loco como me han contado.

Levanto mi teléfono de la mesa y reviso el mensaje que Filip me envió antes: la dirección del hombre que les contó a los rumanos lo de nuestro cargamento. Está a un par de horas de distancia, pero aún tengo tiempo de pasar a ver qué hace mi resplandeciente esposa antes de partir. Jovan me ha estado enviando actualizaciones cada hora, y la última decía que Sienna y su amiga acaban de entrar a un restaurante que está a quince minutos del club.

El estacionamiento subterráneo bajo Naos está lleno de varios vehículos, entre ellos la camioneta todoterreno que conduje hasta aquí y dos automóviles destartalados que uso cuando no quiero llamar la atención. Paso por delante de todos ellos y me acerco a la moto negra que estacioné en la esquina más alejada. Ir sobre dos ruedas es una opción mucho más prudente cuando se trata de asuntos delicados. Wesley, nuestro soplón, se ha convertido en uno de esos asuntos y hay que convertirlo en un ejemplo para que nuestros otros socios sepan lo que ocurrirá si siguen su ejemplo.

Cuando llego al restaurante, estaciono la moto en el lado del conductor del sedán blanco de Jovan y me subo la visera del casco. Mi esposa está sentada en una mesa junto a una ventana que va del suelo al techo, y la chica rubia de Naos está con ella. Se están riendo de algo. Sienna tiene

puesto un suéter de un espantoso tono azul. Por si eso fuera poco, tiene detalles dorados brillantes que destellan cada vez que la luz del sol se posa sobre ella. Mis ojos se deslizan hacia sus piernas, cubiertas por unos pantalones ajustados dorados y brillantes, y se detienen en sus zapatos. Del mismo tono azul que su suéter, con pequeños moñitos en los tacones.

—Te escucho —indico y volteo hacia Jovan.

Apoya el codo en la ventana abierta y señala a las mujeres con la cabeza.

—Se reunió con esta chica, Luna, y otra amiga en el centro comercial. Fueron a unas cuantas *boutiques* a comprar algunas baratijas, y luego ella las arrastró a una tienda que vende artículos de papelería.

—¿Qué compró allí?

—Unos cuadernos y unos bolígrafos. Y un portabolígrafos que parece un conejo. —Pone los ojos en blanco.

—¿Y después?

—Pasearon un rato por el centro comercial, se tomaron *selfies*, y luego dejamos a la otra chica en su casa y vinimos aquí.

—¿Algo más?

—Su hermano la llamó de camino a este lugar.

—¿De qué hablaron? —pregunto.

—No pude escuchar su parte de la conversación, pero basándome en sus respuestas, creo que quería saber si ella estaba bien. Ella dijo que se la está pasando muy bien gastando tu dinero.

Vuelvo a mirar a mi esposa. El banco me envía un mensaje de texto cada vez que se utiliza mi tarjeta. No recibí ninguno hoy. Ella pagó sus compras con su propio dinero.

Jovan dice algo más, sin embargo, con el casco puesto no lo capto.

—Repite —pronuncio y volteo para mirarlo.

—Recibió otra llamada justo antes de llegar al restaurante, pero no contestó. Cuando vio la pantalla del teléfono, debió rechazarla y lo guardó de nuevo en su bolso.

—Interesante. Si recibe más llamadas extrañas, avísame.

—Seguro.

Vuelvo a observar a mi esposa, que se está riendo con la mesera, moviendo las manos en el aire. Hoy tiene las uñas doradas. Desplazo mis ojos de sus manos a sus labios preguntándome qué la tiene tan

entusiasmada. Sus labios se mueven y los veo claramente, aunque no puedo descifrar nada de lo que dice. La mesera responde, pero tampoco capto lo que dice la joven asiática. Miro el cartel de la entrada. Es un restaurante japonés. No me extraña que no pueda entender su conversación. Yo no hablo japonés, mas parece que Sienna sí. Bueno, ¿no está mi brillante esposa llena de sorpresas?

—Llama a Keva —le ordeno a Jovan—. Después de cenar, quiero que le pida a mi mujer que ayude en la cocina.

Jovan me mira fijamente, con las cejas pegadas a la raíz de su cabello.

—De acuerdo —replica, con confusión visible en su rostro.

—Tareas sencillas, nada difícil. Si Sienna dice que no, dile a Keva que no insista.

—¿Eso es todo?

—Esta noche me ocuparé de Wesley y no llegaré a casa antes de medianoche. Dile a Keva que me mande un mensaje con lo que pase en la cocina.

Jovan responde, pero no le presto atención, mis ojos de nuevo puestos en mi esposa. Esta mañana me desperté con Sienna en mis brazos, acurrucada como una gatita. Deseaba no tener que dejarla. Quedarme en la cama, con ella acurrucada contra mi cuerpo, sonaba como una opción mucho mejor que ir a trabajar, incluso sin sexo de por medio. Intenté recordar si alguna vez había tenido ganas de pasar una noche con una mujer si no había sexo de por medio y me quedé en blanco. Y, desde luego, nunca he retrasado mis obligaciones de negocios para ir a ver a una. No obstante, aquí estoy ahora, espionando a mi esposa, en lugar de ir a liquidar al hijo de puta que no pudo mantener la boca cerrada. Y preguntándome quién carajos estaba al otro lado de la línea de la llamada que rechazó.

—Si algún hombre se acerca a mi mujer, encárgate de él —siseo y bajo la visera. Es hora de hacerle una visita al soplón.

—¿Encargarme de él? —inquire Jovan—. ¿ De qué manera?

Lo miro a través de la visera polarizada.

—De cualquier manera que acabe necesitando un hueco en un cementerio, Jovan.

* * *

Es más de medianoche cuando por fin llego a casa. Tuve que tomar un camino de vuelta más largo porque la presencia policíaca alrededor de la cuadra de Wesley era numerosa. Seguramente alguien denunció los gritos.

Saludo con la cabeza al hombre de guardia junto a la puerta principal.

—¿Algo?

—No. Los guardias fuera del cerco del perímetro confirmaron que no hay nada sospechoso.

—Bien —declaro y me dirijo arriba.

Es cuestión de tiempo para que Bogdan haga su movida. Probablemente atacará uno de nuestros almacenes o tal vez el club, pero prefiero cubrir todas mis bases, así que me aseguré de tener hombres desplegados a lo largo de la carretera que lleva a la casa.

Entro a mi habitación y al instante sé que algo no está bien. El montón de maletas de colores ya no está. Mi cama está vacía. Parece que mi esposa cree que tiene voz y voto sobre nuestros arreglos para dormir. Lanzo mi chaqueta al sillón reclinable junto a las puertas del balcón y me dirijo al baño.

Después de una ducha muy necesaria, camino por el pasillo, revisando las habitaciones a mi paso. Hay varias *suites* desocupadas en esta planta porque prefiero no tener a nadie a mi alrededor durante las pocas horas que me permito descansar, así que podría estar en cualquiera de ellas.

Las primeras habitaciones que atravieso están vacías. Paso por delante de las de Keva y Filip sin revisarlas, así como algunas otras usadas por mis hombres, y avanzo más por el corredor. Mi mujer está en la última habitación de este piso, durmiendo bajo una manta delgada en una cama diminuta en la que nunca cabría mi enorme cuerpo. Sus ocho maletas están amontonadas en un rincón.

Apoyando mi hombro sobre el marco de la puerta, la observo dormida. Estaba convencido de que se rehusaría a ayudar en la cocina. No obstante, el mensaje que recibí de Keva no fue un mensaje de texto, sino una foto de mi esposa parada sobre un pequeño taburete frente al fregadero, lavando una enorme sartén quemada. Tenía puestos los mismos pantalones dorados y el mismo suéter azul que llevaba en el restaurante, aunque en lugar de zapatos de tacón, tenía puestos en los pies una especie de monstruosidad peluda. Siguiéron varias fotos más. Sienna colocando vasos en un estante.

Inclinada sobre la estufa, mirando dentro de una olla humeante. Cargando platos sucios mientras se reía de algo. Estuve seriamente tentado de dejar mi misión de matar a Wesley para otro día y volver a casa simplemente para poder observar a Sienna mientras parecía disfrutar de sus quehaceres.

Los italianos de la *Cosa Nostra* son muy especiales. Los que están en los niveles más altos de la jerarquía son tratados casi como miembros de la realeza, y muchos de ellos actúan como si lo fueran. Especialmente las mujeres. Hace unos años salí con la hermana de uno de los Capos y estuve a punto de suicidarme veinte minutos después de empezar nuestra cita. Ni siquiera recuerdo el nombre de la mujer, solamente la sensación de que estaba sentado frente a una cáscara vacía de una persona. Un maniquí en un escaparate cuyo único propósito en la vida era mostrar la ropa cara que llevaba puesta. Si se la quitaba, no quedaba más que una muñeca de plástico.

Puede que mi esposa se vista con atuendos igual de caros, pero tengo la sensación de que hay muchas, muchas más capas bajo su superficie. Y tengo la intención de pelar cada una de ellas y descubrir lo que se esconde debajo.

Camino hacia las maletas, recojo las dos primeras y las llevo a mi habitación. Después de repetir el acto tres veces más, me acerco a la cama donde Sienna está durmiendo y deslizo mis brazos por debajo de su esbelto cuerpo. Puede que aún no tenga intención de tener sexo con ella, sin embargo, solo tiene permitido dormir en un lugar. En *mi* cama.

Sienna se agita, balbucea algo y entierra su cara en mi pecho. La cargo hasta mi habitación, la bajo con cuidado a la cama y me coloco detrás de ella. Sigue durmiendo incluso cuando rodeo su cintura con mi brazo y la aprieto contra mi cuerpo.

Capítulo 7

Sienna

Desde el momento en que abro los ojos, sé que estoy en la habitación equivocada. En lugar de una pequeña ventana sin cortinas, veo unas largas azul marino que cubren unas puertas de estilo francés que dan a un balcón. El dormitorio de mi esposo. Probablemente me trajo aquí mientras dormía. Y mis maletas también están de nuevo aquí, alineadas a lo largo de la pared. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

Me doy la vuelta y veo que el otro lado de la cama está vacío, y una indeseada punzada de decepción me apuñala por dentro. ¿Esperaba secretamente que Drago estuviera a mi lado? Supongo que sí, un poco. La puerta de la recámara está cerrada y él no está a la vista. Tomo su almohada y me la acerco a la cara. Huele a él. Puede que me guste despertarme en la cama de Drago, pero aun así volveré a llevar mis cosas a la pequeña habitación, más tarde. No voy a acostarme con un hombre que no conozco, por muy bueno que esté.

El ruido de pasos que se acercan resuena en el pasillo. Lanzo la almohada como si me quemara, salto de la cama y me dirijo hacia las maletas.

—Te perdiste el desayuno. —La voz de Drago retumba en la habitación desde la puerta—. Keva te guardó un poco en la cocina.

—Gracias, querido —digo mientras hurgo el contenido de una maleta—. Oye, me preguntaba si...

—Vamos a dar una vuelta rápida por la propiedad antes de irme a trabajar —me interrumpe a media frase—. Te espero frente al garaje. Date prisa. No tengo todo el día.

—Oh, es una oferta muy amable de tu parte, pero no me apetece dar un paseo tan temprano por la mañana. Qué tal si lo dejamos para la tarde, ¿eh? —Miro por encima de mi hombro. Ya se fue—. ¡Eso fue muy descortés! —le grito.

Me visto en menos de diez minutos y bajo corriendo por la gran escalera hasta la planta baja. Dos de los hombres de Drago están de pie junto a la puerta principal, completamente absortos en su discusión mientras se ponen sus abrigos.

Me acerco y les ofrezco una sonrisa radiante.

—Que mañana tan encantadora. ¿Van a una reunión?

Ambos me fulminan con la mirada. El hombre a mi derecha tiene puesto un traje negro y una corbata torcida y medio anudada al cuello. Creo que se llama Iliya. Ayer tuve la oportunidad de explorar la casa con Jelena, y me señaló a algunas personas con las que nos cruzamos. Aunque son tantos los que viven aquí que me va a llevar un tiempo conocerlos a todos.

—Oh, no puedes salir así, dulzura. —Sacudo la cabeza y le ajusto la corbata—. Ya está. Mucho mejor. ¿Ya desayunaron?

Cuando vuelvo a levantar la vista, me encuentro con que ambos me miran con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

—Sí —murmuran al unísono.

—Oh, bien. Pues que tengan un buen día. —Me despido con la mano y atravieso el vestíbulo.

Mientras me dirijo a la cocina, pienso en la escena posterior a la cena de anoche. La cocina parecía como si hubiera estallado una bomba: montañas de platos sucios por todas partes y las chicas corriendo de un lado para otro, guardando las sobras y metiendo los platos en el lavavajillas. Hay tres, y estoy segura de que no paran de funcionar con la cantidad de platos que genera cada comida. Me sorprende que no tengan una de esas máquinas industriales, como las de los restaurantes. La escena fue caótica, pero en realidad me pareció relajante de alguna manera.

Drago no estuvo en la cena, como yo esperaba, y me sentía un poco deprimida por ello. Así que, cuando Keva me vio parada en la puerta, me preguntó si quería ayudar. Me encogí de hombros y acepté. Inmediatamente después, me puso una olla quemada en las manos. Tardé más de treinta minutos en lavarla, pero probablemente habrían sido dos horas si Nato no se hubiera dado cuenta de que estaba usando una esponja y no me hubiera dado una cosa metálica para que la usara en su lugar.

No estoy acostumbrada a los quehaceres domésticos, teníamos una sirvienta para eso, mas disfruté bastante ayudando a Keva y a las chicas. Las mujeres se reían y chismorreaban sobre sus novios, lanzándome

miradas curiosas de vez en cuando. Luego, de repente, cambiaron al inglés y me metieron en una conversación. Nos entretuvimos hasta que Keva nos echó. Acabé con una uña rota, pero fue divertido.

La cocina es menos frenética ahora, no obstante, sigue habiendo mucha actividad. El desayuno hace rato que terminó, así que tres chicas están cargando los lavavajillas y recogiendo. Veo a Filip y a un par de chicos comiendo en una mesita apartada a un lado. Deben de haberse perdido el evento principal, igual que yo. Keva está al otro lado de la habitación, removiendo distraídamente el contenido de un gran recipiente que sostiene, con los ojos fijos en el televisor suspendido sobre el mostrador. Se queda quieta, completamente absorta en la pantalla que emite las noticias locales. Nunca falta el drama en New York.

Veó una jarra de jugo casi vacía en medio de la mesa en la que están sentados los chicos, así que voy al enorme refrigerador y saco una llena. Ayer me di cuenta de que Keva había puesto unas cuantas a enfriar.

—Aquí tienen —indico mientras dejo el jugo sobre la mesa y sonrío antes de llevar la jarra vacía al lavavajillas.

Adam, el grandulón de cabello oscuro que está a cargo de los soldados, según Jelena, entra a la cocina.

—*Pop se zabavio sinoc, vidim.* —Hace un gesto con la cabeza hacia el televisor mientras saca una lata de refresco del refrigerador.

¿*El sacerdote se divirtió anoche?* ¿Qué se considera “diversión” para los sacerdotes serbios? ¿Tal vez dirige el coro de la iglesia? Levanto la vista hacia la pantalla del televisor. Un reportero está de pie delante de un edificio de cinco pisos, hablando a la cámara. Detrás de él hay varias patrullas de policía estacionadas, y una cinta amarilla de escena del crimen restringe la entrada a las instalaciones.

—... *lo que posiblemente sea otra ejecución relacionada con pandillas. La víctima, Wesley Powells, fue encontrada por un vecino. Según el testigo, el señor Powells fue clavado a una pared con estacas atravesándole las manos. Una marca de una cruz fue tallada en su pecho. La policía, sin embargo, no ha hecho más declaraciones por el momento.*

—Dios mío —murmuro mientras me recorre un escalofrío. Su sacerdote debe hacer mucho más que dar orientación espiritual—. Hay que estar muy perturbado para hacerle eso a una persona.

Keva agarra el control remoto del mostrador y apaga rápidamente el televisor.

—No te había visto —comenta y reanuda la mezcla de lo que tenía en el tazón—. Te guardé esos sándwiches.

—Como que se me quitó el apetito.

—No te irás de mi cocina hasta que hayas desayunado, Sienna.

Suspiro y tomo el sándwich más pequeño del plato. Definitivamente, su apodo le queda bien.

—¿Por qué sigues en pijama? —cuestiona.

Tengo la boca llena, pero murmuro:

—No son pijamas.

Los ojos de Keva se deslizan por mi cuerpo, sobre mi conjunto a juego de pantalones de seda de color turquesa y una blusa con grandes flores fucsia.

—¿Estás segura?

—Síp.

Se ríe, como una ardilla traviesa.

—A Drago le encantará.

—Yo estaba pensando lo mismo. —Sonrío.

Salgo de la cocina y atravieso a toda prisa el comedor y el recibidor. Mi chaqueta amarilla está colgada en la pared junto a varias docenas de otros abrigos. Me la pongo, le sonrío al tipo con el ceño fruncido que está junto a la puerta y salgo de la casa.

Drago está parado junto a un coche estacionado en la entrada, hablando con los dos tipos que vi antes en la puerta principal. Me ven llegar, asienten con la cabeza, entran al auto y se van. Bueno, un asentimiento de cabeza es mejor que nada.

—No estoy seguro de que ese atuendo sea una buena elección —pronuncia Drago, observándome.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Asustarás a mis perros.

Me pongo tensa.

—No me interesa ver a tus perros.

—¿No te gustan los perros?

Encuentro su mirada penetrante y sonrío mientras la bilis me sube por la garganta.

—Odio a los perros.

—Qué lástima. Los conocerás, de todas formas. —Toma mi mano y me lleva a través del césped.

—¡No quiero ver a tus malditos perros! —Intento apartarme mientras caminamos alrededor de la casa—. ¡Drago!

Se detiene y me sujeta la barbilla entre sus dedos.

—Son perros guardianes, Sienna, pero no te conocen a ti ni tu olor. Tienes que conocerlos para que puedan olfatearte y vean que estás conmigo. No tienes por qué tener miedo.

—No lo tengo —me ahogo.

—¿No? A mí me parece que estás bastante aterrorizada. —Su pulgar roza un lado de mi barbilla y se detiene en la comisura de mis labios—. No pasará nada mientras estés conmigo, *Mila*.

Cierro los ojos, disfrutando de su caricia. Su otra mano sigue sujetando la mía, y me siento abrumada y muy tentada. Me esfuerzo mucho por no ponerme de puntitas y besar su boca firme. No nos besamos en el ayuntamiento antes de firmar el acta de matrimonio. ¿Cómo se sentirá tener sus labios sobre los míos?

Se oyen fuertes ladridos al otro lado del jardín trasero. Abro los ojos y veo detrás de Drago. Una valla de hierro divide la zona y, más allá, tres rottweilers saltan y ladran en nuestra dirección. Parecen entusiasmados, persiguiéndose unos a otros y echándose hacia atrás sobre sus patas traseras para apoyar las delanteras en la valla.

—Vamos a saludarlos. —La mano de Drago se aparta de mi cara.

Mientras nos acercamos lentamente a la valla, no deja de apretarme ligeramente la mano, como para asegurarme que todo estará bien.

—Sentados —ordena cuando llegamos al perímetro. Los tres perros se sientan inmediatamente, con los ojos fijos en él. Drago se coloca detrás de mí y me rodea con los brazos.

—¿Qué haces? —indago, pero me olvido por completo de la pregunta cuando un beso se posa en un lado de mi cuello. Sujeta mi cintura con más fuerza mientras sus labios suben hasta mi barbilla.

—Mantén la mirada en los perros —me indica junto a la oreja y me rodea la muñeca con los dedos, levantando mi mano hacia sus labios.

Los perros nos observan con interés, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Mantengo la mirada fija en ellos mientras los labios

de Drago presionan el dorso de mi mano. Mis dedos empiezan a temblar ligeramente cuando me gira la mano y me besa el centro de la palma.

—Ahora, la otra —me dice.

El simple acto de respirar se vuelve difícil mientras bajo la mano derecha y levanto la izquierda, porque aún puedo sentir la caricia de sus labios sobre mi piel. Toma mi mano y la acerca a su boca, pero no lo suficiente para otro beso. Su aliento caliente me recorre la palma. Está claro que lo hace por el bien de los perros. No entiendo el motivo de sus acciones, mas estoy segura de que tiene algo que ver con ellos. Y ojalá no fuera así.

Drago me pasa los labios por la muñeca, justo por encima de mi pulso, y juro que el corazón me da un vuelco. Es como si me recorriera una corriente eléctrica de baja intensidad. Dondequiera que sus labios me tocan, una energía estremecedora penetra y se extiende por mi cuerpo, haciendo estallar todas las terminaciones nerviosas a su paso. Me da otro beso en la muñeca, y luego mueve mi mano y presiona mi palma contra su mejilla. Respiro profundamente y me inclino más hacia él, con toda la espalda pegada a su frente.

—Creo que ya quedó claro. —Drago baja mi mano y me acerca a la valla, más allá de la cual los perros siguen sentados prestando atención.

—¿Qué cosa? —pregunto, y al levantar la vista me doy cuenta de que me está mirando.

—Que eres mía.

Sin romper nuestro contacto visual, levanta mi mano hacia el hueco entre los postes de hierro. Los tres rottweilers se levantan y, uno a uno, se acercan a olfatearme la mano. Una lengua húmeda y cálida me lame los nudillos. A Bonbon le encantaba lamerme las manos y la cara.

Cierro los ojos un segundo y retiro mi mano de la de Drago.

—Bueno, ya conocí a tus perros, así que seguiré mi camino. Diviértete en el trabajo.

Me doy la vuelta hacia la casa, no obstante, su brazo me rodea la cintura, jalándome hacia atrás y apretándome contra su cuerpo.

—Lamento que te hayan asustado —se disculpa junto mi oído—. Les diré a mis hombres que únicamente los dejen salir a correr por la noche.

—Gracias —declaro.

Por lo visto, sigue pensando que me dan miedo los perros. No importa. No pienso darle explicaciones.

Drago

No le dan miedo los perros.

Me detengo con la mano en el picaporte. No sé exactamente por qué me doy cuenta ahora, horas después, pero sé que tengo razón. Sea cual sea el motivo de la renuencia de Sienna, no fue el miedo.

—¿Dónde está mi esposa? —le inquiero a Jovan, que está de guardia en la puerta principal.

—En la sala de descanso.

Entro y giro a la derecha hacia la enorme sala de descanso que ocupa buena parte de la planta baja en este lado de la casa. Hay varios televisores de pantalla grande y consolas de videojuegos, así como una mesa de billar y máquinas de *pinball* que Mirko compró el mes pasado. En una de las esquinas hay un pequeño bar con una gran variedad de bebidas. Con casi cincuenta personas bajo el mismo techo, es necesario proporcionar algún tipo de entretenimiento a menos que quieras que tu vida se convierta en un infierno. Sobre todo por las noches.

Cuando entro a la sala, espero encontrar a mi mujer viendo una película o charlando con algunas de las mujeres. En cambio, la encuentro sentada con tres de mis hombres en la mesa de póquer que hay cerca del bar, con media docena de personas observando la partida. La iluminación principal está apagada y únicamente está encendida una lámpara colgante sobre la mesa, lo que crea un ambiente de cine en blanco y negro en la sala. Me detengo en el bar para servirme un trago, luego me apoyo en una pared cercana y observo lo que ocurre.

Mi mujer está sentada en una silla con las piernas cruzadas, sujetando las cartas con la mano izquierda mientras mordisquea la yema de su pulgar derecho. Mirko está a su derecha, con una expresión arrogante. A su otro lado está Adam y, aunque su expresión no lo demuestra, él cree que va a ganar. Somos amigos desde la escuela secundaria y conozco todos sus gestos. Enfrente de Sienna está Relja. Lo encontré congelándose en las

calles cuando aún era un niño y lo traje aquí. Como siempre, es completamente enigmático. No estoy seguro de haber conocido nunca a un hombre tan difícil de leer como Relja.

Hay un minúsculo montón de dinero en el centro de la mesa, probablemente no más de un par de cientos de dólares en billetes pequeños. Difícilmente se trata de una partida de apuestas altas; es obvio que juegan por diversión. Mi atención vuelve a centrarse en mi esposa, que se quita sus enormes argollas de oro y las deja caer sobre el montón de dinero. Sienna vuelve a mordisquearse el pulgar y sus ojos pasan de un hombre a otro rápidamente. Cualquiera podría pensar que sus cartas son un asco. Esbozo una sonrisa.

Los tres hombres de la mesa creen que mi esposa está perdiendo.

Y los tres se equivocan.

Dejo el vaso vacío sobre el mostrador, me acerco al grupo y me detengo detrás de Sienna. Agarro su silla por un lado, la giro en un ángulo de ciento ochenta grados y empujo el respaldo contra el borde de la mesa. Debe de haber pegado un gritito cuando la giré, porque me mira con una expresión un poco salvaje en los ojos.

—¿Drago? —Jadea—. ¿Qué...?

Mis manos se posan en la cintura de Sienna. La levanto de la silla y ocupo su lugar, luego la deposito a horcajadas sobre mi regazo. Parpadeando confundida, mi esposa presiona las cartas contra su pecho para ocultarlas de la vista de sus oponentes. Puedo escuchar cómo los chicos que están detrás de mí se aclaran sutilmente la garganta al ver nuestra nueva posición, y veo de reojo más de una mirada entrometida por parte de los curiosos que están alrededor de la sala.

—Siéntanse libres de continuar —agrego, mis ojos se deslizan de nuevo a la cara de Sienna, a pocos centímetros de la mía.

—¿Así?

—Sí.

Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa. Mira las cartas que tiene en las manos y luego se inclina hacia mí, agarrando una carta de la mesa por encima de mi hombro. Muevo mi mano a la parte baja de su espalda y la acerco hasta que sus pechos se aplastan contra mí y su coño se acomoda sobre mi polla, que se endurece rápidamente. La charla en la habitación se

apaga. Por lo que parece, Sienna permanece imperturbable, pero no puede ocultarme el rápido incremento de su pecho.

—¿Te estás distraendo? —pregunto y me inclino un poco hacia atrás para ver su respuesta.

—En absoluto.

—*Hmmm...* —Le quito las cartas de la mano y echo un vistazo rápido a lo que tiene.

Una mano ganadora, tal como pensaba.

—Ella ganó. Todos pueden irse —declaro y tiro las cartas a la mesa por encima de mi hombro.

Se escuchan sillas raspando el suelo y pasos que se alejan a mis espaldas. La multitud que nos rodea también se dispersa lentamente.

—Me arruinaste el juego —susurra Sienna, mirándome fijamente a los ojos.

—Lo hice. —Levanto la mano y acaricio la línea de su mandíbula—. ¿Cuál es el problema con los perros, Sienna?

Su cuerpo se queda completamente inmóvil, pero al siguiente instante se relaja y sonrío.

—¿Qué quieres decir?

Inclino la cabeza hacia un lado y observo su rostro. Su sonrisa parece auténtica. Sin embargo, no le llega a los ojos. Y ella sabe exactamente a lo que me refiero.

—Bueno, ya debería irme. Tengo que lavarme el cabello —suelta y se levanta de mi regazo—. Te veo luego.

La sigo con la mirada mientras se apresura a recoger sus pendientes y el dinero de la mesa, y luego sale rápidamente de la habitación. Cruzando los brazos sobre mi pecho, observo hacia la puerta por la que desapareció.

Descubriré sus secretos. Puede que lleve tiempo, ya que sospecho que presionarla no dará ningún resultado. No importa. Soy un hombre muy paciente.

Capítulo 8

Sienna

Me despierto con el relajante sonido de la ducha proveniente del baño, pero no me hizo falta escucharlo para saber que Drago ya no está en la cama conmigo. Su calor está ausente, y echo de menos la sensación de paz a la que me acostumbré en las últimas diez noches.

Después de mi primer intento de dormir en una habitación separada y encontrarme de nuevo en la cama de Drago por la mañana, lo intenté dos veces más. Cada vez, mi esposo me cargó hasta su habitación. Dejé de intentar “escapar” después de eso porque me gusta dormir con su cuerpo acurrucado contra el mío más de lo que me gustaría admitir. Y eso es todo lo que hemos hecho hasta ahora. Dormir.

Aparte de abrazarme, no me ha *tocado*. Ojalá lo hiciera. Algunas veces, cuando me despertaba mientras él seguía en la cama, fingía estar dormida, disfrutando de estar pegada a su pecho firme. Su pecho no era lo único que estaba duro, y eso me asustó un poco. Nunca había tenido relaciones sexuales.

Tuve un par de novios, mas nunca pasamos de la primera base. No es como si me estuviera reservando para el matrimonio, y no me asusta el acto íntimo en sí. Es solo que... sentirme atraída por alguien físicamente nunca ha sido suficiente para mí. Un cuerpo atractivo que no tuviera ningún impacto en mí mentalmente me interesaba tanto como un pisapapeles con adornos. Bonito para mirarlo, pero no esencial en mi vida.

Cada vez que un chico me presionaba para tener sexo, rompía con él. Simplemente no podía soportar la idea de acercarme tanto a alguien. Tenía mis razones. Normalmente, cuando las relaciones alcanzan un cierto nivel, la gente tiende a creer que tiene derecho a “más”. Más charlas. Más explicaciones. Más de *ti*. Pero *cada parte* de mí siempre estaba encerrada. Siempre escondida, especialmente del hombre con quien estuviera saliendo. ¿Y si me abría, dejándolo vislumbrar lo que se esconde detrás de mi farsa

cuidadosamente elaborada, y él decidía marcharse? O peor aún, se quedaba y yo desarrollaba sentimientos por él. No.

No tener sentimientos significaba no sufrir si algo malo pasaba. El dolor y la angustia no valían la experiencia carnal.

Mi hermana sabe esto sobre mí. Siempre me *ha* entendido. Asya dijo una vez que necesito un hombre que pueda seducir a mi cerebro antes de permitirle que me folle el coño. Lo que sea que eso signifique.

Ruedo sobre mi espalda y miro al techo, contemplando lo sola que se siente esta enorme cama cuando Drago no está aquí conmigo. ¿Qué diría si le pidiera que volviera a la cama después de ducharse para que pudiéramos abrazarnos un poco más? Se reiría o pensaría que intento seducirlo para que se acueste conmigo. Si hubiera actuado como si quisiera, me habría lanzado sobre él, sin importar las consecuencias. Pero no es sexo lo que busco. Siento una extraña necesidad de estar cerca de él, de hundir mi cara en su cuello y absorber su olor. Es estúpido, lo sé, mas no puedo evitarlo.

Se cierra el grifo y, dos minutos después, mi esposo sale del baño únicamente con una toalla alrededor de la cintura.

Me hago la dormida y lo miro con los párpados entreabiertos. Tiene uno de los cuerpos masculinos más hermosos que he visto en mi vida. No es que haya visto muchos, pero aun así. Hombros anchos y brazos muy musculosos. Abdominales marcados y firmes en los que podría hacer rebotar una moneda si la lanzara. Se dirige hacia el armario, al otro lado de la habitación, y yo desplazo mi mirada hacia su espalda, observando las cicatrices de quemaduras que cubren el lado izquierdo de su cuerpo. Se concentran sobre todo en sus hombros y justo debajo, aunque también tiene algunas en el antebrazo y en el dorso de la mano. Hace poco que las noté porque están cubiertas de tatuajes.

El otro día busqué en Google información sobre quemaduras y, basándome en todo lo que leí y en las imágenes que mostraban las distintas fases de cicatrización, llegué a la conclusión de que Drago se ha sometido a injertos de piel. ¿Estuvo atrapado en un incendio cuando era más joven?

Drago se quita la toalla y yo cierro los ojos. Un movimiento instintivo para alguien que no está acostumbrada a ver a un hombre desnudo. Sin embargo, me gana la curiosidad y abro los párpados para contemplar su trasero. Cuando se estira para tomar algo de la repisa, veo su miembro y vuelvo a cerrarlos. ¿Debería ser tan grande? Imagino su enorme longitud

deslizándose dentro de mí, preguntándome cómo se sentiría, y me muerdo el interior de la mejilla para ahogar un suspiro.

El eco de unos pasos que se acercan me llega una fracción de segundo antes de que el edredón salga volando de mi cuerpo.

—Levántate.

Mantengo los ojos cerrados, haciéndome la dormida.

—Sé que estás despierta.

Rayos. ¿Sabe que estaba mirándole la polla? Abro los párpados y veo a Drago parado al pie de la cama. Tiene puestos unos pantalones deportivos negros y una sudadera con capucha roja.

—¿Qué hora es? —pregunto. Ayer me perdí el desayuno y tuve que ir a la cocina a pedirle a Keva algunas sobras. El horario de comidas que tienen aquí no va muy bien con mi biorritmo. ¿Desayunar a las ocho? Eso es una tiranía.

—Seis y media. Irás a correr conmigo.

—No lo creo —resoplo y entierro mi cara en la almohada.

Una mano me rodea el tobillo jalándome hacia el borde. Grito y trato de empujarlo con la otra pierna. Drago se agacha, me levanta y me carga hasta el baño. Pataleo con los pies por delante mientras aprieto sus antebrazos, intentando en vano soltarme. En cuanto me deja en el baño, lo empujo en el pecho.

—¡No soy una de tus subordinadas, Drago! —Lo golpeo de nuevo—. No puedes darme órdenes.

—No eres mi subordinada. —Da un paso adelante, haciéndome retroceder dos—. Sin embargo, me perteneces. Y no dejaré que andes por ahí tan pálida como una hoja de papel. Vamos a salir a correr, y no volveremos hasta que tengas algo de color en tu rostro.

—No soy de tu propiedad. —Quise decir con una sonrisa, pero termina siendo una semimueca entre dientes. Por alguna razón, mi filtro de “persona agradable” no parece funcionar tan bien cuando él está cerca.

Drago baja la mirada hacia mi mano, que sigue apretada contra su pecho.

—Eso dice que lo eres.

Sigo su mirada y veo que se enfoca en mi anillo de matrimonio.

—¿Ah, sí? Creí que significaba que habíamos firmado un acta de matrimonio, no una escritura de compraventa. Pero supongo que ese

malentendido es fácil de corregir. —Levanto mi mano delante de su cara, planeando quitarme el anillo. En cuanto se da cuenta de mi intención, me agarra la barbilla y me levanta la cabeza.

—Puedes quitártelo si quieres —dice despreocupado, y se inclina hasta que nuestros rostros quedan a la misma altura—. Sin embargo, ten en cuenta una cosa, *Mila Moya*. Cualquier hombre que te mire sin tu anillo puesto, morirá.

Pongo los ojos en blanco. Sí, claro. Seguro que se le olvidó que yo estaba presente cuando Keva le gritó y no hizo nada al respecto. No matará a nadie, y menos por mirarme. Supongo que tuve suerte de acabar con Drago y no con alguien que va por ahí matando gente. Es un riesgo con los matrimonios arreglados. Pude haberme casado con alguien como el sacerdote. Es obvio que ese hombre se encarga de matar a gente para Drago, o Adam no habría hecho ese comentario en la cocina cuando vimos el reportaje.

—Te espero afuera. —Me suelta la barbilla y se marcha.

Sacudo la cabeza y tomo un cepillo de dientes. De ninguna manera voy a salir a correr con él. Aunque *no* odiara correr, y lo odio, no tengo nada que ponerme. Aunque quizá podría dar una vuelta por la propiedad y revisar el número de guardias. Ajello me ha llamado dos veces desde que llegué, pero no pude contestarle porque había gente alrededor. Sin embargo, le envié un mensaje de texto diciéndole que aún no me había enterado de nada importante, mas tendré que llamarlo pronto para contarle *algo*.

El espejo sobre el lavabo sigue empañado por la ducha de Drago. Paso la palma de la mano por encima y miro fijamente mi reflejo. No me parece bien reunir información sobre mi esposo y pasársela al Don, pero no tengo elección. La Familia siempre es primero, ese es el lema de la *Cosa Nostra*.

* * *

Estoy bajando las escaleras cuando se me ocurre una idea. Sonriendo, me quito mi anillo de matrimonio y lo meto en el bolsillo de mis *jeans* rosas. La puerta principal está abierta y Keva está en el umbral, firmando unos papeles para un hombre con uniforme de trabajo y el nombre de la empresa local de plomería sobre el bolsillo izquierdo del pecho. Paso junto

a ellos y me dirijo hacia Drago, que está esperando en medio del camino de entrada, con su teléfono. Sus pulgares se mueven rápidamente mientras teclea. Tiene que ser un mensaje largo o un correo electrónico. ¿No sería más fácil llamar a la persona?

Cuando me detengo frente a él, aparta el teléfono y me examina de pies a cabeza.

—¿Es en serio?

—¿Qué? —Levanto una ceja.

—Botas de tacón alto. Y... ¿qué es eso? —Me señala al pecho.

—Un vestido tipo suéter extragrande —respondo. Es uno de mis favoritos, amarillo con un estampado de grandes corazones en el mismo tono rosa que mis *jeans*.

Suelo escoger mi ropa según cómo me siento. Cuando mi estado de ánimo es bajo, tiendo a optar por combinaciones coloridas y ridículas. Sin embargo, últimamente elijo mi ropa únicamente porque me gustan las reacciones de Drago. Hay algo muy tierno cuando gruñe cada vez que ve mi atuendo del día. Una cosa que me ha parecido realmente sorprendente, es que ni una sola vez me ha dicho “No puedes salir en público con eso puesto”. Como suelen hacer algunas de mis amigas y exnovios. Normalmente se queja un poco o mira al cielo y sacude la cabeza, pero eso es todo. Al parecer, no le molesta que vaya por ahí con lo que él llama “chaqueta de gallina” o “monstruosidad amarilla”. Algunos de mis atuendos son ridículos, mas Drago nunca ha dicho que me veo ridícula con ellos.

—Sienna, en esa cosa caben tres tú. Ve a ponerte algo cómodo. Y ponte unos zapatos deportivos.

—Esto es cómodo. Y no tengo zapatos deportivos.

—No tienes zapatos deportivos.

—*Nop*. Solamente tacones. Lo siento. —Sonrío.

—*Isuse* (Jesús) —murmura y mira a su alrededor, observando a Jovan que sale del garaje—. Jovan, las llaves —brama.

Jovan parece confundido por un momento, pero luego saca un juego de llaves de su bolsillo y se las lanza a Drago.

—¿Iremos a dar una vuelta? —pregunto.

—Vamos a comprarte unos malditos zapatos deportivos, Sienna.

Caminamos hacia el auto de Jovan cuando el plomero pasa a nuestro lado. Me lanza una mirada y se dirige hacia su camioneta. Me acerco a la

puerta del pasajero cuando los dedos de Drago me rodean la muñeca.

—No tienes puesto tu anillo de matrimonio —señala.

—Dijiste que no te importaba.

—No me importa —declara, cierra la puerta tras de mí y rodea el cofre. Espero que se ponga al volante, pero cruza a grandes zancadas el camino de entrada hacia la camioneta donde el plomero está guardando sus herramientas. ¿Qué hace? Quizá quiera preguntarle algo... *¡Por Dios!, ¡demonios!*

Salgo corriendo del coche y corro hacia la camioneta, donde mi esposo está sujetando al plomero contra el costado del vehículo. La mano de Drago rodea la garganta del tipo y, a juzgar por la cara roja del pobre hombre, lo está asfixiando.

—¡Drago! —Lo agarro por detrás de la capucha e intento quitárselo de encima. El tipo parece que se va a desmayar en cualquier momento—. ¡Oye!

Drago mira por encima del hombro y me clava la mirada.

—¿Qué?

—Que, *¿qué?* ¿Estás loco? ¡Suelta al tipo!

—Teníamos un trato, Sienna. Si no tienes puesto tu anillo de matrimonio, los hombres que te miren morirán. —Voltea hacia el plomero y continúa estrangulándolo.

¡Jesucristo, hablaba en serio! Nunca lo había visto ser agresivo con alguien. A pesar de su malhumor y su presencia dominante, no creo que esa sea su naturaleza. Le suelto la sudadera y me reviso los bolsillos histéricamente. ¿Dónde, dónde...? ¡Sí! Saco el anillo del bolsillo y me lo pongo en el dedo.

—¡Mira! —Levanto la mano y la agito frente a la cara de Drago, intentando controlar mi pánico—. Me lo volví a poner. Por favor, detente. Por favor, por favor, por favor.

Me mira la mano y luego a mí.

—¿Se quedará puesto?

—Me lo pegaré en el dedo si quieres. Pero, por favor, no mates al plomero.

Los ojos de Drago vuelven a la mano que aún sostengo en el aire y suelta su agarre del cuello del tipo.

—De acuerdo. Vamos a comprar esos zapatos deportivos.

Drago

Sienna está parada frente al gran espejo del supermercado local, mirando su reflejo. Es el único lugar abierto tan temprano por la mañana que tiene lo que buscamos. No estaba seguro de cómo reaccionaría si la traía aquí en vez de a su lugar de compras de costumbre, mas ni siquiera se inmutó y entró como si lo hubiera estado haciendo todas las semanas de su vida. Fue divertido ver lo emocionada que se puso, aunque intentó disimularlo, al ver que vendían ropa a pocos pasillos de los comestibles frescos. Insistió en que teníamos que comprar también una caja de mandarinas, y ahora tengo que cargar con ella mientras Sienna se prueba ropa deportiva.

El atuendo que se puso consiste en una sudadera azul pálido y unos pantalones deportivos a juego, combinados con zapatos blancos de cuero para correr. No sé si alguna vez he visto a alguien tan desdichado como Sienna mientras examina su atuendo. Murmura algo, así que muevo mi mirada hacia sus labios.

—... Ni siquiera es un color de verdad. Estúpido azul desteñido. Es deprimente.

—¿El color te deprime?

—Sí. Mucho.

Miro a mi alrededor y veo a la empleada de la tienda junto a un estante de chaquetas. Dejo que mi mujer siga parloteando y me acerco a la mujer.

—Necesito que me busque la ropa deportiva más ridícula que tenga en la tienda.

La vendedora abre los ojos sorprendida.

—¿La más... ridícula?

—Sí. Algo que ninguna mujer en su sano juicio compraría. Un fucsia chillante. Naranja neón. Un estampado animal absurdo en un color espantoso. O algo que brille. Zapatos, también.

—Oh... Veré qué puedo conseguir.

La empleada se aleja apresuradamente y vuelve cinco minutos después con una sudadera y unos pantalones a juego. El conjunto es de un vibrante

color lavanda y tiene una ancha franja amarilla que recorre el exterior del pantalón y las mangas. No tiene brillantina, pero el cordón de los pantalones es de satén del mismo tono amarillo que las rayas.

—Con eso debería bastar. —Asiento con la cabeza—. ¿Zapatos deportivos?

Ella levanta un par de zapatos para correr. La suela es blanca, pero tienen un estampado de colores a los lados. Agarro uno de la mano levantada de la empleada para verlo mejor. Son un montón de pequeños conejos multicolores.

—Perfecto. —Recojo la ropa y el otro zapato y vuelvo con mi esposa.

En cuanto Sienna ve las cosas que traigo, corre a agarrar todo y se mete corriendo en el probador más cercano. Apoyo mi hombro en la pared lateral del probador frente al de Sienna y observo sus pies a través del hueco entre el suelo y la puerta. Da saltitos sobre una pierna mientras se pone los pantalones deportivos. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. No recuerdo la última vez que alguien me divirtió tanto. Durante años, el trabajo fue lo único estimulante que llenaba mis días, por lo demás mundanos. Ya no. Ahora, la pequeña diablilla de ropa alocada y sonrisa traviesa ocupa la mayor parte de mi atención.

Fascinado. Sí, estoy completamente fascinado con mi esposa resplandeciente, y que me parta un rayo por no saber por qué. Es demasiado joven, excéntrica, sonríe constantemente y es alegre hasta un nivel inquietante. El caso es que no me gusta la gente alegre. Nadie puede ser feliz todo el tiempo. Si actúan así, o son estúpidos o están fingiendo. Y si de algo estoy cien por ciento seguro es de que mi brillante mujercita está muy lejos de ser estúpida. Aunque su forma de actuar pueda convencer fácilmente a la gente de lo contrario. Pero son ellos los tontos por no ver lo que yo tengo tan claro.

La puerta se abre con un chirrido y aparece Sienna con ese horrible traje lavanda. No entiendo cómo puede verse tan hermosa con ropa tan ridícula. Me sonríe, levanta su teléfono y se toma una *selfie* mientras frunce los labios ante la cámara.

—¿La vas a subir a las redes sociales? —pregunto.

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Por nada. —En cuanto vuelva a casa, le ordenaré a Mirko que haga algo con sus cuentas de redes sociales. Hackea sitios del gobierno con

regularidad, así que debe saber alguna manera de ocultar las fotos de Sienna. Nadie puede salivar con las fotos de mi mujer excepto yo. Ayer por la mañana, mientras Sienna dormía, le tomé una foto rápida en la cama con mi teléfono. Todavía no sé por qué lo hice.

De camino a la caja, pasamos por la sección de decoración para el hogar, donde hay dos largas estanterías repletas de baratijas, flores secas, figuritas de cristal, marcos para fotos y otros artículos similares. Sienna se detiene frente a un recipiente lleno de canicas de varios colores. Un chillido de emoción sale de sus labios mientras mira fijamente el cristal y pasa los dedos por las orbes brillantes. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me emocioné tanto por algo como ella parece estarlo por un puñado de estúpidas bolitas de cristal. Juro que esta mujer debió de ser un cuervo en su vida pasada para sentirse tan cautivada por las cosas brillantes. Es imposible no dejarse seducir por ella. Una extraña sensación de calidez se extiende por mi pecho al ver a mi esposa tan feliz, y anhelo ver más de esa alegría pura.

Aunque sé que me ha estado mintiendo desde el principio.

* * *

—Tomaremos el camino entre los árboles —informo mientras cierro la puerta del coche tras Sienna—. Vamos.

—¿Así que lo de trotar iba en serio?

—No bromeo a menudo, Sienna. Vamos. Ve delante de mí. Sigue el camino.

—¿Por qué no vas tú adelante?

—Quiero tenerte a la vista para que no puedas escabullirte cuando no estoy mirando.

Sus hombros se hunden, pero se da la vuelta y empieza a trotar hacia los árboles. La sigo unos metros detrás, igualando su ritmo mientras contemplo su hermoso trasero en esos ajustados pantalones deportivos. Esa es una de las razones por las que insistí en que fuera por delante en el sendero. La otra, que no me daría cuenta si dice algo detrás de mí.

Cuando pasamos junto a un tramo de césped donde Beli está rastrillando las hojas, Sienna se detiene y le dice algo. Alguien debería

haberle advertido que el viejo hijo de puta es antisocial y nunca habla con la gente. Me quedo unos pasos a un lado, haciendo como que estiro mis músculos, mientras observo el intercambio entre mi mujer y el jardinero. Nunca lo había visto sonreír, así que ver cómo se ríe a carcajadas levantando su pulgar es increíble. Sienna se despide con la mano y continúa.

—¿Qué te dijo? —le pregunto cuando me acerco al viejo gruñón.

—Tu esposa me encontró un nuevo lugar.

—¿Un lugar? ¿Para qué?

—Para mis lirios. —Sonríe y sigue rastrillando las hojas.

Sacudo la cabeza y sigo corriendo para alcanzar a mi radiante esposa, que trota en su lugar treinta metros por el sendero. Está charlando con Relja. Que ahora mismo debería estar en el turno de guardia y haciendo su ronda, ¡maldita sea! Él me ve venir, se da la vuelta y sale corriendo en dirección al portón.

—No distraigas a mis hombres mientras están trabajando.

Sienna levanta la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes? Eres muy gruñón. Es algo... tierno.

—Me han llamado de muchas maneras, Sienna. —Le rodeo la cintura con el brazo y la atraigo hacia mí—. Pero tierno no es una de ellas.

Puedo sentir cada una de sus respiraciones mientras su pecho sube y baja. Tiene los labios ligeramente entreabiertos, provocándome. No me queda mucho control y la necesidad de hacerla mía me está volviendo loco. Incluso a pesar de sus mentiras constantes desde el momento en que puso un pie en mi casa, y probablemente antes de eso, también. Dejé entrar a una espía en mi casa, aunque lo más jodido de toda esta situación es que no me arrepiento.

Me pregunto... ¿Dónde aprendió serbio?

Aunque la he estado observando de cerca desde el momento en que llegó, tardé más de una semana en darme cuenta de ese pequeño hecho. Ocurrió por casualidad durante la cena de hace unos días. Todos se reían de un chiste mientras Keva corría de un lado a otro colocando platos de comida en la mesa. Milo, uno de los soldados, estiró la mano pidiendo que le pasaran el puré de papas. Mi mujer sonrió y le pasó el tazón sin dejar de reírse del chiste. Y Milo no habla inglés. Creo que ella ni siquiera se dio cuenta de su error.

Ajello obviamente sabía que Sienna podía hablar serbio o no la habría elegido. Ese maldito hijo de puta calculador. No me extraña que la mitad del bajo mundo criminal lo quiera muerto. La pregunta es, ¿qué debo hacer con mi pequeña y brillante espía de la *Cosa Nostra*? ¿Debería matarla rápidamente, o debería hacerla sufrir?

Mientras la miro, me doy cuenta de una cosa extremadamente inconveniente. Aunque quisiera, no podría hacerle daño. Y lo que es peor, la mera idea de que alguien le ponga un dedo encima a mi mujer provoca en mí una furia asesina.

—Volvamos. —La suelto de mi abrazo y empiezo a caminar, súbitamente furioso.

Sin embargo, no es con ella con quien estoy enfadado. Estoy furioso conmigo mismo. Porque incluso sabiendo que mi esposa es una espía, ella es todo en lo que puedo pensar. Todo el. Maldito. Tiempo.

He estado pasando la mayor parte de mis días fuera de casa para no sucumbir al impulso de echármela al hombro, llevarla a la habitación y follármela hasta dejarla inconsciente. Quiero mantener mi distancia hasta que averigüe a qué está jugando Ajello, mas ya no puedo. Llevo más de una semana esperando el momento de meterme en la cama junto a ella y abrazarla. Y todas las mañanas me despierto con una erección tan épica que me paso treinta minutos en la ducha intentando liberarme mientras pienso en la pequeña mentirosa que duerme profundamente en mi cama. Esta mañana, tuve que masturbarme dos veces. Después de mi primera ronda, salí del baño y la vi tumbada con el *top* subido hasta debajo de los pechos y sus nalgas asomándose por debajo de los *shorts* verdes para dormir. Se me puso dura al instante. Así que volví a la ducha y me imaginé metiéndole la polla por detrás hasta venirme sobre la pared de azulejos.

Sienna me sigue mientras volvemos hacia la casa, y yo no dejo de lanzarle miradas por encima del hombro. Su cola de caballo se balancea de izquierda a derecha mientras salta sobre los pequeños charcos de lluvia del camino, tentándome a acercarme a ella y pasarle los dedos por sus mechones castaños. Iliya sale por la puerta principal justo cuando llegamos, y Sienna corre hacia él, poniéndole su teléfono en las manos. Balbucea algo delante de él, aunque no entiendo lo que dice ni puedo leerle los labios. Con una enorme sonrisa, corre a colocarse junto a la fuente y hace una pose. Inmovilizo a Iliya con la mirada.

—Quiere que le tome unas fotos. —Articula con la boca—. Para sus redes sociales.

Al instante le arrebató el teléfono de la mano.

—Puedes irte —expreso bruscamente y volteo hacia mi esposa—. Si necesitas que alguien te tome una foto, seré yo, Sienna.

—Estabas de mal humor, desprendiendo unas vibras muy gruñonas. Parece que es tu estado de ánimo preferido y no quería interferir.

Entrecierro los ojos. Si sorprende a alguno de mis hombres tomándole fotos, conocerán de primera mano mi mal humor.

—Ponte en posición —gruño.

Sienna se inclina hacia el agua y estira la mano para tocar el chorro. La tela elástica de sus pantalones color lavanda acentúa la curva perfecta de su bonito y redondo trasero.

—Listo.

—Gracias —canta mientras me quita el teléfono de la mano—. La voy a subir ahora mismo. ¡Me encanta esa fuente! Mis fotos frente a ella siempre consiguen al menos miles de *likes*.

¿Miles? Me enfurezco al verla entrar bailando a la casa y me dirijo directamente a la oficina de Mirko. ¡Miles, carajo!

Capítulo 9

Sienna

Abro mi *laptop* y hago clic en el ícono del correo electrónico en la esquina superior derecha de la pantalla. Llamar al Don sería más fácil, pero con tanta gente en la casa, no puedo arriesgarme a que alguien me escuche. Empiezo un nuevo mensaje, introduzco la dirección de correo electrónico que me dio el Don y paso al asunto, escribiendo: *La pareja elegida por el alfa, Episodio I*.

Me concentro en el cuerpo del mensaje y mis dedos vuelan sobre las teclas.

Querida Silvia,

Espero que estés bien. Como acordamos, te envío el primer episodio de mi nuevo romance paranormal que publicarás en tu revista en línea. Por favor, échale un vistazo y hazme saber tu opinión, y sugerencias para mejorarlo.

Con amor,

Sienna

Añado unas cuantas líneas en blanco y continuo escribiendo.

Era una noche fría y sin estrellas cuando Georgina pisó por primera vez las tierras de Darius, el alfa de la manada de Lobos de Black River. Su corazón latía salvajemente, fácilmente al doble de su ritmo normal, cuando pasó junto a su nueva pareja y entró a la guarida tallada en la ladera de una montaña. Las pisadas resonaban en las paredes a lo largo del estrecho pasillo que se adentraba cada vez más, interrumpido periódicamente por

las ramificaciones que conducían a muchas cuevas más pequeñas situadas a su alrededor. La guarida estaba repleta de miembros de la manada. Intentó contarlos, pero no consiguió dar con el número exacto. Parecía que todos vivían dentro de la guarida.

Me detengo un momento, mis dedos flotando sobre las teclas. Han pasado casi tres semanas desde que llegué a casa de Drago, y seguía encontrando razones para no llamar al Don. Al principio me decía a mí misma que no tenía nada importante que contarle, luego siempre había alguien cerca o era demasiado tarde para hacer la llamada. Pero hace una hora, recibí un mensaje de una sola palabra de Don Ajello: ¡SIENNA! Apareció en mi pantalla en mayúsculas y no pude demorarme más.

Vuelvo a bajar los dedos sobre el teclado, mas mis ojos se desvían hacia el gran jarrón de la cómoda, lleno de hermosos cristales brillantes. Lo encontré en la mesita de noche cuando me levanté esta mañana. Drago debió de darse cuenta de que me gustan los cristales multicolores cuando estuvimos en la tienda el otro día y me los compró. Los colores de los cristales no son tan intensos como los de las canicas del supermercado, pero estos están tallados en forma de pequeños diamantes, lo que los hace tan bonitos. Moví el jarrón a la cómoda, donde puedo verlo en cuanto entro a la habitación, y metí en él mi colección de bolígrafos y lápices.

Respiro profundamente y vuelvo a mirar el correo electrónico, no obstante, es como si un gran peso se hubiera posado sobre mi pecho. Dejo la *laptop* a un lado, me levanto de la cama y camino hacia la ventana que da a la entrada.

Keva está de pie al borde del césped con las manos en la cintura, discutiendo con Jovan. Sonrío. Seguramente se le olvidó llamar al técnico para que viniera a revisar el refrigerador, que zumba de forma extraña desde hace unos días. Un poco más a la derecha, Filip y Drago están subiendo al auto de Drago. Ambos visten de traje, así que probablemente se dirigen a una reunión. No he visto a mi esposo en traje muy a menudo, tal vez dos veces hasta ahora. Le queda bien.

Justo antes de ponerse al volante, Drago levanta la vista hacia mi ventana y nuestras miradas se cruzan durante un breve instante. Una oleada de culpa me abrumba cuando la realidad de lo que estoy a punto de hacer me golpea de nuevo. Sigo con los ojos el coche de Drago mientras se aleja. No

me muevo de mi lugar hasta que lo pierdo de vista, y solo entonces vuelvo a mi *laptop*.

Continúo escribiendo, pero el sabor agrio de mi boca se niega a desaparecer.

Poco después de la llegada de Georgina, parecía que la manada se enfrentaba a nuevos retos. No estaba segura de los motivos, pero por las conversaciones en voz baja que logró escuchar, parecía que los Lobos de Black River habían iniciado una disputa con los Osos de Transylvania Hills. Los osos vivían en el mismo territorio que los lobos y ambos reclamaban la propiedad del terreno de caza.

La estancia de Georgina con la manada de Lobos de Black River iba a ser mucho más interesante de lo que había pensado en un principio.

Continuará...

Mi mente sigue acelerada mientras mantengo el *mouse* sobre el botón de enviar durante casi un minuto antes de presionarlo finalmente.

El teléfono suena diez minutos después. El número de Don Ajello se ilumina en la pantalla.

—Silvia —digo al contestar la llamada—, ¿supongo que recibiste mi escrito?

—¿Manada? —La voz sombría de Ajello llega a través de la línea—. ¿Osos de Transilvania?

—Es un código —susurro al teléfono—. Osos de Transilvania significa los rumanos.

—No puedo descifrar tus tonterías, Sienna. Comienza a hablar.

Me desplomo en el borde de la cama y suspiro.

—Drago se encarga de todo por aquí. Filip, su segundo al mando, supervisa la ejecución de las cosas. Lavan el dinero a través del club.

—Ya sabía todo eso. ¿Qué más?

—Tienen algunos problemas con los rumanos. No capté mucho, solamente que Drago aumentó la seguridad.

—Tu esposo tuvo un gran negocio la semana en que se casaron. ¿Tuvo algo que ver con los rumanos?

—No he escuchado nada al respecto.

—¿Y qué fue esa basura sobre las cuevas?

—Muchos de sus hombres están viviendo aquí, en la casa de Drago.

—¿Cuántos?

Aprieto los dientes y me entierro la mano en el cabello. Me siento mal contándole todo esto.

—¿Cuántos, Sienna?

—Cuarenta y ocho —murmuro.

—¿Y cuántos hombres tiene en total?

—No lo sé.

—Pues averígualo. Rápido —me ordena y cuelga la llamada.

Miro el teléfono que tengo en la mano, luego lo arrojo sobre la cama y salgo corriendo de la habitación.

—¡Sienna! —Jelena me grita mientras atravieso el vestíbulo—.

¿Quieres...?

La ignoro y salgo corriendo por la puerta principal. Hace un poco de frío afuera, pero no regreso a buscar mi chaqueta.

Hay varios hombres merodeando frente al enorme garaje que alberga varios espacios para más de una docena de vehículos, situado a la izquierda de la mansión, así que giro a la derecha y corro hacia los árboles, lejos de todo el mundo. El sabor agrio de mi boca no me abandona y empeora a cada minuto que pasa. ¿Qué hará Ajello con la información que le proporcioné? Cuando acepté este estúpido plan, no me pareció tan mal. Pero ahora...

Le dije la cantidad de gente que vive aquí, en la casa. Esa tiene que ser una de las piezas menos significativas de información. No es como si el Don estuviera planeando invadir la casa de Drago, pero aun así, divulgar ese detalle me hace sentir tan sucia.

Me agradan las personas que hay aquí, y siento que las estoy traicionando. La mayoría de los días, Drago ya se ha ido para cuando me despierto, excepto las mañanas en las que me arrastra a correr con él. No obstante, eso solamente lo hacemos tres veces a la semana, y nos pasamos una hora dando vueltas por los terrenos de la propiedad. Después de eso, se marcha y rara vez vuelvo a verlo hasta la hora de la cena. Ya leí todos los libros que traje conmigo, lo que hace que dedique mis días a escribir en mi nuevo cuaderno o a ayudar a Keva en la cocina.

Si Asya me viera ahora, se moriría de risa. En casa, no creo haber freído huevos yo sola más de un puñado de veces. Aquí, sin embargo, me

resulta sorprendentemente gratificante participar en la cocina. La casa está siempre llena de gente. Sí, puede llegar a ser una locura con todo el mundo hablando al mismo tiempo y chocando unos con otros, mas es divertido. Antes, cuando únicamente éramos Arturo, Asya y yo, también era agradable. Pero aquí... Es una enorme y extraña familia y, a pesar de mi evidente inexperiencia, disfruto aún más del caos. Es difícil sentirme sola con tanta gente alrededor.

Apenas me conocen, sin embargo, entre ellos no me siento como una extraña. El otro día, cuando entré a la cocina, aún conmocionada tras conocer a los perros de Drago, Keva me preparó un chocolate caliente y me exigió que le dijera quién me había molestado para poder azotarles el trasero. Y ayer, cuando me quejé de que los zapatos que quería estaban agotados en línea, Mirko me escuchó y me dijo que le enviara el enlace por correo electrónico para que él pudiera “encargarse del asunto”. Los zapatos llegaron esa misma tarde.

Y luego está mi esposo. A veces, lo encuentro cerca cuando pensaba que ni siquiera estaba en casa. Me observa cuando cree que no lo estoy viendo, pero siempre siento sus ojos clavados en mí. Su mirada en mí es como el leve roce de una pluma que me hace cosquillas en la nuca. Cada nervio de mi sistema se enciende al sentirlo.

Mantengo mi farsa, fingiendo que no me fijo en su mirada. Aunque estoy segura de que sabe que no me engaña y se da cuenta de ella.

Aun así, Drago sigue observándome como si tratara de entenderme. A veces me recuerda a una gárgola encaramada en lo alto de un gran muro de piedra. Siempre observando. Y esperando. No sé muy bien qué está esperando, pero lo que sí sé es que me gusta. Disfruto la sensación de excitación que siento cuando está cerca. Y me encanta dormir en su cama.

¿Pero qué haría si descubriera que lo estoy delatando con Ajello? No creo que me mate. Puede que sea el jefe de una organización criminal, pero excluyendo el incidente con el plomero, no me parece una persona violenta. Hasta ahora, no lo he visto golpear o siquiera gritarle a ninguno de los suyos. Quizá para eso tiene al sacerdote, para deshacerse de los que se le oponen en lugar de matarlos él mismo.

Paso media hora deambulando por los alrededores de la mansión, sin un destino concreto en mente. Al final, acabo en el patio trasero. Los perros de Drago corren dentro de su cercado, aunque cuando se dan cuenta de que

me acerco, dejan de jugar y dirigen su atención hacia mí. Antes, siempre que me detenía aquí, esperaba que ladraran, pero nunca lo hicieron. Ahora tampoco lo hacen. Simplemente me miran. Igual que su dueño.

Normalmente, me voy después de observarlos durante unos minutos, no obstante, esta vez, doy un paso vacilante hacia delante. Y luego otro. El más grande de los tres se apoya sobre sus patas traseras y apoya las delanteras en la valla de hierro. Con cautela, me acerco a la barrera y acerco la mano al hocico del perro. Me olfatea un poco los dedos y luego me los lame. Me agacho junto a la valla y ofrezco mi mano izquierda al otro perro que huele mis pantalones.

Drago

—¿Cuándo podemos esperar el pago de los rusos? —pregunta Keva y da vuelta a la página de su viejo y grueso libro de contabilidad.

—En dos días —digo mientras me acerco a la mesa del comedor y tomo asiento frente a ella—. ¿Por qué carajos no dejas que Mirko te consiga una *laptop*? No puedes guardar nuestros expedientes financieros en eso.

Me mira por encima del marco de sus gafas.

—No voy a dejar información delicada en una caja electrónica a la que cualquiera pueda acceder.

—Hay cosas que se llaman *firewalls*, Zivka. Nadie puede acceder a tus cosas con uno de ellos instalado.

—¿Ah, sí? Díselo a Yahoo.

Me froto las sienes y suspiro.

—Sienna bajó a desayunar esta mañana con un aspecto muy alegre —informa Keva mientras una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. Cuando le pregunté el motivo de su buen humor, me dijo que le dejaste un regalo. Un jarrón de cristales multicolores, que brillan adorablemente, por lo visto.

—Entonces, ¿le gustó?

—Tanto que fui a tu habitación para ver esos “cristales” que tanto la entusiasmaron. —Se quita las gafas y sonríe—. ¿Sabes que tu esposa usa medio millón de dólares en gemas preciosas como portalápices?

—A ella le gustan. Por lo que a mí concierne, puede usarlas como quiera —replico—. No me enviaste ninguna foto hoy.

—¿No lo hice? —Finge sorprenderse—. Probablemente se me olvidó. Pero deberías haberla visto esta mañana cuando Jovan la llevó al centro comercial. Tenía puestos unos *jeans* color verde neón y una blusa amarilla con volados.

—¿Los combinó con la chaqueta de gallina?

—Por supuesto. Y sus tacones amarillos.

Frunzo el ceño.

—Debiste enviarme una foto.

—O podrías haber estado aquí en persona para verlo por ti mismo. — Me señala con las gafas—. Tienes que dejar de acosarla por la casa, Drago.

—Es mi esposa. Puedo acosarla todo lo que me dé la gana.

Keva resopla.

—Kovac llamó hace un rato. Se casa el domingo y los invitó a ti y a Sienna a que asistan.

—No me gustan las bodas, como bien sabes. Y menos las bodas serbias. —Ir a una fiesta con música en vivo y varios cientos de invitados, todos ellos parloteando y cantando en constante regocijo, es la personificación del puto infierno para mí. Dos minutos de esa mierda son suficientes para convertir mi cerebro en papilla.

—¿Tal vez podrías hacer una excepción? ¿Una visita rápida?

—No.

—Qué pena. —Suelta un suspiro exagerado—. A Sienna le encantaría. Me reclino en la silla e imagino a mi mujer en medio de aquella locura. *Síp*, estaría encantada.

—Kovac mencionó una nueva oportunidad de inversión la última vez que hablamos. Quizá podríamos ir un rato. Mantener buenas relaciones es beneficioso para los negocios.

—Perfecto. Asegúrate de llevar a Sienna a comprar un vestido para la ocasión.

Levanto una ceja.

—¿Has visto toda la ropa que tiene esa mujer?

—Nunca es “suficiente” cuando se trata de atuendos femeninos, Drago.

Pongo los ojos en blanco e inclino la cabeza hacia una pequeña pecera colocada en una repisa de la esquina. Varios peces de color naranja

zigzaguean entre las plantas acuáticas y otros adornos del acuario.

—¿Qué hace eso aquí?

—Sienna lo compró hoy en el centro comercial.

—No me gustan los peces.

—Lo sé. —Keva ya está agarrando su teléfono—. Sienna estaba muy emocionada con ellos, pero le diré a Jovan que devuelva la pecera a la tienda.

Aprieto la mandíbula.

—Solo deja la maldita cosa.

—¿Estás seguro? Puedo decirle que lo haga ahora mismo.

—Nadie toca sus peces —declaro apretando los dientes—. ¿Y dónde está mi resplandeciente esposa?

—No lo sé. No bajó a cenar, así que supuse que no tenía hambre.

Asiento con la cabeza, me levanto y salgo del comedor, con la intención de encontrar a mi mujer. Esta mañana llegué media hora tarde a una reunión con un socio porque estaba esperando a que Sienna se despertara para ver su reacción ante mi regalo. Al final, tuve que marcharme y eso me puso de muy mal humor. Empeoró a medida que pasaban las horas porque tenía demasiado trabajo y no pude pasar por la casa a verla, como intento hacer al menos dos veces al día. Que Keva no me enviara fotos fue la cereza del pastel de un día de mierda, y estoy seguro de que su falta de mensajes fue a propósito.

La gran sala de descanso en el lado este de la planta baja está llena de gente, pero Sienna no está allí.

—¿Alguien ha visto a Sienna? —pregunto.

Más de treinta cabezas giran en mi dirección. Le siguen un montón de “no” y sacudidas de cabeza.

Después me dirijo al piso de arriba, pero tampoco está en la habitación. Cierro la puerta y vuelvo abajo. Keva se queda boquiabierta cuando paso corriendo a su lado y abro de un empujón la puerta de la cocina con tanta fuerza que choca contra la pared contigua.

—¿Dónde está mi esposa?!

Cuatro cabezas se giran bruscamente hacia mí.

—No está aquí —dice una de las chicas que está limpiando el mostrador.

—No estoy ciego, maldición. ¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio?

—¿Tal vez todavía está afuera? —suelta Jelena—. Yo la vi salir antes, pero eso fue hace unas tres horas.

Me doy la vuelta y salgo corriendo.

—¡No encuentro a Sienna! —le informo a Iliya, que está parado junto a la puerta principal, y agarro mi chaqueta—. Jelena dice que la vio salir. Tú y Relja vayan al patio delantero. Yo me encargo del de atrás.

Cuando salgo, voy primero al garaje por si acaso entró allí. No lo hizo.

—¡Joder! —Golpeo la pared con la palma de mi mano y salgo corriendo.

¿Y si Bogdan descubrió nuestra ubicación y de alguna manera sus hombres llegaron hasta ella? Podría estar lejos. Fuera de la propiedad. ¡Desaparecida! O todavía están aquí, esperando su momento para escabullirse bajo la protección de la oscuridad. Nuestra seguridad es muy fuerte, así que no pueden estar muy lejos.

Cambio de rumbo y salgo hacia la otra parte del patio trasero. Allí están los perros, así que dudo que estén allí, pero tengo que revisar por si acaso.

Algo amarillo junto a la valla atrae mi atención. Ya es de noche, así que no me doy cuenta de que es Sienna hasta que estoy a medio camino de ella. Está arrodillada en el suelo junto al cercado de los perros, con los brazos metidos entre los huecos, acariciando la cabeza de Zeus. Los otros dos perros están tumbados cerca de ella con las patas apoyadas en sus piernas.

—Dios, maldita sea. —Me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros. Sigue vestida con su ropa de antes, y esa blusa con vuelos es demasiado delgada para la temperatura que está bajando rápidamente—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Intentas morir congelada?

Con cuidado, la alejo de la cerca y le meto los brazos por dentro de las mangas de mi chaqueta. Ni siquiera me mira, sino que mantiene la vista clavada en los perros. La cargo en brazos y corro hacia la casa.

—¿Sienna?

Me rodea el cuello con los brazos y aprieta mientras entierra su cara contra mi hombro. ¿Por qué no dice nada? ¿Dónde están esos comentarios sarcásticos? ¿Sonrisas traviesas?

Llego a la puerta principal y la abro de una patada. Keva se apresura a cruzar el vestíbulo hacia nosotros, no obstante, yo me dirijo directamente a la escalera.

—¡Tráeme algo caliente! —grito—. Té o chocolate. ¡Ahora mismo!

Cuando entro en la habitación, coloco a Sienna en el sillón reclinable junto al balcón y la envuelvo con la manta de la cama, luego me agacho a sus pies y empiezo a quitarle los tacones de diez centímetros. Tienen florecitas en la punta, perfectos para caminar por el césped mojado y el lodo.

—*Moya blesava mila* (Mi querida loquita). —Sacudo la cabeza y le froto los pies fríos con mis manos.

Unos instantes después, la puerta detrás de mí se abre y Jelena deja una bandeja con una gran taza de té y unas galletas en la mesa de al lado.

—Gracias. Ahora vete —ordeno sin echarle un vistazo. Mi mirada está fija en el rostro de Sienna, que carece por completo de expresión. La única vez que la he visto así fue en el club justo antes de conocernos.

—¿Sienna?

Parpadea, quita sus pies de mis manos y los coloca en el borde del asiento, rodeando sus piernas con sus brazos.

—Tuve un perro, ¿sabes?

—¿Tuviste?

—Sí. Se llamaba Bonbon.

No puedo entender las palabras, sin embargo, escucho el tono de su voz. Es extrañamente apagado.

—¿Qué pasó?

—Murió por mi culpa. —Se inclina hacia delante y apoya su barbilla sobre las rodillas dobladas, mirando hacia algún lugar por encima de mi hombro—. Tenía insuficiencia renal, pero yo estaba demasiado distraída con la desaparición de mi hermana para darme cuenta de las señales. Cuando lo hice, fue demasiado tarde.

Sabía que la hermana de Arturo había desaparecido hacía un par de años, porque él estuvo ausente durante ese tiempo, buscándola. Fue entonces cuando ocurrió toda la mierda con Pisano. No conozco los detalles de lo que le pasó a la chica, aparte de que estuvo desaparecida durante meses y luego acabó casándose con un tipo del círculo íntimo de la *Bratva*.

Sin embargo, puedo imaginarme el infierno por el que debieron pasar tanto Sienna como su hermano sin saber si su hermana estaba viva.

—¿Pero tu hermana está bien? —pregunto mientras la vieja herida de mi corazón se reabre y me duele.

Los ojos de Sienna se posan en los míos.

—Sí. Asya casi muere por mi culpa, pero ahora está bien.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. —Aparta rápidamente la mirada—. ¿Cómo se llaman? ¿Los perros?

Ajusto la manta alrededor de sus hombros y, sin poder resistir el impulso de consolarla de alguna manera, le rozo la mejilla con el dorso de mi mano.

—El grande es Zeus. El de las patas color canela es Jupiter. Y el tercero es Perun.

—Se llaman como los dioses —suelta, sorprendiéndome. Zeus y Jupiter son más o menos conocidos, pero no muchos saben del antiguo dios eslavo Perun—. Creo que ahora me iré a dormir, si te parece bien.

—Primero tómate tu té.

Sienna acepta la taza que le doy y, cuando termina, desaparece en el baño. Quince minutos después, se mete en la cama, aprieta la almohada contra su pecho y se sube las sábanas hasta la barbilla.

Me siento en el sillón reclinable y la observo acostada, inmóvil, mientras contemplo lo que acabo de presenciar. Parece que mi mujer no es ni increíblemente feliz ni tan superficial como pretende ser. Pero estoy seguro de que, una vez que despierte, actuará como si nada hubiera pasado y continuará con su farsa despreocupada.

Sienna se pone de lado, con la almohada apretada contra el pecho, como suele hacer. Creí que era una costumbre, mas ahora que lo pienso, me doy cuenta de que solo lo hace cuando me levanto de la cama por la mañana.

Me reprendo y sacudo la cabeza. Ninguna mujer puede ser tan indiferente a que la arranquen de su vida normal y la hagan vivir en una casa con gente que no conoce. Casada con un hombre que es un completo desconocido. Especialmente alguien tan joven como Sienna, que ya ha sufrido mucho en su vida. Sus padres fueron asesinados cuando ella era solo

una niña, y sé el tipo de trauma que eso deja. Luego, su hermana fue secuestrada. Y ahora esto.

«*Drago, eres un idiota*». Dejé que su actuación despreocupada me engañara. Y encima de todo, traté de mantenerla alejada porque sabía que me estaba espiando para Ajello. Dios sabe lo que pasa por su cabeza y lo que se esconde detrás de esas sonrisas que le llegan a los ojos en raras ocasiones.

Tras levantarme del sillón reclinable, me quito la ropa y me acerco a la cama. Con cuidado, aparto la almohada a la que se aferra mi esposa, me meto bajo las sábanas y rodeo a Sienna con mis brazos, apretándola contra mi cuerpo. Inmediatamente, ella hunde la cara en el pliegue de mi cuello. Algo en su cabello me araña la barbilla. Me inclino un poco hacia atrás y miro hacia abajo para ver una gran pinza amarilla con forma de mariposa en lo alto de su cabeza. Suspiro, se la quito con cuidado y la arrojo sobre la mesita de noche. Ella se agita y refunfuña algo.

—No puedes dormir con esa porquería en el cabello, Sienna — pronuncio y la acerco más a mí.

Capítulo 10

Sienna

—Te voy a llevar a una boda este fin de semana. —La voz de Drago viene de algún lugar de la habitación.

¿Una boda? Abro la puerta del baño y veo a Drago al otro lado del dormitorio, luciendo tremendamente *sexy* con unos *jeans* grises y una camisa negra remangada hasta los codos.

—No tengo nada que ponerme —murmuro con el cepillo de dientes aún en la boca.

—¿Qué?

Pongo los ojos en blanco y saco el cepillo de dientes.

—Dije que no tengo nada que ponerme.

Drago levanta las cejas.

—¿Me estás jodiendo?

—No puedo ir con mi ropa vieja. Le pediré a Jovan que me lleve a la tienda.

Drago termina de abrocharse la camisa y viene a colocarse frente a mí.

—Yo te llevo.

Me muerdo el labio inferior para evitar que una sonrisa idiota se extienda por mi cara. Cuando me desperté, temí que empezara a hacerme preguntas sobre lo que pasó anoche, así que salí corriendo hacia el baño. Parece que lo olvidó, gracias a Dios.

—¿Y cómo es que todo el mundo puede celebrar una boda y yo apenas tuve una ceremonia de cinco minutos en el ayuntamiento?

Drago apoya las manos en el marco de la puerta a ambos lados de mí y se inclina hacia mi cara.

—Porque esa gente se casa por amor. Y tú te casaste por dinero, ¿no?

Me fuerzo a sonreír.

—Así es.

Inclina aún más la cabeza y nuestras bocas casi se tocan. Vuelve a tener esa mirada que me analiza, como si intentara entenderme.

—Ahí tienes tu respuesta —dice—. Vístete. Tienes quince minutos.

Observo su espalda ancha mientras sale de la habitación. Una vez que se va, me doy la vuelta y me dirijo al armario para hurgar en el revoltijo de ropa que metí dentro al desempacar. El espacio es bastante grande, pero tengo demasiadas cosas. Se me escapa una lágrima y me la quito rápidamente con el dorso de la mano.

No entiendo por qué las palabras de Drago me afectan tanto. No es como si estuviera engañándome sobre nuestros motivos. Se casó conmigo porque era una oportunidad de negocios lucrativa. Y yo me casé con él porque... soy una idiota. Es la verdad. No debí dejar que mi miedo a estar sola me llevara a este desastre. Asya tenía razón. Debí haber esperado a conocer a alguien que me gustara, que tal vez amara, y entonces pensar en casarme con el tipo. Un escalofrío me recorre la espalda.

Nop. Nunca me permitiría enamorarme. Personas a las que quiero han acabado muertas por mi culpa. Como mis padres. Como mi hermana estuvo a punto de acabar. Todo por *mi* culpa. Este es un plan mucho mejor. Drago consigue la conexión con la *Cosa Nostra*, el Don consigue su información sobre la organización serbia, y yo no estaré sola. Sin sentimientos de por medio.

Cuando salgo, catorce minutos después, Drago está parado junto al auto, apoyado en el cofre con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos observan mis pantalones anchos de rayas rosas y azules y luego se dirigen a mi abrigo rosa y por un breve instante, una ligera sonrisa se dibuja en su rostro.

—¿Esa cosa se encogió en la lavadora? —me cuestiona, mirándome las mangas con curiosidad.

—Los abrigos se lavan en seco, no en la lavadora. Y estas son mangas tres cuartos.

—¿Me puedes explicar para qué sirve un abrigo de mangas cortas?

Muevo mis pestañas y replico:

—Para verme bonita.

Drago levanta su mano y pasa el dorso de su palma por mi mejilla. Esos ojos verdes capturan y sostienen los míos.

—Si es así, me temo que no cumple su función, *Mila Moya*.

Jadeo, sorprendida y ofendida. Sé que no soy el tipo de mujer capaz de hacer que los hombres caigan rendidos a mis pies. Y desde luego no estoy a

la altura de la mujer que vi con él en la foto que me envió Ajello. ¿Pero insinuar que soy fea?

Empiezo a alejarme de él, pero su brazo libre me rodea la cintura y me mantiene pegada a su cuerpo. Su mirada se clava en la mía, brillando peligrosamente. Burlándose de mí. Desafiándome. ¿Desafiándome a qué? ¿A escupirle en la cara? ¿A echarme a llorar? No, él no es así.

Me aprieta la cintura. Su otra mano sigue en mi cara, acariciándome la mejilla. Aprieto un pedazo de su camisa en mi puño y entrecierro los ojos, intentando descifrar de qué trata este juego silencioso. Drago se inclina hasta que su boca está justo al lado de mi oreja.

—*Tu abrigo no cumple su función* —susurra en serbio, su voz es ronca y se desliza sobre mí como miel líquida—, *porque eres jodidamente perfecta, Sienna. Más hermosa que nadie a quien haya conocido jamás.*

Se me para el corazón. Y luego salta como si quisiera salirse de mi pecho, latiendo a un ritmo frenético. ¿Y si lo escucha y se da cuenta de que lo entendí?

—¿Qué dijiste? —inquiero rápidamente.

Drago me suelta y me abre la puerta del auto.

—Es hora de irnos. —Vuelve a hablar en inglés, ignorando mi pregunta—. Date prisa. Esta tarde tengo una reunión a la que debo asistir.

Con una sonrisa despreocupada, sujeto los lados de mi abrigo y me siento en el asiento del pasajero. Mientras Drago rodea el coche, yo ajusto a propósito el espejo retrovisor hacia mí en lugar de bajar el visor, saco mi estuche de maquillaje del bolso y empiezo a pintarme los labios. ¿Qué fue eso hace un momento? ¿Una especie de prueba?

—Necesito eso, Sienna. —Mi esposo refunfuña y vuelve a colocar el espejo en su posición.

—Yo lo reclamé primero —suelto, con la esperanza de que ayude a disimular lo agitada que me siento.

Drago desplaza su mirada de mis labios a mis ojos y la mantiene allí unos largos instantes. Luego arranca el coche.

Drago

La cortina del probador se desliza hacia un lado y Sienna sale con un vestido color rosa Barbie con flecos en el dobladillo. La observo desde el sofá colocado frente al espejo alto mientras examina su reflejo, girando de izquierda a derecha para ver cómo le queda el vestido. Se ve increíblemente guapa con él, al igual que con todos los vestidos que la hice probarse. Creo que este es el número doce.

Se da la vuelta y saca la cadera.

—¿Y este?

Desciendo la mirada desde su delicado pecho hasta sus piernas torneadas y vuelvo a subirla.

—No.

—¿No? ¿Cómo que “no”? Me probé todos los malditos vestidos que hay aquí. ¿Cómo es posible que no te guste ninguno? —Me recuesto y extendiendo mis brazos a lo largo del respaldo del sofá, mirándola. Nunca dije que no me gustaran—. ¡Drago!

Cierro los ojos por un segundo, dejando que el sonido me penetre. Mi nombre es una de las pocas palabras que escucho perfectamente cuando ella habla.

—Pruébate unos cuantos más —le pido.

Sienna me mira exasperada y desaparece dentro del probador. En cuanto corre la cortina, me levanto y me dirijo al otro extremo de la tienda, donde hay dos hombres en la entrada. Los noté en el espejo, mirando embobados a Sienna cuando salió del probador las dos últimas veces. Agarro la chaqueta del que está más cerca de mí y me pongo frente a su cara.

—¿Disfrutas mirando a mi esposa?

—Tranquilo, hombre. Simplemente eché un vistazo. —El idiota sonrío—. Ella está que arde. Es difícil no mirar, ya sabes.

—Oh. Muy bien entonces. —Le doy un cabezazo.

El otro tipo me agarra del hombro, así que suelto al hombre que ahora presiona sus manos sobre su nariz ensangrentada, y entierro mi codo en el estómago de su amigo. Se dobla por la mitad, jadeando.

—Lárguense. Antes de que yo mismo los saque de aquí. —Me doy la vuelta y regreso a los probadores.

Sienna sale justo cuando tomo asiento, diciendo algo sobre el cinturón y que la cintura le aprieta demasiado, pero no lo capto todo porque mi

mirada estaba puesta en el espejo para asegurarme de que los dos idiotas salían de la tienda.

Cuando veo a mi esposa, está parada con las manos en la cintura, fulminándome con la mirada.

—¿Y?

Me la como con los ojos. El vestido nuevo es azul y tiene un corpiño ajustado que se ensancha desde la cintura. Le sienta de maravilla.

—Deberías probarte otro.

—¿En serio? Solo me estás tomando el pelo ¿verdad?

Es jodidamente adorable cuando está irritada. La cuestión es que realmente no me importa lo que se ponga. Encuentro a mi mujer igual de deslumbrante en esa estúpida monstruosidad azul y rosa que se puso esta mañana como con este elegante vestido. Sin embargo, disfruto echando un vistazo a las distintas partes de su cuerpo que cada vestido deja al descubierto. Su espalda desnuda. Su escote. Esas increíbles piernas.

—El siguiente, Sienna.

Entrecierra los ojos hacia mí y vuelve a meterse en el espacio. Un minuto después sale vistiendo únicamente un sostén de encaje azul cielo y bragas a juego.

—¿Esto te gusta más?

Salto del sofá y llego hasta ella en tres rápidas zancadas. La rodeo con el brazo por la cintura, la meto en el probador y cierro la cortina con la otra mano. Sienna intenta zafarse de mí, pero la agarro por debajo del muslo y la apoyo contra la pared.

—¡¿Qué carajo fue eso?! —bramo.

—Pareces indiferente a los vestidos. —Inclina su barbilla testaruda hacia mí—. Intentaba conseguir una reacción.

—¿Ah, sí? —Me inclino hacia ella para que mi polla dura presione su centro—. ¿Es esta la reacción que intentabas conseguir?

—Tal vez. —Sienna se muerde el labio inferior y engancha sus piernas detrás de mi espalda. El agarre que tiene en mi cuello se vuelve más fuerte.

Bajo la cabeza y le susurro al oído.

—Te veo, Sienna. —Se pone rígida en mi abrazo, pero continúo—: Veo que ocultas algo con tus actuaciones alegres y esa ropa ridícula. Y voy a averiguar qué es.

Sus uñas se clavan en la piel de mi cuello, la sensación hace que mi polla, ya dura, se hinche aún más. Ladea la cabeza y sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

—¡Jamás! —rebate.

—Ya lo veremos. —Le doy un ligero beso en su hombro desnudo y dejo que se deslice por mi cuerpo—. Ponte tu ropa.

—¿Y qué hay del vestido?

Me agacho y recojo entre mis brazos el colorido montón de satén y encaje.

—Nos los llevamos todos.

* * *

Observo a mi mujer mientras picotea la chuleta de cerdo que tiene en el plato. No hace más que mover la comida de un lado a otro y apenas ha probado bocado. Acerco mi tenedor, pincho uno de los trozos y se lo llevo a la boca.

Mira mi tenedor.

—¿Qué estás haciendo?

—Me aseguro de que comas algo.

—No tengo hambre.

—No has comido nada desde esta mañana. No quiero que te desmayes. Abre la boca.

Sus labios se abren ligeramente.

—Jódete, Drago —pronuncia con una sonrisa.

—Así que ella no es tan dulce como quiere que la gente crea. —Me inclino hacia adelante—. Abre. La. Boca.

Sienna me quita el tenedor de la mano y se mete la carne en la boca sin dejar de fulminarme con la mirada. Vuelvo a tomar el tenedor, clavándolo en un trozo de brócoli y lo levanto.

—Pudimos haber comido en casa. —Sus labios envuelven la verdura mientras la desliza fuera del utensilio.

—El almuerzo se sirve a las dos. Se nos pasó.

—¿Se nos pasó? Es tu casa. ¿No puedes decidir cuándo se sirve la comida?

—Sí puedo. Y fijé la hora del almuerzo para las dos. Si no llegas por motivos de trabajo, tienes que arreglártelas por tu cuenta.

Sienna mira el siguiente bocado de cerdo que le pongo enfrente.

—¿Por qué?

—¿Te imaginas el caos que se produciría si cincuenta personas comieran a diferentes horas?

—Sí, supongo que sí. —Se ríe y toma la carne—. No he visto niños en tu casa.

—Mis hombres y mujeres con familia no viven en la casa.

—¿Por qué?

El recuerdo de la casa de mi infancia envuelta en llamas pasa ante mis ojos. Han pasado veinte años, pero aún puedo saborear el humo cuando me asfixiaba los pulmones, y sentir el calor del fuego en mi camisa ardiendo cuando me abrasaba la piel mientras intentaba proteger a Dina con mi cuerpo.

—¿Drago? —Sienna me pone la mano en el antebrazo.

—Porque no permito niños en la mansión. Es demasiado peligroso —reviro y saco el teléfono que ha estado vibrando en mi bolsillo.

14:20 Filip: Perdimos contacto con el conductor. Mirko intenta localizar el cargamento a través del GPS.

—Tenemos que irnos. —Tiro dinero sobre la mesa y agarro la mano de Sienna para marcharnos.

Mientras dirijo a mi esposa hacia el ascensor más cercano, Sienna habla a mi lado. Con toda la gente alrededor y el ruido que hacen, lo único que capto es el tono de su voz, no las palabras.

Cuando salimos del ascensor, me llega otro mensaje de Filip en el que me dice que únicamente tenemos una ubicación general del camión porque la señal del GPS es débil, y que ya se está dirigiendo a esa dirección con algunos hombres para buscar el vehículo. El texto contiene una captura de pantalla de un mapa con un círculo de una milla a la redonda sobre la zona cercana a nuestro almacén.

Cuando llegamos al auto, pongo mi dedo sobre los labios de Sienna.

—Deja de hablar y escucha. Alguien interceptó uno de nuestros camiones. El conductor no responde.

Parpadea y asiente con la cabeza.

—Necesito que te quedes en la línea con Filip y esperes a que te dé las coordenadas después de encontrar el camión. Cuando las tengas, introduce la ubicación en la aplicación del mapa y enséñame la pantalla con nuestro destino marcado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Mantén la línea abierta y escucha cualquier información que Filip pueda tener ya que él llegará al camión antes que nosotros. ¿Entendido?

Ella asiente de nuevo.

—Bien. Vámonos.

Sienna

Se escuchan voces que hablan serbio a través del teléfono. Filip debe de haberlo puesto en modo manos libres porque puedo escucharlo a él y a otro hombre. Hablan bastante rápido, pero aún así entiendo algo de lo que dicen. Palabrotas desagradables, y luego algo sobre que a los rumanos no les hace gracia el asunto de las armas. Miro de reojo a mi esposo. Lleva veinte minutos conduciendo en absoluto silencio. ¿Armas? Creí que la organización serbia se dedicaba solamente a las drogas. Intento captar algo más de la conversación, no obstante, vuelven a ser más que nada groserías. Suena el teléfono de alguien. El otro tipo, creo que es Jovan, grita algo.

—Sienna —llama Filip—, tenemos la ubicación. Te enviaré las coordenadas.

El teléfono que tengo en las manos vibra. Lo pongo en altavoz, luego copio y pego dos números grandes en la aplicación de navegación, y un gran punto rojo aparece en el mapa. Estamos a unos diez minutos de distancia.

—Gira a la derecha en la siguiente —indico mientras miro la pantalla del teléfono. Todavía puedo escuchar la voz de Filip, ya que dejé la llamada abierta.

La mano de Drago entra en mi campo visual. Agarra el teléfono y mira la pantalla, pero mientras lo hace se pasa de largo la vuelta que debería haber tomado.

—*A u kurac* (Que se joda todo). —Arroja el teléfono sobre el tablero, gira el volante hasta que el auto hace un vuelco de ciento ochenta grados y se incorpora al carril en dirección contraria. El giro es tan repentino y brusco que me golpeo la cabeza contra la ventana.

—¡Mierda! —revira y, sin apartar la vista de la carretera, me rodea los hombros con el brazo derecho y me atrae hacia él—. Lo siento mucho, nena. —Me besa la frente y me suelta—. Pregúntale a Filip si encontraron al conductor.

Sigo tan aturdida por su comportamiento inesperado que ni siquiera le pregunto por qué no se lo pregunta él mismo a Filip. El altavoz sigue activado.

—¿Filip? Drago pregunta...

—El camión está estacionado en el callejón trasero —informa Filip—. Estamos estacionándonos detrás de él. No cuelgues.

El sonido de las puertas de los coches abriéndose y cerrándose llena el aire, y unos minutos después, un torrente de maldiciones serbias fluye a través de la línea.

—¡El conductor está muerto! —grita Filip—. Una bala en la sien. La carga sigue en el camión. Intacta.

Mi esposo sigue conduciendo, con los nudillos blancos en el volante y la mirada fija en la carretera.

—¿Muerto? —pregunta y me mira.

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—Cuando lleguemos, quédate en el auto. Filip te llevará a casa.

—De acuerdo. —Una vez más asiento con la cabeza.

Drago sigue conduciendo y yo sigo mirando su perfil. Pensando.

Llegamos al camión, Drago se detiene unos metros frente a él y sale del coche. Lo miro por la ventanilla trasera mientras echa un vistazo a la cabina del camión antes de bajar de un salto y encarar a Filip, diciéndole algo. Jovan se acerca por detrás de Drago y le pone la mano en el hombro. El gesto parece fuera de lugar, pero me he dado cuenta de que sus hombres lo hacen con frecuencia cuando se acercan a él por la retaguardia. Casi parece que lo hacen para llamar su atención.

Los tres pasan unos minutos discutiendo acaloradamente. Filip se aleja del grupo unos minutos después y sube al vehículo conmigo mientras marca un número en su teléfono. Pone el manos libres y arranca el auto. Escucho cómo le transmite las órdenes de Drago primero a Adam y luego a Mirko.

Mis ojos están enfocados ciegamente en una franja de la carretera más allá del parabrisas, mientras busco en mi cerebro, tratando de recordar si alguna vez he visto a mi esposo hablando por teléfono.

Y no recuerdo ni una sola vez.

Capítulo 11

Sienna

He asistido al menos a diez bodas de la *Cosa Nostra* a lo largo de los años. La mayoría se celebraron en restaurantes, salones de banquetes de hoteles glamurosos o lujosos clubs campestres. Mientras más costosos fueran el lugar y la producción, mejor. No hay mejor manera de mostrar tu riqueza e importancia dentro de la Familia. Así que me siento bastante confundida cuando Drago estaciona el coche a cierta distancia de una casa de piedra gris de tres pisos.

Escuché la música mucho antes de llegar al lugar, pero así de cerca, está tan alta que tardo unos instantes en adaptarme. Una enorme carpa blanca se alza en medio del gran jardín que hay detrás de la casa. Drago debe de haberse equivocado de dirección, porque creo que estamos en el lugar equivocado.

—¿Por qué estamos en una feria? —pregunto.

—Esto no es una feria. Es *svadba*. Una boda.

Abro demasiado los ojos y miro hacia la carpa rectangular que tenemos enfrente. Quitaron los paneles laterales, dejando un gran toldo que cubre las largas mesas colocadas en su interior. Cada mesa ocupa la longitud de la carpa y fácilmente podrían sentarse unas ochenta personas. Hay cinco mesas. Son cuatrocientos invitados, como mínimo. Creo que ni siquiera conozco a tanta gente.

En un extremo, han montado una especie de escenario en el que toca una banda mientras una mujer rubia con un vestido rojo se pasea entre las mesas cantando. La mayoría de los invitados se encuentran junto a sus sillas, bailando y cantando, aunque algunos se han reunido alrededor de la cantante poniendo dinero en sus manos.

Los invitados más pequeños, niños con trajes lindos y niñas con vestidos bonitos, persiguen a un perro y corren dentro y fuera de la carpa a través de los paneles laterales abiertos. No hay hombres con rostros sombríos hablando de negocios en los rincones, ni mujeres de aspecto

rígido sentadas con la espalda recta, preocupadas de moverse por miedo a que se les despeine el cabello mientras chismean sobre quienes no están lo bastante cerca como para escucharlas. Todo el mundo parece realmente feliz. Tan diferente de las bodas de la *Cosa Nostra*.

Es una locura alegre y positiva. ¡Me encanta!

—Vamos a felicitar a los recién casados. —Drago me rodea con el brazo y me acerca a su lado mientras caminamos entre la multitud hacia la mesa principal, al otro lado del pabellón de la carpa. Está colocada perpendicular al resto, y hay más gente amontonada a su alrededor.

La novia luce un increíble vestido blanco de encaje con una amplia falda con vuelo, y el novio viste un elegante traje gris y camisa blanca. Hay dos personas más en la mesa, un hombre junto al novio y una mujer junto a la novia. Sin embargo, los cuatro han empujado hacia atrás sus sillas y están bailando y cantando a todo pulmón allí mismo.

Cuando el novio se da cuenta de que nos acercamos, corre a recibirnos. Drago y el hombre intercambian unas palabras, pero su conversación queda ahogada por todo el ruido, así que no puedo escuchar lo que se dijo. El novio pasa su mirada de mi esposo a mí, con los ojos abiertos de par en par, luego se relaja y me ofrece la mano. Espero que vayamos a sentarnos a otro lado, no obstante, el novio empieza a hacerle señas a alguien y grita:

—¡La esposa de Drago!

Un momento después, me veo rodeada de gente, hombres que vienen a estrechar mi mano y mujeres que me besan las mejillas tres veces: derecha, izquierda, derecha. Todo el mundo habla al mismo tiempo. Todo sería un poco abrumador si el cuerpo de Drago no estuviera pegado a mi espalda y su brazo no me rodeara firmemente por la cintura.

—La abuela de la novia —me dice al oído mientras la mujer mayor se acerca. Continúa susurrándome pequeños detalles sobre cada persona que se acerca—. La tía por parte del padre de ella... El amante de la tía... El hermano menor del novio... Y el mayor... La madre de la novia...

No recuerdo ni la mitad de los nombres. Y así continúa durante diez minutos, hasta que siento un cosquilleo en las mejillas de tantos besos y tengo la mano hecha papilla, aunque no me importa. De hecho, sonrío tanto que me duele la cara. Nunca habría esperado una bienvenida tan afectuosa de gente que acaba de conocerme. Siento como si... perteneciera aquí. Es la

misma sensación que tengo en casa de Drago, como si formara parte de una gran familia.

Una vez que terminamos de saludar, nos dirigimos a dos sillas desocupadas al final de una de las largas mesas. La gente que estaba sentada se acaba de marchar, llevándose sus platos. Drago ocupa uno de los asientos y me sube a su regazo.

—Así que, ¿qué te parece? —pregunta.

—Es una locura. —Sonrío.

La comisura de sus labios se curva hacia arriba.

—Me imaginé que te gustaría.

—Vamos a tomarnos unas fotos. —Saco mi teléfono del bolso y lo pongo frente a nosotros.

—¿Tenemos que hacerlo?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Tomo una *selfie* y luego miro la foto.

—No. Tienes que borrar esa mirada fulminante de tu cara. Insta va a censurar mi publicación por contenido perturbador. Otra vez.

Envuelvo mi brazo alrededor de su cuello, presiono mi mejilla contra la suya y levanto el teléfono.

Clic.

—Una más —indico y sonrío a la cámara. Cuando miro la nueva foto, Drago también sale en esta con un aire amenazante.

—No te estás tomando esto en serio. —Estiro la mano y tomo su barbilla entre mis dedos, luego inclino su cabeza para que vea hacia el teléfono. Su mirada se encuentra con la mía en la pantalla—. Ahora, sonrío.

Pone los ojos en blanco, pero lo hace. Es algo amarga, aunque supongo que es lo mejor que voy a conseguir.

Clic.

Le suelto la barbilla y bajo el teléfono. Es entonces cuando noto que la gente me mira de forma extraña. ¿Quizá no se deben tomar fotos en las bodas serbias? Guardo rápidamente el móvil.

Termina una canción y empieza otra. Obviamente, aunque no la conozco, es una melodía popular porque la gente empieza a gritar y cantar con la primera nota. Intento escuchar la letra, sin embargo, es mucho más difícil entender las palabras serbias cantadas que las habladas. ¿Algo sobre

mezclar negro y dorado, y luego menciona un... marco? ¿Habla de arte?
¿Un cuadro, tal vez?

Una mujer sentada a unos cuantos asientos se levanta bruscamente y se sube a la mesa. Me quedo mirando, boquiabierta, cómo empieza a bailar, con sus tacones chasqueando sobre la mesa cubierta con mantel de lino, sin tocar los platos y los cubiertos. La gente que la rodea aplaude. Otra mujer, más adelante, se sube a la mesa. Después, la novia se quita los zapatos y hace lo mismo. La multitud enloquece, y yo me río entre tanto alboroto. Nunca en mi vida había presenciado una celebración tan alegre.

Miro a mi esposo y me muerdo el labio.

—¿Puedo intentarlo?

—Intentar ¿qué? —Levanta una ceja.

—Lo de la mesa.

Su brazo alrededor de mi cintura se tensa.

—No.

—¿Qué? ¿Por qué?

Drago se inclina hacia delante.

—No permitiré que mi esposa se suba a una mesa y mueva las caderas con más de cuatrocientas personas mirándola.

Entrecierro mis ojos hacia él.

—¿Y si bailo solo para ti? ¿Por favorcito?

Un ruido sordo sale de su garganta.

—De acuerdo. Pero asegúrate de que no aparte mis ojos de ti, y únicamente de ti, porque si mi mirada se desvía y noto que otros hombres te observan, la próxima canción que suene será una marcha fúnebre, *Mila Moya*.

Chillo de alegría y empiezo a desabrocharme los tacones.

Drago

Fascinado. Hipnotizado. Absolutamente jodido. Así es como me siento cuando veo a mi mujer bailar sobre la mesa frente a mí. No sé qué me gusta más: su cuerpecito perfecto, que se balancea lenta y sensualmente mientras

se mueve, su personalidad ridículamente alegre o el brillante intelecto que esconde tras su caparazón resplandeciente.

El fin de semana pasado, la sorprendí a ella y a Keva sentadas en la mesa de la cocina, discutiendo sobre el lavado de dinero. Apoyé el hombro contra la pared y observé a mi mujer mientras explicaba con todo lujo de detalles cómo es posible lavar dinero mediante obras de renovación de bienes inmuebles. En los cinco minutos que pasé observando, le dio a Keva una estrategia paso a paso: empezando por la compra de un edificio en ruinas y siguiendo con las actividades de remodelación que permitirían que la cantidad óptima de dinero cambiara de manos, sin saltarse ninguno de los pasos intermedios. Por último, señaló el plazo estimado para todo el proceso. Cuando terminó, sacó su teléfono y sacó una foto del montón de zanahorias que había terminado de pelar mientras hablaba.

Sin embargo, la forma en que baila ahora es algo totalmente distinto, que hace que toda la sangre corra directamente a mi polla. Me reclino en la silla y dejo que mi mirada se deslice por el vestido de seda azul de manga larga. Una elección bastante discreta, dado su gusto por la moda. Bueno, si no contamos las lentejuelas y los enormes aretes dorados en forma de corazón.

Sienna se pone las manos en la cintura y, mirándome directamente a los ojos, empieza a girar las caderas. Sonríe con picardía, y ese gesto me provoca cosas extrañas por dentro. Es jodidamente hermosa. Verla casi me hace olvidar la punzante migraña que comenzó en cuanto nos acercamos al lugar de la boda y que empeoró exponencialmente cuanto más nos acercábamos al ruido.

Mi encantadora esposa está intentando hacer una pirueta sin tropezar con un plato cuando un disparo atraviesa el aire.

Se detiene en seco, con los ojos abiertos de par en par por el pánico. Mierda. Olvidé avisarle de los disparos de celebración.

Sienna

¡Bang!

En un instante, me paralizó, mis latidos del corazón se aceleran, y miro fijamente a Drago mientras se levanta lentamente de su silla. Suenan unos cuantos disparos más en algún lugar fuera de la carpa. Se me escapa un grito ahogado y salto a los brazos de mi esposo, rodeándole el cuello con mis brazos temblorosos.

—Tranquila. —Me arrulla al oído—. Ese fue el padrino, disparando al aire. Es una tradición.

—¿Tradición? —Levanto la vista—. Tu gente está algo loca.

—Lo sé.

Probablemente debería bajarme, ya que la gente empieza a mirarnos con curiosidad. Al parecer, soy la única que no esperaba un tiroteo intencional en medio de una boda. Realmente debería intentar recuperar algún tipo de decencia, pero me gusta que Drago me abrace. Tal vez él siente lo mismo, porque vuelve a sentarse en la silla sin soltarme.

—¿Así que en las bodas se suele disparar al aire? —Trazo la longitud de su mandíbula con la punta de mi dedo.

Los ojos de Drago se abren ligeramente por la sorpresa, pero aparte de eso, finge no darse cuenta de mi caricia.

—Todas las malditas veces. Y en la mayoría de las celebraciones que tienen lugar en el exterior. Debí haberte avisado.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros y me inclino un poco hacia delante. Sus ojos son preciosos. Igual que su nariz, aunque esté un poco torcida—. Gracias por traerme aquí.

Un calor recorre mi espalda cuando las ásperas palmas de Drago se deslizan sobre ella.

—De nada.

La melodía sensual que estaba bailando cambia a un ritmo rápido. Una nueva oleada de ovaciones estalla entre todos los que nos rodean cuando la banda comienza a tocar a toda velocidad con un ritmo de batería y bajo que retumba en toda la enorme carpa. Drago se tensa y cierra bruscamente los ojos. Su rostro se tuerce en una mueca, con los labios apretados.

—¿Drago? —Tomo su cara entre mis manos—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Abre los ojos y vuelve a acariciarme la espalda.

A mí no me parece que no sea “nada”. Su cuerpo está rígido y hay tensión en el tono de su voz. Acaricio sus cejas fruncidas, trazando las líneas que no suelen estar ahí.

—Parece como si te doliera algo, Drago. ¿Qué te sucede?

—Estoy bien, Sienna.

Unos cientos de invitados corean la canción, cada estribillo más alto que el anterior. Drago suelta una maldición serbia y se aprieta la nariz, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Drago?

Vuelve a maldecir y baja la mano, pero la tensión es claramente visible en su rostro.

—¿Es por la música?

—Sí —replica rechinando los dientes—. Está demasiado alta, carajo.

Su cabello es tan suave cuando acaricio con mis dedos sus hebras oscuras. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba tocando.

—Vámonos a casa.

Mi esposo inclina la cabeza hacia un lado y me mira como si intentara descifrarme.

—Pensé que te estabas divirtiendo.

—Así era. Ya no.

—¿Por qué no?

«*Porque es evidente que sientes dolor y no puedo divertirme sabiendo que estás sufriendo*». Claro que no digo eso.

—Le prometí a Asya que la llamaría a las cinco esta noche —miento—. Deberíamos irnos ya para no perderme esa llamada a tiempo.

Drago levanta un poco la comisura de los labios.

—Pero traes el teléfono contigo. Puedes llamar desde aquí. O mientras conducimos de vuelta.

—Um... Prefiero llamar en privado. —Le lanzo una sonrisa radiante—. Se trata de cosas de chicas.

—*Mm-hmm*. ¿O quizá no es a tu hermana a quien tienes que llamar?

Mi mano se detiene a medio movimiento. ¿Alguien me habrá escuchado llamar al Don ayer y se lo habrá contado a Drago? Siempre me aseguro de llamar a Ajello únicamente cuando estoy sola en la habitación o paseando por los terrenos sin nadie alrededor. No, no es posible.

—Claro que no. ¿Por qué iba a mentir?

Drago mantiene sus ojos clavados en los míos, un brillo peligroso destella en ellos, como si pudiera ver a través de mis mentiras y defensas, hasta mi alma. Los latidos de mi corazón se aceleran mientras miro

fijamente esos dos charcos verdes con reflejos marrones. «¡Corre!», grita la parte de mí que está aterrorizada de revelar mis secretos a alguien. «Huye, ahora, mientras puedas».

Me agarra la barbilla, la inclina hacia arriba mientras me acaricia lentamente el labio inferior con su pulgar.

—*Tako lepa usta, a toliko laži.*

Parpadeo e intento concentrarme en lo que dijo en medio de todas las distracciones, pero hay demasiado ruido y actividad a nuestro alrededor, así que solo entiendo la mitad de la frase. Creo que dijo que le gusta mi boca. Separo los labios, anticipando un beso, mas Drago me suelta la barbilla y se aparta.

—Vamos a casa.

Me trago la decepción, sonrío y me bajo de su regazo.

—Claro.

Capítulo 12

Drago

Le hago un gesto al mesero para que me traiga otra taza de café y vuelvo a observar a Sienna y a su hermano.

Decir que Arturo DeVille no está contento con que su hermana esté casada conmigo es quedarse corto. También está furioso porque no dejé que Sienna se reuniera con él sin mi supervisión. Le dije a Arturo que era por seguridad, pero la verdad es que temo que le cuente cosas a mi esposa que no quiero que sepa.

Hay muchos esqueletos en mi armario, y Arturo está al tanto de unos cuantos. Estas últimas semanas he llegado a conocer bastante bien a mi esposa. Puede que Sienna haya nacido en una Familia de la Mafia, mas no ama la violencia ni el derramamiento de sangre. Te engañará con sus bravuconerías, no obstante, mi mujer es mucho más sensible de lo que le hace creer a la gente que la rodea. Es como una solitaria flor de diente de león en un mar de rosas con espinas. Bastaría una ráfaga de viento para dañar sus delicadas semillas. Así que no me arriesgaré a que Arturo le cuente a Sienna algo que la haga temerme.

Están sentados al otro lado del restaurante. A Arturo se le enfría la comida en el plato. Ni siquiera la ha tocado porque está demasiado ocupado enumerando todas mis deplorables cualidades a mi esposa.

—¡Un hijo de puta calculador que ni siquiera me deja verte sin que él esté presente!

No veo la respuesta de Sienna porque está sentada de espaldas a mí, pero la parte de Arturo en la conversación me basta para captar lo esencial.

—¡Sí, pero hacer negocios y que mi hermana se case con el bastardo son dos cosas distintas! Y no me vengas con esa mierda de que te querías casar. No me trago esa basura. ¿Acaso Ajello te amenazó para que te casaras con Popov?

Sí, Sienna. ¿El Don te amenazó?

Los hombros de mi esposa caen en lo que parece un suspiro, luego se inclina sobre la mesa y toma la mano de su hermano. Está diciendo algo, mas no veo lo que dice, ¡maldita sea! Arturo escucha con los ojos muy abiertos y la mandíbula apretada, y luego me lanza una mirada.

—*Hay cosas que no sabes sobre él. Cosas que yo no sabía cuando se puso sobre la mesa este acuerdo matrimonial, o nunca te habría dejado acercarte a él. Es peligroso, y te quiero fuera de sus garras.*

Sienna ladea la cabeza. Probablemente pidiendo una explicación de en qué consisten esas “cosas”. Me levanto y me dirijo al otro lado del restaurante. Es hora de interrumpir la reunión.

—Nos vamos —ordeno cuando llego a su mesa. No sé si para torturarme a mí mismo o a Arturo, paso la punta de mi dedo por la piel desnuda de Sienna, donde su suéter color fucsia se deslizó por su hombro—. Tengo que estar en Naos dentro de dos horas. ¿Quieres venir?

Sienna me mira y sonrío.

—¿También pueden venir algunas de las chicas?

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Tengo que hablar con tu hermano. Espera aquí.

Arturo se levanta y me mira fijamente durante todo el trayecto hasta su coche, que está estacionado enfrente.

—No sé qué has desenterrado sobre mí —adviento apoyándome contra el coche—, pero mantendrás la boca cerrada.

Una expresión de sorpresa se dibuja en su rostro, que rápidamente es sustituida por una mirada furiosa.

—Si lastimas a mi hermana, te mataré.

—¿Tu hermana parece estar herida de algún modo? —Echo un vistazo por la ventana hacia donde Sienna está acomodando el plato intacto de Arturo para poder tomarle una foto.

—Te estaré vigilando —sisea y entra a su auto.

Cuando Arturo sale del estacionamiento, entro de nuevo al restaurante y me siento junto a mi esposa.

—¿Qué quería Arturo? —inquiero.

—No mucho. Quería saber cómo estaba. —Se inclina sobre la mesa y sonrío—. Creo que mi hermano tiene miedo de que me comas.

—Puede que lo haga. —Estiro mi mano y la coloco sobre la suya—. ¿Crees que soy peligroso, *Mila Moya*?

Los labios de Sienna se entreabren por la sorpresa, y necesito toda mi fuerza de autocontrol para no aplastar mi boca contra ellos. Se me está haciendo demasiado difícil resistirme a mi joven esposa, aunque sé que es una espía.

—¿Tienes micrófonos en este lugar? —Levanta una ceja.

—Puede que sí. —Le pongo la mano que tengo libre en la nuca—. ¿Crees que represento un peligro para ti, como dijo tu hermano?

—Sí. —Sienna me mira a los ojos, sin pestañear—. Aunque no en el sentido que mi hermano cree.

Su expresión es completamente seria, aunque por un momento fugaz, vislumbro una pizca de vulnerabilidad tras su mirada obstinada. En un instante, desaparece y sus labios se ensanchan en una sonrisa.

—Deberíamos irnos, Drago. Tengo que arreglarme para esta noche.

Sin soltar su mano de la mía, la conduzco hacia la salida. Puede que ella crea que ha conseguido evitar el tema, pero pronto volveremos a él.

* * *

Levanto el vaso de Macallan a mis labios y bebo un sorbo, observando a mi esposa. Sienna está de pie en el bar, riendo con Jelena y otras tres chicas. Eligió otro atuendo brillante para esta noche. Esta vez es un vestido cubierto de brillantes trozos de color azul verdoso. Cuando se mueve y las luces se reflejan en su vestido, parece que está cubierta de plumas de pavo real. Simplemente está radiante. No entiendo cómo puede usar cosas así y seguir viéndose como un millón de dólares. En cualquier otra persona, se vería ridículo. Además, es demasiado corto.

Recorro la habitación con la mirada y observo a todos los hombres que están sentados o parados en los alrededores para asegurarme de que ningún imbécil esté observando las piernas de mi mujer. De solo pensarlo, se desatan mis impulsos salvajes.

En el instante en que la vi después de haberse vestido para esta noche, le envié un mensaje a Misha, el gerente de mi club, para que se lo comunicara a todos los invitados masculinos antes de permitirles la entrada. Cualquier hombre al que se le sorprenda mirando a mi mujer saldrá del club con los ojos en una copa de vino. La gente que visita mi club es clientela

regular, así que saben que hablo en serio. Puede que Naos sea terreno neutral en lo que a negocios se refiere, pero esa regla no se extiende a los tratos privados. La única forma de que alguien pueda mirar a mi mujer es con respeto. Cualquier otra “mirada” tendrá consecuencias.

Veo a un hombre apoyado contra el bar, a cierta distancia de Sienna, pidiendo algo de beber. Es el dueño de la empresa local de administración de flotas. He trabajado con él varias veces cuando teníamos escasez de camiones disponibles. Me pareció un tipo inteligente, pero parece que me equivoqué, porque parece estar muy interesado en el trasero de mi esposa. El cantinero le pasa una botella de cerveza, y el imbécil se dirige hacia el extremo del bar donde está Sienna. Sin apartar mis ojos de él, le hago señas al guardia de seguridad para que se acerque.

—Arrastra a ese idiota a mi oficina —ordeno y señalo con la cabeza al tipo que ahora se ha colocado junto a Sienna e intenta entablar una conversación—. Asegúrate de que mi esposa no se dé cuenta.

Sienna ignora al cretino y sigue charlando con Jelena. El tipo finalmente se va, en dirección a los baños, pero mi guardia lo intercepta a mitad de camino y no tan amablemente “convence” al imbécil descerebrado de que visite la parte trasera del club. Es hora de afrontar las consecuencias.

—Tengo que encargarme de algo —le aviso a Filip de pasada—. No pierdas de vista a mi esposa.

Antes de ir a mi oficina, me desvío hacia el bar para agarrar una cuchara y una copa, luego doy media vuelta y me dirijo al otro lado de la pista de baile.

* * *

Cuando regreso después de ocuparme del problema dentro de mi oficina, un hombre se acerca a mi cabina y se detiene frente al sofá en el que estoy sentado. Tiene unos sesenta años, el cabello canoso con entradas y unas delgadas gafas doradas. Endri Dushku. El líder albanés.

—Endri. —Hago un gesto hacia el sillón que está a su lado—. ¿Qué te trae a New York?

El hombre mayor toma asiento y hace un gesto al mesero para que se retire.

—Bogdan me llamó el otro día. Tenía cierta... información preocupante que compartir.

—¿Oh? ¿Y qué es exactamente lo que te preocupa?

—¿Qué te llevó a interesarte por el negocio de las armas, Drago?

—Dinero —informo y doy un sorbo a mi bebida—. Pero no deberías preocuparte. No tengo planes de invadir tu territorio.

—Le entregaste un gran cargamento a la *Bratva*.

—Sí. No obstante, Petrov ya no hará tratos contigo, así que no veo ningún problema. Y después del lío con los irlandeses, tienes prohibido hacer negocios en New York. —Paso el brazo por encima del respaldo del sofá—. ¿Suministrar armamento a la gente que secuestró a la mujer del Don? Para ser sincero, me sorprende ver que aún respiras. Así que no veo ningún conflicto de intereses entre nosotros dos.

Dushku se ajusta las gafas. Siempre hace eso cuando está enojado.

—¿Y seguirá así? —cuestiona.

—No busco pelear, Endri. Tú tienes tus compradores. Yo tengo los míos. El mercado es lo suficientemente grande para ambos.

—¿Y qué pasa con los rumanos?

—Pronto estarán fuera del juego —agrego—. Una vez que localice a Bogdan.

—¿Crees que deshacerte de Bogdan resolverá tu problema?

—Quita la cabeza, y el resto se dispersará como ratas. Y lo digo literalmente.

—Bueno... Entonces no me gustaría estar en el pellejo de Bogdan —dice Dushku—. Me enteré de que te casaste. Parece que ocurrió de repente. ¿Fue una decisión de negocios?

—Por supuesto.

—Qué interesante. Me di cuenta de que tu equipo de seguridad echaba a un hombre cuando yo entraba. Presionaba una toalla ensangrentada contra su cara y sostenía un vaso con la mano libre. No estoy seguro, pero creo que había un ojo adentro.

—¿Y?

—¿Eso tiene algo que ver con la advertencia que recibí al entrar? —Tiene una sonrisa calculadora en la cara.

—Sí. Pero estoy de buen humor, así que decidí dejar que se quedara con el otro ojo.

—Bueno, eso es bastante... extraño en ti, si me permites decirlo. Alguien podría hacerse a la idea de que la chica es algo más que un simple acuerdo de negocios.

Aprieto el vaso en mi mano. Hay tres cosas de las que hay que mantenerse alejado en mi trabajo: Lealtades falsas. Tratos que suenan demasiado buenos para ser verdad. Y cualquier tipo de debilidad.

Confío en muy pocas personas en mi vida. Los que tienen mi lealtad, se la merecen. Moriría por ellos, y sé que ellos no dudarían en hacer lo mismo por mí. Cualquiera lo bastante estúpido como para traicionarme y pensar que puede salirse con la suya, me aseguro de que no viva lo suficiente como para arrepentirse de su decisión.

No hago tratos a menos que esté cien por ciento seguro de que son sólidos. El dinero y el poder no influyen en mí, y no estoy aquí para ser el tonto de nadie.

Y desde luego no tengo ninguna debilidad. O no la tenía. Sin embargo, al contemplar la sonrisa de satisfacción de Dushku, me doy cuenta de que ahora tengo una. Y en estos momentos se está tomando *selfies* con un martini que no tiene edad suficiente para beberse.

—Sienna me dio una conexión directa con la *Cosa Nostra* y también con la *Bratva*. Dos pájaros de un tiro —explico, observando su rostro en busca de la más mínima reacción—. Es una cuestión de principios. Simplemente cuido a mi recurso.

—¿Entonces no te gusta?

—Apenas está saliendo de la adolescencia, Endri. ¿Por qué iba a gustarme una chica mimada que se viste como un payaso y se pasa casi todo el tiempo de compras y publicando *selfies* en las redes sociales? Hay que hacer sacrificios por el bien del negocio.

—Escuché que es una cosita muy bonita. No me digas que al menos no te atrae.

—Me gusta que mis mujeres usen la cabeza para algo más que un corte de cabello elegante, Endri.

Dushku se ríe y se levanta.

—Sí, entiendo tu punto de vista. Bueno, si no funciona, tengo una hija que está terminando su programa de doctorado, así que ella podría ser más de tu agrado.

—Lo tendré en cuenta.

Mientras veo marcharse al albanés, mis ojos se dirigen al lugar en el bar donde estaba sentada mi esposa hace un momento. No está allí. Me doy la vuelta y veo a Sienna parada con la espalda apoyada contra la columna del que cuelgan nuestros abrigos a un costado, justo detrás del sofá donde estoy sentado. Mirándome con los ojos muy abiertos.

Mierda.

Sienna

—Me gusta que mis mujeres usen la cabeza para algo más que un corte de cabello elegante, Endri.

Pego la espalda a la ancha columna rectangular que tengo detrás y cierro los ojos. Es un poco áspera, pero el fresco acabado de concreto es un alivio bien recibido para mi acalorada piel.

Todo lo que dijo es cierto. La gente ve lo que les muestras. Entonces, ¿por qué me molesta que Drago crea que soy superficial y estúpida?

Cuando abro los ojos, el hombre canoso se está levantando, ofreciéndole a su hija como mi reemplazo mientras lo hace. Y mi esposo, el bastardo que es, no parece oponerse. Debería irme y fingir que no escuché nada, sin embargo, mis piernas están clavadas en el suelo.

Drago se da la vuelta y nuestras miradas se cruzan. Me cuesta toda mi fuerza de voluntad, pero sonrío y mantengo esa sonrisa falsa en mi cara mientras él rodea el sofá para colocarse frente a mí.

—¿Planeas sustituirme? Puede que no tenga un doctorado, aunque estoy bastante segura de que soy una pieza de ajedrez más valiosa que la hija de ese tipo.

Drago baja la cabeza para que nuestras caras queden al mismo nivel. El candelabro que hay sobre nuestras chaquetas, al otro lado de la columna, proyecta su suave luz a nuestro alrededor, lo que me permite ver la vena palpitante de su sien mientras me mira fijamente a los ojos. Coloca su mano izquierda sobre la superficie junto a mi cabeza y me acaricia la mejilla con la derecha.

—¿Sabes lo que podría pasar si Dushku descubre que no eres simplemente una pieza de ajedrez? —Su tono es grave y amenazante—. Se

aseguraría de que todos los que tengan algún problema conmigo lo sepan.

—¿Y?

—Y, tendría que matarlos a todos. —Esta vez, sus palabras son tan despreocupadas como si estuviera planeando un picnic de verano. Inclina ligeramente la cabeza—. Son muchos muertos, *Mila Moya*.

—Tú no matas gente. Para eso tienes a tu mascota asesina. Ese sacerdote —suelto sin pensar, y solo cuando las palabras salen de mi boca me doy cuenta de lo que dije.

Él parpadea, sus oscuras pestañas bajan y suben perezosamente hasta que sus ojos vuelven a clavarse en mí.

—¿Mi... “Mascota asesina”?

Rayos. ¡Piensa!

—Sí. Keva mencionó algo el otro día, y lo descubrí.

—*Mmmm*, ¿lo hizo? —Me observa con los ojos entrecerrados—. Sí. Supongo que tendría que enviar a... *mi mascota asesina* tras ellos. Para que se ocupe de ese problema por mí.

—¿Por qué?

Baja un poco la barbilla y me analiza con una mirada profunda.

—Para asegurarme de que no vendrán tras de ti.

—¿Por qué vendría alguien tras de mí? —pregunto con mi voz más dulce—. Simplemente soy una chica mimada que se viste como un payaso.

La nariz de Drago se ensancha. Aprieta la mandíbula y sus ojos se clavan en mis labios con tal intensidad que espero que estallen las llamas.

—Eres todo lo contrario a superficial, Sienna. Ambos lo sabemos. Estoy casi seguro de que eres una de las personas más inteligentes que he conocido.

Aspiro, sorprendida por sus palabras. Pero mi asombro momentáneo es rápidamente sustituido por una risa sin gracia al recordar el resto de la conversación que escuché.

—Sin embargo, eso no es suficiente, ¿verdad? Hablaste de sustituirme —reviro—. Quizá sería lo mejor. La hija de tu colega podría encajar mejor contigo. Probablemente harás algo más que dormir en la misma cama con ella.

Drago cierra los ojos, un sinnúmero de maldiciones serbias extremadamente groseras salen de su boca. Luego, choca su boca contra la mía.

Me estremezco por la ferocidad de su beso, si es que puede llamarse beso. Es un asalto. Un reclamo hambriento y furioso. Aprieto la parte delantera de su camisa y lo atraigo hacia mí, necesitando más. Su mano me agarra por debajo del muslo y me levanta. Mis piernas rodean su cintura y me maravillo de la sensación de estar atrapada entre su duro cuerpo y la sólida columna que hay detrás de mí, mientras su longitud presiona directamente en mi centro. La boca de Drago se desliza a lo largo de mi barbilla hasta un lado de mi cuello, y cuando muerde la tierna piel de allí, siento cómo me mojo. Agarro su cabello y mis dedos se enredan en sus hebras oscuras. Su agarre de mi cara desaparece y, un momento después, se lleva el teléfono a la oreja.

—¡Quiero a todo el mundo fuera! —brama, y luego me lame el cuello—. Ahora, Misha.

La persona al otro lado de la línea responde, pero no escucho lo que dice porque Drago lanza el teléfono por encima de su hombro. Apenas noto el golpe seco al caer al suelo cuando la boca de Drago vuelve a encontrar la mía. Chupando. Mordiendo.

Me tiemblan los dedos mientras los paso por su cabello. Nunca me había sentido así. Esta necesidad de acercarme a él, aunque no podríamos estar más cerca de lo que ya estamos. Las voces y los pasos apresurados nos rodean mientras la gente se marcha, pero los ignoro, embriagada por la presencia de Drago. Nada más importa. Solo él. Su cuerpo. Sus labios. Su olor. Es el mismo aroma con el que me he despertado durante semanas.

—Agárrate fuerte —pronuncia contra mis labios y da un paso atrás.

Le rodeo el cuello con los brazos y sus manos suben por mis piernas hasta llegar a mi trasero, por debajo de mi vestido. El encaje de mi tanga roza mi coño adolorido cuando él la jala. La delicada tela se rasga. La aparta, arrastrando a propósito el encaje para que roce mi clítoris palpitante.

Jadeo cuando mis muslos están repentinamente resbaladizos por mi humedad. Drago vuelve a agarrarme la parte inferior de la pierna mientras se desabrocha los pantalones con la mano que tiene libre. Oh Dios, voy a tener sexo... en un club, con gente todavía alrededor. ¿Por qué no me importa? La gélida superficie a mi espalda enfría la piel desnuda de mi trasero mientras Drago me sujeta contra la columna una vez más. La punta de su polla presiona mi entrada.

—Por favor, ve despacio. —Me ahogo—. Es mi primera vez.

Drago levanta la cabeza y me mira.

—¿Tu qué?

—Mi primera vez —repito cuando baja su mirada hacia mi boca—.

Soy virgen.

Sus ojos verdes, tan concentrados en mis labios, se abren de par en par, luego se levantan para encontrarse con los míos.

—¿Quieres que me detenga?

Le jalo el cabello de la nuca.

—No.

Sin romper el contacto visual, me mueve ligeramente, alineando nuestras caderas. Me invade una mezcla de excitación y pánico. Cuando la punta entra en mí, cierro los ojos y me tensó.

—Sienna. —Me besa en la barbilla—. Mírame, *Mila*.

—¿Me dolerá? —susurro.

—Un poco. Si quieres que me detenga, dame un golpecito en el brazo. ¿Está bien?

—Bien.

Drago se inclina hacia delante, susurrando palabras suaves y tranquilizantes justo al lado de mi oído. Está hablando en serbio, aunque solo capto frases al azar. Algo sobre brillantina y el nombre de un pájaro, aunque no estoy segura de cuál. Quizás un pavo real. En realidad no importa, porque el timbre de su voz y su aliento caliente abanicándome el cuello me derriten por dentro. Este hombre podría leer una lista del supermercado y yo me desharía con tan solo escucharlo.

El cosquilleo en mi interior me está volviendo loca. Inclino la cabeza y le lamo el cuello. Un gruñido sale de sus labios y, en el siguiente latido, su polla se desliza parcialmente dentro de mí. Jadeo y jalo su cabello, deleitándome al sentir cómo estira mis paredes internas. Siento cierta incomodidad, pero estoy demasiado excitada para que me importe. Aprieto las piernas a su alrededor, con la necesidad de tenerlo aún más cerca, más profundo.

—Di mi nombre. —Carraspea junto a mi oreja.

—Drago —gimo mientras me penetra hasta que está completamente dentro de mí.

—Me encanta oír tu voz. —Me levanta y vuelve a penetrarme—. Otra vez.

No puedo pronunciar ni una palabra porque estoy demasiado absorta en la forma en que mi coño se aprieta alrededor de su polla mientras todo mi cuerpo se estremece. Nunca en mi vida había experimentado algo así. Su simple contacto me hace temblar y me eleva sobre las corrientes del placer más puro.

—¡Otra vez, Sienna! —Drago ruge mientras bombea dentro de mí.

Cierro los ojos y aprieto mi mejilla contra la suya.

—Drago.

Un profundo rugido sale de su garganta. Es gutural y áspero. En el siguiente suspiro, sus dientes raspan la piel de mi hombro. Más palabras susurradas en serbio. Algo sobre brujería, y vuelve a maldecir. Sus labios nuevamente chocan contra los míos.

Mi mente ya no parece mía porque no puedo pensar. Solo puedo sentir... sentirlo a él, reclamándome con su boca y su polla. Agarro su cabello y muerdo su labio inferior hasta que siento el sabor metálico de la sangre. Es un castigo por herirme con sus palabras.

—No solamente tiene garras, sino también dientes afilados —declara contra mi boca y me penetra hasta el fondo—. Te veo, *Mila Moya*. Y odio que me ocultes tu verdadero yo.

—No lo hago. —Jadeo, con la respiración entrecortada mientras me penetra. Más rápido. Más profundo.

Mi cabello se soltó y los mechones enredados se me pegan a la cara. Es como si me estuviera sobrecalentando e hinchando por dentro mientras me aferro a los hombros de Drago. Un grito se apodera de mi pecho a la par que mi visión se nubla. Como si mi mente hubiera decidido desconectarse de todo excepto de la sensación de nuestros cuerpos conectándose. Las manos de Drago aprietan mis nalgas y su siguiente embestida me hace caer en el olvido. Una explosión blanca tras mis párpados cerrados me hace gritar, cabalgando la increíble ola y rompiéndome en pedacitos.

«*Debiste haber huido cuando aún tenías la oportunidad, Sienna*», susurra la voz en el fondo de mi mente. «*Realmente debiste hacerlo*».

Capítulo 13

Drago

La pesada cortina está cerrada sobre la puerta del balcón, impidiendo que la luz de la mañana llegue a Sienna, que está acurrucada en la cama, sujetando una almohada entre sus brazos. Se pasó toda la noche agarrada a mi antebrazo y pegada a mi costado. Me costó mucho liberarme para poder ducharme y prepararme para ir a trabajar.

Desplazo mi mirada desde su rostro plácido hacia su cuerpo, pasando por encima de mi camiseta y los pantalones de pijama que le puse anoche. Se quedó dormida en el coche de camino a casa desde el club, no se despertó cuando la cargué en brazos hacia el interior y subí las escaleras hasta nuestra habitación. Esperaba que se despertara cuando comencé a quitarle la chaqueta y el vestido, mas no fue así. Murmuró algo y se metió desnuda en la cama. Revisé su ropa, pero no pude decidir qué era pijama y qué no, así que la vestí con la mía. Sienna durmió durante todo el proceso. Esta mujer probablemente podría dormir durante un terremoto. Cero instinto de autoconservación.

Alguna extraña necesidad primitiva se agita en mi interior al verla con mi ropa, incitándome a prohibirle que se ponga otra cosa cuando duerme. Es una estupidez. Sin embargo, no puedo evitarlo. Y no me gusta. No me agradan estas tendencias cavernícolas que he desarrollado, como la compulsión de estrangular a todo hombre que se acerque a menos de tres metros de mi esposa. Otra cosa que me cuesta procesar es la satisfacción que sentí al darme cuenta de que yo fui su primero. Ningún otro hombre la ha tocado antes que yo. Y ningún otro lo hará. Jamás.

Apoyo la espalda contra la pared, frotándome con el pulgar una pequeña marca en el labio inferior, donde ella me mordió anoche. Mi feroz y deslumbrante seductora. Desde el momento en que la vi por primera vez, supe que Sienna es mucho más de lo que deja que otros vean. Es como si hubiera ocultado su verdadero yo por alguna razón, y su disfraz me ha

estado carcomiendo desde el principio. Me gustan los pequeños destellos de su verdadera naturaleza cada vez que se le cae la máscara. Pero el hecho de que me haya estado mintiendo todo este tiempo me pone furioso. Ha pasado un mes, y todavía no ha intentado sincerarse conmigo. Entiendo que desconfiara al principio, no obstante, ya debería tener claro que nunca le haría daño. Después de todo el tiempo que hemos pasado juntos... de acuerdo, no ha sido mucho, pero ha habido suficientes oportunidades, sigue sin confesarme la verdad de por qué aceptó este matrimonio.

Mis ojos se desvían hacia la mesita de noche, donde hay tres cuadernos gruesos con cubiertas brillantes apilados uno encima del otro. En las últimas semanas, cuando la acechaba, la sorprendí garabateando en uno de ellos. El sofá de cuero de la gran sala de descanso parece ser su lugar favorito, y me pasé mucho tiempo observándola desde la puerta. Escribía un par de frases y luego se reía para sus adentros antes de continuar. Al principio pensé que escribía un diario, pero cuando sin querer eché un vistazo a uno de sus cuadernos, me di cuenta de que escribía historias.

De repente, la habitación se llena de luz que entra por la puerta abierta detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Filip de pie en el umbral, parloteando sobre quién sabe qué. No presto atención a sus palabras y arremeto contra él.

—Nunca —escupo mientras lo agarro por delante de su camisa y lo empujo al pasillo—, nunca, demonios, entres a la habitación donde duerme mi mujer.

—No contestabas tus mensajes.

—No. Me. Importa. —Le clavo mi mirada asesina—. ¿Qué pasa?

—Hubo un incendio en el almacén de Syracuse.

—¿Cuándo?

—Hace una hora. Uno de los guardias de seguridad lo reportó, pero se perdió la conexión antes de que pudiera decir más.

—¿Los daños?

—No lo sé. Adam se llevó a Relja y fueron a ver qué estaba pasando. Le suelto la camisa.

—Llama a Adam. Dile que si es grave, y si llamaron a los bomberos, que dé la vuelta y regrese de inmediato.

—Entonces, ¿simplemente lo dejaremos?

—Sí. Si los bomberos están allí, la policía también lo estará. Había casi media tonelada de cocaína de Ajello en ese edificio. A menos que el fuego pueda ser contenido por nuestros hombres, el almacén y el producto están perdidos.

—¿Crees que fue Bogdan? —pregunta.

—O Dushku. Fue a Naos anoche. Para tantear el terreno, sin duda. Pero apuesto a que fue Bogdan. ¿Alguien lo localizó?

—No. Tengo a nuestros hombres buscándolo desde que nuestro conductor fue asesinado. Hasta ahora, nada. La mayoría de su gente de confianza han desaparecido. Hemos capturado a algunos desgraciados de bajo nivel, pero no sabían nada útil.

—Bueno, eso es prueba suficiente para mí de que él está detrás de eso, también. Envía a Iliya a charlar con nuestros informantes. Tal vez alguien ha escuchado algo sobre el paradero de Bogdan. Jovan y yo revisaremos los otros almacenes.

—Bien. Te enviaré un mensaje cuando Adam se reporte con una actualización.

—Ni te molestes. Dejé mi teléfono en Naos anoche. Haz que uno de los hombres lo recoja y lo traiga aquí. Volveré en cuanto termine.

Al bajar las escaleras, veo que Keva está regañando a una chica que quita el polvo de uno de los cuadros del vestíbulo. Le hago señas con la mano para que se acerque a la puerta principal. Ella me sigue afuera y nos encaminamos por un sendero que rodea la casa y conduce al garaje.

—Sienna sigue durmiendo. Que una de las chicas le lleve el desayuno arriba.

—¿Comida? —Ella me mira con los ojos muy abiertos—. ¿En tu habitación?

—Sí. Y no quiero que Sienna salga de la propiedad hasta que yo vuelva.

—¿Por qué? ¿Pasó algo?

—Parece que los rumanos causaron un alboroto. Avisaré a los guardias para que no la dejen pasar si intenta salir, pero me temo que conseguiré convencerlos.

—Nadie se atreverá a desobedecer tus órdenes. Lo sabes.

—Cuando se trata de mi esposa, he aprendido a esperar cualquier cosa. Ya tiene a todos mis hombres comiendo de su mano. —Paso por encima de

una manguera de jardín extendida por el camino—. Incluyendo a mis perros.

—Estás exagerando.

—¿En serio? —Me detengo frente al garaje y señalo la mansión con el brazo—. ¿Sabías que Mirko hackeó la página web de una especie de *boutique* y cambió el pedido que alguien había hecho de un par de zapatos para que se los enviaran a Sienna con entrega urgente el mismo día?

—¿Y qué? —Keva se encoge de hombros y añade—: Solo estaba siendo amable.

—Es mi especialista en logística y vigilancia. No su comprador personal —suelto—. Y el otro día, hizo que Adam jugara con ella a un estúpido juego de PlayStation. Dijo que era más divertido en modo cooperativo. Creí estar imaginando cosas cuando vi a mi ejecutor principal dirigiendo a un espantapájaros en la pantalla del televisor, haciendo explotar pollos gigantes con magia rosa y chispeante.

Keva sonríe.

—*Oooh*, alguien está celoso. ¿Te molesta que no te pidiera que jugaras con ella?

—Hablo en serio. —Lanzo una rápida mirada por encima de su cabeza hacia la mansión—. La *Cosa Nostra* mató a uno de nuestros hombres. Cuando traje a Sienna aquí, todos la odiaban. Bueno, excepto tú. Y ahora todos parecen estar perdidamente *enamorado*s de ella.

—*Ella* no mató a nadie, Drago. Y no debería ser culpada por algo en lo que no tuvo nada que ver. Además, en realidad nadie la odiaba. —Keva frunce el ceño y esboza una sonrisa de complicidad—. Bueno, quizás un poco.

—No sé qué tiene ella. —Sacudo la cabeza—. Es como si por mucho que la gente intente evitar que les caiga bien, aun así acaban siendo hechizados por ella.

—¿Hablas por experiencia?

—Sí, maldita sea. —Aprieto los dientes—. Le ha estado proporcionando información a Ajello.

—Bueno, esperarías lo mismo si una de nuestras chicas se casara con alguien de la *Cosa Nostra*. Así funcionan las cosas.

—¿Ha estado preguntando sobre nuestros negocios? ¿Buscando información? ¿Fisgoneando?

—No. Normalmente charla conmigo y con las chicas sobre libros y ropa. Rara vez hablamos de negocios.

—No es solamente eso —suspiro—. Entiende serbio.

Keva aparta rápidamente la mirada.

—¿Lo sabías? —espeto—. ¿Lo sabías y no me lo habías dicho?

—Lo sospechaba.

—Jesús, ¡joder! ¿Por qué no dijiste nada?

—¿Sabes que se te iluminan los ojos cuando ella entra en una habitación? —Da un paso adelante—. Durante años, te he visto sumergirte en el trabajo, encerrándote cada vez más en ti mismo. Perdí la esperanza de que algo... *alguien* pudiera sacarte del pozo oscuro al que te has resignado. Has estado como un muerto en vida, siguiendo una rutina, hasta que Sienna se mudó a esta casa. Y ahora, es como si por fin volvieras al mundo de los vivos.

—Un mundo de locos sería más exacto. —Me paso la mano por el cabello—. Ella es absolutamente inconsciente de lo peligroso que son los juegos a los que nos sometemos. Si hubiera acabado con otra persona y la hubieran descubierto espionando...

—Pero no fue así. —Keva me pone la mano en el antebrazo—. ¿Por qué no le has contado lo de tu audición, Drago?

—¿Para que también se lo diga a su Don?

—¿Crees que lo haría?

—Sin duda. —Asiento y me doy la vuelta para entrar al garaje—. Me tengo que ir.

Sienna

Observo fijamente el enorme tazón, lleno hasta arriba de vainas verdes.

—No sabía que los guisantes crecían así.

—¿Y cómo creías que crecían? —pregunta Keva mientras pela vainas de guisantes de su propio recipiente.

—No lo sé. En realidad nunca había pensado en ello. —Tomo una vaina y la rompo, extrayendo pequeñas legumbres verdes—. Entonces, ¿cuántas tenemos que desgranar para el almuerzo?

—*Oh*, estas son solamente para poner encima de una ensalada, así que podemos parar una vez que tengamos una taza o dos. Si fuera para una guarnición, habría usado las congeladas porque necesitaríamos al menos tres kilos.

Mis ojos se abren de par en par.

—No sé cómo cocinas para casi cincuenta personas todos los días.

—Las chicas ayudan. —Ladea la cabeza, pensativa—. Siempre quise tener una familia grande, pero no tuve la oportunidad. Supongo que esto es lo más parecido.

—¿Cómo acabaste aquí, con Drago?

—Tenía una amiga en New York —narra, pero mantiene la mirada fija en sus manos—. Así que me traje a Drago y a Tara conmigo. Él tenía diecisiete años. Tara tenía cuatro en aquel entonces.

—¿Y sus padres?

—Perteneían a la mafia. Pusieron una bomba en su casa como represalia porque el padre de Drago asesinó a unas personas. Ambos murieron en la explosión. Drago y Tara sobrevivieron. —Su voz se tensa mientras se limpia una lágrima—. Dina, su hermana, también murió.

Mi estómago se revuelve y me tapo la boca con la mano, aun así se me escapa un grito ahogado.

—Había algunos parientes que podrían haber acogido a Drago y Tara, pero no podía permitir que se quedaran en Serbia. Era una disputa sanguinaria y no quería arriesgarme a que los asesinos fueran tras ellos. Mandé falsificar sus pasaportes para hacerlos pasar como míos y vinimos aquí.

La miro fijamente. ¿Mudarse sola a un país extraño con dos criaturas que ni siquiera eran tuyas? No conozco a nadie que hubiera hecho algo así.

—¿Pero estuviste casada con su padre?

Keva levanta su mirada hacia la mía.

—A veces, el amor no muere cuando finaliza un matrimonio, Sienna. O la vida. El hombre que amaba murió, pero sus hijos no. Y estaban en peligro. Hice lo que tenía que hacer.

Veó el tazón que tengo entre las manos. La relación de Drago con Keva tiene mucho más sentido ahora.

—¿Drago te consiguió más de esos... cristales de vidrio? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Nop ¿Por qué?

—Deberías pedirle más. Me encanta lo que hiciste con ellos.

—¿Sabes dónde está Drago? No lo he visto esta mañana.

—Se fue temprano. Algo sobre el trabajo. —Me mira de reojo—. ¿Ya lo extrañas?

—Desde luego que no extraño a ese jabalí hipócrita —Tomo la siguiente vaina y la desmenuzo entre los dedos.

El hombre se refirió a nuestro matrimonio como un sacrificio necesario, dejando muy claro que le importo un comino. ¿Y qué hice yo? Dejé que me follara contra la pared, disfrutando cada segundo. Y, como si eso no fuera suficiente para demostrar lo patética que soy, esta mañana me desperté con ganas de más, solo para descubrir que se había ido. Todavía no puedo decidir si estoy enfadada con él por no estar presente, o conmigo misma por sentirme decepcionada.

—¿Jabalí hipócrita? —Keva levanta la taza de café que hay sobre la mesa y me mira arqueando una ceja.

—Sí. Habló de reemplazarme con un tipo y luego me dijo que iba a enviar a su sicario a matar a cualquiera que pudiera desearme algún mal.

Keva estalla en carcajadas.

—Parece que los dos se están llevando muy bien.

La puerta de la cocina se abre e Iliya, uno de los hombres de Drago, entra.

—El teléfono de Drago. Lo dejó en Naos anoche. —Coloca el aparato sobre la mesa delante de Keva y se va. Una gran grieta ha rajado la pantalla en diagonal, y hay una infinidad de pequeñas líneas como una delicada telaraña sobre el resto.

—Drago nunca olvida su teléfono. —Keva se limpia la mano con una toalla y lo agarra—. Sobre todo cuando esperamos la llegada de un nuevo cargamento, y hoy llegará uno. Los conductores siempre le envían actualizaciones, de modo que si hay problemas, podemos... —Se queda boquiabierta mirando algo en la pantalla.

—¿Hay algún problema? —inquiero porque la expresión de su rostro es realmente extraña.

—No, en absoluto. Es que no sabía que su teléfono estaba roto. —Vuelve a dejar el aparato sobre la mesa y da un sorbo a su café.

—Drago lo tiró para poder agarrarme el trasero —murmuro—. Perdí mi virginidad presionada contra una pared en su club mientras la gente seguía deambulando a nuestro alrededor.

Keva escupe su café, gotas de color marrón oscuro salpican toda la superficie de madera de la mesa.

—¿Qué? —Resopla en medio de un ataque de tos.

—*Síp*. Y luego, cuando me desperté esta mañana, él no estaba allí. —Miro el tazón de guisantes para que no vea las lágrimas en mis ojos—. Ya terminé con mi ración. ¿Me necesitas para algo más?

—Yo me encargo del resto.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta, dando un par de pasos antes de que Keva me llame.

—Sienna. ¿Puedes subir el teléfono de Drago y dejarlo en tu habitación?

—Claro. —Tomo el aparato de su mano y salgo rápidamente de la cocina.

Cuando llego al dormitorio, tiro el móvil sobre la cama y me doy la vuelta para marcharme de nuevo, pero me detengo en el umbral. «*No lo hagas*». Respiro profundamente y echo un vistazo por el pasillo. El cuarto piso parece estar desierto, así que cierro la puerta de la habitación. Por desgracia, no tiene cerrojo.

«*No lo hagas*». Me grita mi conciencia mientras camino de vuelta hacia la cama. «*Eres mejor que eso*».

Me subo a la cama y me siento en el centro con las piernas cruzadas, mirando fijamente el teléfono de mi esposo. ¿Tiene fotos de sus ex en él? ¿Cómo son las mujeres que le atraen? ¿Altas y sofisticadas, vestidas con esos horribles trajes sastre en colores aburridos? Drago no me parece un hombre que guarde fotos de sus novias en su teléfono, pero tiene que haber al menos unas cuantas. Violar la privacidad de alguien es algo que normalmente nunca haría, pero esta cosa me está tentando mucho. ¿Y si solamente echo un vistazo rápido? Entro en su galería y miro las últimas fotos. No. No lo haré.

Resisto la tentación durante cinco minutos completos. Después, agarro el móvil y presiono el botón de encendido. La pantalla se ilumina. Y está desbloqueado. Cierro los ojos un momento y vuelvo a respirar profundamente.

Su fondo de pantalla es una foto de alguien, pero no puedo ver la imagen claramente. Toda la pantalla de inicio está cubierta de iconos de aplicaciones, pero puedo distinguir que es una mujer. ¡Acostada en la cama! Ni siquiera tuve que entrar a la maldita galería de fotos. ¡No puedo creer que siga teniendo la foto de una ex amante como fondo de pantalla! Deslizo el dedo maniáticamente por la pantalla, intentando encontrar una ventana con menos iconos para poder ver cómo es la zorra. Las tres primeras pantallas están abarrotadas, pero en la cuarta no hay iconos y la foto es totalmente visible. El corazón me da un vuelco.

La zorra... soy yo.

Tengo puesta mi pijama favorita de rayas de cebra, enredada en las sábanas, recostada de lado y apretando una almohada contra mi pecho. Él tiene *mi* foto en su teléfono.

Vuelvo a la pantalla de inicio y presiono el icono de la galería. Hay más fotos mías, algunas mientras duermo, pero la mayoría están tomadas desde lejos, sin que yo lo supiera. Yo parada frente a un probador, probándome un vestido. Yo, tomándome una *selfie* junto a un rosal detrás de la casa. Yo agachada junto a la casa de los perros mientras Zeus me lame la cara. Hay más de cincuenta fotos y...

—¿Qué mierda estás haciendo?

Me sobresalto. Mi esposo está parado en la puerta, observando fijamente el teléfono en mis manos.

—Yo... Yo... Estaba revisando la pantalla —murmuro y presiono rápidamente el botón de encendido para poner el teléfono en modo inactivo—. Está rota.

Drago llega a la cama con unas zancadas largas y poderosas y me arrebató el aparato de la mano.

—¿Estabas leyendo mis mensajes para poder informarle a Ajello? —me brama a la cara.

—¿Qué? ¡No!

—¿De verdad? ¿Por qué no? Por lo que he visto, entiendes bastante bien el serbio.

Mi corazón se hunde en la boca de mi estómago. *Oh*, Dios mío, lo sabe.

—Dime, *Mila Moya*, ¿sabías serbio antes? ¿O lo aprendiste específicamente para este matrimonio?

Cierro los ojos y agacho la cabeza.

—Lo aprendí —susurro.

—¡Mírame cuando me hables, maldita sea! —grita y levanto bruscamente la cabeza.

—¡El Don me ordenó que lo aprendiera! —exclamo en su cara.

—Así que no fue una coincidencia. Fue planeado con mucha anticipación. ¿Cuánto tiempo tardaste en prepararte para tu misión de espionaje? ¿Seis meses?

Respiro profundamente, intentando impedir que se derramen las lágrimas.

—Dos.

Los ojos de Drago se encienden sorprendidos.

—Dos putos meses. ¿Cómo demonios lograste eso?

—Me gustan los idiomas —musito—. Por eso me eligió el Don.

—¿Te amenazó? Porque si lo hizo, voy a destripar a ese hijo de puta.

Agarro el cubrecama entre mis dedos, apretándolo con todas mis fuerzas, y cierro los ojos. Ajello sí me amenazó con mi hermano, aunque nunca creí que llegara a lastimar a Arturo. A pesar de todo, acepté formar parte de este plan por mis propios motivos.

—Nadie me amenazó. —Me encuentro con la mirada penetrante de mi esposo—. Fue decisión mía.

Drago se queda completamente inmóvil. Sus ojos se clavan en los míos mientras la ira se apodera de sus profundidades verdes.

—Quiero saber qué le has contado a Ajello hasta ahora.

—Yo... Le conté que tienes algunos problemas con los rumanos. Me preguntó sobre un trato que habías hecho, pero le dije que no sabía nada.

Se inclina, acercándose a mi cara.

—¿Qué más?

—Que la mayoría de tu gente vive aquí, en tu casa.

—¡Cómo te atreves a poner a mi familia en peligro! —Su voz es peligrosamente baja cuando lo dice, impregnada de tanto asco que me estremezco. Es mucho peor que si gritara—. Recoge tus cosas y lárgate de mi habitación.

Veo cómo Drago se retira, atraviesa la habitación y da un portazo tras de sí. Mi cuerpo se estremece por el sonido. Después de levantarme de la cama, bajo el edredón al suelo y lo extiendo frente al armario. Con las extremidades entumecidas, comienzo a arrojar mi ropa encima de él. Uno

de los chicos se llevó mis maletas al almacén de la planta baja, y de ninguna manera iré allí, por nada del mundo me arriesgaré a encontrarme de nuevo con Drago.

Una vez que reúno una gran parte de mi ropa sobre el edredón, junto las esquinas y arrastro mi carga hacia la habitación situada al final del pasillo. Repito el proceso dos veces más hasta que consigo sacar todo de la *suite* de mi esposo.

Drago

No puedo creer que mi esposa esté absolutamente tranquila. Está sentada a mi lado, charlando de tonterías con Jelena con una gran sonrisa en su rostro. Mirko dice algo y ella se ríe. Sin ninguna preocupación. De hecho, parece estar disfrutando su cena.

En cambio, yo me he pasado toda la tarde reprendiéndome por haberle gritado y exigido que se fuera de nuestra habitación. No es que no sospechara ya que le había estado dando información a su Don. En casa rara vez se habla de asuntos de negocios confidenciales, así que podría haberse enterado y transmitido cosas intrascendentes, la mayoría de las cuales Ajello puede averiguar fácilmente por otros medios. Sin embargo, verla husmear en mi teléfono me hizo perder la cabeza. Una cosa es que ella pasara algo de la información que reunió sobre la marcha. Otra completamente diferente escarbar a propósito en busca de más detalles. Y el hecho de que ni siquiera la obligaran a espiarme, hizo que el sabor amargo de la traición fuera diez veces peor. Lo que me enfurece aún más es que probablemente también vio las fotos de ella en mi teléfono. ¡Joder!

Sin decir una palabra, me levanto de la mesa con la intención de salir cuando mi mirada se posa en la pecera de la esquina. Tres de los cuatro peces anaranjados están zumbando dentro de la pecera, mas el restante parece flotar en la superficie. Cruzo la distancia y observo dentro del acuario. El pez está muerto, flotando boca abajo.

Sienna ya perdió una mascota una vez y seguramente se angustiará cuando lo vea. «*¡Es un puto pez! Se mueren todo el tiempo. ¡No es una niña como para alterarse por un pez muerto!*». Sí, mas no puedo soportar la idea

de que mi esposa se altere por cualquier cosa, aunque sea un poco. Incluso mientras estoy furioso con ella.

Lanzando una mirada por encima de mi hombro para confirmar que Sienna sigue ocupada por la conversación con Jelena, saco el cuerpo resbaladizo y, manteniéndolo oculto dentro de mi puño, salgo del comedor.

—Tómale una foto a esto —le ordeno a Iliya, que está de guardia en la puerta principal, y le entrego el pez muerto—. Manda a alguien a buscar uno idéntico y que lo meta en la pecera.

Iliya agarra al pez por la cola y lo examina.

—No estoy seguro de que las tiendas de mascotas sigan abiertas.

—No me importa, maldición. Asegúrate de hacerlo —escupo y salgo a despejarme.

El paseo de quince minutos que había planeado acaba convirtiéndose en un viaje de una hora por la ciudad hasta donde mi hermana alquiló un estudio en un edificio de seis pisos sin ascensor. Hago un leve gesto con la barbilla hacia el equipo de seguridad de Tara. Los chicos vigilan su casa desde un vehículo estacionado al otro lado de la calle. Entro al edificio y subo las escaleras hasta el último piso.

—Si hubiera sabido que eras tú, habría fingido no estar en casa —suelta bruscamente Tara cuando abre la puerta—. ¿Qué quieres?

—Decidí que ya tuviste suficiente tiempo para tranquilizarte y vine a ver cómo estabas. —Entro y echo un vistazo. Es un lugar bonito y moderno, decorado en tonos blancos y marrón oscuro.

Mi hermana cierra la puerta y se para frente a mí con las manos en la cintura. Su voz no ha cambiado mucho desde que era una niña y conserva su tono agudo. Siempre tengo que leerle los labios cuando hablamos.

—Como puedes ver, estoy bien. Ahora, siéntete libre de volver a casa con tu esposa italiana.

—Esta animosidad que tienes hacia Sienna es injustificada. Ella no tuvo nada que ver con la muerte de Petar.

—Oh, ¿ahora la defiendes?

—Deja de comportarte como una malcriada —suspiro—. ¿Revisaste las piedras?

A Tara le brillan los ojos como siempre que hablamos de trabajo. Nada ha conseguido mantener a mi hermana interesada durante mucho tiempo. Se cambió de universidad un par de veces y no pudo decidirse por una carrera,

hasta que al final la abandonó. Hace cuatro años, después de verla desperdiciar sus días, decidí que tenía que hacer algo con su vida y la contraté para que se encargara de la logística de mi negocio de gemas preciosas.

—Sí, todo está bien excepto la tanzanita. Debería haber sido azul oscuro, pero solamente conseguimos unas pálidas. Absolutamente poco profesional. —Sacude la cabeza—. Las esmeraldas que conseguimos para el príncipe árabe están bien, gracias a Dios.

Asiento con la cabeza, rodeo a mi hermana y me acerco a la cómoda que hay junto a la pared. Encima hay una foto en un pequeño marco de plata. Es una foto de Tara y Dina tomadas de la mano en su primer día de preescolar. Tomo el marco y trazo con la punta de mi dedo la cara sonriente de Dina.

Tara me pone la mano sobre el brazo.

—¿Te parece bien que me la haya traído? Es la única foto que tenemos.

—Sí —digo.

De todas formas, me duele demasiado mirarla. Cada vez que veo esta foto, caigo en una espiral de dudas y no puedo dejar de reexaminar aquella noche, preguntándome qué hice mal. ¿Estaría viva Dina hoy si en vez de eso hubiera intentado romper la ventana de su habitación? ¿O si hubiera sido más rápido?

Vuelvo a poner el marco sobre la cómoda.

—Ven a la mansión a conocer a mi esposa. Almuerzo o cena. Puedes elegir el día.

—No pienso poner un pie en esa casa mientras esa mujer esté allí.

—No te lo estaba preguntando, Tara. —Le clavo la mirada—. Vendrás. Y serás cortés. Fin de la discusión.

Tara aprieta los dientes.

—Bien.

Me doy la vuelta para irme cuando mis ojos se posan en el librero de la esquina. Uno de los libros está apoyado en el fondo de la repisa. En la portada, una mujer con un vestido *vintage* blanco abraza a un tipo sin camisa y de cabello largo, que parece sufrir de estreñimiento. Estoy bastante seguro de haber visto ese mismo libro en la mesita de noche de Sienna, justo al lado de otro con un tipo semidesnudo aullándole a la luna.

—Tengo la sensación de que tú y mi esposa se llevarán de maravilla — le comento por encima de mi hombro.

Cuando regreso a casa, me dirijo directamente a mi habitación. Una pequeña parte de mí espera encontrar allí a Sienna después de todo, no obstante, cuando abro la puerta, mi cama está vacía.

Me doy una ducha rápida y permanezco tendido en mi cama despierto durante casi una hora, resistiendo el impulso de buscar a mi esposa y traerla de vuelta a mi lecho. Al final, pierdo la batalla y salgo de mi habitación, dirigiéndome por el pasillo a la habitación situada en el otro extremo del piso.

Sienna está dormida, en posición fetal, apretando una almohada contra su pecho. Esta cama es demasiado pequeña para los dos, así que deslizo los brazos bajo mi hechizante esposa y la llevo de vuelta a la mía.

Sí, su única razón para venir a mi casa fue para espiarme. Sí, incluso llegó a husmear en mi teléfono para leer mis mensajes. Y sí, todavía estoy muy enojado.

Sin embargo, no voy a pasar una noche sin ella en mi cama. Ni una sola noche. La bajo a la cama, luego me recuesto detrás de ella y la rodeo con mis brazos mientras duerme. Puede que sea una espía escurridiza y manipuladora, pero es *mi* espía.

Capítulo 14

Sienna

Finjo estar inmersa devorando la tarta servida en la cena, mientras observo en secreto a mi esposo. Tiene puestos unos *jeans* y una camisa blanca de vestir. Los dos botones de arriba están desabrochados y tiene las mangas dobladas hasta los codos. Me sigue pareciendo insólito que los hombres de aquí se vistan tan informales. La ropa de diario de los miembros de la *Cosa Nostra* consiste casi exclusivamente en trajes. La única vez que he visto a los hombres de Ajello vestidos de manera informal fue el día de la boda de Asya, y solamente porque Pasha les advirtió que no se permitiría a nadie en traje en el lugar del evento. He visto a Drago vestido de traje varias veces hasta ahora, pero normalmente usa una camisa de vestir con botones y *jeans*.

No me ha dirigido la palabra desde que me sorprendió con su teléfono hace cinco días. En general, actúa como si yo no estuviera presente. Excepto por la noche.

Todas las noches, una hora más o menos después de irme a dormir, entra a mi habitación al final del pasillo y me carga de vuelta a la suya. La primera vez no me di cuenta hasta que me abrazó y me estrechó contra su pecho. Fingí que seguía dormida mientras me hundía en la comodidad de su cama y el calor de su cuerpo. Sin embargo, a la mañana siguiente me desperté en mi nueva habitación.

Al principio pensé que lo había soñado todo, pero luego sentí su olor en mí. No estaba durmiendo cuando apareció la noche siguiente, mas actué como si lo estuviera. Y por la mañana, cuando me cargó de vuelta, hice lo mismo. En realidad no estoy segura de que sepa que estoy fingiendo estar dormida, sin embargo, no puede esperar que no me dé cuenta de que me ha estado llevando cinco noches seguidas. Quizás él también está fingiendo.

No sé qué pensar de sus acciones. Lo único de lo que estoy segura es de que mantener esta farsa se está volviendo insoportable. Quiero poder

tocarlo y acurrucarme libremente a su lado. Y tengo tantas ganas de que volvamos a tener sexo que siento que mi coño llora del deseo. Podría decirle la verdad. Explicarle mis razones para aceptar el matrimonio, aunque probablemente se reiría de mí. ¿Quién en su sano juicio se casa con un desconocido por miedo a quedarse sola? No. No puedo mostrarme así ante él.

Drago asiente a lo que sea que Filip está diciendo, sus ojos están enfocados en la boca de su segundo al mando. No al suelo como pensé al principio. Está ignorando por completo que estoy sentada a su lado.

Fingiendo indiferencia, tomo mi teléfono de la mesa y, frunciendo los labios, me tomo una *selfie*. Drago no voltea. Es como si yo no le importara un carajo. Aunque sí le importo.

Después de ver mis fotos en su teléfono, empecé a prestar más atención y me di cuenta de cosas que antes pasé por alto. Con qué frecuencia entra a la cocina mientras estoy allí, le hace a Keva una pregunta sin sentido y luego se va. Cada vez que esto ocurre, puedo sentir sus ojos clavados en mí mientras finjo estar absorta en lo que sea que esté haciendo en ese momento. O cuando me encuentra jugando videojuegos con Adam, le ladra órdenes y lo manda a hacer algún encargo, aunque parezca algo trivial. Y, ayer, cuando estaba jugando con los perros afuera, vi a mi esposo parado junto al garaje, observándome. En el momento en que se dio cuenta de que lo había visto, se dio la vuelta y se fue.

Estoy harta de que me ignore.

—Oye, Filip. —Apoyo la barbilla sobre mi mano y sonrío—. ¿Puedo pedirte un favor?

Tanto Drago como su mano derecha me miran.

—Um, claro —replica Filip, lanzándole una mirada rápida a Drago, cuyos ojos están pegados a mis labios—. ¿Qué necesitas?

—¿Tienes algo de tiempo libre mañana? —le pregunto alegremente.

—No lo tiene —declara Drago.

Inclino la cabeza y lo observo, manteniendo la sonrisa dibujada en mi rostro.

—Le pregunté a Filip.

—Y yo respondí. ¿Para qué lo necesitas?

—Quería pedirle a Filip que me enseñe a conducir un coche. Pero si está ocupado, se lo pediré a alguien más. —Me encojo de hombros—.

¿Adam está disponible?

—No.

—*Oh*. ¿Y qué hay de...?

—Él tampoco está disponible.

Levanto una ceja.

—No he dicho quién.

—No importa. Ninguno de mis hombres está libre. Contén tu actitud alegre, no servirá de nada por aquí. —Drago tiene la mandíbula tensa y la nariz dilatada.

—¿Por qué?

Agarra el respaldo de mi silla y se inclina hacia delante hasta que su mejilla roza la mía.

—Porque soy el único hombre que va a bañarse con tu resplandor, Sienna —pronuncia junto a mi oído—. Nadie más.

Se aparta y me fulmina con la mirada. Parece que alguien está celoso y se esfuerza por no demostrarlo.

—¿Y *tú* estás disponible mañana? —inquiero.

Aprieta aún más la mandíbula.

—No.

—Lástima. Entonces tendré que buscar a otra persona. —Tomo mi plato y me levanto de la mesa—. Buenas noches.

El peso de los ojos de Drago sobre mí es intenso mientras me dirijo a la cocina, y de nuevo cuando regreso y salgo del comedor. Una vez que llego a mi habitación, me doy una ducha rápida y me dirijo a la montaña de cosas que guardo encima de la cómoda. En esta habitación no hay más que un pequeño armario, y no cabe toda mi ropa en él. Estoy buscando una pijama entre el montón cuando la puerta que tengo detrás se abre de golpe.

Sobresaltada, pego un grito y me doy la vuelta. Drago está de pie en el umbral, con los ojos clavados en la toalla a la que me aferro. Es una toalla bastante pequeña. Espero a que su mirada se dirija a mi cara y pestañeo inocentemente.

—Llegas temprano. Aún estoy despierta, así que por favor regresa en una hora.

Recorre la distancia que nos separa en varios pasos largos y apoya sus manos en la cómoda, enjaulándome. Su respiración es agitada y los músculos de su cuello están tensos. Está furioso.

Suelto la toalla y dejo que caiga al suelo, sin embargo, la mirada de Drago permanece fija en mi rostro. Estiro mi mano y le desabrocho lentamente un botón de su camisa. Y luego otro. No dice nada, ni siquiera se inmuta mientras desabotono el resto. Después, bajo mis manos para abrir el botón y la cremallera de sus *jeans* y luego engancho mis pulgares en la pretina jalando hacia abajo su pantalón, junto con sus bóxers, liberando su dura longitud.

Un gruñido sale de sus labios, pero se queda quieto incluso cuando le lamo el pecho. El autocontrol de este hombre es inigualable. Le rodeo el cuello con los brazos y me pongo de puntitas.

—Te extraño, Drago.

Con un movimiento de su brazo, la ropa de la cómoda que hay detrás de mí vuela hacia un lado. Drago me agarra de los muslos, me levanta y hace caer mi trasero sobre la parte superior despejada.

La humedad se acumula entre mis piernas cuando desliza sus manos por detrás de mis rodillas y me empuja hacia adelante. Su polla me penetra de una sola embestida. Me cuesta respirar. Como si hubiera estado bajo el agua y acabara de salir a la superficie, jadeando.

Él permanece completamente quieto, sin mover un músculo, mientras yo me deleito con la sensación de su miembro dentro de mí. Aprieto mis brazos y piernas a su alrededor y vuelvo a respirar profundamente. Los músculos de mi sexo se contraen en torno a su grosor, que se hincha aún más.

Levanto la vista y encuentro su mirada. No está enojado solamente. Por la expresión de sus ojos, está consumido por la furia. Me inclino hacia delante y le doy un suave beso en el borde de su mandíbula apretada. Luego otro, más cerca de sus labios, que están fuertemente apretados. Aparte de nuestra respiración, el tictac de un reloj en algún lugar de la habitación es el único sonido que rompe el silencio.

Engancho mis pies detrás de su espalda, pero Drago permanece inmóvil. Es un castigo. O eso es lo que él probablemente cree. Nueve latidos. Diez. Ladea ligeramente la cabeza e inhala. Me tiemblan las piernas. Voy a venirme con solo sentir su polla dentro de mí. Quince latidos. Ni siquiera sus manos se mueven, siguen aferradas a la parte posterior de mis rodillas. Es un duelo: su necesidad de follarme contra su voluntad de castigarme. Dieciocho. Diecinueve.

—Drago —murmuro cerca de su oreja.

Respira entrecortadamente. Al segundo siguiente, se retira y me penetra con fuerza de nuevo. Y otra vez más. Le suelto el cuello y me agarro al borde de la cómoda, aferrándome a la superficie de madera mientras me penetra. Cada embestida es más fuerte y más rápida.

Las luces están encendidas, así que puedo ver en su cara la guerra entre la rabia y la satisfacción mientras me embiste como un loco. El aliento me abandona en breves ráfagas. Me levanta la pierna con la mano izquierda y me rodea la nuca con la otra, sujetándome el cabello. Me tiembla todo el cuerpo y jadeo mirando fijamente sus ojos llenos de lujuria. La cómoda choca contra la pared a mi espalda con cada movimiento de sus caderas. Hay cincuenta personas en esta casa y estoy segura de que todas nos pueden escuchar. Y me importa un comino.

—¡Di mi nombre otra vez! —exclama Drago mientras continúa con sus embestidas.

Levanto la barbilla y aprieto los labios. Su vena temporal palpita y sus músculos se tensan. El agarre en mi cabello se intensifica, inclinando mi cabeza hacia atrás.

—Maldita sea, dilo, Sienna.

Me está follando tan duro que probablemente no podré caminar mañana. Ya no hay signos de indiferencia ahora. Está perdiendo completamente el control. Me encanta, demonios.

—¡Drago! —grito cuando estalla mi orgasmo mientras me pierdo en sus ojos.

Parecen casi salvajes mientras se hunde por completo y explota. No me suelta el cabello y me sostiene la mirada mientras me llena con su semen caliente.

Vuelve a reinar el silencio, interrumpido únicamente por el sonido de nuestras respiraciones y el tictac del reloj.

Drago

Llevo casi una hora despierto, contemplando el cielo matutino que se ve más allá de la puerta del balcón. Abrazando a mi mujer fuertemente

entre mis brazos. Suele dormir de lado, con su cara hundida en mi pecho, pero en algún momento de la noche se subió encima de mí. Sienna está ahora pegada a mi pecho, con sus brazos alrededor de mi torso y sus piernas alrededor de mi cintura.

Debería levantarme e ir a buscar a Filip para que podamos discutir dónde obtener suficiente producto para cubrir las pérdidas sufridas en el incendio del almacén de Syracuse, mas no puedo obligarme a abandonar esta cama. Es tan jodidamente bueno tener a mi pequeña espía de nuevo entre mis brazos.

Los últimos días han sido una puta pesadilla llena de frustración. Hice todo lo posible por ignorarla, pero no pude mantenerme completamente alejado. Durante el día, era algo manejable. Seguía encontrando razones estúpidas para toparme con ella. Me ayudaba a calmar la necesidad de tenerla cerca, aunque la mayoría de las veces me ponía aún más agitado cuando la encontraba divirtiéndose en la sala de descanso con mis hombres. Estuve a punto de perder los estribos cuando la volví a ver jugando un videojuego con Adam.

Nunca he sido un hombre celoso. La idea de perder la cabeza simplemente porque un tipo habló con mi esposa me parecía una idiotez.

Parecía. Tiempo pasado.

Anoche, después de que Sienna le pidiera a Filip que le enseñara a conducir, le envié un mensaje a todo mi equipo, haciéndoles saber que si sorprendo a algún hombre socializando con mi mujer mientras no estoy presente, le romperé el cuello.

Sienna se agita, su coño desnudo se desliza sobre mi polla dura. Cuando la cargué hasta mi habitación anoche, la arrojé sobre la cama y volví a follármela. No fue suficiente. En absoluto. Aprieto con más fuerza su cintura, nos doy la vuelta y me apoyo de modo que no la aplaste. Después de deslizar la mano que tengo libre entre nuestros cuerpos, no me lleva más de un minuto acariciando su clítoris para que se excite. Sigue medio dormida cuando le meto la polla. Espero que se ponga tensa por la invasión repentina, sin embargo, se limita a sonreír y a abrir más las piernas, mirándome con los ojos empañados.

La penetro con fuerza y rapidez, con una ferocidad que pretende ser un castigo por su traición. Cuando Ajello me propuso este acuerdo matrimonial, sospeché que había algo más en sus planes que simplemente

reavivar nuestra colaboración. Anticipé que ella sería una informante para su Don. Como dijo Keva, yo habría tramado lo mismo si estuviera en el lugar de Ajello, así que el espionaje de ella no me pareció una traición al principio. No estaba enamorado de ella entonces. Mas lo estoy ahora. Tan jodidamente enamorado que ni siquiera podría soportar pasar una sola noche sin ella en mi cama.

Deslizo la palma de la mano por su vientre y dejo caer un beso sobre su hombro. Después, muerdo la piel sensible del hueco entre su cuello y su clavícula. Incluso su olor es embriagador. Me siento atraído hacia ella como un lejano planeta frío es atraído hacia el sol, necesitando sentir su calor. Ansío más de ella. Cada atuendo ridículo, todas las chispas que iluminan sus ojos vivaces y cada sonrisa provocativa me han sumido aún más en la locura. Debería haberla devuelto a la *Cosa Nostra* en cuanto me di cuenta de su engaño, pero no lo hice. Ya no puedo imaginar mi vida sin su luz.

Agarro su pierna y la pongo sobre mi hombro, hundiéndome más dentro de ella. Sienna gime debajo de mí y me agarra de los antebrazos, me araña la piel con las uñas mientras sus ojos se clavan en los míos.

Su cuerpo tiembla cuando se corre y echa la cabeza hacia atrás, extasiada. Mi pequeña traidora. Debería haber acabado primero, negarle el orgasmo, vengarme un poco por lo que me está haciendo, pero no pude. Solo cuando se hunde en la cama y estoy seguro de que ha terminado, me dejo llevar y encuentro mi propia liberación.

Los ojos marrones de mi mujer me miran, cautivándome. Me recuerdan a los de un gato: grandes e hipnóticos, cálidos y tan increíblemente dulces. Levanta su mano como para posarla sobre mi cara, no obstante, me aparto.

—El desayuno es en diez minutos. —Salgo de ella y me dirijo al armario para buscar un cambio de ropa—. Tienes que estar en el garaje dentro de media hora si quieres esa clase de conducir.

Cuando me doy la vuelta, Sienna sigue acostada en medio de la cama, con mi semen goteando de su coño.

—Déjame agua caliente. —Sonríe, ignorando por completo mi tono antagónico.

Sujeto la puerta del armario con todas mis fuerzas, intentando reprimir la necesidad de volver allí y besar esa boca mentirosa.

—Usa la ducha de tu habitación. —Cierro de golpe la puerta del armario y camino hacia el baño.

Sienna

Se marchó.

Me envuelvo en mis brazos y miro fijamente el lugar vacío del garaje donde estaba estacionado el coche de Drago. Apenas son las ocho. Ni siquiera he ido a desayunar. Solo me duché y bajé corriendo las escaleras. Cuando me asomé por la ventana hace cinco minutos mientras me vestía, estaba hablando con Filip en la puerta principal del garaje. Me muerdo el labio inferior con frustración y regreso a la casa, llamando al Don en el camino. Recibí otro mensaje en mayúsculas: “SIENNA” mientras venía hacia acá.

—Han pasado diez días desde la última vez que te reportaste, Sienna —revira sin preámbulos.

—Hay demasiada gente alrededor. Intentaré ser más puntual en el futuro.

—Ponme al tanto. Ahora.

—Bueno, tuvimos una situación aquí el viernes, que dejó a todo el mundo con los nervios de punta durante el resto del día.

—Detalles, Sienna. ¿Fue algo en el club?

—*Nop*. El refrigerador se descompuso.

Siguieron unos minutos de silencio.

—¿El refrigerador?

—Sí. Fue después del horario laboral, y es uno de esos grandes de tipo industrial. Tardaron horas en encontrar...

—¡Me importa una mierda el maldito refrigerador de Popov!

—Pero aquí no pasa nada relacionado con los negocios de Drago. El refrigerador fue el punto culminante de toda la semana y...

La línea se corta. Me estremezco. Parece que no está contento con mi informe. Me meto el teléfono en el bolsillo trasero de mis *jeans* y sigo caminando hacia la mansión.

La gente está comiendo en la enorme mesa, su charla se escucha desde el vestíbulo. Sonrío, dando los buenos días al pasar junto al largo mueble, y entro a la cocina. Keva y otras cuatro chicas van de un lado para otro,

sacando platos de los armarios y llenando tazas de café en grandes bandejas redondas. Es toda una hazaña alimentar a tanta gente con tres comidas al día.

Keva corre hacia uno de los seis hornos para sacar una tarta de queso, un plato tradicional serbio para el desayuno, gritando al mismo tiempo que solamente le sirvan té a Mirko porque no se le permite tomar café. Una de sus ayudantes entra corriendo a la cocina para decirle que Beli se queja de que aún tiene hambre; al parecer, su trozo de tarta era más pequeño de lo normal.

—¡Puedes decirle a ese ogro que si tiene alguna queja, que se dirija al departamento de reclamaciones! —vocifera Keva, cerrando de golpe la puerta del horno, y voltea hacia mí—. Hay platos con extras sobre el mostrador. Llévale algunos a la horda devoradora de comida.

Tomo los dos enormes platos ovalados y los llevo al comedor. Cuando vuelvo a la cocina, me ponen en las manos una bandeja llena de tazas de café. Las llevo también al comedor y, de regreso, tomo un trozo de tarta para mí.

Cuando todos terminan de desayunar, hay una montaña interminable de platos sucios en el fregadero y los tres lavavajillas están llenos. Me doy la vuelta con la intención de pedirle a alguien que me enseñe a encenderlos, pero todo el mundo parece estar ocupado. Miro el lavavajillas más cercano y me pregunto qué hacer. En realidad, nunca antes he encendido uno de estos. En casa, la sirvienta o Asya se encargaban de la limpieza de la cocina. Hay botones de programación en la puerta del aparato y sé que tengo que elegir uno, aunque supongo que primero debería añadir el jabón para platos. ¿Hay un compartimento específico para eso? No lo veo. Hay una botella grande de jabón líquido junto al fregadero, rebosante de ollas y sartenes grasientos. Desenrosco la parte superior de la botella y vierto una buena cantidad dentro de la máquina más cercana, luego repito el mismo proceso con las otras dos. Una vez hecho esto, selecciono el ciclo de lavado pesado para cada una y las enciendo.

—¡Sienna! —Jelena llama desde algún lugar detrás de mí—. Llegó el pedido de carne. ¿Puedes hacer que uno de los chicos lo traiga todo y firmas los papeles para el repartidor?

—Claro.

Corro al comedor y acompaño a Relja a la puerta trasera de la cocina que se usa para las mercancías. Mientras él descarga las cajas de la furgoneta, yo repaso la hoja del pedido que me entregó el repartidor. Dice que el cargamento contiene sesenta y ocho kilos de carne de cerdo y noventa kilos de pollo.

—Entonces, ¿esto es un suministro mensual? —pregunto mientras firmo.

—Semanal —murmura el tipo.

¿Semanal? ¡Son ciento treinta y seis kilos de carne! Levanto la vista del papel y veo que el repartidor se queda mirando fijamente a mis botas rojas brillantes hasta la rodilla.

—Como las de Dorothy, pero más rudas, ¿no? —Sonrío y golpeo los tacones dos veces.

Él asiente, con las cejas pegadas al nacimiento del cabello.

—Sí.

—¡Oliver! —grita Keva—. Si Drago te descubre babeando por las piernas de su esposa, tendrás que plantearte un cambio de oficio. Será difícil conducir con tus ojos en el bolsillo, cariño.

El tipo levanta rápidamente la cabeza. Me quita la hoja de la mano y sale corriendo por la puerta sin despedirse.

Cuando Relja se va después de traer las cajas de carne, Keva y yo somos las únicas que quedamos en la cocina.

—Esto es una locura —digo y salto para sentarme encima del mostrador, junto a la estufa, donde ella puso la tetera para el té.

—Lo sé. —Ella sonríe y me mira de reojo—. Pero te gusta, ¿estoy en lo correcto?

—Sí, me gusta. Me gusta estar aquí.

—A nosotros también nos gusta tenerte aquí.

Apoyo la cabeza contra el refrigerador a mi derecha y suspiro.

—A Drago no.

—Claro que le gusta. Simplemente no quiere admitirlo. —Levanta la tetera y vierte el agua en una taza despostillada que tiene enfrente—. Y ya sabes por qué.

Cierro los ojos. *Se lo contó.*

—Porque le estoy pasando información sobre los negocios de Drago a Ajello.

—Creo que es un poco más complicado que eso, Sienna.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encoge de hombros.

—Eso no me corresponde a mí decirlo, querida. Tendrás que preguntarle a tu esposo.

—Últimamente no me habla.

—¿Puedes culparlo? —indaga Keva, mirándome por encima del borde de su taza de té.

—No, supongo que no —suspiro—. ¿Qué le ocurre a Drago con su audición?

Keva abre mucho los ojos.

—Así que lo notaste. —No es una interrogante.

—Me llevó un tiempo. Me di cuenta de que algo no estaba bien cuando hacía una pregunta y parecía que no me escuchaba. Pero también me di cuenta de que no parecía tener problemas para escuchar lo que se decía cuando hablaba con sus hombres.

—Drago sufre una pérdida auditiva de alta frecuencia. Significa que, en la mayoría de los casos, no puede percibir sonidos agudos o, cuando puede, no distingue lo que se dice. —Deja la taza sobre el mostrador y toma mi mano—. Imagina que hablas con alguien por teléfono, pero la conexión es mala y solamente puedes escuchar algunas palabras, o partes de las palabras. Puedes escuchar a la persona que está al otro lado de la línea, mas no puedes *entender* lo que dice porque se pierde gran parte de la conversación.

—Está leyendo los labios para compensarlo, ¿verdad?

Ella asiente.

—Es muy bueno.

—Pues lleva haciéndolo mucho tiempo, Sienna.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi veinte años —responde Keva—. La explosión de la bomba que destruyó su casa, mató a sus padres y a su hermana, le dañó gravemente los tímpanos.

—¿Fue entonces cuando obtuvo también las cicatrices por las quemaduras?

—Sí.

Respiro profundamente y me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Puede oírme? ¿Cuando hablo?

La mano de Keva aprieta la mía.

—Tu voz es bastante aguda, cariño. Puede escucharte, pero para Drago probablemente todo suene como un murmullo. Le costaría entender la mayor parte de lo que dices sin leer los labios. Aunque es probable que escuche muy claramente cuando dices su nombre porque no tiene consonantes agudas.

—¿Por qué no me lo ha contado?

—No es exactamente algo que sepa todo el mundo. Ya sabes cómo funciona el mundo de la mafia, Sienna. La gente podría usar esa información contra él, especialmente durante reuniones importantes.

—Cree que yo se lo diría al Don —suelto.

—Sí, lo cree.

La miro boquiabierto. ¿Cómo puede pensar que compartiría algo tan privado?

—No le digas a Drago que lo sé. Por favor.

—¿Por qué?

—Simplemente no lo hagas.

—Un día de estos voy a sentarlos a ambos y los obligaré a que hablen entre ustedes, joder. —Ella sacude la cabeza y agarra su taza, pero de repente grita—. *¡Jebem ti lebac! (Pan de mierda)*

Sigo su mirada y mis ojos se posan en los lavavajillas del otro lado de la cocina. Una espuma sucia sale de las puertas. Salto del mostrador y corro detrás de Keva, que se apresura hacia el caos. Cuando la alcanzo, ya ha detenido las tres máquinas y está abriendo la más cercana. Un chorro de burbujas blancas sale del aparato incluso antes de que la puerta esté completamente bajada.

—¡Jesucristo! —exclama, mirando el desastre que se duplica cuando abre el segundo lavavajillas—. ¿Qué demonios pasó aquí? Llama a las chicas y trae unos trapos.

—Um... Creo que es mi culpa —murmuro mientras abro el cajón para sacar las toallas de cocina.

Drago

Estaciono mi coche y entro al almacén donde guardamos el último cargamento de armas. Filip y dos guardias de seguridad están parados junto a una pila de cajas, mientras un tercer guardia está a unos metros, apuntándole a un hombre con una pistola.

—¿Es el hombre de Bogdan al que descubriste husmeando? —inquiero.

—Sí. —Filip asiente con la cabeza—. Estaba tratando de abrir la cerradura de la puerta trasera. Había alguien más con él, pero se largó. Adam fue tras él.

Saco mi arma y volteo hacia el posible saboteador.

—¿Planeabas destruir otro de mis edificios?

El hombre niega con la cabeza y se queja. Le apunto al muslo izquierdo y aprieto el gatillo. Se agarra la pierna y cae de lado.

—Intentémoslo de nuevo. ¿Qué estabas haciendo aquí? —pregunto.

—Revisando la seguridad —se lamenta.

—¿Para que los demás puedan venir esta noche a incendiarlo? Qué bien. —Me agacho frente a él—. Sé que Bogdan tiene un cargamento importante que llegará la semana que viene. Necesito la fecha, la ruta y la descripción del vehículo. Y ya que estamos en eso, necesito las ubicaciones de los dos almacenes que usa como depósito.

—No sé nada de eso.

Aprieto el cañón de mi pistola contra su muslo derecho y disparo. El hombre grita, rodando hacia el otro lado, agarrándose la pierna recién herida. Lo agarro por el hombro y lo jalo para que vuelva a mirarme.

—¿Esto te ayudó con lo que sabes? —indago—. ¿O necesitas un incentivo adicional?

El tipo murmura algo que suena como una dirección. Echo un vistazo por encima de mi hombro y veo a Filip tecleando en su teléfono.

—¿Ubicaciones?

—Sí —asiente.

—Perfecto. —Vuelvo a concentrarme en el rumano—. ¿Cuándo llegará este cargamento?

—El martes, temprano por la mañana.

—Bien. Ahora, la ruta del camión.

—No la sé. Lo juro.

—¿Quién lo sabe?

—Bogdan y su encargado de logística. Mircea.

—¿El tipo bajito con gafas que siempre sigue a Bogdan?

—Sí.

—Gracias. —Me levanto, le disparo al tipo en la cabeza y volteo hacia mi segundo al mando—. ¿Bogdan sigue sin aparecer?

—Nadie lo ha visto en semanas. Iliya dice que sus informantes creen que Bogdan volvió a Rumanía.

Tamborileo con los dedos sobre la superficie de madera de una caja. Hemos intentado localizar al hijo de puta, no obstante, hace tiempo que nadie lo ha visto. Conozco al líder rumano desde hace años, y nunca abandonaría el país cuando tiene un cargamento en camino.

—No está en Rumanía —argumento y hago un gesto con la cabeza hacia el cadáver—. Mete a este en el refrigerador, lo necesitaré la próxima semana. Haz que Adam ponga a Mircea bajo vigilancia, pero por ahora no lo toquen. También necesito que nuestros hombres investiguen las ubicaciones que nos dio el muerto, mas asegúrate de que no los vean.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Los camiones de Bogdan llegarán el martes por la mañana, lo que nos da cuatro días para prepararnos. Formaremos tres equipos. Un equipo interceptará el camión. Los otros dos irán a los almacenes el lunes por la noche y esperarán. Cuando tengamos el camión, podrán incendiar esos cuchitriles.

—Tomar represalias contra Bogdan robando su cargamento y volando sus almacenes es una cosa, pero ¿qué haremos con las armas extra?

—Llamaré a Belov y veré si la *Bratva* quiere más armas. Ese dinero cubrirá nuestras pérdidas de Syracuse.

Filip me observa, pasándose la mano por el cabello.

—Bogdan se pondrá como una fiera, Drago.

—Sí, lo hará.

—¿Deberíamos aumentar la seguridad en la mansión?

—Duplícala. Iré a buscar a Tara antes de que todo esto ocurra. La quiero en la casa hasta que esta mierda se calme.

—No le gustará.

—¡Me importa un carajo! —ladro. El teléfono de mi bolsillo vibra—. ¿Tenemos algunas pistolas pequeñas en alguna parte?

—¿Qué tan pequeñas?

—Muy pequeñas. Consígueme una rosa, si es posible. —Mi teléfono vibra con otra notificación—. Voy a enseñarle a Sienna a disparar. Por si acaso.

A Filip casi se le salen los ojos de las cuencas.

—¿Es eso... prudente?

—No dejes que sus sonrisas y su ropa ridícula te engañen, Filip. Mi mujer es mucho más de lo que parece. Sinceramente, me sorprendería que no supiera ya cómo disparar un arma.

Dejo a mi segundo al mando con una expresión de confusión en su rostro y salgo del almacén. Cuando me pongo al volante, saco el teléfono para revisar los mensajes. Hay dos, ambos de Keva. El primero es una foto de mi esposa agachada en un charco de espuma blanca, recogiéndola en una cubeta con un cucharón para sopa. Tiene puestas unas brillantes botas rojas de tacón alto con un lazo a juego en su cabeza. El segundo es un mensaje de texto que me informa que mi esposa echó jabón líquido en los lavavajillas.

Vuelvo a abrir la foto y amplío el rostro de Sienna. Sus ojos están enormes y concentrados en lo que hace, y si únicamente me fijara en ellos, supondría que está entrando en pánico. Pero sus labios forman una enorme sonrisa. Esta mujer es una contradicción.

Cierro la imagen y escribo un mensaje.

17:10 Drago: Pregúntale a mi esposa si sabe disparar un arma.

La respuesta llega menos de un minuto después.

17:11 Keva: ¿Sienna? ¿Qué pasa contigo? Claro que no sabe.

17:12 Drago: Pregúntale.

17:14 Keva: Sí. Que Dios nos ayude.

Miro fijamente el mensaje durante unos instantes y luego suelto una carcajada.

Capítulo 15

Drago

Apoyo mi hombro en el marco de la puerta y observo a mi mujer. Está en la isla de la cocina, cortando algo cautelosamente con movimientos controlados de su cuchillo. A pesar de estar ocupada con las tareas domésticas, está vestida con otro atuendo loco combinado con zapatillas doradas de piel sintética. Sus elecciones de moda son completamente ridículas, pero es bellísima, incluso con sus atuendos absurdos.

Cuando llegué a casa anoche, Sienna ya estaba dormida. Como todas las noches, la llevé a mi cama. Le comí su coño perfecto mientras aún estaba medio dormida, y luego me la follé. Duro. La tuve en mis brazos toda la noche, aunque aun así la llevé a su habitación esta mañana antes de irme a trabajar. No sé por qué sigo haciéndolo. Estoy tan jodidamente enojado, sin embargo, no puedo determinar la razón detrás de mi ira. ¿Son sus mentiras, o que ella *me* mintió? Tal vez estoy furioso conmigo mismo porque, incluso después de todo, no puedo obligarme a odiarla.

Y *ese* es el puto problema. Por eso estoy aquí ahora mirando a *mi mujer* como un maldito bicho raro.

Mientras la observo, Sienna moquea y se frota el ojo con el dorso de la mano. Me pongo en alerta inmediatamente y atravieso la cocina.

Cuando llego hasta ella, la agarro por la cintura y la levanto para sentarla sobre la isla, junto a la tabla de cortar.

—¿Drago? —Me mira confundida mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Cierro los ojos por un segundo, intentando calmarme. Quienquiera que se haya atrevido a decir o hacer algo que haya hecho llorar a mi mujer saldrá de esta casa dentro de diez minutos. En una puta bolsa para cadáveres.

—¿Qué. Pasó? —pregunto apretando los dientes.

—*Um...* Estoy ayudando a Keva a preparar una salsa de cebolla.

Miro hacia la tabla de cortar. Malditas cebollas.

—¡Nevena! —Le hago señas a la chica que anda buscando entre las especias—. Llévate esto.

—¿Qué? ¿Por qué? —cuestiona Sienna.

De ninguna manera voy a decirle que casi me vuelvo loco porque estaba llorando por unas malditas cebollas. En lugar de eso, meto mi mano en la espalda para sacar la pistola que Relja me consiguió y la coloco en el mostrador junto a Sienna.

—Glock 42 —digo—. Relja no pudo encontrar una rosa en tan poco tiempo.

Ella arquea una ceja.

—¿Por qué iba a necesitar una pistola?

—Por precaución. Esperamos algunos problemas.

Sienna agarra la pistola, le echa un vistazo y saca el cargador.

—¿Solo seis balas?

—¿Planeas armar una matanza, *Mila Moya*?

—Tal vez. —Vuelve a meter el cargador con elegancia.

Mi polla se endurece al verla tan inocente, con los pies colgando de la barra y, al mismo tiempo, manejando la pistola como una profesional.

—¿Tu hermano te enseñó a disparar? —pregunto.

Se ríe. Ojalá pudiera escuchar ese sonido.

—Arturo nunca me dejaría tocar un arma. —Se inclina hacia delante y mueve las cejas—. Le dije que iba a una clase de baile. Incluso me llevaba una bolsa con zapatos de baile y un disfraz, y le enseñé algunos movimientos que aprendí por internet para que no hiciera preguntas.

—Guardarás esa pistola en tu habitación, pero si vas a salir de la casa, aunque sea para ir a jugar con los perros, llévatela contigo.

—¿Mi habitación? —Hace una pausa, con sus ojos brillando—. ¿O nuestra habitación?

Estoy tentado. Tan jodidamente tentado, pero no puedo ceder. Le agarro la barbilla y le levanto la cabeza.

—Tu habitación, Sienna. Creí que lo habías entendido.

—¿Así que simplemente somos amigos que follan y que casualmente están casados?

—Algo así.

Frunce la nariz y me aparta la mano de un manotazo.

—¡Vete al infierno!

La sigo con la mirada mientras salta del mostrador y se dirige hacia la puerta, pero se detiene a medio camino del umbral. Se queda parada allí unos segundos y luego se da la vuelta.

—A partir de ahora, olvídate de la parte de follar, Drago. Estoy harta —advierde entre dientes y amartilla la pistola que le di—. Si vuelvo a encontrarte en mi dormitorio, serás testigo de primera mano de lo mucho que aprendí en esas clases.

Y entonces, mi chispeante, inocente y radiante esposa levanta su pistola, apuntándole a la jarra de leche vacía que está a mi lado sobre el mostrador. Un estruendo épico resuena por toda la cocina espaciosa cuando el recipiente vuela hacia atrás y rebota en la puerta de la despensa. Alguien grita. Filip y otros tres hombres irrumpen en la cocina con las armas desenfundadas. Ni siquiera le prestan atención a Sienna, que sigue de pie en medio de la habitación, con la pistola en la mano y luciendo de lo más adorable con su vestido de suéter rosa y sus zapatillas de felpa. Todo el mundo grita y siento que la cabeza me va a estallar, sin embargo, lo único que veo es a mi mujer. Me fulmina con la mirada, con una sonrisa perversa en su rostro. Todo lo demás se desvanece, como de costumbre, cuando ella está en mi presencia.

Me acerco a mi mujer y le agarro la nuca. Entrecierra los ojos y levanta la barbilla. Mi diablilla que anda por el mundo disfrazada de ángel. Le rodeo la cintura con el brazo que tengo libre, atrayéndola contra mi pecho en el proceso, y choco mi boca contra la suya.

Algo resuena en el suelo, probablemente la pistola. Sienna me rodea el cuello con los brazos y me devuelve el beso. Nuestras lenguas luchan por la supremacía. Pero de repente se detiene y se aparta.

—Bájame.

La suelto y dejo que se deslice lentamente por mi cuerpo.

—Recuerda, ni un pie dentro de mi habitación —repite, luego se agacha para recoger la pistola del suelo y sale de la cocina contoneándose.

Cuando pierdo de vista a Sienna, volteo hacia mis hombres, que están al otro lado de la cocina, observando con expresión confusa.

—Vuelvan a trabajar —declaro bruscamente.

Se enfundan las pistolas y salen deprisa, pasando junto a Keva, que está de pie en la puerta con sus manos en la cintura.

—Es oficial —comenta—. Ustedes dos están hechos el uno para el otro.

Sienna

Dejo la pistola en el cajón de la mesita de noche antes de cerrarlo.

—Ese hijo de puta —murmuro mientras me deslizo bajo el edredón y me lo pongo sobre la cabeza.

Aún me tiemblan las manos, así que las deslizo bajo la almohada y respiro profundamente. Nunca había disparado un arma fuera del campo de tiro. Dios mío, podría haber herido a alguien. Podría haberle disparado al idiota de mi esposo por error. No es que no se lo merezca, pero aun así, solo de pensar que Drago salga herido me dan náuseas.

Yo no soy así. Yo no voy por ahí amenazando a la gente, disparándole a cosas, por el amor de Dios, mas ese hombre... ese maldito hombre me está haciendo perder la cabeza como nadie lo ha hecho jamás.

—¡Se acabó! —musito contra la almohada.

Voy a empacar mis cosas y llamaré a Arturo para que venga a buscarme. Probablemente el Don se volverá loco, pero no me importa. No puedo soportarlo más.

Me deshago de la manta, corro hacia la cómoda y empiezo a sacar mi ropa, pero me detengo cuando llego a la ropa deportiva que Drago me compró. La cara que puso mi esposo cuando salí del probador con el conjunto deportivo no tuvo precio. Me dejo caer en la cama, apretando contra mi pecho los pantalones deportivos y la sudadera a juego. No quiero irme. Aunque tampoco quiero quedarme. Yo.... Ya no sé lo que quiero.

Mi mirada se desvía hacia el teléfono sobre la mesita de noche. Lo tomo y marco el número de mi hermana.

—¿Cómo está mi hermana favorita? —chillo cuando Asya contesta la llamada.

—Tu única y favorita hermana está bien. Y ella conoce ese tono. Significa que hiciste algo.

—¿Qué?! ¡Claro que no hice nada! Solamente quería charlar.

—Hablamos hace dos horas. ¿Qué hiciste, Sienna?

Me recuesto en la cama e inclino la cabeza para mirar el techo.

—Casi le disparo a mi esposo.

—¿Dispararle?! —grita—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué ocurrió?

—Me compró una pistola. —Me encojo de hombros aunque ella no puede verme—. Estaba enfadada con él.

—Entonces, ¿le disparaste?

—No. Le disparé a una jarra de leche. Una vacía. Pero si no hubiera apuntado bien, la bala podría haber acabado en su riñón.

—¿Y por qué estás enfadada con él?

—Le pregunté si lo único que somos son amigos que follan. Me dijo que sí. También está enfadado conmigo —suspiro—. He estado dándole información sobre la organización serbia a Ajello. Drago se enteró y me echó de nuestra habitación. Ahora me ignora. Bueno, cuando no estamos teniendo sexo, claro. Pero sigue enfadado conmigo.

—¿Estás acostándote con él?

—Claro que me acuesto con él. ¿Tú no te acuestas con tu esposo?

—¡Yo no estoy espiando a mi esposo! ¿Cómo... cómo pueden estar acostándose si él sabe lo que has estado haciendo?

—De hecho, muy bien. El sexo es increíble, y a Drago le gusta abrazarme después. —Mis labios se curvan—. Me encanta cuando me atrae hacia su cuerpo y me envuelve con sus brazos y piernas. Me siento protegida, como si nada pudiera tocarme cuando él está ahí, ¿sabes? Pero luego, por la mañana, me carga de vuelta a mi nueva habitación y sigue fingiendo que no existo durante el día.

—Y eso te molesta.

—No me molesta. Solo digo. —Me encojo de hombros de nuevo—. Tiene los ojos más increíbles... Verde claro con reflejos marrones. Y, cuando se enoja, se vuelven más oscuros. Es jodidamente sexy.

—Entonces, ¿te gusta?

—No, no particularmente. Es gruñón la mayor parte del tiempo y no habla mucho. Ojalá lo hiciera. Su voz también es sexy. —Me tumbo boca abajo y entierro la nariz en la almohada. Un leve olor a la colonia de Drago se impregna en ella. Nunca ha pasado una noche aquí, así que probablemente sea por mi cabello. Suele meter mi cabeza en el pliegue de su cuello cuando dormimos.

—Así que... no te gusta. —No es una pregunta, no obstante, puedo escuchar la incertidumbre en su tono.

—*Nop*. ¿Me gusta estar cerca de él?

—Eso no tiene sentido —suspira Asya.

—Lo extraño cuando no está aquí. No me gusta, mas cuando no está, todo parece... vacío. Una mañana me hizo salir a correr con él, y desde entonces salimos juntos a correr tres veces por semana. Me compró esta increíble ropa color lavanda...

—¿Corres?

—Sí. Bueno, hasta que me atrapó revisando su teléfono. Pensó que estaba leyendo sus mensajes para poder informarle de sus asuntos al Don, pero yo solamente quería ver si tenía fotos de sus ex ahí.

—*Mm-hmm*.

—*Oh*, olvidé decírtelo. Me llevó a una boda antes del incidente del teléfono. Fue en una carpa enorme. Al menos cuatrocientas personas estaban allí. Y una banda. Bailé sobre una mesa.

—Tú ¿qué?

—Parece que es algo típico en las bodas serbias. —Me río—. Me hubiera gustado que lo vieras. Hasta la novia lo hizo. Me tomé una *selfie* con Drago y la publiqué en mis redes sociales. ¿No la viste?

—*Um...* no exactamente. Tus cuentas llevan semanas como privadas.

—¿Qué? Probablemente presioné algo por error, lo cambiaré de nuevo. —Con razón nadie comenta ni le dan *like* a mis fotos.

—¿Sigues delatando a tu marido con el Don, Sienna?

—Un poco. La última vez que me llamó Ajello, le dije una tontería sobre el refrigerador averiado y, antes de eso, le dije que Drago va a comprar otro camión. Tengo que volver a llamarlo la próxima semana, así que se me tienen que ocurrir otras cosas sin importancia que pueda contarle.

—¿La gente de Drago no habla de negocios cuando tú estás cerca?

—*Oh*, sí que lo hacen. Simplemente no dejo que Ajello sepa nada de la información confidencial.

—¿Y tu esposo lo sabe?

—No.

—Tienes que decírselo, Sienna.

—¿Por qué iba a decírselo? No me importa un carajo lo que piense de mí.

Pasan unos segundos en silencio antes de que Asya responda.

—Porque estás enamorada de tu esposo.

—¿Qué? —Suelto una carcajada—. No estoy enamorada de él. No seas ridícula.

—Te conozco, Sienna. Y sé cómo funciona tu mente. Estás enamorada de Drago, pero prefieres seguir mintiéndote a admitirlo.

Mi cuerpo se tensa. Me invade una sensación de presentimiento que empieza en la boca de mi estómago y se extiende por el resto de mi sistema hasta que temo que va a tragarme entera.

—No. —Me ahogo.

—No va a morir, Sienna.

Hundo la cara en la almohada para ahogar un sollozo. Ella no lo entiende.

—Lo que les pasó a nuestros padres nunca fue culpa tuya. Tampoco lo es lo que me pasó a mí. Tienes que dejar de creer que todas las personas cercanas a ti acabarán muertas o lastimadas, cariño.

—Tengo que irme —murmuro contra la almohada—. Te llamaré mañana.

—Sienna, por favor...

Termino la llamada, activo el modo silencioso y deslizo el teléfono bajo la almohada.

Es casi hora de cenar, pero no creo que pueda soportar comer algo ahora. Ni a la gente. Después de levantarme de la cama, tomo mi pijama y mi ropa interior y me dirijo al pequeño baño adjunto. Me quedo en la ducha hasta que el agua pasa de caliente a helada. Luego vuelvo a la cama, pero en lugar de dormir, acabo mirando la pared vacía.

Probablemente llevo una hora mirándola cuando escucho que abren la puerta. Cierro los ojos y escucho. Pasan unos segundos en completo silencio antes de que llegue a mis oídos el chasquido que hace al cerrarse. No entró. ¿Por qué siento ganas de llorar?

El colchón se hunde debajo de mí y el aliento que quedaba en mi interior se atasca en mi pecho. Cautivo como mi corazón repentinamente quieto. La manta se desliza lentamente por mi cuerpo, centímetro a centímetro, hasta que se desprende por completo. Un toque se posa en mi cadera, justo donde se me ha subido el *top*. Es tan suave, no más que la

punta de un dedo. Apenas puedo sentirlo mientras recorre la piel de mi vientre, trazando una línea justo por encima de la pretina de mi pijama.

—Nunca me preguntaste cómo supe que entendías serbio. —La profunda voz de Drago llena la quietud de la habitación.

Me tensó, pero mantengo la boca y los ojos cerrados. No tiene sentido responder, ya que las luces están apagadas. Su otra mano se acerca a mi cintura, los dedos se enganchan en el elástico mientras desliza lentamente mi pijama por mis piernas.

—Eres excepcionalmente buena fingiendo, *Mila Moya*. Sin embargo, cometiste un error durante la cena hace un tiempo.

Sus dedos acarician la piel de mis muslos mientras me baja la ropa interior. Se me escapa un pequeño gemido, así que me muerdo rápidamente el labio inferior, intentando reprimir el siguiente. Sé que sabe que estoy despierta, pero continuo disimulando a pesar de todo.

—Tengo que reconocérselo a Ajello, elegirte a ti para el trabajo fue una jugada magnífica. Si hubiera sido cualquier otra, me habría dado cuenta del engaño mucho antes. No obstante, me cegó la chica inocente y alegre de grandes sonrisas y atuendos ridículos, la que entraba en cada habitación o situación en un torbellino de color y alegría. —Me quita las bragas y Drago recorre un camino por mis piernas, cada vez más alto, hasta llegar a mi coño—. ¿Fue por obligación con la *Cosa Nostra*? ¿O simplemente querías joderme la vida, simplemente por la emoción de hacerlo?

Su dedo empieza a deslizarse dentro de mí mientras su pulgar presiona mi clítoris, rodeándolo.

—Supongo que ya no importa. Pero ten en cuenta una cosa, mi hermosa y brillante espía. Las decisiones que tomas tienen consecuencias. Siéntete libre de seguir disparándome. Y yo seguiré enfadado contigo por mentirme. Eso no cambia las cosas.

Jadeo cuando añade otro dedo, estirándome. Sigo con los ojos cerrados, pero noto su presencia sobre mí, y luego su aliento entre mis piernas. Me agarro de la cabecera mientras los temblores sacuden mi cuerpo. Los leves temblores que sentí cuando me tocó por primera vez se han convertido en sacudidas en los huesos, como si estuviera ardiendo de fiebre.

—Ahora eres mía, Sienna. No hay vuelta atrás —gruñe y entierra su cara entre mis piernas, chupándome el clítoris con tanta fuerza que grito su nombre con todas mis fuerzas.

Suelto la cabecera y enredo mis dedos en el cabello de Drago mientras él sigue devorándome. No puedo aguantar ni un segundo más su ataque, pero al mismo tiempo, me moriré si se detiene. Estoy perdida, a punto de explotar cuando sus dedos se deslizan fuera de mí. Me da una lenta y larga lamida en la raja y luego su boca desaparece. Abro los ojos.

La iluminación de la habitación es escasa, únicamente la luz de la luna entra por la pequeña ventana y cae sobre el cuerpo de Drago. Está parado al pie de la cama, desabrochándose la camisa mientras me mira fijamente. Me encanta ver a mi esposo cuando se pone la ropa porque lo hace lenta y metódicamente, cada movimiento calculado. Sin embargo, disfruto mucho más viendo cómo se la quita.

Drago deja caer su camisa al suelo y procede a desabrocharse los *jeans*. Mis ojos se deleitan con sus hombros anchos y su pecho esculpido, y mi coño empapado palpita de necesidad. En cuanto veo su enorme polla, mi mente se queda en blanco. Un extraño gruñido llena el silencio y tardo un momento en darme cuenta de que proviene de mí. Salto de la cama hacia mi esposo.

Sus grandes manos me agarran por debajo de los muslos, con fuerza, y al segundo siguiente mi espalda se estrella contra la pared junto a la ventana. La cara de Drago se cierne sobre la mía, sus ojos clavados en los míos. Su respiración es lenta. Profunda. Le rodeo el cuello con los brazos y enredo mis dedos en su cabello. Y entonces lo jalo. La nariz de Drago se ensancha y su respiración se acelera.

—¿También le cuentas a tu Don los detalles de cómo te follo?

Sonrío.

—Tal vez.

Drago aprieta los dientes. Incluso con poca luz, puedo ver cómo le tiemblan los músculos de la mandíbula. Deslizo una mano hacia su cuello y la otra recorre la línea de su barbilla con la punta del dedo hasta llegar a la comisura de sus labios. Me gustaría que me besara en este momento. Es diferente del sexo. Tener sexo con Drago Popov es una experiencia que supera todo lo que he vivido. Es crudo, furioso y sin remordimientos. Pero ser besada por mi esposo es como tener mi mente seducida sin descanso y en llamas por el calor de sus labios en los míos. Y me asusta muchísimo.

—A veces, desearía poder matarte, Sienna.

Choca su boca contra la mía mientras introduce su polla dentro de mí.
Y tanto mi coño como mi cerebro estallan.

Capítulo 16

Drago

La casa de Arturo DeVille está ubicada en un vecindario de lujo. Bastante cerca de todo lo importante, pero bastante lejos de toda la locura de un sábado por la noche. O al menos tanto como permite vivir en New York. Detengo mi moto frente a la verja de hierro y levanto mi visera. Mirando directamente a la cámara, presiono el botón de llamada. Unos instantes después, el portón se desliza hacia un lado.

Estaciono la motocicleta y me dirijo hacia la puerta principal, donde está el hermano de Sienna, observándome con odio.

—¿Qué carajos haces aquí? —me pregunta entre dientes.

—¿Vamos a hablar de negocios en tu porche?

Arturo me analiza, se da la vuelta y entra. Lo sigo a través de la sala espaciosa. A pesar de su tamaño, la habitación resulta inesperadamente acogedora, como un hogar. Hay un librero enorme, un cómodo sofá de piel y un piano en un rincón. Las paredes están llenas de fotografías, la mayoría de ellas de Sienna y su hermana.

Arturo rodea la barra del desayunador que divide el espacio y entra a la cocina, dirigiéndose hacia la estufa.

—¿Qué quieres? —inquire mientras añade un poco de condimento a lo que tiene en la parrilla.

Me acerco a la barra y me siento en el banquillo más a la derecha, de modo que tengo su cara directamente a la vista. El subjefe tiene una voz grave que puedo escuchar sin problemas, aunque no me arriesgo cuando hay negocios de por medio.

—Uno de nuestros almacenes se incendió —informo—. Necesito más producto.

—¿Cuánto?

—Media tonelada, como mínimo.

—Seis semanas —dice mientras voltea los filetes.

—Eso no me sirve. Lo necesito aquí en diez días.

Arturo utiliza el tenedor para tomar un trozo de queso de un plato de antipasto y se lo lleva a la boca, viéndome mientras mastica. Juegos de poder, a los italianos les encantan.

—Puedo conseguirte las drogas el próximo fin de semana —comenta con una sonrisa burlona—, pero tengo que añadir un treinta por ciento de comisión por la urgencia al precio normal.

—Eso es bastante excesivo. ¿Todos los miembros de tu familia consiguen esa tarifa, o yo soy especial?

Arturo tira el tenedor al fregadero y cruza la cocina con una mirada furiosa.

—Tú no eres mi puta familia.

—Me casé con tu hermana. De donde vengo cuenta como “familia”. —Inclino la cabeza hacia un lado, sosteniéndole la mirada—. Sin embargo, por otro lado, de donde yo vengo, nadie habría sido capaz de obligarme a entregar a mi hermana a un completo desconocido. Dime, Arturo, ¿también dejas que tu Don te diga cuándo puedes orinar, o puedes tomar esa decisión por ti mismo?

No veo el cuchillo hasta que está a medio camino de mi cara. Bloqueo su mano, desviando el golpe directo a mi ojo, aunque acabo con un corte largo en mi mejilla. Agarro la muñeca de Arturo con una mano, y le sujeto el cabello de la nuca con la otra y golpeo su cara contra la barra de madera que nos separa. Ruge y empuja de nuevo el cuchillo hacia mi cabeza. Suelto su cabellera, agarro la mano que empuña el cuchillo y la retuerzo. No escucho el crujido, pero, basándome en el grito de Arturo, sé que le rompí la muñeca.

Un fuerte golpe en mi barbilla me hace girar la cabeza hacia un lado. Doy un paso atrás y sacudo la cabeza, intentando librarme del zumbido en mis oídos. Creí que ese hijo de puta era diestro.

Arturo rodea la barra y se me echa encima. Esquivo el gancho izquierdo dirigido a mi cara y le entierro el codo en el pecho, pero entonces, acabo jadeando cuando me da un rodillazo en el estómago. Me enderezo, agarro la parte delantera de su camisa y lo estrello contra la pared más cercana. La parte posterior de su cabeza golpea uno de los grandes marcos, que cae y se rompe en pedazos.

—¿Sabes?, esta discusión debió ocurrir antes de que se firmara el acta matrimonial. —Escupo sangre a un lado y luego le doy un puñetazo en el

estómago—. No obstante, tu hermana es mía ahora. Y no hay nada que puedas hacer al respecto.

—Si hubiera sabido lo jodidamente enfermo que eres, nunca habría dejado que Sienna se casara contigo.

—No soy peor que otros hombres de nuestro mundo. Mira a tu Don. Enviando partes de cuerpos como advertencia.

—Sí. Tú simplemente clavabas a la gente a las paredes y les tallas cruces en el pecho. —Arturo se inclina hacia delante, su mirada quemándome—. Sienna lloró durante semanas después de que su perro murió. Imagínate lo que pasará cuando mi hermana descubra tu secretito. Así que no tengo que hacer nada más que contarle ese pequeño detalle, y ella regresará corriendo a casa.

—Sienna puede correr. Pero vendré por ella y me la llevaré.

—No te la llevarás de vuelta, Drago. Ajello puede ser despiadado, mas nunca obligaría a una mujer a volver con un hombre al que le teme.

Rodeo la garganta de Arturo con la mano que tengo libre y aprieto.

—Entonces tendré que asegurarme de que no puedas contarle nada a Sienna.

La mano izquierda de Arturo se dispara hacia arriba, agarrando mi garganta a su vez.

—Puedes intentarlo.

El estruendo de una puerta contra la pared al abrirse de golpe y el retumbar de unos pies corriendo reverberan por toda la casa. Un par de brazos me rodean la cintura, alejándome. Intento golpear con el codo al hombre que me sujeta, pero otro me agarra los brazos. Arturo se lanza desde la pared, se abalanza sobre mí, sin embargo, otros dos tipos lo agarran y lo sujetan.

El Don de la *Cosa Nostra* entra y se para en medio de la habitación.

—¿Riña familiar? —pregunta, observándome, y luego desvía la mirada hacia su jefe.

—Sí. No nos ponemos de acuerdo sobre dónde pasaremos la próxima Navidad. En casa de Arturo o en la mía —replico.

—Ya lo creo. —El Don asiente a sus hombres—. Acompañen al señor Popov a la salida. Pueden terminar de planear las fiestas en otro momento. Tengo que hablar con Arturo.

Me deshago de los hombres que me sujetan y doy un paso hacia el Don.

—Sé lo de tu pequeña operación de espionaje. Esa mierda se acaba ya, Ajello, o te juro por Dios que las cosas no terminarán bien.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta principal. Cuando llego al umbral, miro por encima de mi hombro y veo fijamente a Ajello.

—Y si tu subjefe se atreve a entrometerse en mi vida privada, tendré que matarlo.

—Sienna ama a Arturo. Matarlo no sería sano para su matrimonio —comenta el Don—. Y Arturo no se interpondrá.

Asiento con la cabeza y salgo.

Sienna

Mancha de tinta de un bolígrafo roto en una de mis camisas favoritas. *Perfecto*. Me apresuro a cruzar el vestíbulo para buscar a Keva y pedirle un quitamanchas cuando escucho el rugido de una moto. Me asomo por la ventana que da al camino de entrada cuando una negra se detiene a un lado. En cuanto se apaga el motor, el conductor baja y se quita el casco. Es Drago. No tenía idea de que mi esposo anduviera en moto.

Drago deja el casco en el mango y se acerca a la puerta principal. Un grito ahogado sale de mis labios mientras observo fijamente el lado izquierdo de su cara. Está cubierto de sangre. Me apresuro hacia la entrada y llego justo cuando él entra.

—*Oh*, Dios mío. —Me tapo la boca con la mano mientras observo la herida que tiene en la mejilla izquierda. Todavía está supurando.

—¡Keva! —grito y doy un paso adelante, acercando mi mano a su barbilla, pero él aparta la cabeza.

—¿Tienes cinco años o qué, maldición? —exclamo y vuelvo a intentarlo—. Déjame ver.

Esta vez no se mueve y tomo su barbilla entre mis dedos, girando su cara hacia un lado.

—Jesucristo, Drago —resoplo, mirándole la mejilla. El corte mide diez centímetros.

—¿Qué está...? ¡Oh, Dios mío! —Keva corre detrás de mí—. Llévalo a la cocina, Sienna. Ahora mismo.

Drago da un paso y mi mano cae de su cara. Me quedo mirándole la espalda mientras cruza el vestíbulo y troto tras él.

—Límpialo. —Keva me pone en las manos un paño de cocina y un recipiente con agua tibia—. Iré por un botiquín de primeros auxilios.

Veo el recipiente que tengo en las manos y luego a mi esposo, que se sienta en una silla de la mesa de la cocina.

—Dame eso —ordena mientras se desabrocha la chaqueta. La camisa blanca que lleva debajo está manchada de sangre.

Pongo el recipiente sobre la mesa y sumerjo el paño de cocina en el agua. Drago intenta quitármelo, pero lo aparto.

—Quédate quieto —murmuro y me coloco entre sus piernas. Con cuidado, empiezo a limpiarle la sangre del rostro.

Comienzo por el cuello y luego paso a la barbilla. Me tiembla la mano, y el movimiento empeora a medida que me acerco a la herida. La única ocasión en que vi tanta sangre fue cuando Arturo se cortó la palma de la mano mientras fileteaba un pescado hace una década. Grité y me desmayé.

Los dedos de Drago rodean mi muñeca, apartando mi mano de su cara.

—No parece que toleras muy bien ver sangre.

Miro sus ojos interrogantes.

—Estoy bien.

—Tienes la cara tan pálida que se te está poniendo verde. Dame la toalla.

Aprieto los dientes.

—No.

Su otra mano se posa en la parte baja de mi espalda y me acerca aún más, hasta que mis labios quedan apenas a un centímetro de los suyos.

—Dame la maldita toalla, Sienna.

—No. Te lastimarás.

—¿Por qué te importa?

—No me importa —expreso, mis labios rozando los suyos.

Keva irrumpe en la cocina con una caja llena de suministros médicos.

—¿Cómo te hiciste eso? —Deja el contenedor sobre la mesa.

Drago me suelta la muñeca.

—Cuchillo. ¿Tienes una vacuna contra el tétanos ahí dentro?

—¿Te parezco una sala de emergencias? —Keva suelta bruscamente y se inclina para examinarle la mejilla—. Eso necesitará puntadas. ¿Qué pasó?

—Tuve una charla con mi cuñado.

—¿Arturo hizo eso? —Lo miro sorprendida—. ¿Por qué?

—Un desacuerdo de negocios.

—¡Idiotas! —suelta Keva mientras le rocía algo en la mejilla—.

Sienna, hay un estuche de costura en alguna parte ahí dentro. Encuéntralo.

—¿No debería ir a un hospital? —Me doy la vuelta y empiezo a buscar entre los suministros, plenamente consciente de que la mano de Drago sigue en la parte baja de mi espalda, manteniéndome cerca.

—Este preferiría morir desangrado antes que volver a pisar un hospital.

Le paso el kit de costura a Keva, que está usando gasas para limpiar la cortada de Drago, y desvío la mirada hacia la cicatriz de la quemadura visible por encima del cuello de su camisa. Cuando vuelvo a levantar la vista, Keva está sujetando ambos lados de la herida con dos dedos mientras le clava una aguja curveada a través de la piel, cosiéndosela justo delante de mis ojos. Coloco mi mano temblorosa sobre la otra mejilla de Drago y contengo la respiración.

Keva está hablando, mas sus palabras están apagadas, como si alguien me hubiera tapado los oídos. Con un jalón rápido, ata el hilo y lo corta.

—Una más.

Siento un extraño golpeteo en la nuca. Es como si mi corazón se hubiera desplazado hasta allí y ahora latiera al doble de su ritmo normal.

¿Dolerá? Debe doler incluso con el *spray* anestésico. ¿Mi hermano hizo eso?

—Voy a matarlo, demonios —susurro y paso el dorso de mi mano por la otra mejilla de Drago.

La aguja vuelve a atravesar la piel de mi esposo. Quiero apartar la mirada, pero no puedo hacerlo. Keva jala el hilo y Drago hace un gesto de dolor. Es un movimiento diminuto de su mandíbula, pero noto la contracción bajo mi mano. Todo ante mis ojos se desvanece.

—¿Sienna?

Escucho la voz de Drago, pero está muy, muy lejos.

—¡Sienna! ¡Mírame, nena! —Ahora está gritando, pero sus gritos nunca han sido tan alejados.

Lo único que puedo ver es la neblina blanca que tengo ante mí, no obstante, pronto la sustituye la oscuridad.

Drago

Los ojos de Sienna se ponen en blanco y la atrapo cuando su cuerpo se desploma contra el mío.

—¡Sienna! —La estrecho suavemente entre mis brazos, sacudiéndola ligeramente para despertarla—. Por favor, nena.

Keva me golpea el antebrazo.

—Deja de sacudir a la pobre chica. Simplemente se desmayó.

—¡Qué! ¿Por qué? —Observo el rostro pálido de mi esposa mientras el pánico se apodera de mi pecho—. Voy a llamar a un médico.

—No seas ridículo. Volverá en sí en un minuto. Vuelve a sentarte para que pueda ponerte un vendaje sobre la herida.

—La llevaré arriba —digo y salgo de la cocina. Keva grita detrás de mí, algo sobre una infección, pero la ignoro.

Cargo a Sienna hasta nuestra habitación, mas no me atrevo a soltarla. En lugar de acostarla en la cama, me siento en el borde y sigo sosteniéndola en brazos. Su cabeza está apoyada en mi pecho y sus mejillas ya han recuperado algo de color. Sienna abre los ojos, pero su mirada sigue desenfocada.

—¿Nena? —La agarro con más fuerza. ¿Puede escuchar los estruendosos latidos de mi corazón?

Murmura algo que no puedo descifrar.

—Te desmayaste —indico y bajo la cabeza, acercándome a su cara—. No te atrevas a volver a hacerlo.

Sienna parpadea, dice algo más y me mira con los ojos entrecerrados. No estaba prestando atención a sus labios, aunque creo haber escuchado la palabra “Arturo”, así que supongo que me preguntó por su hermano.

—Está un poco peor que yo, pero vivirá —pronuncio y dejo caer los ojos hacia su boca.

—¿Quién?

Mierda. No entendí bien.

—¿Qué acabas de decir?

—Dije que no puedes ordenarme que no me desmaye.

Orden. Arturo. Suena parecido. Mierda.

—Sí puedo. Y me refería a tu hermano.

Sienna coloca una mano sobre mi mejilla intacta.

—¿Qué le hiciste a mi hermano, Drago?

—Le rompí la muñeca. Y puede que algunas costillas.

—¿Qué? —Se endereza para sentarse erguida en mi regazo—. ¿Por alguna estupidez sobre negocios?

—Él empezó.

Levanta las cejas, me toca el labio inferior con el dedo y empieza a trazar la línea de mi boca en una caricia suave.

—Arturo nunca atacaría a nadie a menos que lo provoquen. ¿Tú lo provocaste?

—Quizás un poco. —Meto su dedo entre mis dientes y lo mordisqueo.

—*Ouch*. —Aparta su mano—. ¿Por qué fue eso?

—Por asustarme. —Me tumbo en la cama y la arrastro conmigo—. No más desmayos.

Sienna sonríe sardónicamente mientras se sienta a horcajadas sobre mí.

—Haré lo que pueda.

—Bien. Blusa. Quítatela. Despacio.

Empieza a desabrochar la prenda sedosa. Verde lima con estrellas doradas. Se supone que es una prenda de vestir, aunque a mí me recuerda más a un papel para envolver regalos. Coloco mis manos en su cintura y las deslizo por sus costillas hasta llegar a su sostén de encaje verde.

—¿Dónde encuentras estas cosas, Sienna?

—En las tiendas. —Tira la blusa al suelo y se desabrocha el sostén, dejando al descubierto sus pechos firmes y apetitosos.

Los aprieto entre mis manos y veo cómo jadea.

—¿Tienes puestas las bragas que combinan?

—No estoy segura. ¿Por qué no lo compruebas?

Le rozo el pecho y el vientre con las manos y le agarro la cinturilla de la falda. Es de gasa, como un tutú de *ballet*, pero dorado, a juego con las

estrellas de su blusa. Con todo el cuidado que me permiten mis manos enormes, se la subo y se la quito por encima de la cabeza.

—Verde también. —Sonrío y pellizco la banda de la parte trasera de sus bragas. Y entonces, jalo hacia arriba.

Sienna arquea la espalda, con la boca entreabierta en un gemido silencioso. Con la mano que tengo libre, muevo la tira de encaje para meterla entre sus pliegues. Manteniendo el pulgar sobre la tela para que no se resbale, vuelvo a jalar la pretina.

Sienna baja la cabeza y se inclina hacia delante. Su respiración agitada me recorre la cara mientras aflojo el agarre de sus bragas, solo para volver a jalarlas con más fuerza al momento siguiente.

—Entonces, ¿volvemos a hablarnos? —Jadea, me agarra de ambos lados de la camisa y jala, arrancándome varios botones—. ¿O simplemente seguimos follando?

Suelto sus bragas, la rodeo con el brazo y nos doy la vuelta para ponerme encima.

—Todavía no lo he decidido.

Me quito la camisa destrozada y el resto de la ropa, y la mirada de Sienna se clava en la mía mientras desliza su mano entre sus piernas. No hay nada más sexy que ver a mi mujer, en bragas verdes y tacones dorados, jugueteando con su coño.

Me agacho para agarrarle las bragas, que me impiden ver, y se las bajo por las piernas.

—Ábre las más —exijo y me muevo hasta el sillón reclinable junto a la cama, absorto en sus delicados dedos mientras acarician y masajean su clitoris—. Más rápido, Sienna.

—¿Solo vas a mirar?

—Sí.

Se muerde el labio y precipita sus movimientos. Su respiración se acelera y sus ojos vuelven a buscar los míos. Añade su otra mano, rodeando, pellizcando. Mi polla, ya de por sí dura, se endurece hasta ponerse como una roca, pero no intento tocarla mientras la observo.

¿Había estado alguna vez tan cautivado por algo, o alguien, en mi vida? Debería saber la respuesta, pero todo pensamiento racional se esfuma al concentrarme en mi deslumbrante esposa. Debería preocuparme por eso, no obstante, una vez más... mi capacidad mental es inexistente. Parece que esta

extraña criaturita ha freído todas mis neuronas. Cada sonrisa, cada par de zapatos ridículos, cada vestido brillante, y cada maldita vez que dice mi nombre, han sellado mi destino.

Sienna arquea la espalda y su cuerpo tiembla mientras se corre. Abandono el sillón y me subo sobre ella, colocándome entre sus piernas. Sigue temblando cuando muevo sus manos e introduzco mi polla en su calor. Un sonido se escapa de sus labios. Me recorre como una bocanada de su aliento. Un gemido. Puedo escucharlo, pero no es suficiente. Quiero escucharla gritar mi nombre. Quiero absorber cada resonancia de mi mujer mientras la follo.

Deslizandome mi mano hacia arriba, rodeo su delicado cuello con mis dedos y lo aprieto suavemente. No tan fuerte como para lastimarla, simplemente una ligera presión para que yo pueda sentir la vibración de sus cuerdas vocales.

—¡Di mi nombre! —ordeno mientras retrocedo y vuelvo a embestirla.

—Drago —susurra. No percibo casi nada del sonido. No siento ninguna vibración.

—No susurres. —Muevo mi otra mano en su cabello, inclinando su cabeza hacia arriba mientras la penetro. Está húmeda, aunque tan apretada que cada embestida amenaza con llevarme al límite—. Otra vez.

Los tendones de su cuello se tensan bajo mi mano, cuando echa la cabeza hacia atrás y gime mientras su coño se estremece alrededor de mi miembro.

—¡Drago!

Esta vez no es un susurro, y lo escucho con toda claridad. Choco mi boca contra la suya, reclamando ese sonido. Reclamándola a ella, con mi boca y mi semilla mientras estalla en su interior. Es mía, y cualquiera que se atreva a arrebátarmela, incluyendo a su hermano, tendrá una muerte rápida y dolorosa.

Capítulo 17

Sienna

Me despierto con una calidez exquisita y, por un momento, me pregunto si me estaré tapando con mantas extras. Entonces me doy cuenta de que el calor se filtra desde el enorme cuerpo que envuelve el mío. Levanto los párpados sintiéndome ligera a pesar de la falta de descanso ininterrumpido.

Dejó que me quedara.

No me atrevo a moverme y arriesgarme a despertar a Drago. ¿Quizá se quedó dormido y olvidó llevarme a mi habitación? No desperdiciaré esta oportunidad y disfrutaré de estar entre sus brazos el mayor tiempo posible.

El agarre alrededor de mi cintura se hace más fuerte cuando Drago me acerca más a su cuerpo.

—¿Sabes?, me he estado preguntando algo desde el principio. —Suenan la voz de Drago por encima de mi cabeza—. ¿Por qué no tiñes también tu cabello de colores locos?

Sonrío y me doy la vuelta para mirarlo. No es fácil, teniendo en cuenta que básicamente me mantiene pegada a su parte frontal. De algún modo, acabo con la cara pegada a su pecho. Desenredo una de mis piernas de las suyas, se la paso por la cintura y me subo encima de él. Cruzo los brazos sobre su pecho y apoyo mi barbilla en las manos.

—El castaño queda mejor con mi guardarropa —explico mirándolo a los ojos—. No puedo tener el cabello rosa y vestir con ropa anaranjada. ¿Qué diría la gente?

—Si son sensatos, mantendrían la boca cerrada.

—¿Oh? ¿Y si no lo son?

Toma un mechón de mi cabello y lo enrosca en su dedo.

—Entonces, yo... enviaría a mi mascota asesina para callarlos. Para siempre.

—¿Por qué te molestarías? Se trata solamente de mí. Dudo que lo que diga la gente valga la pena tantos problemas.

—Siempre hay consecuencias por lo que dice la gente. Muchos han sido crucificados o han muerto por culpa de soltar la lengua.

—¿Los culpables o los inocentes?

—La muerte no discrimina. Yo sí.

Le rozo ligeramente la mejilla cerca de la herida con la punta de los dedos.

—¿También acabaré clavada a una pared?

Drago me suelta el cabello y me pasa un nudillo por la mandíbula.

—Sin duda acabarás inmovilizada contra la pared. Muchas veces, *Mila Moya*.

—¿Pero sin clavos? —Sonrío.

Se inclina hacia delante y me besa en los labios.

—Sin clavos.

—Lo siento, Drago —musito en su boca, y entonces recuerdo que no puede escucharlo. Me inclino hacia atrás, me aseguro de que pueda ver mis labios y lo repito—. Siento haberte mentido. No compartí nada importante con el Don, lo juro.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros.

—Simplemente no me pareció bien.

—¿Por qué?

—Porque me gusta estar aquí. Me agrada Keva, las chicas, tus hombres...

Drago aprieta la mandíbula. Me agarra la nuca y me aprieta.

—No tienes permitido que te agraden mis hombres, Sienna —declara—. Ni ningún otro hombre. Solamente yo.

—¿Es una orden?

—Sí.

—No eres precisamente agradable, Drago —expongo y aprieto los labios, intentando contener las ganas de reír. La expresión sombría de su rostro es graciosísima—. Es decir, podría intentar que me agrades si dejaras de fruncir el ceño todo el tiempo. O si dejaras de despertarme a las seis y media para correr contigo. —Entrecierra los ojos, mas no dice nada, así que continúo—: Quizá podrías intentar consentirme con regalos. ¡Nada de

armas! Piensa en zapatos, o quizás una bonita chaqueta de color neón. O más piedras de cristal bonitas. Las verdes quedarían estupendas como rocas marinas de cristal en mi pecera.

Su agarre de mi cuello se afloja y su mano se desliza lentamente por mi espalda y sobre mi trasero, hasta llegar a mi sexo. Jadeo cuando su dedo me roza la entrada.

—Las flores también ayudarían. Como también... —gimo cuando me introduce el dedo.

—Por favor, continúa, estoy tomando notas.

—¿Notas? —gimoteo y presiono mi cara contra su pecho. Mi respiración se entrecorta.

—Sí. Para cortejar a mi esposa —señala mientras desliza otro dedo—. Aunque quizás ahora debería probar otra cosa, ya que no hay zapatos ni chaquetas cerca.

De repente, su dedo se retira. Drago me agarra por la cintura y me levanta hasta que estoy en cuclillas justo encima de su cabeza, con mi coño llorando por su boca perversa. Una larga y lenta lamida y ya estoy agarrada a la cabecera y apoyando mi frente en mis manos. Su lengua me acaricia lenta y metódicamente. Cada movimiento es deliberado, pero ejerce más presión, lo que hace que las palpitaciones de mi interior sean cada vez más intensas. Apenas puedo contenerme cuando me aprieta las nalgas y me chupa el clítoris.

Grito. Mi cuerpo se estremece y mis miembros tiemblan mientras él chupa cada vez más fuerte. Se me ponen los ojos en blanco y, con otro grito, me corro en su cara.

Sí, esto es definitivamente mejor que las flores.

* * *

—¿Dónde está la pistola que te di?

Levanto lentamente los párpados cansados y miro a Drago mientras se abrocha la camisa y toma la funda que hay en el sillón reclinable. Tiene un aspecto exquisito vestido completamente de negro.

—En el cajón de la mesita de noche —respondo cuando su mirada se desvía hacia mí—. En mi habitación.

—“Tu habitación” no existe, Sienna.

—¿*Oh?* Bueno, puede que duerma aquí, sin embargo, todas mis cosas están allá. Por si lo olvidaste, tú me exiliaste.

Drago aprieta los dientes y me levanta en brazos.

—Exilié tus tres toneladas de ropa —agrega con voz ronca.

—Sí, claro. —Me río y entierro mi mano en su cabello—. Di que lo sientes y estaremos a mano.

Me agarra con más fuerza, pero se queda callado, mirándome.

—Está bien, te ayudaré. Repite conmigo: Sienna, siento haberte echado. Y a tu ropa bonita.

—No lamento haber desterrado tu ropa —murmura.

—¿Y a mí?

Me mira con los ojos entrecerrados y pega su boca contra la mía.

—Lo siento —musita contra mis labios.

—Ya está. No fue tan difícil.

—Y tu ropa está de vuelta aquí.

—¿Qué? —Me retuerzo hasta que me baja al suelo y corro hacia el armario. Cuando lo abro, veo todas mis cosas ordenadas en estantes y percheros. Las cosas de Drago están arrinconadas, relegadas a dos míseros cubículos y un puñado de espacios en el perchero.

—Hice que Jelena y un par de chicas más la trajeran aquí mientras tú seguías durmiendo. Tardé una hora en meterlo todo adentro —explica y me rodea la cintura con el brazo—. Envidio a los de tu clase.

Inclino la cabeza para que me vea hablar y arqueo una ceja.

—¿Mi clase?

—Del tipo que podría dormir durante un terremoto y un desastre nuclear combinados. Probablemente también una invasión alienígena.

—Esperemos que no haya nada de eso. Si atacan la casa mientras duermo —me río—, acabaré muerta antes de darme cuenta de lo que está pasando.

Drago me da la vuelta para mirarlo, con sus ojos verdes clavados en mí.

—Si hay un ataque contra la casa, puedes seguir durmiendo, *Mila Moya* —suelta mordazmente—, porque me aseguraré de que esos bastardos estén muertos mucho antes de que se les ocurra acercarse a ti.

Me muerdo el labio inferior sin dejar de mirarlo. Lo dice en serio.

—De acuerdo.

—Aun así quiero que portes el arma cuando salgas de casa. Mañana por la noche nos espera un lío y necesito saber que estás a salvo.

—Si te hace sentir mejor, lo haré, aunque no servirá de nada.

—¿Por qué no? Por lo que vi, eres una excelente tiradora.

Sonrío.

—Cuando apunto a jarras y blancos de tiro, claro. Pero nunca podría dispararle a una persona, Drago.

—Lo harías si tu vida dependiera de ello.

Tomo su barbilla entre los dedos y le inclino la cabeza hacia un lado. Todavía tiene la mejilla hinchada y con moretones, pero hoy parece menos irritada.

—Nunca he matado ni siquiera a una araña. Las dejo en paz. —Me pongo de puntitas y le doy un beso en la barbilla—. Nunca me verás apuntándole con un arma y disparándole a un hombre.

Drago me aprieta con fuerza por la cintura y mis pies se levantan del suelo. Me eleva lentamente hasta que nuestros rostros quedan frente a frente.

—Si se trata de ti o de él, Sienna, le dispararás —afirma con los dientes apretados—. En la cabeza o en el corazón. Y tantas veces como haga falta. Asiente.

—Drago...

—¡Asiente, Sienna!

Suspiro y asiento con la cabeza, aunque sé que nunca sería capaz de matar a un ser humano. Aunque eso signifique mi muerte.

Drago

Ladeo la cabeza y miro fijamente lo que hay en una repisa ante mí. Parece una cosa horrible nacida de botas y sandalias de tacón alto. No puedo creer que algo así exista, sin mencionar que es violeta y hecho de un material parecido al cuero. Mi teléfono vibra con un mensaje de texto que llega mientras intento decidir dónde usaría alguien un calzado así.

11:08 Iliya: Tenemos al tipo de logística de Bogdan. Lo llevaré a Naos.

Escribo una respuesta rápida, ordenando a Iliya que lleve al rumano al sótano, y agarro la rareza de color violeta.

—Estos también —le indico a la empleada de la tienda, que está de pie unos pasos detrás de mí, sosteniendo otros dos pares de zapatos extremadamente feos.

Salgo de la tienda y envío un mensaje rápido a Keva para saber qué está haciendo mi esposa. No me gusta la idea de dejarla en casa si yo no estoy, pero no es como si pudiera llevarla a una sesión de tortura conmigo. Tendré que hacerlo rápido.

Llega la respuesta de Keva y me detengo en seco al mirar la pantalla. Es una foto de mi mujer arrodillada en el pasto frente a Zeus. Le está atando un gran lazo rojo al cuello. Los otros dos perros están sentados a ambos lados de Zeus, luciendo los mismos accesorios.

11:16 Drago: Dile que le quite esa mierda a mis perros. Ahora mismo.

11:18 Keva: ¿Por qué? Son adorables.

11:18 Drago: Esos perros están entrenados para el puto combate. No son poodles.

11:20 Keva: A ellos no parece importarles. Si a ti te molesta, puedes decírselo tú mismo.

11:21 Drago: Te estoy diciendo a ti que lo hagas.

11:23 Keva: ¿Porque no puedes decirle que “no” a tu mujer?

Maldigo y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo.

* * *

Mircea, el encargado de logística de los rumanos, está sentado en el suelo detrás de las cajas de vino en el sótano. Iliya monta guardia cerca, con su pistola apuntando a la cabeza del hombre.

—Desátale las manos y tráelo aquí. —Hago un gesto con la cabeza hacia la mesa del rincón. Tengo un mapa extendido encima.

El rumano se retuerce mientras Iliya lo arrastra por la habitación. Cuando llegan a la mesa, Iliya lo empuja a una silla y le corta las ataduras de las muñecas.

—¿Diestro o zurdo? —le pregunto.

El tipo parpadea y me mira estúpidamente, luego observa a su alrededor, probablemente buscando una posible vía de escape.

—Bueno, parece que tendré que adivinarlo. —Tomo el cuchillo que me extiende Iliya.

Agarro la muñeca izquierda del hombre, golpeo su palma contra la mesa y le atravieso el dorso de la mano con la navaja, anclándolo a la superficie de madera. Grita, mirando la sangre que se acumula alrededor del cuchillo. Ignorando sus lamentos, coloco el marcador indeleble sobre la mesa frente a él.

—Necesito que me indiques la ruta exacta del camión, el lugar donde será su destino final y las paradas previstas antes de que llegue allí el cargamento. También quiero los horarios. —Como no contesta, lo jalo hacia atrás del cabello y me pongo frente a su cara—. Empezarás a perder un dedo por cada segundo que permanezcas callado. Soy un hombre ocupado, Mircea. Todo lo que puedo darte son cinco. No creo que quieras averiguar lo que pasará cuando se acabe el tiempo, pero puedo garantizarte que sostendrás ese bolígrafo con tu puta boca, y aun así obtendré de ti lo que necesito.

El rumano asiente con la cabeza y agarra el marcador con dedos temblorosos y dibuja dos X titubeantes en el mapa.

—¿Qué es esto? —pregunto señalando la primera marca.

—Las matrículas se intercambian antes de llegar a la estación de pesaje.

Saco mi teléfono y compruebo la ubicación en el mapa. Es una gran parada de camiones con una gasolinera y un restaurante. Demasiado concurrido para un ataque.

—¿Qué lugar es este? —Señalo la ubicación de destino. No es uno de los dos lugares proporcionados por el tipo que atrapamos en nuestro almacén.

—Una fábrica de papel abandonada. —Se atraganta.

—¿Seguridad?

—Cuatro personas. Armadas. Dos más en la puerta.

—¿Tus hombres o personal contratado?

—Mercenarios.

Asiento y miro a Iliya.

—Llama a Filip y dile que ha habido un cambio de planes.

Esperaremos hasta que el camión llegue a su destino y los atacaremos allí.

—¿Cuánta gente necesitas?

—Voy a ir a echar un vistazo al edificio. Te avisaré cuando tenga una idea más precisa. Que alguien busque el cuerpo que guardamos en la nevera y lo lleve mañana.

Cuando Iliya saca el teléfono para hacer la llamada, vuelvo a dirigirme a Mircea, que se mira la mano ensangrentada con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde se esconde tu jefe? —pregunto.

—No lo sé. Te juro que no lo sé. —Lloriquea.

—Que mal. —Saco mi pistola—. ¿Cabeza o corazón?

Los ojos del hombre se desorbitan, casi se salen por completo y durante unos segundos se limita a observarme boquiabierto. Luego, salta de su silla y empieza a sacarse el cuchillo de la mano.

—Que sea la cabeza. —Amartillo la pistola, la apunto contra su sien y aprieto el gatillo. Mircea se sacude y su cuerpo se desploma hacia delante.

—Eso es por nuestro conductor.

Capítulo 18

Sienna

Algo raro está pasando.

Mis ojos recorren a la gente sentada alrededor de la mesa. Todos están en silencio, concentrados únicamente en su almuerzo. No hay charlas ni risas. Eso nunca sucede. Las comidas son siempre una cacofonía de actividad que hace imposible escuchar tus propios pensamientos por encima de todo el ruido. Ahora mismo, apuesto a que podría escuchar cómo cae un alfiler. Aparte del ruido ocasional de los utensilios, los únicos sonidos que rompen la quietud sofocante de la habitación son las voces de los guardias de seguridad que llegan a través de la radio bidireccional que Mirko puso en la mesa frente a él. Lo ha estado cargando con él desde esta mañana.

—Portón, todo despejado.

—Pared sur, todo despejado.

—Puesto de control A, todo despejado.

—Naos, todo despejado.

Keva se acerca a Mirko y le pone un plato de comida enfrente. Él empieza a comer sin emitir una sola queja. Definitivamente no es normal. Mirko siempre se queja de la dieta baja en colesterol a la que lo somete Keva, pero ahora no dice ni una palabra porque le sirven pollo a la parrilla en vez de chuletas de cerdo como al resto de nosotros.

Miro la silla vacía a mi izquierda. Drago estuvo fuera ayer casi todo el día y volvió a casa después de medianoche. Esperé durante horas, sin poder dormir. Las imágenes de ese jabalí testarudo, herido o peor, inundaban mi mente. Me temblaban las manos. Empezó como un pequeño estremecimiento en los dedos, pero a medida que pasaba el tiempo, empeoraba. Cuando por fin se abrió la puerta de la habitación y él entró, quise correr y saltar a sus brazos, abrazarlo tan fuerte como pudiera para asegurarme de que estaba a salvo. No lo hice, porque significaría que me importa. Significaría ceder a esos peligrosos sentimientos que se han estado

gestando en mi interior durante mucho tiempo. Así que me quedé en la cama, fingiendo que dormía. ¿Esos sentimientos que amenazaban con salir de mi pecho? *Los reprimí*. Los reprimí profundamente, enterrándolos para que no pudieran salir.

Los gritos furiosos de una mujer estallan en el vestíbulo, sacándome de mis pensamientos. Todas las cabezas se giran en esa dirección, pero nadie hace ningún movimiento. Miro a Jelena, que sostiene un tenedor en el aire, a medio camino de su boca.

—Drago fue a traer a Tara —murmura—. Supongo que no está contenta.

Los gritos continúan. Me levanto y atravieso corriendo el comedor. Cuando llego al vestíbulo, encuentro a Drago dirigiéndose hacia las escaleras, cargando sobre su hombro como un bombero a una mujer de cabello negro que está vociferando. Ella le golpea la espalda con los puños, pero él no parece notarlo. La baja al pie de la escalera y ladra algo que no capto.

—*Me importa una mierda* —suelta ella en serbio y me clava la mirada—. *No pienso pasar ni un minuto en la misma casa que esa mujer*.

Drago me mira por encima del hombro.

—Perra italiana —sisea Tara en inglés.

Me tenso. Aun sabiendo que tiene todo el derecho a odiarme, me duele. Me esfuerzo por sonreír mientras mantengo el contacto visual.

—Hola.

Drago entrecierra los ojos hacia mí, enfocándose en mis labios. El inferior tiembla ligeramente, así que lo aprieto entre mis dientes.

—¿Qué le dijiste a mi esposa, Tara? —pregunta en tono tranquilo, pero puedo ver la vena palpitante en su cuello.

Doy un paso adelante y apoyo la mano en su antebrazo, haciendo que mi sonrisa se amplíe.

—No me dijo nada.

—Ya dejamos claro que tu actuación no funciona conmigo, Sienna. —Me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia su cuerpo—. Dijo algo que te hirió. Nadie puede hacer eso. Ni siquiera mi hermana.

Tara resopla, con fastidio escrito en su rostro. Se apoya contra el barandal y se cruza de brazos mientras su mirada gélida se desvía hacia su hermano.

—No fue nada, Drago. —Aprieto ligeramente su brazo—. Te lo juro. Me busca la mirada y aprieta la mandíbula.

—Vete a tu habitación. No quiero verte hasta que te disculpes con mi esposa. Ahora, Tara.

Tara se da la vuelta y sube corriendo las escaleras.

—Estás exagerando —murmuro.

—Tara tiene que aprender a mostrar respeto. No tienes que agradecerle, pero debe recordar que eres mi esposa. Especialmente mientras esté bajo nuestro techo.

Se me corta la respiración. Dijo *nuestro*. No *mío*. Estiro la mano y rozo su mandíbula con los dedos.

—¿Qué está pasando, Drago? La seguridad extra. Traer a tu hermana aquí. Vi a unos tipos llevando cajas de municiones al almacén.

—Vamos a interceptar el cargamento de armas de los rumanos esta noche y a hacer volar dos de sus almacenes.

—¿Qué? —Le pellizco la barbilla y hago que baje la cabeza—. ¿Te volviste loco, maldición?

—No se puede evitar, Sienna. Pero no te preocupes, estarás a salvo.

Lo miro fijamente. Esta casa es una maldita fortaleza. Claro que estaré a salvo. Pero ¿qué hay de él? Estará ahí afuera, jugando a la maldita guerra con la segunda organización criminal más grande de New York. Saldrá herido.

—¿Sienna? —Me agarra de la cintura y me abraza con más fuerza, pero yo estoy cayendo en un vacío sin fondo y no puedo volver a la realidad.

De repente tengo frío. Tengo las manos húmedas y el entumecimiento se apodera de mí porque sé lo que me espera.

Alguien entrará a mi habitación a mitad de la noche. Me dirán que algo malo ha pasado y que tengo que ser fuerte. Como hizo Arturo cuando mataron a nuestros padres. Como cuando Nino vino a decirme que habían encontrado las cosas de Asya en la nieve mientras mi hermano la buscaba por la ciudad. No puedo volver a pasar por eso. *No puedo*.

—Sienna. —Drago ahora me sujeta de los hombros—. Nena, ¿estás bien?

Aprieto mis palmas contra su pecho y lo empujo. Al instante, sus manos me sueltan, me doy la vuelta y corro escaleras arriba. Puedo

escuchar cómo me llama, no obstante, sigo corriendo hasta que llego al cuarto piso y me detengo en el rellano. Mi respiración es entrecortada y acelerada, y me tiemblan las manos. No puedo entrar a nuestra habitación. Hay demasiada presencia suya allí, incluso aunque no esté físicamente en la habitación. Giro en dirección contraria y huyo hacia la tercera puerta de la derecha. Es una de las habitaciones que está desocupada. Sin embargo, cuando entro y me apoyo en la parte trasera de la puerta, encuentro a la hermana de Drago tumbada en la cama.

—¿Qué diablos haces en mi habitación? —suelta—. Lárgate de aquí con un demonio.

—¡Sienna! —La voz de Drago me llega desde algún lugar del pasillo. Me aparto de la puerta, corro hacia la cama y me meto rápidamente debajo de ella. El sonido de pasos pesados retumba en el suelo. Las puertas se abren y se vuelven a cerrar. Las pisadas apresuradas se acercan cada vez más. Unos instantes después, la puerta de Tara se abre de par en par. Inclino la cabeza hacia un lado y veo los pies de Drago a través del hueco bajo el fleco del cubrecama.

—¿Sienna está aquí? —La voz de mi esposo llena la habitación.

Cierro los ojos. Mierda. Creí que no me buscaría aquí. Tara va a delatarme en cualquier momen...

—¿Qué estaría haciendo tu esposa en mi habitación?

Mis ojos se abren de golpe. Suenan maldiciones serbias y luego un portazo.

Pasan minutos en silencio antes de que Tara hable.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte debajo de mi cama?

—No estoy segura.

La cama cruje por encima de mí. Una mano agarra el dobladillo del cubrecama, lo levanta y el rostro de Tara se materializa frente al mío.

—Le pregunté a Keva sobre ti —comenta, mirándome boca abajo—. Dijo que eras un volcán de felicidad. Siempre alegre y sonriente. A mí no me pareces muy alegre.

—¡Vete a la mierda, Tara!

Arruga la nariz, una mueca de desprecio se apodera de su cara.

—También dijo que eras extremadamente amable. Supongo que también se equivocó en eso.

—No voy a ser amable con alguien que me llamó perra.

—Me parece justo. —Se encoge de hombros, su cabello se mece con el movimiento—. Entonces, ¿qué hizo mi hermano? ¿También te amenazó con encerrarte en tu habitación?

—*Nop* —contesto, mirando fijamente el marco de madera justo encima de mi cabeza—. Simplemente está intentando que lo maten.

—¿Y por qué te importa? Solamente te casaste con él porque tu Don te lo ordenó.

—No me importa.

—¿Ah, sí? ¿ Entonces por qué lloras?

—Es el polvo —murmuro e intento mover un brazo hacia arriba para limpiarme las lágrimas, pero no hay espacio suficiente.

—Claro.

El sonido de los pasos y de Drago gritando mi nombre aún resuenan en el pasillo, mas se desvanecen. Probablemente se fue al piso de abajo.

—Creo que ya se fue. Ya puedes salir.

—Estoy bastante bien aquí, gracias —declaro.

Tara me mira con los ojos muy abiertos y resopla.

—Muévete.

Observo con confusión cómo se tira al suelo y se desliza bajo la cama a mi lado.

—Siento haberte llamado perra —musita Tara.

—Siento que la *Cosa Nostra* matara a tu novio.

Nos quedamos en silencio un momento. Justo antes de que empiece a resultar incómodo, Tara respira profundamente.

—Me estaba engañando. Terminamos una semana antes de que muriera, pero no se lo conté a Drago.

Inclino la cabeza hacia un lado para mirarla.

—¿Por qué no?

—Porque no quería que supiera que también fracasé en eso.

—¿Fracasar? El tipo te engañó.

—Yo también lo engañé. —Ella se encoge de hombros—. Es como si no pudiera hacer nada bien. Drago salvó a la hermana equivocada.

—¿Qué quieres decir?

Tara cierra los ojos.

—Cuando estalló la bomba en nuestra casa, Drago estaba abajo. Mi hermana gemela y yo estábamos durmiendo en nuestra habitación, que

estaba en el segundo piso.

Jadeo. ¿Su *gemela*?

—Drago resultó herido durante la explosión, pero aun así consiguió llegar hasta nosotras, a pesar del incendio que arrasaba todo a su alrededor —continúa Tara, con la voz temblorosa—. Sin embargo, no podía cargarnos a ambas al mismo tiempo. Recuerdo que yo gritaba, probablemente por eso me sacó a mí primero. Luego volvió a entrar por Dina.

—¿Qué pasó? —pregunto, tratando de reprimir las lágrimas, y fracasando.

—Teníamos un enorme tanque de propano justo afuera, que usábamos para la estufa de gas. Cuando el fuego de la explosión inicial se propagó, explotó. Drago sobrevivió. A duras penas. Dina no. Inhaló demasiado humo. No pudieron salvarla. —Hace una pausa y moquea—. Drago todavía se culpa. Casi se quema vivo intentando proteger a Dina con su cuerpo hasta que llegaron los bomberos, no obstante, sigue creyendo que es culpa suya.

Dios mío. No puedo ni imaginar lo que fue para cualquiera de ellos.

—Solía quejarse por tener que lidiar con dos hermanitas, pero la verdad es que era el mejor hermano mayor que nadie podría pedir —pronuncia mientras le tiembla la voz—. Solía llamarnos *Dulce y Picante* porque Dina era muy dulce y yo... no tanto.

Muevo un poco la mano hacia un lado y rodeo la de Tara con mis dedos, apretando.

—Lo siento muchísimo.

Ella mira nuestras manos entrelazadas.

—Me importa un carajo que seas de la *Cosa Nostra*, ¿sabes? Solo tenía miedo de que de alguna manera me robaras a mi hermano.

—Tara, yo no...

—Lo sé —me interrumpe y sonrío—. ¿De verdad les pusiste listones de seda a los perros de Drago?

—Sí. —Sonrío.

Tara parpadea y se ríe.

—Creo que, después de todo, podría volver a mudarme a la mansión.

—Eso me encantaría.

—Ahora, escúpelo. —Me aprieta la mano—. ¿Por qué te escondes de Drago debajo de mi cama?

—Por ninguna razón. —Vuelvo a mirar las tablas de madera de la cama que hay sobre mí.

Todavía se escuchan los gritos de Drago y el golpeteo de varios pies desde algún lugar del interior de la casa. Sé que mi comportamiento es una idiotez, pero no puedo obligarme a salir y enfrentarme a él. Tengo miedo de derrumbarme y rogarle que no vaya.

—¿Sienna?

—¿Qué? —digo entrecortadamente.

—Estás llorando otra vez. ¿Eres alérgica al polvo?

Cierro los ojos y murmuro:

—Sí.

Drago

Cierro de golpe la última puerta del segundo piso y miro por el pasillo. ¿Dónde carajo está esa mujer? Revisé todas las malditas habitaciones de la casa y es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Saco mi teléfono y llamo a Relja.

—Tráeme a Zeus —gruño al aparato en cuanto veo que la llamada se conecta y subo las escaleras.

Justo cuando llego al rellano del cuarto piso, se abre la puerta de la habitación de Tara y mi esposa sale a hurtadillas. Al verme, una expresión extraña se dibuja en su rostro, aunque enseguida es reemplazada por una sonrisa.

—*Oh*, Drago, ¿me estabas buscando? —dice alegremente mientras se acerca—. Me pareció escuchar que me llamabas.

Mis ojos captan los suyos y doy un paso adelante.

Sienna retrocede un paso, sin dejar de sonreír.

—¿Drago?

Avanzo otro paso, y uno más hasta que la tengo atrapada contra la pared. Tiene la máscara puesta, pero sus ojos enrojecidos. Creo que no conozco a nadie que haga tanto por ocultar sus verdaderos sentimientos. Apoyando mis manos a ambos lados de su cabeza, me inclino hacia ella hasta que nuestras narices se tocan.

—Basta .

Levanta una ceja.

—¿Basta de qué?

—De fingir. Puede que funcione con otras personas, *Mila*, pero no conmigo. —Le agarro la barbilla—. Te veo, Sienna.

La sonrisa falsa desaparece. Parpadea y una lágrima rueda por su mejilla. Un gruñido grave emana detrás de mí.

Miro por encima de mi hombro y encuentro a mi perro a unos metros detrás de mí, enseñando los dientes y con los ojos fijos en mi mano.

—¿En serio, Zeus?

Vuelve a gruñir.

Sienna aprovecha la situación, se agacha bajo mi brazo y sale a toda prisa por el pasillo. Se detiene frente a nuestra habitación, me lanza una mirada breve y me guiña un ojo.

—¡Que te diviertas esta noche!

La puerta se cierra a su paso. Zeus trota hacia ella y se sienta, impidiendo la entrada. Haciendo guardia.

—Traidor. —Sacudo la cabeza y me dirijo a Relja, cuyos ojos rebotan entre el perro y yo—. Asegúrate de que nadie intente entrar a mi habitación, o terminarán con extremidades perdidas.

Asiente con la cabeza.

* * *

—¿Todo listo? —inquiero mientras me coloco la funda.

—Sí —contesta Filip—. Adam tiene ambos equipos en posición cerca de los dos almacenes de Bogdan. Estarán esperando nuestra señal.

—¿El tipo de la nevera?

—En el maletero de Iliya.

—Bien. Vámonos.

Salimos de la casa y nos dirigimos hacia la camioneta todoterreno estacionada en el camino de entrada. Iliya y otros dos hombres esperan junto al segundo vehículo. Abro la puerta del conductor, pero antes de entrar, miro hacia la ventana de mi habitación. Es fácil de ver, ya que es la única iluminada en el cuarto piso en este momento. Sienna está de pie

detrás de la cortina, observándome. No ha salido del dormitorio desde esta tarde. Intenté entrar hace veinte minutos, sin embargo, mi perro casi me arranca la mano de un mordisco cuando quise agarrar el picaporte.

—¿Qué voy a hacer contigo, *Mila Moya*? —murmuro para mis adentros y me pongo al volante.

* * *

La fábrica de papel está a dos horas de camino, así que no llegamos hasta pasada la medianoche. Me estaciono junto a la reja, al lado de un pequeño edificio de servicios, e Iliya se detiene detrás de mí. La puerta que da acceso al patio de la fábrica está a unos noventa metros, a la vuelta de una esquina. Salgo de la camioneta y miro mi teléfono. Hay cinco puntos rojos parpadeando en la pantalla, que marcan la ubicación de cada uno de nuestros vehículos. Dos de ellos se están moviendo, los autos de Jovan y Relja que siguen el camión de Bogdan. Están a unos doce minutos de distancia.

—Aprovecharemos la oportunidad cuando se abra la reja para dejar pasar al camión —explico a los hombres reunidos a mi alrededor—. Filip y yo nos encargaremos de los guardias en la caseta de la puerta. Iliya, tú y Milo encárguense del conductor y den la vuelta al camión. Luego, diríjanse al almacén norte, pero eviten las carreteras principales. No quiero que aparezca en ninguna de las cámaras de tránsito. Vanja, síguelos con mi SUV. Mañana, veré si los rusos están interesados en quitarnos la mercancía de las manos.

—¿Qué hay de los guardias de seguridad adentro de la fábrica? —pregunta Filip.

—Tanto Jovan como Relja tienen un equipo de tres hombres con ellos, pueden encargarse de los mercenarios. En cuanto Iliya dé la vuelta al camión, los chicos conducirán hacia el interior y directamente hasta la entrada de la fábrica. A partir de ahí, todo es cuestión de fuerza bruta y capacidad para disparar. Adam está vigilando la carretera, pero puede proporcionar refuerzos si es necesario. —Saco mi pistola y la amartillo—. No podemos ocultar nuestra llegada. Hay cámaras en la caseta, así que nos verán llegar. No dejen que les disparen.

La primera parte del plan sale sin problemas. En cuanto el portón se desliza hacia un lado, Filip y yo utilizamos el camión como cubierta y nos acercamos a la puerta de la parte trasera de la caseta. Cada uno de nosotros mata a un guardia de seguridad. Cuando volvemos al automotor, uno de mis hombres ya está arrastrando el cuerpo del conductor del camión. Iliya salta a la cabina y da marcha atrás al vehículo. En el momento en que la puerta queda libre, dos coches pasan a toda velocidad junto a nosotros en dirección al edificio de la fábrica. Una gran puerta metálica de carga situada en la parte delantera de la estructura empieza a deslizarse hacia un lado. Las balas llueven sobre los vehículos de Jovan y Relja antes de que la puerta de la fábrica esté medio abierta, lo que hace evidente que hay más hombres de los que esperábamos adentro.

—¡Joder! —Me dirijo hacia el tiroteo, manteniéndome al borde del camino y lejos de la línea de fuego, con Filip pisándome los talones.

La seguridad de Bogdan parece estar enfocada en el equipo de Jovan. Los chicos devuelven los disparos desde detrás de los vehículos que utilizan para cubrirse al otro lado del patio. Cuando estoy lo bastante cerca y tengo un buen ángulo para ver a algunos de los matones, me detengo y disparo. Filip se agacha a mi lado y le dispara al hijo de puta que tiene a nuestros hombres atrapados desde la ventana del segundo piso de la fábrica. Por encima del estallido y el sonido de las balas que vuelan, el rugido de un motor que se acerca por detrás de nosotros está cada vez más cerca. Unos instantes después, Adam pasa junto a nosotros en su moto, en dirección a la puerta de la fábrica. Dejamos de disparar mientras él hace un giro brusco y lanza una bomba de humo a través de la entrada. La niebla blanca invade la puerta y se abre paso hacia el interior de las instalaciones.

Es difícil ver a los objetivos con todo el humo alrededor, así que espero a que empiece a despejarse y disparo en cuanto la silueta de una persona se hace visible. Jovan y el resto de los muchachos también han avanzado y reanudado el tiroteo. El humo tarda unos minutos en disiparse por completo y, cuando lo hace, siete cuerpos están esparcidos por el suelo en un río de sangre.

—¡Que alguien vaya a por el coche de Iliya! —bramo y volteo hacia Adam, que está revisando a uno de los muertos—. ¿Los almacenes?

—Ya están ardiendo. Di la orden en cuanto acabamos con el camión.

—Perfecto. Dejémosle el mensaje a Bogdan.

Diez minutos después, subimos a los coches y nos dirigimos a casa, dejando el cuerpo desnudo del tipo de la nevera atado a la gran reja de hierro. Con una cruz tallada en su pecho.

Sienna

Treinta minutos antes

—Me compró zapatos ¿sabes? —Me envuelvo con mi suéter con más fuerza—. Encontré las bolsas esta tarde. Tres pares. Los escondió en el fondo del armario, debajo de un montón de sus *jeans*.

Zeus ladea la cabeza y me mira.

—Claro que son para mí. Dos pares tienen tacones cubiertos de pedrería y el tercero es violeta con lazos plateados de seda. Estaba bromeando cuando le dije que tenía que comprarme regalos, y él lo sabe muy bien. Los compró de todos modos.

Miro hacia el camino de entrada que se ve desde la ventana. Dos de los hombres de Drago están parados junto al garaje, fumando. Ambos tienen rifles automáticos en la espalda, y Perun y Jupiter están con ellos. Más atrás, entre la vegetación que rodea la casa, hay otro grupo de tres, y hay más haciendo rondas a lo largo del muro que rodea la propiedad. Por lo que vi cuando saqué a Zeus a pasear, hay al menos veinte hombres de guardia dentro del perímetro. Es probable que haya más en el exterior.

—Debió llevarse a más hombres con él —continúo mi diálogo unilateral con el perro—. Cuando le pregunté a Keva por qué había dejado tantos hombres aquí en lugar de llevárselos, me dijo que Drago no quería arriesgarse a dejar la casa sin protección. Hay muros de concreto de tres metros alrededor de la propiedad, ¡por el amor de Dios!

Sacudo la cabeza y me alejo de la ventana.

—¿Siempre fue tan testarudo?

Zeus endereza las orejas.

—Sí, apuesto a que sí.

Mis ojos se posan en el teléfono que tengo en la mano. Lo he estado sujetando con fuerza desde el momento en que Drago se fue con sus

hombres. Han pasado horas. Los bordes del maldito aparato están marcados en mi mano de tanto apretarlo, esperando a que Drago me devuelva el mensaje. Pero no lo hizo. Y yo me quedo angustiada y preocupada pensando si está bien.

¿Por qué lo haría si precisamente ayer le dije que ni siquiera me agrada? Así que le mandé mensajes. Ocho veces. No hubo respuestas. Entonces, consideré la posibilidad de llamarlo. Aunque sería inútil, ya que no podría escucharme con claridad, pero el sonido de su voz me confirmaría que está vivo. Al final, decidí no llamarlo porque no quería distraerlo de... de lo que sea que estén haciendo.

—No puedo soportarlo más —susurro y salgo corriendo del dormitorio.

La casa está inquietantemente silenciosa. El ruido sordo de mis pisadas y el chasquido de las garras de Zeus son los únicos sonidos que resuenan por los pasillos mientras bajo corriendo tres tramos de escaleras. Cuando llego a la planta baja, giro a la izquierda y me dirijo al ala este, deteniéndome en la última puerta. Es la habitación donde Mirko pasa la mayor parte del tiempo. Me tiembla la mano cuando agarro el picaporte y entro.

Mirko está sentado frente a un escritorio lleno de equipos electrónicos, con teclados, cables por todas partes. Frente a él, en la pared, hay seis monitores gigantes que muestran las imágenes de las cámaras de todo el terreno. Su radio bidireccional está colocada en el poco espacio que queda en el escritorio. El parloteo de la gente a través de las ondas llega fuerte y claro.

—¿Sienna? —La voz de Keva viene de mi derecha.

Volteo y la encuentro sentada en un sofá arrimado a la pared. Sostiene una enorme taza en sus manos y el vapor se eleva por encima del borde. Tara está acurrucada junto a Keva, con las piernas recogidas.

—¿Ustedes tienen una fiesta nocturna? —Me obligo a sonreír.

Keva ladea la cabeza y me lanza una mirada penetrante. Sus ojos se posan en mis caderas, y yo suelto el dobladillo del suéter con el que he estado jugueteando y escondo ambas manos detrás de la espalda para que no note que me tiemblan.

—Él estará bien, Sienna —asegura con voz tranquila.

—Oh, ya lo sé. —Me encojo de hombros y pongo mi mano sobre el cuello de Zeus.

—Puedes unirme a nosotras si quieres.

El sonido de disparos estalla desde uno de los radios. Me quedo paralizada.

—¿Y escuchar cómo se matan entre ellos? —Me río—. No, gracias. Ahora me iré a dormir. La falta de sueño no es buena para la salud de la piel. Hasta mañana.

Salgo de la habitación dando un portazo. A pesar de la barrera, el ruido del tiroteo es fuerte y claro, y cada disparo me retumba en el pecho. Corro por el pasillo y atravieso el vestíbulo hacia la puerta principal mientras Zeus me sigue. Cuando salgo corriendo, el guardia en turno de la entrada me mira sorprendido.

—Voy a llevar a Zeus a hacer pipí —señalo y me dirijo hacia el terreno de la izquierda.

Corro por el ala este de la mansión hasta llegar a la última ventana de este lado de la casa y me escondo detrás de los arbustos que crecen debajo. La luz se cuela por la rendija abierta y se escuchan ruidos. Gritos. Disparos. Puedo escucharlo todo desde la radio del despacho de Mirko. Apoyando la espalda en la fría pared exterior, cierro los ojos.

Mi mente da vueltas, una avalancha de pensamientos sobre Drago cubierto de sangre me invade. Abrumada, me encorvo hacia delante y me balanceo mientras mis entrañas se hacen nudos. No me doy cuenta de que me comí las uñas hasta que no queda nada de ellas. Estuve a punto de masacrarlas antes, mientras esperaba a que Drago respondiera a mis mensajes, y ahora terminé el trabajo. No es bonito, pero me ayuda a reprimir las ganas de gritar.

De repente, Mirko empieza a gritar. Estoy demasiado angustiada para entender todo lo que dice, pero capto el nombre de Adam y algo sobre que el número de guardias de seguridad es mayor de lo esperado. De la radio sale el sonido de un tiroteo, no de varios disparos como antes, sino de una verdadera balacera. El terror que se ha estado gestando en la boca de mi estómago crece y se extiende por todo mi cuerpo. No puedo respirar. Siento como si me estuviera atacando un animal salvaje. Me da zarpazos en el pecho, cada disparo estrepitoso es una cuchillada en mi piel por garras despiadadas.

Entierro mi cara entre las rodillas y aprieto mis manos sobre mis oídos tan fuerte como puedo. Debí haber hecho algo. Cualquier cosa. Tal vez, si le

hubiera dicho a Drago que me aterra que le ocurra algo malo, se hubiera quedado aquí, mas fui incapaz de hacer que las palabras salieran de mi boca. Estaba demasiado asustada para confesar lo jodidamente preocupada que estoy por él.

Algo húmedo roza el dorso de mi palma. Levanto la cabeza y veo a Zeus frente a mí.

—N-no se morirá, ¿verdad? —expreso entrecortadamente.

El perro se inclina hacia delante y sus grandes ojos oscuros me miran con una interrogante. Es como si me preguntara: *¿Por qué te importa?*

—No me importa —murmuro, y arranco las hojas rojas y brillantes del arbusto que tengo al lado, desnudando la rama de sus hermosos colores. Y luego otra. Y otra más. Los rojos vibrantes que siempre me han alegrado mientras jugaba afuera con los perros ahora se burlan de mí. Recordándome mis pensamientos de pesadilla.

Drago.

Sangre.

Muerte.

No puedo parar. Sigo arrancando las hojas con todo el vigor que desearía poder utilizar para silenciar los disparos que aún resuenan desde la ventana abierta de Mirko. Tengo los dedos acalambrados y las manos en carne viva de tanto jalar las ramas del arbusto, sin embargo, no me detengo hasta que no queda ni una sola hoja roja a mi alcance. Las ramas bajas del arbusto están arrancadas, muchas rotas. Pero la ruina que he causado es el resultado inútil de mi rabia impotente.

Ojalá pudiera arrancar los sentimientos que siento por mi esposo tan fácilmente como las hojas. Arrancarlos y tirarlos.

La gente dice que amar a alguien es el sentimiento más increíble que existe. No lo es. Es absolutamente lo peor. Cuanto más los ames, más te dolerá cuando se hayan ido.

Los ensordecedores sonidos del tiroteo cesan de repente. Levanto la vista y veo a Keva cerrando la ventana sobre mi cabeza, cortando la emisión de la radio. De alguna manera es más fácil así, sin escuchar lo que está sucediendo.

Zeus da un paso vacilante hacia mí y me roza el hombro con la nariz. Me ha estado observando mientras perdía la cabeza todo este tiempo y no

ha interferido. Le rodeo el cuello con el brazo y contemplo la destrucción a mis pies.

* * *

El estruendo de los vehículos que se acercan me saca de mis pensamientos. Varios coches y el inconfundible rugido de una moto llenan la quietud de la noche. Los hombres han vuelto. Debería correr a ver si Drago está bien, pero no me atrevo a moverme. Mi estúpida idea es que si permanezco oculta, las malas noticias no podrán encontrarme. ¿He vuelto a ser una niña ingenua que se cubre la cara con las manos creyendo que el Coco no vendrá?

—¿Hace tres horas? —La voz de Drago llega hasta mí—. ¡Si no la encuentran en los próximos cinco minutos, voy a destripar a alguien! ¡Sienna!

Respiro profundamente. Él está bien. Furioso como un demonio, a juzgar por todos los gritos, pero bien.

Arrastrándome desde debajo de las ramas del arbusto, salgo de mi escondite y corro por el césped hacia la parte delantera de la casa. Tengo las manos y los pantalones manchados de tierra y vegetación, y estoy bastante segura de que también tengo algunas ramitas y hojas en el cabello.

Drago está en medio del camino de entrada, sujetando al guardia con el que me crucé antes por la parte delantera de su camisa y gritándole a la cara. Se da cuenta de mi presencia cuando me acerco y empuja al hombre. La luz ambiental le ilumina el rostro, revelando cada una de sus afiladas líneas. Tiene la mandíbula apretada y los orificios nasales dilatados mientras me mira con los ojos entrecerrados. Parece dispuesto a estrangularme. No me muevo de mi lugar mientras se acerca. Sus largas pero lentas zancadas se comen la distancia hasta que su pecho casi me golpea la cara.

—¿Qué diablos haces afuera en medio de la noche? —Su voz es baja y extrañamente firme. La calma antes de la tormenta.

Levanto las manos y las apoyo sobre su pecho, luego las deslizo lentamente por sus abdominales duros como piedras. Cuando termino con la parte delantera de su torso, deslizo mis dedos por sus brazos hasta los

hombros y vuelvo a bajar por el otro lado, revisando cada parte de él. No hay heridas. Ahora le toco a la espalda. Presiono mi frente contra su esternón y deslizo las manos bajo su chaqueta. Nada en la parte baja de su espalda. Deslizo mis manos hacia arriba y por encima de sus omóplatos, asegurándome de no pasar por alto ningún punto. Esto es lo más alto que puedo llegar. Creo que su camisa estaría mojada si le hubieran disparado más arriba, pero necesito estar completamente segura.

Doy un paso atrás, tomo la parte delantera de su chaqueta y empiezo a quitársela.

—Sienna. —Su voz es baja. Suave.

—*Shhhh*. —Tiro la chaqueta al suelo y me muevo a su alrededor para examinar su otro lado.

No tiene manchas de sangre en la camisa, pero me pongo de puntitas y le recorro los hombros y la espalda por si acaso. Cuando termino, le rodeo la cintura con los brazos y apoyo mi mejilla en su espalda.

—¿Satisfecha? —pregunta, dándose la vuelta para mirarme.

Asiento con la cabeza y lo aprieto más.

—Tienes restos de hojas en el cabello, Sienna. ¿Quieres explicármelo?

Niego con la cabeza. Que piense lo que quiera. Quizá decida que estoy loca.

Me pongo de puntitas, lo atraigo hacia mí para darle un beso y salto a sus brazos. Los labios de Drago se deleitan con los míos, chupando y mordiendo mientras me lleva al interior de la casa y sube tres tramos de escaleras. No me suelta hasta que llegamos a la habitación y, únicamente por un momento, mientras nos arrancamos la ropa el uno al otro. Y entonces vuelvo a estar en sus brazos. Trazando una línea de besos a lo largo de su barbilla antes de repartirlos por toda su cara. Está vivo. Está bien.

Capítulo 19

Drago

Recorro la suave piel de la espalda de Sienna con mi mano y meto mis dedos en su cabello. Se agita un poco y presiona su cara contra mi cuello. Anoche tuvimos sexo tres veces, mas tener su cuerpo desnudo pegado al mío me mantiene la polla constantemente semidura. Cualquier leve roce de sus deliciosas curvas en mi entrepierna me excita al instante. Por un momento, considero despertarla para otra ronda, pero luego cambio de opinión y sigo masajeando su cuero cabelludo. Necesita descansar. En lugar de eso, uso la mano que me queda libre para agarrar mi teléfono de la mesita de noche.

Anoche, mi esposa me envió un montón de mensajes, no obstante, estaban pasando demasiadas cosas, así que solamente leí los tres primeros y no tuve oportunidad de responder. En ese momento me parecieron insignificantes, pero ahora que reviso todos los mensajes, me doy cuenta de que no lo eran en absoluto.

22:23 Sienna: Mañana tengo que ir a comprar unos cosméticos.

23:39 Sienna: Deberías llevar a Zeus al veterinario. Creo que tiene una infección en el oído.

23:48 Sienna: Encontré los zapatos que me compraste. Necesitas un mejor escondite.

23:57 Sienna: Creo que me gustaría ir a tu club otra vez.

00:06 Sienna: [Selfie con Zeus. Ambos están tumbados en la cama].

00:09 Sienna: ¿Y mis clases de conducir? ¡¡Me lo prometiste!!

00:12 Sienna: ¿Hay alguna otra boda a la que podamos colarnos pronto? Podría volver a bailar sobre la mesa para ti.

00:16 Sienna: [Otra selfie con Zeus en la cama].

Me doy cuenta de algo peculiar cuando reviso el contenido. Los primeros mensajes son afirmaciones que no *requieren* respuesta. Aunque probablemente *esperaba* que le respondiera. Como no lo hice, envió la foto de ella y Zeus. Y Sienna sabe muy bien que no permito que mis perros entren al dormitorio. Si hubiera visto esa imagen anoche, le habría exigido que bajara a Zeus de la cama y lo sacara de la habitación. Envío esa foto específica a propósito, pero cuando seguí sin responder, pasó a hacer preguntas.

Ella sabía que estábamos a punto de entrar en una confrontación con los rumanos, pero ninguno de sus mensajes mostró algún interés en eso. Simplemente tonterías aparentemente al azar. Aunque no eran tonterías, ¿verdad? Nunca es “lo que ves es lo que hay” cuando se trata de mi esposa. Tengo que ignorar la mierda que dice y la forma en que actúa. Cavar más profundo para encontrar la verdad.

Afirmaciones, luego la foto, y luego las preguntas. ¿Intentos de obtener una reacción de mi parte?

Estaba preocupada por mí, sin embargo, no quería demostrarlo.

Bajo la cabeza hasta que mi boca está justo al lado de su oreja.

—Eres como un maldito cubo Rubik, Sienna. Puedo pasarme días probando diferentes movimientos para encontrar el patrón correcto.

Murmura algo y se aprieta aún más contra mi cuerpo. Desenredo mis dedos de su cabello, tomo su barbilla e inclino su cabeza hacia arriba.

—Dime, mi brillante espía, ¿alguna vez alguien ha conseguido resolver el rompecabezas?

Parpadea somnolienta y frunce la nariz.

—¿De qué demonios estás divagando?

—Hablo de tus mensajes de texto. Tu ropa alocada y tus ridículas elecciones de calzado. Tus sonrisas.

Levanta una ceja.

—¿Qué tienen de malo mis sonrisas?

—Cuanto más grandes son, más tristes se ponen tus ojos.

Su cuerpo se tensa, aunque solo dura un segundo. En el siguiente sus labios se curvan en otra de esas sonrisas falsas.

—¿Estás intentando psicoanalizarme, Drago? —Levanta su barbilla hacia mí—. He tenido suficientes sesiones con psiquiatras como para que duren toda la vida, así que, por favor, ¡vete a la mierda!

¿Sesiones con psiquiatras? La rodeo con el brazo, manteniéndola cerca.

—¿Por qué?

—Es personal —revira molesta y me empuja el pecho—. Suéltame.

—¿Por qué, Sienna?

—¡Intenté suicidarme! —me grita a la cara—. Ya está. ¿Estás contento? Ahora, ¡suéltame!

El terror estalla en mi pecho y se extiende por todo mi cuerpo. No puedo moverme mientras observo a mi esposa y ella me golpea el pecho con los puños, intentando que la suelte. Debería dejarla ir. Está claro que quiere estar sola, pero no puedo. La sola idea de que ella no exista me hace querer quemar el puto mundo entero. No hay mundo sin ella. No para mí.

—Sienna. —Retiro un mechón de cabello que le ha caído sobre la cara.

Sienna intenta golpear mis dedos, y cuando no lo consigue, me clava los dientes en el costado de la mano.

—¿Ya te sientes mejor? —inquiero.

Me mira a través de los mechones enredados y murmura algo que no puedo descifrar. Dudo que alguien pudiera hacerlo con la boca tan llena como la tiene ahora.

—Muerde más fuerte si eso te ayuda. —Una lágrima rueda por su mejilla. Me suelta, dejándome una marca considerable en la piel. Tomo su rostro entre mis manos y le limpio las lágrimas con los pulgares—. ¿Por qué hiciste eso, nena? —Sabe que no le estoy preguntando por la mordida.

—Cuando secuestraron a mi hermana, fue culpa mía.

—¿Cómo es eso?

—Luna y yo planeábamos salir esa noche, pero ella me canceló en el último momento. A Asya nunca le gustó salir a bares, no obstante, la convencí para que me acompañara, ya que Luna no podía. No quería ir, mas seguí insistiendo hasta que cedió. Nos escapamos. —Cierra los ojos y continúa—: Conocimos a un chico allí. Era divertido y nos hizo reír mucho. Cuando le dije a Asya que deberíamos irnos a casa, me dijo que le gustaría quedarse un rato más.

Los ojos de Sienna se abren y más lágrimas caen por sus mejillas. Se las retiro, aunque siguen cayendo.

—Verás, tenía clase de pilates a la mañana siguiente, así que dejé a mi hermana sola con un hombre al que no conocía y me fui a casa. Me metí a mi cama, bajo las cálidas sábanas, y me dormí mientras ella era violada sobre la fría nieve afuera de ese bar. Asya sufrió mientras yo me quedé dormida. Ni siquiera fui a la maldita clase.

Le tiembla el labio inferior y las manos mientras habla. Quiero decirle que puede parar, que no tiene por qué decir nada más si le está causando tanto daño. Ver a mi esposa alegre y radiante derrumbarse ante mis ojos es como si me clavarán un cuchillo en el pecho. Pero guardo silencio, sabiendo que necesita desahogarse.

—Durante meses, no supimos si Asya estaba viva o muerta. Arturo no pudo encontrarla. Toda la *Cosa Nostra* la buscó, sin éxito. Me pasé semanas sentada en el porche, esperando que milagrosamente cruzara la verja, hasta que un día me di cuenta de que probablemente nunca lo haría. —Sienna respira profundamente—. Subí a su habitación, me tomé los somníferos que me había recetado el médico y me metí en la cama de Asya. Simplemente quería dormir.

—Jesucristo, nena. —Me inclino hacia delante y le doy un beso en la frente. El anhelo de estrecharla contra mí y envolverla con todas mis fuerzas es abrumador, pero no podría verla mientras habla—. ¿Cuántas te tomaste?

—Lo que quedaba en el frasco. Arturo me encontró y me llevó a emergencias.

Rodeo a Sienna con los brazos y la aprieto contra mi pecho, abrazándola con fuerza. No me parece suficiente. Llevo mi mano a su cabello y meto su cara en el pliegue de mi cuello.

—Prométemelo —pido entre dientes. Sienna murmura algo en mi cuello, probablemente un “¿qué?”—. Prométeme que nunca volverás a hacer algo así.

Me recorre el pecho y el cuello con la palma de la mano y se detiene en mi mandíbula. Se sienta sobre mi estómago y me agarra la barbilla con los dedos mientras se inclina hacia delante.

—Te lo prometo. Pero quiero una a cambio.

—De acuerdo.

—No harás que te maten, Drago. —Me aprieta la barbilla—. Por favor.

Aparto un mechón de cabello de su rostro y trazo la forma de sus labios con la punta del dedo. Al hacerlo, caigo en cuenta de que su boca está alineada a propósito frente a mis ojos.

—¿Por qué? Hace poco me dijiste que no te agradaba.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa bajo mi contacto.

—Tienes un gusto excepcional para los zapatos de mujer.

—¿Alguna vez dejarás esta farsa, Sienna? Puedes decirme la verdad. No será el fin del mundo.

—¿Qué verdad? —Se ríe.

—Que estás enamorada de mí.

La sonrisa desaparece de su cara y su cuerpo se queda quieto.

—Estás delirando.

—No, no lo creo.

Me suelta el rostro y se aparta, preparándose para salir corriendo.

Eso no pasará. La envuelvo con mi brazo y nos hago rodar, inmovilizándola sobre la cama con mi cuerpo.

—¡Suéltame! —protesta.

Muevo mi mano a lo largo de su cadera, entre sus piernas, y presiono mis dedos contra su coño. Los ojos de Sienna se encienden.

—Me di cuenta de algo hace poco —explico mientras doy círculos lentamente alrededor de su clítoris, aplicando un poco más de presión con cada caricia—. Me excita muchísimo cuando estás enfadada.

Me clava una mirada asesina. Muevo un dedo entre sus pliegues y lo deslizo en su interior.

—¿Quieres saber por qué? —pregunto mientras añado otro dedo—. Porque sé que esa eres realmente tú, *Mila Moya*.

Sienna respira entrecortadamente. La estiro ligeramente, luego enrosco los dedos hacia arriba, encontrando ese punto oculto, y aprieto un poco más. Cierra los ojos y gime mientras su cuerpo tiembla.

No hay nada más hermoso que verla así. Desprevenida. Sin fingimientos. Mía. Puede que mienta con sus palabras, pero su cuerpo siempre me dice la verdad. Quito los dedos y me coloco en su entrada, deslizando únicamente la punta de mi polla en su interior. Los ojos de Sienna se abren de golpe, clavándose en los míos. Sus uñas pintadas de verde se clavan en la piel de mis brazos.

—Está bien, nena. —Bajo la cabeza hasta que nuestras frentes se tocan mientras me deslizo lentamente dentro de ella—. Yo también estoy enamorado de ti.

Un jadeo ahogado sale de sus labios mientras me absorbe por completo. Sus ojos se clavan en los míos bajo las pestañas oscuras y los mechones de cabello que le caen sobre la cara. Es como si aún intentara esconderse de mí. Estiro la mano para apartar los sedosos mechones y acaricio la piel suave como la seda de su mejilla con la punta de los dedos.

—¡Basta de esconderte de mí! —gruño mientras salgo de ella y vuelvo a penetrarla de golpe—. ¿Tenemos un trato?

Por un momento, el pánico se apodera de Sienna. Le entierro los dedos en el cabello y la miro fijamente.

—Me encantan todas tus facetas, *Mila Moya*. Me encantas cuando ríes, pero también cuando estás triste. Me encantas enfadada, furiosa y decidida. —Agachando aún más la cabeza, continúo—: Incluso adoro cuando amenazas con pegarme un tiro.

—Estás demente. —Se ríe mientras una lágrima resbala por su mejilla.

—Créeme, no hay nada más *sexy* que mi mujer apuntándome con una pistola mientras tiene puesto un tutú dorado y sandalias de peluche.

Mi siguiente embestida la hace jadear. Acelero el ritmo, golpeando dentro de ella y haciendo que la cabecera de la cama choque contra la pared con mis movimientos.

—Prométeme que lo intentarás.

—Lo prometo.

Sienna

Unos golpes fuertes y rápidos rompen el silencio de la noche. Abro los ojos y me siento en la cama. La habitación está completamente a oscuras, ni siquiera la luz de la luna atraviesa la penumbra. La puerta se abre con un chirrido, mucho más fuerte de lo que debería. La figura de un hombre se alza en el umbral. No puedo ver sus rasgos, solo su silueta dibujada por la luz que se filtra por el pasillo.

—Sienna —dice el hombre. Es la voz de mi hermano.

—¿Arturo? ¿Qué haces aquí?

Abre más la puerta y la franja de luz amarilla cae sobre el lado de la cama de Drago. Está vacío.

—Tengo que decirte algo, Sienna.

Me tiembla el labio inferior. No.

—¡Fuera! —grito y salto de la cama, con la intención de correr y cerrar la puerta, pero mis pasos son torpes, como si pisara agua. Todo está sucediendo en cámara lenta.

—Necesito que seas fuerte ahora —continúa la voz de Arturo. Está distorsionada, como si saliera de un pozo oscuro y profundo. Sigo sin poder ver su cara.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! —exclamo mientras me obligo a ir hacia la puerta. Solo unos metros más y la alcanzaré.

—Lo siento mucho, Sienna.

Me paralizó con la mano extendida. Se me doblan las rodillas y caigo al suelo.

—Tu esposo está muerto.

Un zumbido me llena los oídos, cada vez más fuerte, hasta que no puedo más. Me tapo los oídos con las manos y grito.

—¡Sienna! ¡Despierta!

Parpadeo. Drago está sobre mí, sujetándome la cara entre las palmas de sus manos.

—Tuve una pesadilla. —Me atraganto.

—Lo noté. ¿Qué fue?

Hay mucha preocupación en sus ojos. Estiro la mano para trazar sus cejas fruncidas y acaricio con la punta del dedo su nariz hasta su boca apretada. Me tiembla la mano y el corazón me late a una velocidad supersónica. Sé que fue solo un sueño, pero no puedo quitarme el terror de encima.

—Soñé que toda mi ropa y mis zapatos se volvieron blancos. —Inclino la barbilla y deposito un beso en sus labios—. Fue horrible.

Drago me mira con los ojos entrecerrados. Está claro que no me cree. Paso mis dedos por su cabello y apoyo mi cara contra su pecho, respirando su aroma.

—Sienna.

Sacudo la cabeza y lo abrazo con más fuerza. No quiero hablar de ello. Él está bien. Es todo lo que necesito.

Nos hace girar hasta que invertimos nuestras posiciones, ahora yo encima de él. Me mete la cara en el pliegue de su cuello y me acaricia la piel de la nuca, justo debajo del nacimiento del cabello.

—¿Soñabas con tu hermana? —pregunta en voz baja mientras sus dedos siguen su camino reconfortante—. Yo ya no sueño con la mía tan a menudo. Mi... otra hermana. No sé si es más fácil o más difícil. A veces siento que la estoy traicionando porque no pienso en ella tan seguido como antes.

Su voz es tan tensa. Es como si se forzara a decir las palabras en voz alta. No querer hablar de ciertas cosas es un concepto muy familiar para mí, y está dolorosamente claro que lo hace por mi propio bien.

Levanto la cabeza y miro a mi esposo directamente a los ojos.

—No fue culpa tuya —susurro—. Tara me contó lo que pasó. Hiciste todo lo que pudiste.

—¿Lo hice? Mi cerebro dice que sí. Pero mi corazón no me deja aceptar esa verdad. Nunca lo hará. —Toma mi mejilla con su mano—. No importa lo que digan los demás. No importa que lo haya provocado otra persona. El corazón siempre cargará con la culpa porque no puede entender que el amor que siente no fuera suficiente para salvar a un ser querido de un mal. Y eso está bien, siempre y cuando el cerebro lo entienda.

Se me escapa una lágrima, que resbala por mi mejilla mientras sus palabras resuenan en lo más profundo de mi ser. Él lo entiende. No sé si alguien más podría entenderlo.

—Mi cerebro lo entiende —murmuro, pero entonces me doy cuenta de que sus ojos siguen fijos en los míos.

Levanto un poco la cabeza, espero a que baje la mirada y repito mi respuesta.

Aparecen pequeñas arrugas en el rabillo de los ojos de Drago, mientras sonrío. Me limpia la lágrima con el pulgar y luego traza el contorno de mis labios.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo descubrí hace unas semanas. —Deslizo los dedos por su cabello—. ¿Por qué no usas aparatos auditivos?

—Los usaba. Me ayudaban cuando no había ruido de fondo. Sin embargo, con ruidos alrededor o varias personas hablando al mismo tiempo, todo se amplificaba. Pensé que me iba a estallar la maldita cabeza. Ahora me pasa lo mismo cuando estoy rodeado de sonidos muy fuertes.

—Pero, tú diriges un club. No hay nada más ruidoso que eso. —Lo miro fijamente, completamente estupefacta al darme cuenta de lo que experimenta cada día—. ¿Y las comidas aquí, con todo el mundo hablando siempre al mismo tiempo? ¿Cómo lo soportas?

—Supongo que tengo una cabeza muy dura. —Sonríe.

Dios mío, el nivel de concentración y atención que necesita mantener cada día es inimaginable. Me muerdo el labio inferior.

—¿Puedes... escucharme?

Los ojos de Drago se deslizan hacia los míos, nuestras miradas chocan. Por lo que me dijo Keva, probablemente no puede, pero aún tengo esperanzas.

—Solamente cuando estás a mi lado. Pero a distancia, incluso a unos metros, entonces no —responde, y su sonrisa se desvanece—. Lo siento, nena.

—No importa. —Me inclino para besarlo justo cuando suena un fuerte golpe en la puerta.

—Probablemente sea Filip. Me tengo que ir. —Drago me da un mordisco en el labio inferior, luego mete la mano en el cajón de su mesita de noche y saca una bolsita de terciopelo—. Para tu pecera.

Desabrocho el cordón delgado y vacío el contenido sobre la cama. Un montón de cristales de color verde, de múltiples formas y tamaños, se derraman sobre la sábana blanca. Brillan bajo la luz del techo al reflejarse en la resplandeciente superficie de las piedras de cristal.

—¡Oh, Dios mío! Tengo calcomanías para cuadernos iguales, pero más pequeñas. ¡Son preciosas! Como pequeños diamantes verdes —chillo de alegría y tomo una en mi mano—. ¿Las compraste en esa cristalería de Brooklyn?

—No exactamente.

—¿Se perderá el color si las meto en la pecera?

Un profundo sonido retumbante de la risa de Drago llena la habitación.

—Estoy bastante seguro de que no.

Capítulo 20

Sienna

—Creo que deberíamos llevar a *Lollipop* al veterinario —murmuro, siguiendo con la mirada al pez naranja que se mueve de un lado a otro entre las plantas acuáticas.

—¿*Lollipop*? —Tara levanta una ceja.

—Me gustan los nombres de dulces —explico y señalo con el dedo al pez en cuestión—. ¿Ves esa raya en su lado derecho? Antes no la tenía. Tal vez tiene una enfermedad en la piel.

Tara se inclina hacia delante, apretando la nariz contra el cristal.

—A mí me parece normal. Simplemente una parte del patrón de las escamas.

—No, estoy segura de que no la tenía antes.

—Entonces, tiene que ser dermatitis. ¿O debería decir “escamatitis”?

—Se ríe—. *Oh*, ahí está Adam, tuvo un acuario una vez. ¡Oye, Adam! Ven aquí.

El ejecutor de Drago camina hacia el comedor, de alguna manera encogiendo el espacio con su enorme presencia. Cruza los brazos sobre su pecho, haciendo que sus bíceps se abulten y el arte de su tatuaje en todo el brazo resalte.

—¿Qué ocurre?

—Sienna cree que uno de sus peces está enfermo. El que tiene una raya en el costado.

Adam se agacha junto a Tara, con la cabeza ladeada mientras observa a su “paciente”.

—No le veo nada malo.

—Antes no tenía esa marca. —Señalo al pez—. ¿Ves?

—No, es solamente un patr... —Cierra la boca de golpe—. *Oh*, sí, a veces puede pasar con esa especie en particular. Cambian de color todo el tiempo. No hay de qué preocuparse.

—¿En serio? —Vuelvo a mirar al pez. El vendedor de la tienda de mascotas nunca lo mencionó.

—Por supuesto. No te preocupes si vuelve a ocurrir —añade rápidamente Adam.

—¿Y qué hay de su aleta?

Mira nervioso hacia la pecera.

—¿Qué pasa con ella?

—Su aleta izquierda estaba desgarrada. Y ahora está entera otra vez.

—Sí, tienen una capacidad de curación asombrosa y pueden regenerar aletas y colas.

Lo observo con los ojos entrecerrados.

—No es el pez que compré, ¿verdad?

—*Umm*, no exactamente. —Adam levanta la mano y se frota la nuca, con cara de culpabilidad—. El anterior como que se... murió. El jefe hizo que Iliya nos enviara una foto con la orden de encontrar uno igual y cambiarlo.

Tara suelta una carcajada.

Vuelvo a mirar la pecera e imagino a Drago dándoles instrucciones a sus hombres para que escaneen la ciudad en busca de un pez en específico para mí. Un cálido cosquilleo me inunda como cada vez que pienso en mi esposo. Amenaza con ahogarme.

Cierro los ojos, y mi mente se traslada instantáneamente a dos noches atrás, cuando Drago me inmovilizó bajo su cuerpo, afirmando que estoy enamorada de él. El pánico estalla en la boca de mi estómago. No es verdad. Me gusta. Cuando está ausente todo el día por trabajo, como hoy, de alguna manera me siento vacía. Pero no estoy enamorada de él. Y él definitivamente no está enamorado de mí, a pesar de lo que dijo. Nuestro matrimonio es simplemente un acuerdo de negocios que funcionó bien. Nada más y nada menos.

—*Umm*, Sienna... ¿Puedes fingir que no sabes lo del pez? —pregunta Adam, sacándome de mis pensamientos.

—Claro. —Asiento con la cabeza y me obligo a sonreír.

—Gracias a Dios. —Adam deja escapar un suspiro de alivio.

Una vez que se marcha, desato el cordón de la bolsa con mis nuevas piedras de cristal y tomo un puñado de ellas. Mi mano se posa sobre el agua

mientras dejo caer los cristales. Estoy viendo cómo se hunden hasta el fondo del tanque cuando Tara chilla a mi lado.

—¡Sienna! ¿Estás loca?

La miro, confundida.

—¿Qué?

—¿De dónde las sacaste?

—¿Las piedras? Son cristales de colores que Drago me regaló. ¿Verdad que son bonitas?

Tara abre la boca, luego la cierra, y vuelve a abrirla como si fuera incapaz de formar palabras.

—¿Él... él sabía que se usarían en una pecera? —Su voz suena algo tensa.

—Sí. Incluso me preguntó qué color quería. ¿Por qué?

—Eh... porque no es cristal. —Toma uno de los cristales de mi mano y lo examina—. Eso, querida, es una esmeralda de diez quilates, que vale al menos quince mil.

Parpadeo, asombrada, y miro a la pecera, donde al menos veinte piedras similares adornan las profundidades arenosas.

—Pero, me dijo... Me dijo que solo era cristal. ¿Por qué haría algo así? —Miro boquiabierta a mis “adornos”.

—Sí, me pregunto por qué. —Tara se ríe—. El príncipe Saeed no estará contento.

—¿Quién es el príncipe Saeed?

—El multimillonario que las encargó hace meses.

Vuelvo a mirar las esmeraldas en la palma de mi mano, y la sensación familiar de pánico aflora de nuevo. Dejo caer el resto de las piedras verdes en la pecera y observo cómo hacen un pequeño chapoteo antes de posarse junto a las demás.

—Creo que me está dando un dolor de cabeza —suelto, evitando mirar a Tara—. Voy a subir a dormir un rato.

—No estés triste por lo del pez. Son cosas que pasan.

—Ya lo sé.

Al llegar a nuestra habitación, me dirijo directamente a la cómoda y tomo el jarrón lleno de “cristales de vidrio” que Drago me regaló, luego tomo asiento en el borde de la cama. Docenas de piedras de colores se desparraman sobre el cubrecama cuando inclino el recipiente. Deslizo los

bolígrafos a un lado y agarro la piedra más cercana. Es de color rojo fuego y tiene forma ovalada, con muchas superficies que reflejan la luz que entra por la ventana. Lo más probable es que sea un rubí.

Hay unas cuantas piedras rojas más entre las demás, de diversas tonalidades. No sé mucho de gemas preciosas, pero basándome exclusivamente en los colores, hay zafiros, amatistas y muchas otras que no reconozco.

—Qué hombre más tonto —susurro mientras recojo las piedras y las vuelvo a poner en su jarrón.

Cuando vuelvo a tener mi “portabolígrafos” en la cómoda, me dirijo al armario para sacar mi cuaderno de su escondite entre mis suéteres y tomo un bolígrafo del cajón de la mesita de noche.

Georgina tenía un secreto, escribo, mientras me tiembla ligeramente la mano. Un gran y horrible secreto. Era tan malo que preferiría morir antes que confesárselo a alguien. Especialmente a sí misma. Se enamoró de su hombre lobo gruñón.

Drago

Se abre la puerta de mi oficina y entra un hombre de baja estatura, casi demacrado, con un traje de tres piezas color carbón. Su cabello blanco peinado hacia atrás contrasta con sus espesas cejas negras, visibles por encima del borde de sus gafas de armazón negro.

—Señor Dubois. —Hago un gesto hacia la silla que hay al otro lado de mi escritorio.

Cuando el francés toma asiento, saco una caja grande de terciopelo del cajón y se la pongo enfrente.

La mayoría de los joyeros compran piedras preciosas exclusivamente a través de distribuidores autorizados porque quieren garantizar a sus clientes la autenticidad de las gemas mediante productos certificados. A algunos compradores, sin embargo, no les interesa el papeleo. Simplemente quieren las mejores piedras. El señor Dubois atiende a ese tipo de clientela. Príncipes árabes. Magnates de negocios. Oligarcas de todo el mundo. Les

importan un carajo los certificados mientras sus esposas o amantes puedan lucir las joyas más costosas del lugar.

—Esto no es lo que acordamos, señor Popov —declara Dubois.

—Lo sé.

Se quita las gafas y las apunta hacia la caja.

—El príncipe Saeed fue muy claro en su petición. Esmeraldas, no zafiros.

—Me temo que las esmeraldas ya no están disponibles. Los zafiros que ofrezco valen un veinte por ciento más —replico y meto la mano en el cajón—. Y tengo un regalo, como disculpa.

—Su Alteza pidió específicamente esmeraldas. Es absolutamente inaceptable que... —Se detiene en seco, mirando la gema que tengo en mi mano—. ¿Eso es...?

—Sí. Un diamante redondo G SI1 de cinco quilates. —Coloco el diamante en su mano extendida y me reclino—. Llame al príncipe. Pregúntele si mi regalo es suficiente para compensar su decepción por haber recibido zafiros en lugar de esmeraldas.

El joyero saca una pequeña lupa del bolsillo e inspecciona la roca desde todos los ángulos. Una vez hecho esto, saca su teléfono y hace una llamada. Supongo que está hablando en francés, ya que no puedo leerle los labios y me cuesta entender lo que dice. Pero, a juzgar por el tono emocionado de Dubois, debe de estar hablando con el príncipe Saeed.

—El dinero se transferirá en los próximos cinco minutos —informa al terminar la llamada. Me devuelve cuidadosamente el diamante—. Su alteza me pidió que le transmitiera su gratitud por el regalo, y me confirmó que los zafiros son un sustituto adecuado.

Asiento y coloco el diamante dentro de la caja.

—En cuanto me confirmen la entrega del dinero, nuestro negocio habrá concluido.

Dubois cierra la caja, pero no la suelta, como si le preocupara que pudiera desaparecer.

—Disculpe mi pregunta, pero ¿qué pasó con las esmeraldas?

—Mi esposa las necesitaba.

—¿Oh? ¿Le gustaría utilizarlas para un hermoso brazalete? Tengo un nuevo diseñador increíble en París, estoy seguro de que podemos crear una magnífica pieza personalizada...

—No eran para su joyería. Las necesitaba para su acuario.

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante. Miro la pantalla y veo una notificación de mi banco informándome de que el pago se ha efectuado.

—¿Cómo dice? ¿Un qué?

—La cosa de vidrio con agua y peces adentro —aclaro y le ofrezco la mano—. Gracias por su negocio, señor Dubois. Comuníqueme mis mejores deseos al príncipe.

El francés se levanta despacio y me estrecha la mano, mirándome boquiabierto detrás de sus gafas de armazón grueso. Con la caja bajo su brazo derecho, se dirige hacia la puerta, pero se detiene en el umbral.

—¿Por qué no guardó el diamante para su esposa? —me cuestiona por encima del hombro.

Se me curva la comisura de los labios.

—No tiene color.

Filip entra en mi oficina justo cuando el joyero se marcha.

—¿Alguna actividad? —inquiero.

—No. Nadie ha visto a los hombres de Bogdan cerca de ninguna de nuestras ubicaciones.

—Bien. Necesitarán tiempo para organizarse antes de devolvernos el golpe. ¿Roman Petrov confirmó la reunión?

—Sí. Estará aquí en media hora —replica Filip y junta las manos delante de él—. Tara acaba de llamar.

—¿Qué quería?

—Avisarme que ella y tu esposa están de camino hacia acá. Llegarán en cualquier momento.

—¿Qué? —Me levanto de un salto de la silla—. Di una orden específica de que ninguna de las dos tiene permitido salir de la propiedad.

—Parece que la señora Popov fue muy persuasiva con los guardias del portón. —Saca su teléfono del bolsillo, se lo acerca al oído y escucha a la persona que está en la línea—. Acaban de llegar a la entrada trasera.

Golpeo el escritorio con la palma de la mano y atravieso rápidamente la oficina hasta el estrecho pasillo. Es poco probable que los rumanos tomen represalias hoy, pero no quiero ni a mi mujer ni a mi hermana en el club, el blanco más seguro. Abro la puerta trasera de una patada y salgo justo a tiempo para ver a Sienna saliendo de un coche con un vestido verde con plumas por todo el cuerpo.

Cruzo el estacionamiento hasta situarme justo frente a mi esposa y la fulmino con la mirada.

—¿Qué demonios, Sienna?

—Drago. —Sonríe—. Tara y yo decidimos venir a visitarte.

Aprieto los dientes y miro por encima de las cabezas de las mujeres para fulminar con la mirada a Relja e Iliya, que se atrevieron a traerlas aquí contra mis órdenes. Permanecen al otro lado del vehículo, inquietos.

—¡Explíquense! —rujo.

Ambas se encogen de hombros y dan un paso atrás.

—Drago. —Sienna me rodea la muñeca con sus dedos—. Es culpa mía. Yo insistí.

—¿Por qué?

—Solo quería verte. —Se encoge de hombros—. Y traigo la pistola que me regalaste.

Parte de mi rabia se disipa. Le acaricio la barbilla con el dorso de la mano y miro a mi hermana.

—Debiste pensarlo mejor.

—Quería animar a Sienna —pronuncia Tara, pero luego articula con la boca la siguiente frase—: *Ella sabe que el pez se murió*.

El resto de mi enojo desaparece. Dejo caer un rápido beso sobre la cabeza de Sienna y miro a Iliya.

—Quiero veinte hombres colocados alrededor del club mientras las mujeres estén aquí.

Iliya asiente y saca su teléfono. Echo otro vistazo al vestido corto de mi mujer.

—Y, Iliya, asegúrate de que la misma advertencia de la última vez sea dada a todos los invitados masculinos al entrar.

* * *

El *Pakhan* entrecierra los ojos al mirarme, luego observa al hombre mayor sentado a su lado y dice algo en ruso. Apoyo mi mano en la rodilla de Sienna. Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios cuando acaricio lentamente su piel mientras ella sigue entretenida con su teléfono.

—Me llevaré un cargamento completo de la munición de los rumanos —afirma el *Pakhan*—, pero quiero un descuento adicional del cinco por ciento por deshacerme del camión por ti.

—Ya te estoy vendiendo la mercancía muy por debajo del valor de mercado, Roman.

—Esa es mi oferta. Tómala o déjala.

Lo miro fijamente y asiento con la cabeza. Esta transacción es más sobre el principio. Quiero que la mierda de Bogdan desaparezca.

—Se dice por ahí que también tienes otro tipo de producto que ofrecer —añade—. Me gustaría elegir algo para mi esposa.

—No tendrás ningún descuento en eso.

—¡No me preocupa el precio cuando compro cosas para mi mujer! —brama, visiblemente ofendido.

—Entonces, vamos a mi oficina. —Beso el hombro desnudo de Sienna—. Vuelvo en diez minutos.

—Iré a ver si Tara necesita ayuda. —Voltea hacia el otro lado del club donde mi hermana está parada con dos tipos, ambos parecen estar tratando de llevarla a la pista de baile.

—De acuerdo.

Sigo a Sienna con la mirada mientras se aleja de la cabina y se dirige hacia el grupo. Los hombres que están con Tara se dan cuenta de que Sienna se acerca y un momento después giran la cabeza en mi dirección. Les hago ver con mis ojos lo que ocurrirá si alguno de los dos sigue allí cuando mi mujer llegue hasta ellos. Ambos murmuran algo y se largan de allí. Bien.

Sienna

—Esta noche hay un ambiente muy raro —murmuro.

Tara da un sorbo a su sangría despreocupadamente.

—¿Cómo así?

—Tus amigos salieron corriendo en cuanto me vieron acercarme. — Veo al mesero que porta las bebidas, y su cabeza se desvía hacia un lado en cuanto posa sus ojos en mí. Parece que la gente se esfuerza mucho por no

cruzarse con mi mirada. De hecho, es como si todo el mundo evitara mirarme a propósito. O, al menos, los hombres—. ¿Tan horrible es mi vestido?

Tara me examina y sus ojos se detienen unos instantes en el corpiño cubierto de plumas.

—Es la prenda más escandalosa que he visto en mi vida. Pero *nop*, no es el vestido.

—Entonces, ¿por qué?

—Recibieron la advertencia de Drago en la entrada.

—¿Una advertencia? *Oh* Dios mío, ¿le dijo a la gente que traje un arma? ¡Ni siquiera está cargada! Solamente la traje porque Drago insistió. Nunca le dispararía a alguien, bueno, excepto a tu hermano.

Tara se atraganta con su bebida, con los ojos desorbitados.

—¿Le disparaste a Drago?

—Es una larga historia. —Hago un gesto con la mano—. Debí dejar la pistola con los porteros, como todo el mundo.

—La pistola no es el problema. Es la cuchara lo que los aterra.

—¿La cuchara?

Ella sonríe en su vaso.

—*Síp*. Están extremadamente preocupados por esa cuchara.

—¿Estás borracha?

Tara no tiene oportunidad de responder porque un hombre rubio de unos veintitantos años le rodea la cintura con el brazo por detrás.

—Sabía que eras tú, Tara querida —le dice con voz arrastrada—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Tres años?

Ella pone los ojos en blanco y aparta su mano de su cintura.

—Vete, Gary. Sabes que no me meto con los socios de mi hermano.

—Siempre una aguafiestas. —El tipo se ríe y desvía su mirada hacia mí—. Quizá tu amiga tenga una actitud más positiva.

Antes de que pueda responder, Tara agarra al tipo por la parte delantera de su camisa blanca.

—¡Es la esposa de Drago, idiota! ¡Vete!

—No me digas. Quizá la señora quiera probar algo diferente. —Estira la mano hacia mí, mirándome los pechos.

—Ella no quiere. —Doy un paso atrás, pero aún así se las arregla para rozar sus dedos por mi brazo.

—Gary, por favor. Drago vendrá en cualquier momento —susurra nerviosa mi cuñada y echa un vistazo a algún lugar detrás de mí—. ¡Ay, mierda!

Me doy la vuelta y veo a mi esposo parado en el pasillo que conduce a su oficina, con una mirada asesina enfocada en el amigo de Tara.

—Entonces me voy. —La voz algo frenética de Gary proviene de detrás de mi espalda.

Drago observa cómo el tipo se retira a su cabina y luego se dirige a través de la pista de baile hacia el bar.

—¡Mierda, Sienna, va por una cuchara! —chilla Tara, agarrándome del brazo—. Tienes que ir allá y distraerlo mientras llamo a alguien de seguridad para que eche a Gary de aquí.

—¿Por qué?

—Porque Gary es nuestro inversor bancario, y Drago está planeando sacarle los ojos.

—Sí, claro. —Me río.

—¡No estoy bromeando, Sienna! —Me sacude el brazo—. Los hombres evitan mirarte porque a todos les advirtieron que si lo hacían perderían los ojos. ¡Ve allí y deténlo!

Observo a Tara mientras corre hacia uno de los guardias de seguridad que hay junto a la salida y luego veo hacia el bar, donde Drago está sacando una cuchara de un cajón. Esto es ridículo. No va a sacarle los ojos a un hombre porque me haya mirado los pechos.

Detrás del bar, Drago levanta la cuchara frente a su cara, palpando el borde con el pulgar, y luego se dirige hacia la mesa donde está sentado Gary. Tiene la mandíbula apretada y la boca rígida. Ve fijamente al banquero con ojos asesinos. Mierda.

Corro a través de la pista de baile, golpeando a algunas personas con los codos por el camino. Cuando llego a Drago, salto a sus brazos, me agarro a su cuello y le rodeo la cintura con las piernas.

—Hola, tú. —Sonrío y beso sus labios apretados.

La mano de Drago se desliza bajo mi muslo para sostenerme, pero sus ojos siguen enfocados sobre mi hombro.

—Hola. —Tomo su barbilla entre mis dedos, inclinando su cabeza para que me preste atención—. ¿Hay alguna posibilidad de que me consigas más de esos bonitos cristales?

—¿De qué color? —pregunta apretando los dientes.

—Rojos. Quedarán muy bien en las macetas de la ventana de la cocina. ¿Crees que en esa tienda tengan algunas?

—Sí, tienen. —Sonrío, acariciándole la mejilla mientras una cálida sensación se extiende por mi pecho.

—¿Así que consideras que los rubíes son adecuados como adornos para macetas?

Su mano me aprieta el muslo.

—Pensaba en berilos rojos, pero pueden ser rubíes si los prefieres. ¿Fue Tara la que abrió su bocota?

—Sí. Se angustió mucho cuando me vio tirar un puñado de esmeraldas en la pecera. —Sonrío—. ¿Por qué, Drago?

—Te encantan las cosas brillantes, igual que a mí.

—Entonces, ¿por qué me las das a mí?

—Porque la más brillante ya está en mi poder, y su brillo no se puede comparar con ninguna piedra preciosa.

No debería sentirme tan bien, escucharlo llamarme su posesión. No debería mojarme tanto. Sin embargo, lo hace. Hace que mi centro duela por la necesidad de sentirlo dentro de mí, de que consolide esa afirmación con hechos.

Enredo mis dedos en su cabello.

—Sí, me gusta que mi ropa brille.

Un mesero pasa junto a nosotros con una bandeja de bebidas. Drago tira la cuchara que ha estado sujetando todo este tiempo, y hace un ruido metálico en la superficie, golpeando uno de los vasos.

—No hablo de tu ridícula ropa, Sienna.

Su mirada se clava en la mía, penetrante y seria, de algún modo primitiva en su intensidad. A veces creo que puede devorarme solamente con su mirada.

Por el rabillo del ojo, veo que la gente nos mira con curiosidad. El vestido se me ha subido hasta los muslos, por lo que todo el mundo puede verme las piernas y, probablemente, parte de mi trasero, aunque me importa un pepino. Todo mi ser está en sintonía con Drago, con estar en sus brazos. Es todo lo que veo. Todo lo que siento. Incluso con todos los aromas que llenan el aire a nuestro alrededor, el único que huelo es su sutil fragancia a menta. Nunca había estado tan hipnotizada por una persona.

—¿De verdad ibas a sacarle los ojos a ese tipo? —susurro cuando la mirada de Drago se desvía hacia mis labios.

Aprieta la mandíbula y se da la vuelta, llevándome hacia su mesa privada.

—Tara habla demasiado.

Observo por encima del hombro de Drago hacia la salida, donde dos hombres de seguridad empujan al banquero hacia el exterior, mientras Tara supervisa su trabajo. Ella levanta la vista y, con un guiño, levanta el pulgar.

Cuando llegamos al gran sofá de piel, mis piernas se desenredan de la espalda de Drago, pero en lugar de dejarme bajar, toma asiento conmigo a horcajadas sobre su regazo. Le suelto el cabello y deslizo mis dedos por su barbilla hasta su boca. Él separa los labios y me muerde con los dientes la punta del dedo índice.

—¿Y eso por qué fue? —indago.

—Un castigo por distraerme de mi misión.

—¿Sueles tener el impulso de sacarle los ojos a la gente? —pregunto, aunque sigo esperando que diga que Tara simplemente me estaba tomando el pelo.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro.

—No. Es algo bastante nuevo.

Dejo que mi pulgar acaricie la curva de sus labios y luego deslizo mi mano por su mandíbula. La música de los altavoces cambia a una melodía lenta, *The Sound of Silence*. Esta canción estaba sonando cuando nos conocimos, y recuerdo cómo me afectó su sola presencia en aquel momento.

Había asombro y atracción instantánea, y sentí una extraña atracción hacia él sin saber siquiera quién era. Pero, al mismo tiempo, había otra sensación que no podía identificar, demasiado abrumada por su esencia.

Ahora la recuerdo. Un sutil indicio de miedo, un instinto primitivo, como si mi subconsciente intentara advertirme de que tenía ante mí a un hombre muy peligroso. Lo ignoré.

—No hay ninguna mascota asesina, ¿verdad? Cuando escuché a Adam hablar del sacerdote, se refería a ti.

La mirada de Drago abandona mis labios y sube para encontrarse con la mía. Ya no sonrío, y su respuesta está ahí, claramente visible en sus ojos. Creo que, en el fondo, siempre supe la verdad.

—*Pop* es un viejo apodo de cuando éramos unos jóvenes delincuentes, en Serbia. Adam es el único que todavía me llama así a veces.

Su voz áspera reverbera a través de mi ser, directo a mi corazón, cada palabra cae como una roca sobre mi alma. Nací en la *Cosa Nostra*, y las costumbres de la Mafia no me son desconocidas. Probablemente, todos los hombres que he conocido han acabado con una vida al menos una vez, no obstante, aparte de nuestro Don, ninguno es tan cruel a la hora de impartir su tipo de justicia. Espero a que mi conciencia se rebele, a que la sensación de terror se eleve y me asfixie. Pero no aparece.

Desde que tengo uso de razón, me he sentido como una artista de circo, parada sobre una pelota, tratando de mantener el equilibrio, con el miedo a desplomarme siempre presente en mi mente. Sin ningún objetivo ni propósito real, aparte de mantenerme erguida mientras el más mínimo movimiento de la pelota bajo mis pies me hacía agitar las manos en el aire, intentando recuperar el equilibrio.

Mientras contemplo el rostro sombrío de mi esposo, me doy cuenta de que hace tiempo que no me siento así. Por primera vez en mi vida, siento que piso tierra firme, en brazos de un hombre que clava los cuerpos de sus enemigos en las paredes.

—Di algo, Sienna. —Los ojos de Drago están pegados a mis labios, esperando mi reacción. Tiene los dientes apretados, la boca presionada en una línea delgada.

—¿Por qué la cruz? —indago, con voz apenas audible.

—Es una firma. Un guiño a mi antiguo apodo. Una forma de enviar un mensaje a los que podrían hacerse a la idea de acercarse a mí o a los míos.

—¿Y cuál es el mensaje?

—Que les absolveré de sus pecados. Personalmente. Y con sangre. De la misma forma en que lo hice con los que mataron a mi familia.

—¿Los encontraste?

—A cada uno de ellos. Nadie toca a mi familia y sigue respirando. — Su mano recorre mi mandíbula hacia la barbilla y luego vuelve a apretarme la nuca—. Y nadie puede comerse con los ojos a mi resplandeciente esposa. Quien se atreva, me aseguraré de que sea lo último que vea.

Respiro profundamente y me inclino un poco hacia delante. Con mi vestido alrededor de las caderas, la dura longitud de Drago presiona directamente mi sexo. Inclina la cabeza hacia un lado y agarra un pequeño

control remoto que hay en el brazo del sofá. Un momento después, las dos lámparas situadas a ambos lados de la cabina se apagan, dejando nuestro espacio en penumbra. A nuestro alrededor, las luces de la pista de baile, de otras cabinas y del bar siguen encendidas, pero nosotros permanecemos en las sombras, ocultos de miradas indiscretas.

Las manos de Drago se posan en mis muslos y empujan lentamente la tela de mi vestido hacia arriba. No puedo escuchar su respiración entrecortada con la música a todo volumen, sin embargo, puedo sentir sus exhalaciones cálidas en mi rostro.

—¿Recuerdas la boda a la que te llevé? ¿Donde bailaste para mí? — pregunta y captura mis labios con los suyos. Sus manos han llegado hasta el elástico de mis bragas y sus dedos se enredan en las tiras de encaje de mi cintura.

Asiento con la cabeza, agarro un puñado de su camisa y muerdo su labio inferior mientras mi cuerpo zumba de electricidad. Por muy cerca que estemos el uno del otro, nunca es suficiente. Siento un jalón y luego un desgarré en el lado izquierdo de mis bragas.

—Quería bajarte de esa mesa y follarte delante de todos los presentes. Reclamarte como mía. Y asegurarme de que todos lo supieran.

El lado derecho de mis bragas también se rasga, y entonces desliza su mano entre nuestros cuerpos, rodeando mi clítoris con su dedo mientras se baja la cremallera del pantalón con la otra mano. En cuanto su miembro se libera, me agarra por debajo del trasero y me coloca encima de su enorme polla.

—¿Tienes algo que confesar, Sienna?

Hay muy poca luz para ver claramente la expresión de su rostro, pero de vez en cuando, un rayo de luz sobre la pista de baile se refleja en sus pozos verde claro. Ojos que se clavan en los míos. Un torbellino de sentimientos se retuerce en mi estómago, exigiendo salir. Enredo mis manos en su cabello y, con la mirada clavada en sus profundidades, me deslizo lentamente sobre su verga.

Suelto un grito ahogado cuando me llena y me penetra hasta el fondo. Aprieto sus mechones oscuros entre los dedos y muevo las caderas, absorbiéndolo aún más. Mi mirada permanece fija en él mientras lo cabalgo, sin pronunciar palabra.

Sé lo que me está pidiendo. Quiere que le diga que lo amo. Pero no puedo. Tengo demasiado miedo de decir la verdad, de decir en voz alta lo que ambos sabemos. Cada vez que lo pienso, el pánico se apodera de mí, apretándome con sus garras. Soy consciente de que mi miedo es algo irracional. No se puede sellar el destino de una persona con dos simples palabras. Sin embargo, no puedo hacerlo, tengo demasiado miedo de perderlo.

La presión en mi interior aumenta a medida que giro las caderas, necesitando sentir aún más de él. La mano de Drago me aprieta la nalga, luego me recorre la cadera hasta mi sexo y me pellizca el clítoris. Jadeo, mi respiración es rápida y superficial. Los ojos brillantes y penetrantes de mi esposo siguen clavados en los míos cuando se inclina hacia delante y toca mi frente con la suya.

—Está bien, *Mila Moya* —susurra, presionando su pulgar contra mi clítoris—. No tienes que decirlo. Sé que lo harás cuando estés lista.

Sus labios se apoderan de los míos, mordiéndolos, reclamándolos. Cierro los ojos y le devuelvo el beso mientras busco el control remoto que dejó en el cojín junto a nosotros. Aprieto un botón y las elegantes lámparas de columna situadas a ambos lados del sofá vuelven a la vida, bañándonos en un resplandor azul pálido y restableciendo la conciencia del ambiente que nos rodea. Esta noche hay más de cien personas en el club, y cada una de ellas puede verme cabalgando la polla de mi esposo con claridad.

Drago abre los ojos, sorprendido, y una comisura de sus labios se curva.

—¿Por qué? —pregunta.

Tiro el control remoto hacia un lado y coloco mis manos sobre la cara de mi esposo, devorándolo con la mirada mientras continúo cabalgándolo lentamente. Inhalo su aroma, bebo su esencia y acepto la misma oscuridad que una vez temí cuando nos conocimos. Este hombre. El único que me ha comprendido. El hombre sin el que ya no puedo imaginar mi vida.

—Porque yo también quiero que todos lo sepan —pronuncio.

—Que sepan ¿qué?

—Que eres mío. —Me inclino hacia delante para que pueda sentir los rápidos latidos de mi corazón—. Y que yo soy tuya.

Capítulo 21

Drago

Naranja calabaza. Por supuesto.

Apoyo mi codo en el marco de la puerta del baño y continúo secándome el cabello con la toalla mientras observo a mi esposa. Sentada en el borde de la cama, con el pie derecho apoyado en el sillón reclinable de al lado, se está pintando las uñas de los pies. La brocha que tiene en la mano está sostenida por las puntas de solamente dos dedos, los otros tres extendidos hacia fuera, lo que me hace pensar que el esmalte de sus uñas aún no se ha secado. Su atuendo de hoy consiste en unos *leggings* de color turquesa brillante combinados con un suéter anaranjado. Los pantalones tienen un estampado de escamas de pescado que, en cierto modo, parecen una cola de sirena. Sonrío y me alejo de la puerta, cruzando la habitación.

—*Ehh*, ¿qué haces? —me dice mientras le sujeto el tobillo con la mano y levanto su pierna para poder sentarme en el sillón reclinable.

Coloco su pie sobre mi rodilla y le quito la brocha de esmalte de uñas de la mano. La confusión en el rostro de Sienna se convierte en sorpresa cuando sumerjo el aplicador en el frasco de la mesita de noche y reanudo el trabajo que ella empezó.

Estira la mano y me pone el dedo bajo la barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba.

—¿Qué dirían tus hombres si te vieran pintándome las uñas de los pies? No es algo muy masculino, ¿sabes?

Levanto una ceja.

—¿Debería ir a patearle el trasero a alguien cuando termine? ¿Eso mantendría mi estatus de macho alfa?

—No creo que sea necesario. —Se ríe—. Pero me encantaría ver la cara que ponen.

—Nadie haría un comentario al respecto, porque si lo hicieran, significaría que te estaban mirando las piernas. Y eso no acabaría bien para

ellos —contesto y continúo con mi labor—. Deja de mover los dedos de los pies.

—Lo siento —resopla—. No olvides la brillantina.

—¿Debería saber qué es eso?

—Brillantina en polvo. Toma. —Me pone un pequeño recipiente redondo en la mano. Está lleno de una especie de polvo brillante—. Toma una pizca y espolvoréala sobre las uñas. Rápido, o el esmalte se secará y la brillantina no se pegará.

Examino la cosa diminuta que tengo en la palma de la mano. Es más pequeño que mi pulgar, así que no hay forma de que pueda “agarrar una pizca” de nada en el interior. Me cuesta varios intentos abrirlo. Derramo un poco de la brillantina sobre mi mano, tomo un poco entre mis dedos y la dejo caer con cuidado sobre las uñas de los pies de Sienna.

—¿Suficiente? —pregunto y levanto la vista para encontrarme a mi esposa mirándome fijamente, con sus ojos brillantes.

—Nunca será suficiente, Drago.

No escucho ningún sonido, así que debe de haberlo susurrado.

—¿De brillantina? —inquiero.

Los nudillos de Sienna rozan suavemente mi mejilla, sus labios se abren en una sonrisa.

—De ti.

La sonrisa es *real*, y hace que toda su rostro se ilumine. Su mirada se posa en la palma de mi mano, donde aún tengo el resto de este maldito polvo brillante, y la sonrisa se transforma en una mueca traviesa.

Frunzo el ceño.

—No te atre...

Su cálido aliento sopla en mi mano lanzando una nube de partículas doradas sobre mí. Un millón de motas brillantes flotan en el aire como pequeñas gemas mientras mi mujer se ríe, viéndolas caer sobre mi cabeza, mi cara e incluso pegarse a mi pecho.

Hubo un tiempo en mi vida en que esta maniobra me habría parecido inmadura. Una tontería. Pero ¿de mi esposa, la joya más valiosa que he tenido en mis manos? Me cuesta ocultar la sonrisa que amenaza con dibujarse en mi rostro. Todas las piedras preciosas sobre las que construí mi imperio sirven para que una persona brille en el exterior. *Mi Sienna* ilumina cada rincón de mi alma.

—¿Recuerdas lo que le hago a la gente que me traiciona, *Mila Moya*?

—El dorado te sienta bien, Drago. —Otro ataque de risa—. Algo sobre la pared, ¿no?

—Exacto. —Salto del sillón, la agarro por la cintura y la cargo a través de la habitación.

* * *

—Volveré dentro de unas horas —le informo a Relja, que está de guardia junto a la puerta principal, y me pongo el abrigo—. Si alguien permite que mi esposa ponga un pie fuera de los muros de la propiedad, le romperé el cuello.

—Claro, jefe —asiente, con los ojos fijos sobre mi cabeza.

—Si alguien informa de algo remotamente sospechoso, contáctenme inmediatamente.

—Lo haré.

Me doy la vuelta para marcharme cuando siento un golpecito en el hombro y miro hacia atrás.

—¿Qué?

—Tienes algo en la cabeza —murmura.

Me paso los dedos por el cabello. En mi mano aparecen varias partículas de polvo brillante dorado. Me aprieto el puente de la nariz y maldigo.

Me dirijo a una reunión con la facción de la *Cosa Nostra* de Boston. Con puta brillantina en el cabello. Doy zancadas hacia el garaje, sonriendo ante lo absurdo de todo.

Quedamos de reunirnos a una hora de distancia fuera de la ciudad. Hubiera preferido que fuera en mi club, pero Nera Leone quería mantenerse fuera del radar de Ajello.

Acerco mi coche a un sedán negro con vidrios polarizados, apago el motor y Filip se estaciona a mi lado. El único otro vehículo en el estacionamiento del restaurante es otro vehículo costoso, con vidrios polarizados incluidos. Parece que la esposa de Don Leone decidió conducir hasta acá en vez de volar, porque estos no parecen alquilados.

En la puerta del restaurante cuelga un cartel de *cerrado*, pero las luces están encendidas y, aunque no hay meseros por ninguna parte, una mujer está sentada en una mesa en el extremo derecho. Dos hombres con trajes negros están parados detrás de ella, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Solamente dos guardaespaldas —declaro al salir del coche.

Filip sigue mi mirada y se encoge de hombros.

—Quizá quiere dejar claro que es una reunión pacífica.

—O quizá quiere que sepamos que no nos tiene miedo. —Empujo la puerta y me dirijo hacia la mujer que ha estado dirigiendo la *Cosa Nostra* de Boston mientras su esposo ha estado enfermo.

Nunca había visto a Nera Leone en persona, aunque sé que es mucho más joven que su marido, que ronda más de los sesenta. Esperaba una mujer de unos cuarenta, quizás, no una de veintitantos. Si acaso. Con su cabello rubio oscuro cayendo sobre su largo abrigo rojo, nunca la habría imaginado como la astuta oponente de la que tanto había oído hablar.

Puede que no haga negocios en la zona de Boston, mas estoy al tanto de lo que ocurre allí. Conocer a todos los peces gordos del negocio y descubrir los secretos que intentan ocultar es imprescindible en mi trabajo. No es de dominio público que Don Leone lleva mucho tiempo enfermo, y que su esposa se ha hecho cargo extraoficialmente de la familia de la *Cosa Nostra* de Boston por el momento. Dado que ella está aquí en lugar de su esposo, significa que él no está mejorando.

—Lamento ver que Don Leone sigue sin sentirse bien —comento mientras tomo asiento frente a ella mientras Filip se coloca detrás de mí.

Nera asiente con la cabeza.

—Se está recuperando.

—Así que, ¿en qué puedo ayudarla, señora Leone? —inquiero y me reclino, extendiendo el brazo derecho sobre el respaldo de una silla contigua—. Me sorprendió bastante recibir su mensaje.

—Un pajarito me contó que hace poco te embarcaste en una nueva aventura empresarial. Tengo una propuesta para ti, una afiliación mutuamente beneficiosa.

Una de mis cejas se levanta. Las noticias vuelan en nuestros círculos, sin embargo, es preocupante que se haya enterado tan pronto.

—Pensé que obtenías tus armas de Endri Dushku.

—Sí. Pero estoy buscando establecer nuevas alianzas. —En sus labios rojos como la sangre se dibuja una sonrisa.

—Endri y yo tenemos un acuerdo. No nos metemos en los asuntos del otro. Pensaré en tu oferta y te haré saber mi decisión.

Nera Leone se levanta de su asiento.

—Gracias. Encantada de conocerlo, señor Popov.

La sigo con la mirada mientras sale del restaurante, seguida de cerca por sus dos hombres. Suben a los coches y salen a la carretera, levantando una nube de polvo de la grava suelta alrededor de los baches que estropean el terreno.

—La facción de Boston lleva años trabajando con Dushku —expone Filip—. ¿Por qué ese cambio de parecer tan repentino?

—Ni idea.

Al otro lado de la calle, el movimiento dentro de un motel abandonado atrae mi atención. Un hombre con abrigo negro sale de la habitación más alejada de la planta baja. Me observa y me sostiene la mirada un momento. Cuando busco en el interior de mi chaqueta la pistola que llevo en la funda del hombro, el hombre rompe el contacto visual y se da la vuelta para dar la vuelta al edificio. Sus pasos son seguros y firmes, así que puedo ver perfectamente su largo cabello negro azabache, recogido en una gruesa trenza, y un maletín rectangular negro que cuelga de su hombro izquierdo.

—¿Es eso lo que creo que es? —Filip cuestiona a mi lado.

—Sí. El tipo se pasea tranquilamente llevando un rifle de francotirador en la espalda. Y estoy bastante seguro de que nos tuvo en la mira todo el tiempo que estuvimos en la reunión. La habitación de la que acaba de salir está justo enfrente del restaurante; la ventana tiene una línea directa de visibilidad con la mesa en la que yo estaba sentado.

—¿Crees que es uno de los matones de Nera?

Un coche deportivo negro sale de detrás del motel y se dirige en la misma dirección que los italianos.

—No estoy seguro —comento—. Pero tengo la sensación de que si hubiéramos dado el más mínimo indicio de querer lastimar a esa mujer, los dos estaríamos tirados en el suelo. Con agujeros en la cabeza.

Filip y yo subimos a nuestros respectivos vehículos, girando en dirección contraria a la que tomó la brigada de Leone.

Estamos a media hora de distancia de la casa cuando mi teléfono suena en el tablero. Mi mirada se clava en la pantalla que muestra el nombre de Relja. El móvil suena dos veces y se detiene. Una señal para mí, algo anda mal en el club.

¡Mierda! Piso el acelerador. Un vistazo al retrovisor confirma que Filip también está acelerando, con el aparato pegado a la oreja y probablemente recibiendo todos los detalles de uno de nuestros hombres.

Quince minutos después, mi teléfono empieza a sonar y a vibrar de nuevo, y esta vez no deja de hacerlo, desatando un ataque de pánico en mi cabeza.

La casa está siendo atacada.

Sienna

Las luces se apagan.

¿Se habrá dañado un fusible? Aparto mi cuaderno y me levanto de la cama, tanteando el camino hacia la puerta del balcón.

Las luces exteriores también están apagadas, y ninguna de las otras ventanas está iluminada. El terreno que rodea la casa está sumido en una oscuridad absoluta, excepto por las dos luces que se ven más allá de los árboles en la entrada principal. ¿Qué diablos?

La puerta de la habitación se abre de golpe, haciéndome dar un brinco y girarme.

—Aléjate de la ventana. —La voz de Adam retumba desde la puerta.

Un débil resplandor amarillo de las luces de emergencia de las pequeñas luces empotradas en la parte baja de las paredes apenas ilumina el espacio detrás de él mientras que cae en el suelo del pasillo.

—¿Adam? ¿Qué está pasando?

—Nos están atacando. —Hace entrar a Tara a mi habitación. Ni siquiera me di cuenta de que estaba detrás de él—. Enciérrense en el baño. Cuando todo acabe, alguien vendrá a buscarlas.

Un fuerte estruendo metálico estalla afuera. Al momento siguiente, la radio en la mano de Adam cruje y la voz de Relja llena la habitación.

—Han cruzado el portón.

—¡No hay tiempo! —exclama Adam y saca una linterna de su cinturón antes de colocarla en la mano de Tara—. Baño. Ahora mismo. Las dos.

—¿Tara? ¿Dónde está Drago? —inquiero nerviosa mientras me empuja hacia el baño, guiándome con la pequeña linterna.

—Aún no ha vuelto de una reunión. Vamos.

El rugido de los motores de varios coches que se acercan penetra por las paredes. Aparte del estruendo anterior, que supongo que fue un vehículo embistiendo el portón, no hay más sonidos. No hay disparos. Nadie grita. La casa está en silencio. Si la mansión está siendo atacada, ¿no se escucharían gritos y el ajetreo de toda la gente que está adentro? ¿Por qué hay un silencio tan inquietante?

—No escucho nada —suelto mientras entramos a tropezones en el baño—. ¿Qué demonios está pasando, Tara?

—Los rumanos decidieron hacernos una visita. —Se lleva la mano a la espalda y saca una pistola. Coloca el extremo de la linterna entre sus dientes, suelta el cargador para revisarlo y vuelve a colocarlo—. Uno de los chicos de guardia en la carretera informó que varios vehículos se dirigían hacia el complejo. Acaban de atravesar el portón, así que estamos esperando a que lleguen.

—¿Cortaron la electricidad? —pregunto, con los ojos fijos en el arma que tiene en la mano.

—*Nop* —murmura alrededor de la linterna—. Nosotros lo hicimos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por protocolo. —Me lanza su teléfono—. Puedes mirar si quieres.

—¿Tienen un *protocolo* para un ataque? —Sacudo la cabeza, me siento sobre la tapa cerrada del inodoro y miro fijamente la pantalla que muestra un vídeo oscuro y borroso. Sin duda es una transmisión de la cámara de seguridad, pero no sé cuál. Un segundo después, aparecen en la pantalla unos faros que se acercan rápidamente e iluminan el camino de entrada.

—No pueden conducir en la oscuridad sin las luces encendidas. —Tara se ríe—. Ahora son blancos fáciles. Podemos verlos, pero ellos no pueden notarnos a nosotros.

—¿Por qué no han intentado detenerlos? —cuestiono, observando cómo cuatro camionetas negras se detienen en la grava a cierta distancia de la casa.

—Disparar a vehículos en movimiento es complicado. —Me empuja a un lado, tomando la mitad del asiento del inodoro—. En cualquier momento.

No tengo tiempo de preguntarle a qué se refiere, porque un destello repentino llena la pantalla, iluminando el patio delantero como si fuera mediodía. Los hombres vestidos de negro, que momentos antes habían salido de las camionetas, se agachan ahora en todas direcciones, cegados por los enormes focos que les están apuntando. Los treinta y tantos hombres armados con rifles automáticos se convierten momentáneamente en una horda homicida sin sentido.

Los disparos estallan en la noche.

Alrededor de una docena acaban tendidos en el suelo antes de que el resto se disperse por el jardín, disparando contra la casa.

—Drago estará furioso —murmura Tara por encima del sonido de los disparos.

—¿Por el ataque?

—Porque no estaba aquí. —Se ríe—. Me aseguraré... ¡Joder!

Se detiene, mirando fijamente el teléfono, cuando dos vehículos más se acercan al límite exterior de la luz que ilumina el camino de entrada.

—¡Mierda. Mierda. Mierda! —Tara brama y toma su arma del tocador del baño—. Quédate aquí. Iré abajo.

—¿Qué? —La agarro del antebrazo.

—Aquí solamente hay dieciocho personas. Relja envió al resto como refuerzo a Naos cuando Misha llamó hace media hora. Parece que el ataque allá debió de ser una distracción. Somos muy pocos, incluso con la ventaja de estar protegidos en el interior.

—Voy contigo —suelto.

—Eso no sucederá.

—Pero...

—Me dijiste que nunca podrías dispararle a alguien, Sienna. —Me mira fijamente—. No puedes ayudar. Quédate aquí.

Con esas palabras, Tara sale corriendo y cerrando la puerta del baño a su paso.

Observo el lúgubre interior que me rodea, con el resplandor de la pequeña linterna como única fuente de luz. La cacofonía de afuera sigue rugiendo, mas ahora parece más controlada que antes. En lugar de una

cadena de disparos de ametralladora, ahora los disparos son individuales, con intervalos de tiempo entre ellos. Precisos. Los atacantes han recuperado la compostura y han dejado de atacar sin rumbo.

Agarro el borde del tocador con tanta fuerza que me duelen los nudillos. El eco de los disparos puede ser el mismo que en el campo de tiro, no obstante, es diferente saber que muchas de las balas impactarán contra la piel, no contra objetivos de cartón. Hiriendo, tal vez incluso matando a la gente de Drago. Su familia. Aunque ya no los considero únicamente la familia de mi esposo. También los siento como míos. Luchando contra los hombres que atacan su hogar. *Mi hogar*, ahora. Y me estoy escondiendo en un maldito baño.

Tomo la linterna del mostrador antes de correr a la habitación. La puerta del balcón está entreabierta y el ruido del exterior es ensordecedor. Todavía estoy cerca del umbral del baño cuando una bala perdida golpea la barandilla del balcón, haciendo volar fragmentos de piedra en todas direcciones. Mis ojos se posan en mi mesita de noche. La pistola que me dio Drago está metida en el cajón.

Mi apacible y tranquila hermana mató al hombre que la secuestró y la violó. Asya, que nunca le había levantado la voz a nadie, puso la pistola en la frente de ese bastardo y apretó el gatillo. Yo no tengo las agallas para hacer eso. Nunca sería capaz de hacer algo así sin importar las circunstancias, sin embargo, bajar las escaleras sin una pistola es estúpido. Cruzo corriendo la habitación y agarro la Glock de la mesita de noche.

* * *

Es peor de lo que pensé. Mucho peor. Me detengo a mitad de la escalera y contemplo la escena en el pasillo.

Al bajar las escaleras, por alguna razón, me imaginé a los hombres de Drago agazapados junto a las ventanas y asomándose de vez en cuando para devolver el fuego. En mi cabeza se reproducía toda la escena de una película de acción. Los buenos lanzaban miradas rápidas al enemigo, les disparaban unas cuantas balas y luego se cubrían. A salvo detrás de gruesos muros. Ilesos.

No podía estar más equivocada.

Las luces de los focos se cuelan por las ventanas rotas y la puerta principal abierta de par en par, creando vacíos oscuros y sombras amenazantes. Al otro lado del umbral, el cuerpo de un hombre que no reconozco está tendido en el suelo, con los ojos ausentes mirando al techo. La sangre se acumula en las losetas a su alrededor y se extiende hacia otro cuerpo que yace cerca. Suelto un aliento tembloroso al darme cuenta de que no conozco a ninguno de los dos. Deben de ser los atacantes.

Adam está agachado bajo la ventana a la izquierda de la entrada, con la pistola en la mano preparado para disparar en cualquier momento. Sangre brota de la herida en su hombro, empapando su camiseta blanca rasgada. No le presta atención y se endereza de repente, lanzando una lluvia de balas a través de la ventana rota. En cuanto se deja caer de nuevo, una tormenta de disparos estalla en el exterior. A su alrededor llueven trozos de cristal, astillas de madera y fragmentos de paneles de yeso.

Al otro lado de la puerta, dos de los hombres de Drago responden al tiroteo. Otro, Relja, está desplomado en el suelo con su espalda contra la pared. Presiona su mano sobre la herida del muslo mientras la sangre se filtra entre sus dedos. A través de las puertas abiertas que dan al gran comedor, veo a varios hombres que se mantienen en posición junto a las ventanas. Algunos disparan y otros recargan sus armas. La mayoría sangran, ya sea por las balas o por los vidrios rotos, pero siguen luchando.

Agarro mi arma con más fuerza, pero no consigo moverme. Es como si tuviera los pies pegados a la escalera de madera y hubiera perdido el control de mis extremidades inferiores. Mi pecho sube y baja en rápida sucesión, el sonido de mis respiraciones entrecortadas se mezcla con los latidos erráticos de mi corazón. El estruendoso latido parece de algún modo más fuerte que todo el ruido que me rodea. Al menos Drago no está aquí. Habría estado ahí afuera, en algún lugar en medio de esta tormenta de mierda, y yo habría perdido la maldita cabeza preocupándome por él.

Tara sale corriendo por la puerta de la cocina, al otro lado del comedor, y, manteniéndose agachada, se apresura a entrar al vestíbulo. Se arrodilla junto a Relja y guarda su pistola en la parte trasera de su pantalón. Con movimientos rápidos y precisos, lo agarra por debajo de los brazos y lo aparta de la pared. Relja le grita, pero el ruido de los disparos es demasiado fuerte para entender lo que dice. Tara ignora su arrebato y empieza a arrastrarlo para alejarlo, aunque apenas consigue moverlo. Pesa demasiado.

La sensación vuelve a mis pies. Doy un paso hacia delante y luego bajo corriendo las escaleras. A mi izquierda, algo se hace añicos. El estruendo es fuerte y siento un pinchazo cuando los fragmentos golpean mis piernas. Probablemente sean los restos de uno de los enormes jarrones de piso que Keva tiene junto a las paredes. Los fragmentos de porcelana crujen bajo mis suelas mientras me apresuro en dirección a Tara, que ahora agarra el antebrazo de Relja e intenta arrastrarlo por el suelo.

—¡Sienna! ¿Qué diablos haces aquí? —exclama cuando llego hasta ellos.

—Ayudando a mi familia. —Imitando a Tara, meto la pistola en la cintura de mis *leggings* color turquesa y agarro el otro brazo de Relja—. ¿A la cocina?

Tara parpadea y después asiente rápidamente.

Para cuando llevamos a Relja a la cocina, ya ha perdido el conocimiento y mucha sangre. La situación aquí no parece mejor que en el comedor. Tres hombres están junto a las ventanas que dan al patio delantero, disparando a los atacantes. Al otro lado de la habitación, Jovan está agazapado junto a la puerta abierta que da al patio trasero, con la pistola en mano y apuntando a la oscuridad absoluta de este lado de la mansión. No tengo tiempo de pensar en lo que está haciendo porque un gruñido grave en el exterior es seguido por un grito ensordecedor.

—Zeus lo atrapó —informa Jovan, y luego se lleva una radio bidireccional a la boca.

Me pierdo lo que dice cuando veo a Keva arrodillada entre la isla de la cocina y los armarios de la encimera, terminando de envolver los bíceps de un tipo con una toalla de cocina. Nos ve llegar y se arrastra hacia nosotras.

—¡Pónganse detrás de la isla! —ordena—. ¡Ahora! ¡Las dos!

—Deprisa. —Tara vuelve a jalar el brazo de Relja—. La isla es a prueba de balas.

«¿De verdad fabrican muebles de cocina blindados?». Sacudo la cabeza.

Keva presiona su mano sobre la herida del muslo de Relja mientras lo arrastramos los últimos metros hasta un lugar más seguro. Otra ráfaga de disparos estalla, las balas golpean los electrodomésticos y los armarios sobre nosotros. Algo en el mostrador se tambalea y luego cae al suelo.

—Si esa fue mi cafetera favorita, voy a destripar a alguien —murmura Keva mientras busca en un cajón y saca un mantel. Rasga una larga tira y la ata con fuerza alrededor de la pierna de Relja—. Este necesita un hospital cuanto antes.

—¡No podemos llevarlo a un hospital con una herida de bala! —Tara se expresa—. Drago te matará.

—Filip llamó hace quince minutos. Su Don. —Keva asiente hacia mí mientras revisa el pulso de Relja—. Dijo que podemos llevar a los heridos a la clínica de la *Cosa Nostra* si es necesario.

—¿Don Ajello? —pregunto, asombrada.

Al mismo tiempo que Tara grita:

—¿Cómo carajo se enteró?

—No lo sé. —Keva sacude la cabeza—. Ese hombre lo sabe todo.

Parece que las cosas se están calmando, porque ahora solamente hay un disparo ocasional que perturba la noche. Me llega el sonido de pasos pesados y me asomo alrededor de la isla de la cocina para ver a Beli cargando a uno de los chicos sobre su hombro.

—¡Parte superior del pecho! —brama mientras baja al hombre junto a Relja—. No hay orificio de salida. Acercaré la camioneta a la puerta trasera y los meteremos a ambos.

—¡Aún hay hombres armados afuera! —vocifera Keva.

Beli saca una escopeta de su espalda y la amartilla.

—¿Te preocupa mi bienestar, amorcito?

Me quedo boquiabierta. ¿*Amorcito*? Pensé que Keva y Beli se odiaban. Cuando miro a Tara, pone los ojos en blanco y articula con la boca : *No preguntes*.

Keva le hace una seña con el dedo medio y se concentra en el nuevo hombre herido. La ayudo a quitarle la camisa, mientras doy gracias al cielo por la reunión a la que fue mi esposo. Podría haber sido él. Saber que Drago no se vio envuelto en este ataque es lo único que evitó que me volviera loca durante la última media hora.

—*Oh*, y el jefe está de vuelta —avisa Beli al salir.

Mis manos se quedan quietas en la camisa del herido mientras una sensación de náusea se forma en la boca de mi estómago.

Capítulo 22

Drago

Salgo de la cobertura de un árbol y apunto con mi arma al hombre agazapado junto a la fuente. La bala impacta en su nuca, la sangre salpica el mármol blanco. Voy a aniquilar a todos los hijos de puta que se atrevieron a atacar mi hogar y a mi familia.

Mis ojos saltan hacia la última ventana del último piso. Las luces están apagadas, igual que en el resto de la casa. Sienna debe de estar enloqueciendo, pero Adam me comunicó que dejó a Tara con ella. Eso ayuda a calmar un poco mi ansiedad. Casi me vuelvo loco cuando recibí la segunda señal de Relja y evité por muy poco chocar contra un semirremolque al pisar a fondo el acelerador.

Incluso superados en número, mis hombres hicieron un buen trabajo luchando contra los hombres de Bogdan. La mayoría de los atacantes están muertos, sus cuerpos esparcidos por el jardín y la superficie pavimentada alrededor de las camionetas abandonadas. Unos cuantos siguen vivos, tratando de mantenerse ocultos y esperando una oportunidad para huir. Bueno, eso no ocurrirá. Ya ordené que aseguraran el portón, y Filip está allí con tres de nuestros hombres, listos para acabar con cualquiera que intente escapar.

Se escuchan gruñidos profundos a mi derecha mientras me dirijo a la mansión. Miro en esa dirección y encuentro a Perun y Zeus desgarrando a un hombre vestido con ropa de combate. Hay suficiente luz para ver los lazos de satén que hacen juego alrededor de los cuellos de mis perros. Hoy son de color naranja.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. Significa que mi mujer vistió a los perros cuando me fui. Le gusta coordinar sus lazos con su vestimenta. Mi pequeño y resplandeciente paquetito alegre, que es mucho más de lo que cualquiera percibe a primera vista. Jesucristo, maldición, estoy loco por esa mujer.

El estruendo de un vehículo me hace voltear hacia la mansión. Beli está estacionando una camioneta junto a la puerta de la cocina. Adam sale de la casa, sujetando a uno de mis chicos en brazos como un bombero. Iliya y Jovan lo siguen, sosteniendo a Relja entre los dos. Aprieto los dientes. Maldito Salvatore Ajello. No soporto a ese hombre, sobre todo sabiendo que obligó a Sienna a ser su espía. Ojalá hubiera podido decirle que se fuera a la mierda con su oferta de llevar a mis hombres a su hospital para que los atiendan, no obstante, desgraciadamente los dos sabíamos que era imposible que me negara. Y estoy seguro de que encontrará una forma de cobrar su favor. Con intereses, sin duda.

Beli salta al asiento del conductor y arranca, maniobrando entre los vehículos de los rumanos y los atacantes muertos, y se dirige a la entrada de la propiedad. Deshacerse de todos los cuerpos y las camionetas será un dolor de cabeza.

Con sus armas listas, Adam y Jovan se acercan a la masacre, la mayor parte acumulada ante las puertas principales, y revisan a los muertos. Mientras tanto, Iliya se dirige a la parte trasera de la casa.

—¿Encontraron a Bogdan? —inquiero al acercarme.

Adam niega con la cabeza.

—Lo vi de pasada antes, así que es seguro que estaba aquí. Jovan está revisando el patio. Llamaré al portón a ver si tal vez lo atraparon.

—Quiero a todo el mundo alerta hasta que se encuentre su cuerpo.

El tiroteo cesó y parece que por fin terminamos de rodear a los hombres de Bogdan, gracias a Dios, pero no lo daré por terminado hasta que vea el cadáver del hijo de puta con mis propios ojos.

Echo un último vistazo a los cadáveres que cubren el camino de entrada y me dirijo hacia el garaje para ver si hay algún bastardo escondido, pero veo de reojo un reflejo de color azul turquesa. Mi cabeza se inclina hacia un lado para observar la figura que hay en la puerta de la cocina. La luz se ha restablecido en el interior de la casa, así que puedo ver claramente a mi esposa, con sus *leggings* de sirena, mirándome fijamente. Un suspiro de alivio sale de mis labios al verla ilesa y bien. Sin embargo, al instante siguiente me invade la rabia. ¿Estuvo allí todo el jodido tiempo, mientras llovían balas por todas partes?

—¡Qué demonios, Sienna! —rujo, atravesando por un camino sobre el césped y corriendo hacia ella. Voy a matar al responsable de permitirle bajar

—. Vuelve adentro. ¡Ahora!

Simplemente se queda observándome mientras una lágrima resbala por su mejilla. Su mirada, clavada en la mía, es de alivio absoluto, y mi rabia se disipa de inmediato. Estaba preocupada por mí.

—¡Dije que vuelvas adentro! —Sigo gritando, pero ella se limita a sonreír. ¿Qué voy a hacer con ella? Nadie tiene permitido ignorar una orden directa mía, más cuando se trata de ella, la verdad es que no me importa. Maldita sea.

Estoy a unos pasos cuando los ojos de Sienna se desvían hacia un lado, hacia algún lugar detrás de mí. La sonrisa desaparece de su rostro y es reemplazada por puro terror.

No es un movimiento consciente. No hay ningún pensamiento racional, únicamente puro instinto, mientras giro sobre mis talones, protegiendo a mi esposa y enfrentándome a cualquiera que sea el peligro que me acecha. Mi pistola está preparada, el metal caliente en la palma de mi mano mientras levanto la mano, listo para neutralizar la amenaza.

Sin embargo, soy demasiado lento.

Un disparo atraviesa el aire.

Sienna

Hay momentos que sabes que te atormentarán para siempre, aunque vivas mil años. Esos momentos sacuden fundamentalmente tu existencia, cambiando la trayectoria de tu vida. El nuevo viaje que tienes ante ti es uno que nunca viste venir. Uno que no pudiste planear. Un camino que nunca has visto. Ya sea el karma o el destino, esos momentos rara vez son de tu propia elección.

Cuando te enfrentas a uno de esos momentos, sabes que nada volverá a ser igual. Se convierte en un nexo, un punto en el tiempo donde todo se piensa como “antes” y “después”.

Ya he tenido dos momentos así en mi vida. El primero fue cuando Arturo nos dijo que nuestros padres habían muerto. El segundo fue cuando me enteré de que mi hermana había desaparecido, sin saber qué había pasado con ella.

Con cada fibra de mi ser, esperaba no volver a encontrarme con otro momento así.

Cuando vi a un hombre salir del garaje, con la pistola en alto y apuntándome, me quedé paralizada. Incluso mis pulmones se contrajeron, incapaces de tomar aire, y todo lo que pude hacer fue quedarme mirando. La única parte de mí capaz de moverse era mi corazón. Se aceleró al triple de su velocidad normal, golpeando fuertemente mis costillas.

Luego, el enorme cuerpo de Drago se materializó ante mí. En lugar de la pistola, mis ojos se clavaron en la ancha espalda de mi esposo.

¡Bang!

Mi mano vuela hacia mi pecho porque, por un instante, estoy segura de que mi corazón dejó de latir, atravesado por una bala a corta distancia. Drago se tensa frente a mí. La pistola resbala de su mano y cae a la hierba medio congelada a sus pies.

¡Bang!

Un grito se apodera de mi interior mientras veo a mi esposo caer de rodillas y lentamente echarse hacia adelante. El momento se alarga y el tiempo se detiene.

Por encima de la cabeza de Drago, veo que el hombre que está junto al garaje tira su pistola y mete la mano en su chaqueta. Entra aire en mis pulmones y, con él, una calma absoluta.

Sin pensarlo, agarro la Glock que tengo en la espalda. Olvidé que la tenía cuando el hombre armado apuntó hacia mí. Aunque, en ese momento, no estoy segura de que la hubiera sacado si lo hubiera recordado. Ahora, ya no me queda ninguna duda.

El atacante está sacando otra pistola de su chaqueta, empuñando el cañón para liquidar a Drago. Su elección. Y yo tomo la mía.

Levanto el arma con mano firme y respiro con calma. Apenas soy consciente de los gritos procedentes de la entrada, cada vez más fuertes, cada vez más cerca. En una fracción de segundo, apunto a la cabeza del tipo y, sin dudarle en lo más mínimo, aprieto el gatillo.

¡Bang!

El hombre se sacude bruscamente hacia atrás. Un gran agujero rojo aparece donde estaba su ojo izquierdo.

Yo lo hice.

Yo lo maté.

Quité una vida. Y *no* me arrepiento.

El arma cae de mi mano, y luego estoy corriendo. Hacia Drago, tendido de lado sobre el frío y muerto césped.

—Amor. —Un susurro estrangulado sale de mis labios mientras me dejo caer sobre la hierba a su lado y lo hago rodar cuidadosamente hasta colocarlo boca arriba.

La parte delantera de su camisa está empapada de sangre. Agarro los costados y la rasgo para abrirla, luego presiono con las palmas de mis manos sobre las dos heridas que sangran en la parte superior de su pecho. A pesar de mis esfuerzos por aplicar presión, el líquido rojo sigue filtrándose entre mis dedos.

La mano ensangrentada de Drago me toca la mejilla. Alzo la mirada bruscamente y mis ojos se clavan en los suyos.

—Pensé que te desmayabas al ver sangre —comenta, su voz es apenas un susurro.

Los gritos y el ruido de pies corriendo se acercan, pero no puedo apartar mi mirada de él.

—No te atrevas a morirte, Drago —le exijo en tono ahogado mientras corren lágrimas por mis mejillas—. No te atrevas, maldición.

Unas manos me agarran por detrás y me apartan. Iliya se deja caer junto a Drago, apretando su abrigo sobre las heridas del torso de mi esposo. Me bloquea la vista y no puedo ver los ojos de Drago. Gruño y pataleo para liberarme. ¡Necesito ver sus ojos! Por alguna razón, estoy convencida de que mientras pueda sostener su mirada, podré mantenerlo con vida.

Un coche se detiene a nuestro lado y entonces Filip y Jovan levantan a Drago y lo recuestan en el asiento trasero. Grito. Rujo. Y muestro los dientes. Unos brazos fuertes me sujetan, manteniéndome en mi lugar. Una voz masculina dice algo sobre que les dé espacio. Clavo mis dientes en su antebrazo y un sabor metálico me llena la boca.

—¡Jesucristo! —grita alguien—. Suéltala, Adam. Puede ir en la parte de atrás con él.

En cuanto me libero, corro hacia el vehículo y me meto en él. Me arrodillo en el suelo del asiento trasero y presiono mis manos sobre las de Drago, que sujeta el abrigo de Iliya contra la parte superior de su cuerpo. Dios mío, hay demasiada sangre.

—¡Mírame! —grito mientras el coche avanza violentamente.

No sé si me escuchó, pero sus párpados se abren y su mirada verde se cruza con la mía.

—Bien. —Asiento con la cabeza—. Vamos a un hospital donde te curarán. Y vas a mantener los ojos abiertos hasta que lleguemos allá.

Drago me mira por encima de la cabeza y sus ojos se arrugan.

—Debería haberlo sabido.

—¿Saber qué?

—Lazo naranja. Como los perros. —Se ríe y luego suelta un ataque de tos, resollando mientras lucha por respirar.

Aprieto fuertemente los labios mientras una mitad risa, mitad sollozo amenaza con salir de mí.

—Sabía que te encantaría.

Se me quiebra la voz y trago saliva, luchando por mantener la compostura y el control. Quienquiera que esté al volante parece conducir como un loco. Siento cada bache, cada curva de la carretera, el lado de mi cabeza golpeando el respaldo del asiento del pasajero con cada cambio de velocidad.

—Me encanta todo de ti, mi pequeña espía resplandeciente. —Gira su mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Incluso mi chaqueta de gallina?

—Especialmente —respira entrecortadamente—. Especialmente tu chaqueta de gallina, *Mila Moya*.

Ya no puedo contener las lágrimas, así que las dejo caer.

—Te amo, Drago.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Lo sé. —Su mano recorre mi brazo hasta mi cuello, atrayéndome hacia abajo para susurrar junto a mi oído—: Me enamoré de ti en cuanto te vi con ese horrible overol dorado.

Cierro los ojos y aprieto mis labios contra los suyos.

—Por favor, no me dejes.

El coche se detiene de golpe. Las puertas se abren y unas personas con uniformes de hospital levantan a Drago y lo colocan en una camilla. Para cuando salgo corriendo del auto, ya están entrando por las puertas corredizas del hospital.

Tengo los ojos clavados en sus espaldas que se alejan mientras corro tras ellos y tras mi esposo. No pienso perderlo de vista.

* * *

Mis palmas cubiertas de sangre presionan el cristal mientras observo fijamente a los médicos y enfermeras reunidos alrededor de la mesa de operaciones. Uno de los miembros del personal médico insistió en que me quedara en la sala de espera, pero le dije que mataría a cualquiera que intentara alejarme de mi esposo. Debió creerme porque poco después me condujeron a esta pequeña sala de observación. Eso fue hace horas.

—Se pondrá bien —asegura una voz femenina a mi lado.

—Eso no lo sabes —musito, sin molestarme en mirar a la persona que habló.

—Confía en mí. Mi suegra tiene más experiencia con heridas de bala que todo el servicio de emergencias de un hospital en New York. —Da golpecitos con la uña en la ventana de cristal—. Es la señora con clase que en este momento está metida hasta los codos en el pecho de tu esposo. Ilaria.

Lanzo una mirada breve a la mujer que está a mi lado. Milene Ajello. La esposa del Don.

—La semana pasada, la vi sacando una bala del muslo de Pietro con sus propias manos —continúa—. A veces, realmente odio esta vida, ¿sabes?

—Pero aún así te casaste con nuestro Don —contradigo, volviendo a concentrarme en lo que ocurre en el quirófano.

—Sí, bueno, me amenazó con empezar una guerra si no lo hacía. —El tono de Milene es serio, aunque en el reflejo del cristal veo que sus labios se curvan en una sonrisa—. Si no hubiera estado furiosa con él en ese momento, podría haber pensado que era romántico.

Me cuesta imaginar que Salvatore Ajello pueda considerarse un romántico. Es como llamar adorable a una guillotina.

—¿Alguna vez se hace más fácil? ¿Tener miedo todo el tiempo? ¿Preocupándote de que pase algo malo? —pregunto.

—No, en realidad no. —Me rodea el antebrazo con los dedos y aprieta ligeramente—. Así son las cosas cuando estás enamorada de un hombre peligroso.

Ambas miramos fijamente el interior del quirófano. Deben de estar terminando. El ritmo frenético y la urgencia que envolvían la sala cuando empezó la operación se han calmado, y decido que eso es una buena señal.

—¿Quieres que te busque un cambio de ropa? —Me da otro apretón en el brazo—. Estás cubierta de sangre.

—Le pediré a Jovan que me traiga algo —replico, manteniendo mi mirada clavada en Drago. Con tanto personal médico a su alrededor, apenas puedo verle el brazo y las piernas.

Milene se marcha y sus pisadas resuenan en el pasillo al alejarse. Dentro del quirófano, la madre del Don se aleja de la mesa de operaciones y se quita la bata y los guantes azules, tirándolos a la basura. Luego se quita la mascarilla mientras se dirige a una enfermera que está a su lado.

Cuando Ilaria levanta la vista, nuestras miradas se cruzan a través de la ventana. Las huellas de mis manos manchan el cristal, por lo demás impecable. La sangre de mi esposo. Tanta y tan abundante.

Cuando Ilaria sale del quirófano y se dirige hacia mí, el pánico que he mantenido bajo control aumenta. Retrocedo un paso e intento calmar mi ritmo cardíaco mientras ella abre la puerta de la sala de observación.

Contengo la respiración.

—Él vivirá.

Mis pulmones se expanden al inhalar. Es la primera vez que respiro de verdad en las últimas cuatro horas. Ilaria está diciendo algo más, detalles de lo que se hizo durante la operación y las expectativas para el proceso de recuperación, no obstante, apenas la escucho porque en mi cerebro solamente se repiten una y otra vez dos palabras.

Él vivirá.

Capítulo 23

Drago

Odio los hospitales, maldita sea.

Tan solo el olor me trae los peores recuerdos.

Miro a mi lado y veo a Sienna dormida. Cuando me desperté, estaba en la cama a mi lado, con la cara acurrucada en mi cuello mientras me agarraba firmemente el brazo. Ni siquiera se movió cuando llegó la doctora, parlotando sobre mis heridas. Interrumpí a la mujer en cuanto empezó a hablar y le dije que volviera cuando mi esposa estuviera despierta. No me importa que sea la madre de Ajello, nadie puede despertar a mi Sienna.

Estiro la mano y retiro los pocos mechones enredados que caen sobre la cara de Sienna. Estaba cien por ciento seguro de que no sobreviviría, pero la idea de dejarla era inaceptable. Así que me aferré a la vida por pura voluntad. Si ella no hubiera estado en el coche conmigo, implorándome con los ojos que siguiera luchando, probablemente habría muerto antes de llegar al hospital.

La puerta de la habitación se abre y Adam entra. Presiono un dedo contra mis labios indicándole que guarde silencio.

—Todos sobrevivieron —comunica, pero como no puedo escuchar nada, lo más probable es que esté articulando las palabras con la boca—. Relja tiene una arteria dañada, pero se pondrá bien.

Asiento y me concentro en la clara huella de dientes en su antebrazo.

—¿Los hombres de Bogdan recurrieron a los mordiscos cuando se les acabaron las balas? —susurro.

—Um, esa fue tu esposa. —Mueve su peso de una pierna a otra—. Intenté mantenerla alejada mientras los chicos te subían al coche.

Levanto una ceja y miro el rostro angelical que tengo a mi lado. Pequeña diablilla.

—¿Bogdan? —pregunto.

—Muerto. Sienna le disparó en el ojo. Juro que si no lo hubiera visto yo mismo, no lo habría creído.

Sí, mi chispeante esposa es capaz de tantas cosas que apenas hemos arañado la superficie. No puedo esperar a pasar toda una vida conociendo cada una de sus virtudes.

—Tara y Keva están afuera. ¿Puedo decirles que entren? —inquire.

—*Nop*. Diles que estoy bien y que regresen en una hora o más.

Cuando Adam sale de la habitación, vuelvo a mirar a mi mujer dormida. Se está despertando.

—Me enteré de que empezaste a morder a mis hombres. —Levanto la mano y acaricio la línea de su pequeña nariz—. ¿Tengo que limitar tu tiempo de juego con mis perros, Sienna? Puede que sean una mala influencia para ti.

Le tiemblan los labios y cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, las lágrimas rebosan en sus profundidades marrón oscuro.

—Observa mi boca atentamente, Drago —pronuncia entrecortadamente—. Para que no se te escape nada.

—Está bien.

—Tuve que mantener mis manos presionadas sobre tu pecho destrozado para que no te desangraras. ¿Te imaginas lo que se siente ver morir al amor de tu vida frente a tus ojos? ¿Monitoreando cada respiración, preguntándote si será la última? Si ahora mismo no estuvieras conectado a una maldita máquina que controla tus latidos, te daría un puñetazo en la cara —suelta mientras las lágrimas corren por sus mejillas—. Si vuelves a atreverte a hacer este tipo de estupideces, te mato.

Sonrío y le levanto la barbilla para besar sus labios.

—Debo decir que cuando imaginaba el momento en que por fin me confesarías que me amabas, no incluía amenazas de muerte.

—Claro que las incluye. —Sus dedos acarician mi cabello—. Te amo. Pero eso ya lo sabías.

Me inclino hacia delante y le mordisqueo el labio inferior.

—Sí. Te veo, mi Sienna. Siempre lo he hecho. ¿Por qué te costó tanto decirlo?

Se le escapa un pequeño suspiro y, cuando sus ojos se cruzan con los míos, parecen tan tristes.

—Tenía la tonta convicción de que si nunca reconocía mis sentimientos por ti, estarías a salvo de cualquier daño —explica—. La gente a la que quiero a menudo sale lastimada por mi culpa.

—¿De qué estás hablando?

—De mis padres. Asya.

—Tus padres murieron cuando eras una niña. Es imposible que hayas sido responsable de sus muertes. *Lo sé* porque he estado haciendo negocios con tu hermano durante muchos años y he investigado sus antecedentes. *Mila*, tus padres quedaron atrapados en el fuego cruzado y fueron víctimas de las ambiciones de un hombre codicioso. El viejo Don de New York no hizo un carajo para proteger a su gente. Lo que les pasó a tus padres y a tu hermana no es culpa tuya. Ya hablamos de eso, nena.

Una lágrima rueda por su mejilla.

—Casi mueres por mí. Te pusiste en medio de mí y...

—No. —Presiono mi dedo sobre su boca—. Eso fue cosa mía. Yo empecé todo este desastre con Bogdan, y soy el responsable de las consecuencias de todo. Tú no tuviste nada que ver con eso. ¿Lo entiendes?

—Entonces, ¿puedes dejar de provocar a la gente? No creo que pueda volver a pasar por esto, porque cada vez que cierro los ojos, te veo cubierto de sangre. —Le tiemblan los labios—. Estaba tan asustada, Drago. Nunca había estado tan aterrada en toda mi vida.

—Haré lo que pueda. —Paso mi mano por su frente y engancho mi dedo en la cintura de sus *leggings* verde lima—. Pero primero tenemos que borrar esas imágenes de tu mente y sustituirlas por algo más.

Los ojos de Sienna se encienden.

—No puedes hablar en serio.

—¿Quieres que sufra? Porque desde el momento en que me desperté contigo acurrucada a mi lado, mi polla ha estado tan dura como una maldita barra de acero.

Sus ojos recorren mi pecho descubierto, pasando por los vendajes que envuelven mi torso y mis abdominales, y se detienen en el enorme bulto dentro de mis bóxers.

—Esta vez tendrás que estar encima —añado.

Sienna aprieta su labio inferior entre los dientes, y la visión casi me hace estallar.

—No creo que sea una buena idea, Drago.

—Dije. —Tomo su barbilla entre mi pulgar y mi dedo e inclino su cabeza para que me mire—. Súbete. A. Mi polla. —Hago un poco más de presión en mi agarre—. Ahora, Sienna.

Sus ojos nunca se apartan de los míos mientras se quita los *leggings* y las bragas color naranja que combinan con su lazo, y luego me baja los bóxers por las caderas y los muslos, dejando al descubierto mi polla palpitante. Me pasa una pierna por encima de las caderas y, apoyando las manos en los bordes de la cama a ambos lados, coloca su cuerpo justo encima de mi dura verga.

—Esto es totalmente imprudente —murmura—. ¿Y si te desgarras las suturas?

Muevo mi mano hacia su coño y presiono su clítoris con mi pulgar, masajeándolo en pequeños y lentos círculos. No me importan las malditas puntadas. No me importa nada más que tener mi polla dentro de mi mujer. Después de todo lo que pasó, la necesidad de estar unidos de la manera más carnal es imposible de ignorar. La humedad cubre mis dedos, pero sigo acariciándola, viéndola aspirar entrecortadamente.

—¡Di mi nombre! —exijo y le pellizco el clítoris.

—Drago —gime, pero no capto todo el sonido.

—¡Más fuerte!

El cabello le cae sobre la cara mientras me mira.

—¡Estamos en un hospital!

—Dije... —Le vuelvo a pellizcar el clítoris, esta vez con más fuerza—. Más fuerte.

—¡Drago!

Dejo que el sonido me invada, luego deslizo el dedo fuera de su coño y la agarro por la cintura, jalándola hacia abajo. La mezcla de dolor y placer me golpea cuando ella acepta mi longitud dentro de sus paredes internas. Siento la tensión en los músculos y el tirón de las puntadas en la piel, sin embargo, ignoro el dolor y el escozor y me concentro en la visión de mi mujer jadeando sobre mí. Tan hermosa. Y mía.

Mi polla no ha llegado ni a la mitad y su coño ya se estremece a su alrededor. Apoya la mayor parte de su ligero peso sobre los brazos. La pequeña descarada está siendo cuidadosa, tratando de hacérmelo más fácil. Algo que no sucede.

Sujetándola por la cintura, la levanto y la dejo caer de golpe, clavándola. Un gruñido retumba dentro de mi pecho una vez que estoy completamente dentro de su dulce calor.

—¡Drago! —Sienna jadea e intenta levantarse, pero yo la mantengo en su lugar, maravillado por la sensación de estar dentro de ella.

—No te atrevas a bajarte de mi polla —reviro—. Ahora móntame, o te juro por Dios que arrancaré estos malditos tubos y te inmovilizaré debajo de mí.

Sienna sacude la cabeza y se inclina hacia delante, acercando su cara a la mía.

—Eres un masoquista, mi amor.

—Supongo que sí. —La embisto desde abajo y una de las suturas se abre.

Mi nombre sale de los labios de Sienna, probablemente un grito, ya que capto parte de él. La miro mientras mueve las caderas, cada movimiento me acerca más al precipicio.

La puerta de la habitación se abre de golpe y una enfermera entra corriendo. Sí, definitivamente fue un grito. Los ojos de la mujer se desorbitan al vernos y se lleva la mano a la boca, sorprendida.

—¡Largo! —bramo—. ¡Ahora!

La enfermera se persigna y, girando sobre sus talones, sale corriendo de la habitación.

—Drago. —Jadea Sienna mientras cabalga mi polla—. ¿Nos acaba de ver alguien?

—Claro que no, *Mila Moya*. —Muevo mi mano a su coño y presiono mi pulgar sobre su clítoris—. Ahora, córrete para mí, mi estrella brillante.

Sienna echa la cabeza hacia atrás, su cuerpo se estremece mientras sus músculos sufren espasmos.

—Esa es mi chica —gruño y exploto dentro de ella, mientras siento cómo se abren un par de puntadas más.

Capítulo 24

Dos meses después

Sienna

—Primero el cinturón, Sienna.

Haciendo lo posible por mantener una expresión seria, me abrocho el cinturón y pongo las manos en el volante.

—Enciende el motor aquí. —Drago señala el botón de la derecha en el tablero y luego mueve la mano hacia la palanca de cambios—. Ahora estamos en *park*. Tienes que pisar el freno y meter el cambio para avanzar.

Mi determinación se debilita y siento que mis labios se inclinan hacia arriba. Aunque no soy una conductora superdotada, sé muy bien cómo arrancar un auto.

Cuando le pedí a Drago que me enseñara a conducir meses atrás, no nos hablábamos y yo buscaba pasar tiempo a solas con él. Después de todo lo que pasó desde entonces, se me olvidó por completo, hasta hoy.

Drago ha estado muy estresado últimamente, yendo de un lado para otro con el ceño fruncido, intentando ponerse al día con todo el trabajo tras de pasar semanas recuperándose después de que le dispararan. Así que, al terminar de almorzar, decidí que era hora de hacer algo divertido y le pedí que por fin me diera esa clase de conducir. Y oculté convenientemente el hecho de que Arturo nos enseñó a conducir tanto a mí como a Asya cuando teníamos dieciséis años.

—Asegúrate de revisar los espejos retrovisores y laterales antes de arrancar —continúa.

—*Oh*, ya revisé mi maquillaje. Estoy bien.

Drago me mira con los ojos entrecerrados.

—Para asegurarte de que no hay nadie detrás o a tu lado, Sienna. No para retocarte el lápiz labial.

—Oh, claro. —Me río entre dientes—. ¿Qué tal si lavamos primero el parabrisas? ¿Dónde está esa cosita que echa agua?

—El parabrisas está bien como está. Pon el pie derecho en el acelera...

—Me mira los pies—. Jesucristo, Sienna.

—¿Qué? —pregunto cuando sus ojos se cruzan con los míos, con una mirada incrédula—. Me dijiste que me pusiera zapatos cómodos.

—No vas a aprender a conducir con tacones de diez centímetros.

—¿Por qué? Son mis botas favoritas. Supercómodas. ¿Ves? —

Enciendo el motor, meto el cambio y piso a fondo el acelerador. El coche arranca bruscamente hacia adelante.

—¡Jebote! —*Carajo*. Drago ruge y agarra el volante—. ¡Para! ¡Ahora!

Suelto el acelerador y piso el freno, deteniéndome a medio metro de la jardinera de Beli.

—Eso estuvo bien, ¿no?

Drago me mira con los ojos arrugados. Tiene los labios apretados, como si apenas pudiera contener una carcajada.

—Sí, estuvo bien, nena. Pon reversa y retrocede un poco. —Coloca su mano sobre la mía en la palanca de cambios y la guía hasta el cambio, luego mueve la palma hacia mi pierna—. Pisa ligeramente el acelerador.

—De acuerdo. —Conduzco hasta el punto de partida, pero, a propósito, me detengo después de lo debido. La parte trasera del vehículo acaba dentro de un arbusto de juníperos.

Drago hace una mueca.

—Eso está bien. —En voz baja, murmura en serbio—: *Keva ce glavu da mi otkine*.

—¿Por qué va a arrancarte Keva la cabeza?

—El coche es suyo.

—¿Por qué estamos usando el coche de Keva?

—Todos los otros autos son manuales. La transmisión automática es más fácil para los principiantes —dice en tono serio—. Intentémoslo de nuevo, pero despacio esta vez.

—¿Qué tan despacio?

Toma mi barbilla entre sus dedos y roza sus labios con los míos.

—Lo suficientemente despacio para que no matemos a nadie.

—De acuerdo. —Sonrío y aprieto un poco el acelerador.

El coche avanza a paso de tortuga y Drago asiente con la cabeza.

—Bien. Ahora, un poco más rápido e intenta dar la vuelta al final del camino de la entrada.

No avanzamos ni a dieciséis kilómetros por hora, y Drago mantiene la mano izquierda en el volante, observando el camino como si esperara que me desviara en cualquier momento y me estrellara contra los arbustos frondosos. Me cuesta mucho mantener la compostura, viéndolo tan concentrado en su labor.

—Está bien, Drago. —Sonrío y deslizo mi mano sobre la suya en el volante—. Puedes soltarlo. Sé conducir.

—Claro que sabes. —Señala el parabrisas con la cabeza—. Los ojos en la carretera. —Suspirando, piso el acelerador—. Sienna. Más despacio, nena.

Mantengo una velocidad moderada durante los siguientes cuarenta y cinco metros, luego doy dos vueltas alrededor de la isla del jardín de la entrada de la casa y estaciono el coche junto al garaje.

—¿Qué tal estuvo eso? —Me río mirándolo—. Parece que aprendo rápido.

Drago me mira con los ojos entrecerrados y vuelve a agarrarme la barbilla.

—¿Quién te enseñó a conducir? ¿Fue uno de mis hombres? Quiero un nombre.

—Me enseñó mi hermano. Hace años. —Inclino la cabeza hacia abajo y le mordisqueo el pulgar—. Necesitabas relajarte un poco. Trabajas demasiado.

—¿Y esta es tu idea de relajación? —El tono de su voz es serio, pero sus labios se curvan hacia arriba.

Me inclino hacia delante y le rozo la nariz con la mía.

—Te divertiste. Admítelo.

—Disfruto bastante con tus travesuras. —Me pasa el dorso de la mano por la mejilla—. Pero tengo una idea mejor para “diversión” y “relajación”, Sienna.

—¿Incluye andar en coche conmigo?

—Definitivamente incluye andar sobre algo. —Empuja su asiento hacia atrás y me agarra por la cintura, ayudándome a pasar por encima de la consola central y subirme a su regazo.

Estoy intentando alcanzar la cremallera de Drago cuando me doy cuenta de que Filip se acerca por detrás del auto.

—Mierda. Filip viene hacia acá.

—Ignóralo y se irá. —Drago me acaricia el muslo, subiéndome la falda mientras me mordisquea el labio inferior.

Filip se acerca a la puerta del pasajero y golpea la ventanilla, luego mira hacia dentro y desvía bruscamente la cabeza hacia un lado.

—¿Drago? —Jadeo mientras su mano se desliza entre mis piernas, sus dedos rozando mi coño por encima de mis bragas mojadas—. No creo que vaya a marcharse.

—¡Jesucristo, maldita sea! —Drago baja la ventanilla y le lanza una mirada amenazante a Filip—. ¿Qué pasa ahora?

—Me dijiste que te avisara en cuanto supiera algo de la situación en Boston —murmura su segundo al mando—. Tal vez debería volver más tarde. Parece que ustedes dos están... ocupados.

El calor de un sonrojo me sube a las mejillas y entierro la cara en el cuello de Drago.

Drago

—Tus habilidades de deducción son de primera —digo sarcásticamente. ¿No puedo tener veinte malditos minutos con mi mujer? —. ¿Qué pasó en Boston?

—Don Leone falleció —informa Filip, con la mirada fija en el techo del auto. Creo que lo estamos haciendo sentir incómodo. Bien.

—Llevaba años enfermo, así que era de esperar. ¿Quién se hará cargo de la Familia? Hago a un lado las bragas de Sienna y le acaricio el coño empapado con la punta del dedo.

—Nera Leone.

—¿Una mujer dirigiendo oficialmente una Familia de la *Cosa Nostra*? —Arqueo las cejas—. Sería la primera vez.

El cálido aliento de Sienna me acaricia el cuello y se estremece cuando deslizo el dedo en su interior.

—Bueno, no será por mucho tiempo —continúa Filip—. Uno de nuestros informantes acaba de enviar un mensaje. Alguien le puso precio a su cabeza.

Me lo imaginé. Apostaría a que es alguien de su propia familia.

—¿Cuál es la recompensa?

—Dos millones. Y los sicilianos ya tomaron el trabajo.

—Mierda. ¿Cuándo?

—Ayer. —Mueve su peso de un pie a otro mientras sus ojos vagan por todas partes excepto por el interior del vehículo—. ¿Deberíamos avisarle a Nera? ¿Para que aumente su seguridad o lo que sea?

—Los sicilianos actúan en veinticuatro horas. Si aceptaron el trabajo ayer, ya está muerta. —Introduzco otro dedo en el coño de mi mujer, disfrutando cómo tiembla su cuerpo—. Y si eso es todo lo que tenías que decirme, será mejor que te largues, o tú también acabarás muerto.

—Entendido. —Filip se da la vuelta y regresa a la casa.

Reposicionando mi agarre, pellizco el clítoris de Sienna, luego lo presiono con mi pulgar. Su agarre se hace más fuerte, sus dientes se clavan en la piel de mi cuello mientras se corre sobre mi mano.

—Eso fue rápido. —Entierro la nariz en su cabello para inhalar su aroma y casi me pico un ojo con la flor de adorno que tiene en la parte superior de la cabeza—. ¿Quieres dejar de comprar accesorios peligrosos para el cabello?

Sienna suelta una risita en mi cuello y mueve su trasero, restregándose sobre mi polla adolorida. Deslizo mis manos por su dulce trasero y agarro el borde de sus bragas, desgarrándolas.

—¿Amarillas? —le pregunto mientras le quito la tela de encaje.

—Sí —contesta mientras intenta abrir la cremallera de mis *jeans*—. Tu color favorito.

En cuanto mi polla se libera, agarro sus nalgas y la dejo caer de golpe sobre mi miembro palpitante. Sienna jadea y, sujetándome la cara con las palmas de las manos, acerca su frente a la mía.

La mayoría de los suaves sonidos que emite se me escapan, y odio que me roben la oportunidad de escuchar sus pequeños gemidos y jadeos mientras me cabalga. Pero aún puedo sentir su respiración mezclándose con la mía. Las puntas de sus dedos acariciándome la cara. Los escalofríos que recorren su cuerpo. Cada cosa que hace ilumina mi alma.

—El amarillo no es mi color favorito —musito contra sus labios mientras los asalto con vigor—. Tú lo eres, *Mila Moya*.

Capítulo 25

Una semana después

Sienna

—¿Qué es tan importante que no puedes dejar de mirar tu teléfono? —indago mientras Drago coloca su teléfono sobre la mesa por décima vez en la última hora—. ¿Una emergencia de trabajo?

—Sí —asiente y, tranquilamente, toma su café.

Entrecierro los ojos hacia él.

—*Mm-hmm...* Si hay una emergencia, ¿por qué seguimos sentados en un restaurante, tomando una segunda taza de café después de pasar toda la mañana comprándome zapatos?

—¿Ahora te quejas porque te compré zapatos?

—Insististe en que viniéramos al centro comercial a las siete, Drago.

Intenté explicarle que ningún centro comercial abre antes de las nueve, pero no me escuchó. El hombre básicamente me sacó cargando de la casa, me metió en su auto y salió de la propiedad a una velocidad endiablada, como si alguien lo estuviera persiguiendo.

—Quizá simplemente quería disfrutar de una mañana tranquila con mi esposa. —Se encoge de hombros.

—Eres el peor adicto al trabajo que existe. Me sorprende que conozcas el significado de “mañana tranquila”. —Echo un vistazo rápido al reloj de Drago. Las once y media—. Y es casi mediodía.

El teléfono de Drago vibra con un mensaje entrante. Mira la pantalla, saca la cartera y deja caer unos billetes sobre la mesa.

—Vamos de regreso.

—Entonces, ¿no me vas a decir qué está pasando?

—*Nop.*

Suspiro y me levanto para arreglarme el vestido. Es lindo y anaranjado, y tiene un cinturón ancho color lavanda que hace juego con el tono de las

bonitas botas de punta abierta que Drago me compró.

—Me estás preocupando. ¿Estás seguro de que todo está...?

El brazo de Drago me rodea la cintura, haciéndome chillar por la sorpresa mientras me levanta. Sus ojos se clavan en los míos mientras me aprieta contra su pecho y mis piernas cuelgan del suelo.

—Todo está bien, Sienna. Pero tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué? —Le doy un ligero mordisco en el labio inferior.

—Ya lo verás.

Intento persuadirlo de que me cuente lo que está pasando mientras me carga afuera y cruza el estacionamiento, mas no dice ni una palabra. Sus labios permanecen sellados también durante el trayecto, ligeramente curvados en una sonrisa de satisfacción apenas perceptible.

—¿Qué pasa con esos coches? —pregunto cuando toma la carretera que lleva a la mansión. Hay decenas de vehículos estacionados a ambos lados—. Oye, ese es el de Arturo.

Mi esposo continúa conduciendo como si no se diera cuenta de la infinidad de vehículos que se extienden hasta el portón y más allá.

—¡Drago!

—¿Sí, *Mila*?

—¿Qué está pasando? ¿Qué hacen aquí todos esos coches?

—Lo siento, nena. No entendí lo que dijiste —suelta mientras nos acercamos a la entrada de la propiedad.

La reja comienza a deslizarse hacia un lado, revelando un túnel hecho de grandes arcos de flores que se alinean en el camino de entrada a la mansión. Me quedo boquiabierta mientras pasamos a través de ellos, contemplando la gran cantidad de flores de colores, grandes rosas rosadas y rojas, lirios, narcisos y muchas más, entretejidas en las ramas de la vegetación que forman las estructuras y atadas con cintas anchas de seda.

Entre los arcos, vislumbro dos enormes carpas blancas, una a cada lado del jardín. Los paneles de las carpas están enrollados, dejando al descubierto largas mesas cubiertas con manteles de color amarillo brillante y arreglos florales. Personas elegantemente vestidas se agrupan por todas partes, dentro de las carpas y sobre el césped, disfrutando de bebidas y aperitivos mientras los camareros se apresuran a servirles. Debe de haber al menos quinientas personas, quizá más.

—¿Drago? —exclamo.

Cuando el auto se detiene al final del túnel de arcos, justo antes de la isla del jardín con una fuente en el centro, de repente suena música desde algún lugar a nuestra izquierda. Todavía en estado de *shock*, mis ojos encuentran a Drago, que está sentado con los brazos cruzados sobre el volante, mirándome con una sonrisa divertida en su rostro.

—Dijiste que querías que nos coláramos a otra *svadba* —explica—. Pues aquí estamos.

—Pero... ¿de quién es esta *svadba*?

Drago se inclina hacia adelante y coloca su mano sobre mi mejilla.

—Es nuestra, nena.

Trago saliva, intentando mantener la compostura. Y yo que pensaba que no podía amar a este hombre más de lo que ya lo amo. Me tiemblan tanto los labios que apenas puedo hablar.

—¿Por qué?

—Porque sé que querías una. —Une su boca contra la mía y murmura entre mis labios—. Pero nada de bailar sobre la mesa, Sienna.

Simplemente sonrío. «¿*Qué clase de svadba sería si la novia no bailara sobre la mesa?*».

El pensamiento me abandona mientras vuelvo a perderme en mi esposo. Su sabor, su olor, la sensación de su mano al deslizarse por mi nuca, acercándose. Me ahogo en la felicidad absoluta cuando un grito agudo y furioso estalla a nuestra derecha. Me separo bruscamente del beso y miro por la ventana abierta, buscando el origen.

Hay un grupo de personas reunidas alrededor de algo justo afuera de una de las carpas. Reconozco a Relja y a otros hombres de Drago entre la multitud, así como a Don Ajello y su esposa, que están de pie un poco más al lado.

—Qué carajo —murmura Drago y sale del coche. Yo también salgo corriendo y troto tras él, preguntándome qué demonios está pasando.

—¡Italiano bastardo asqueroso! —Tara grita desde algún lugar del círculo de espectadores—. ¡Cómo te atreves a venir aquí después de atacar a mi hermano!

—Debería buscar ayuda profesional para sus problemas de ira, señorita —responde Arturo en tono ecuánime.

—¿Ah, sí? Te daré una profesional.

Varias personas retroceden apresuradamente, dejando al descubierto a mi cuñada en medio de la multitud mientras agarra una bandeja de canapés de la mesa del buffet que hay cerca.

—¡Tara! ¡No lo hagas! —exclamo mientras sigo a Drago a toda prisa por el jardín.

No sé si no me escuchó o simplemente decidió ignorar mi advertencia, porque lanza la enorme bandeja redonda hacia mi hermano como si fuera un *frisbee* gigante. Decenas de aperitivos del tamaño de un bocado salen volando del proyectil plateado, golpeando los cuerpos y las caras de la gente reunida alrededor de la escena mientras un arma improvisada corta el aire hacia la cabeza de mi hermano. Arturo se agacha en el último momento, y la bandeja acaba en los rosales que hay detrás de él.

—¡Maldita mujer demente! —ruge y arremete contra Tara, que ya está buscando algo más que lanzar—. ¿Te criaron en una maldita jungla?

Todo el mundo a su alrededor parece congelado en su sitio, simplemente mirando boquiabiertos la conmoción que se desarrolla ante sus ojos. Incluso la música se ha apagado, y veo a los miembros de la banda abandonar la plataforma elevada del escenario y acercarse sigilosamente para ver mejor.

—¡Tara! —vocifera Drago, acercándose a ella.

Una sonrisa malvada se dibuja en los labios de Tara mientras toma de la mesa una enorme jarra llena de ponche. En un movimiento increíblemente elegante, mi cuñada se da la vuelta y los costados de su largo vestido azul pálido ondean con el giro y dejan al descubierto sus largas piernas cubiertas de medias de encaje sujetas por un juego de ligeros del mismo tono azul. El líquido rosa salpica la cara y el pecho de mi hermano. Trozos de limón se adhieren a las solapas de su chaqueta y a la parte delantera de su camisa.

Demasiado tarde, pero Drago alcanza por fin a su hermana. La echa por encima de su hombro mientras ella deja caer la jarra de cristal y le grita que la baje. Haciendo caso omiso de sus gritos, mi esposo se lleva cargando a Tara hacia la casa. Mientras tanto, me acerco a Arturo y me detengo frente a él. Tiene los puños apretados a los lados y está furioso. Casi puedo imaginar el vapor que desprenden su ropa y su piel humedecidas.

—Esa loca necesita que la encierren en un maldito manicomio —gruñe entre dientes.

Me muerdo el labio inferior para no soltar una carcajada y le quito una rodaja de limón del hombro.

—Es un poquito protectora. Estás exagerando.

—¿Exagerando? —suelta Arturo mientras pasa su mano por la parte delantera de su chaqueta de diseñador que está goteando ponche en un charco a sus pies—. Créeme, no exagero. Dios mío, compadezco al hombre que decida casarse con esa *banshee*.

Suspiro. Las reuniones familiares y las vacaciones definitivamente van a ser interesantes.

* * *

Milene

Varios días después, New York.

El penthouse de Salvatore Ajello

Tomo un sorbo de mi limonada observando a mi esposo por encima del borde del vaso. La televisión está encendida, pero él lleva diez minutos masajeándome los pies sin prestar atención al partido. Está tramando algo y, por la cara de satisfacción que tiene, no es nada bueno.

—¿Qué estás tramando, Salvatore?

Ladea la cabeza, levanta mi pie hacia su boca y me besa la punta de los dedos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tenías esa misma mirada cuando decidiste casar a la hermana de Arturo, metiéndola dentro de la organización serbia para que fuera tu espía.

—Fue un plan inteligente. —Asiente con la cabeza y mueve las manos hacia mi otro pie—. Lástima que no salió como esperaba.

Apenas contengo la carcajada que amenaza con estallar en mí. Estaba tan furioso cuando Sienna no paraba de contarle tonterías al azar cuando se reportaba. Problemas con un refrigerador averiado y el carburador de la camioneta, ¡qué mierda!

—Sí. Arturo sigue molesto contigo por eso.

—Lo está. También se ha vuelto muy taciturno estos últimos meses. Se enfada con sus subordinados a la menor provocación.

—Quizá se siente solo y no sabe cómo manejarlo. —Me encojo de hombros.

—¿Tú crees?

—Sin duda. —Confirmo con un movimiento—. Lleva tanto tiempo cuidando de sus hermanas y ahora, con ambas casadas, no sabe qué hacer consigo mismo. Quizá deberías arreglarle un matrimonio a él también.

—Eso tiene sentido.

—¿Qué? —Por poco me atraganto con mi bebida—. Estaba bromeando.

—Tendría que ser alguien que pudiera manejarlo a él y a toda la mierda por la que ha pasado. No una princesa dócil de la *Cosa Nostra* que lo miraría como si fuera una especie de Dios. Arturo requiere un desafío. Alguien que no baile al son que él diga.

—Jesucristo, maldita sea. ¿Podemos olvidar que dije algo? —Sacudo la cabeza.

Mi esposo entrecierra sus ojos hacia mí.

—No he olvidado ni una sola palabra que me has dicho desde que nos conocimos, *Cara*.

Sí. Tiene la memoria de un maldito elefante.

—Puedes hacer una excepción en este caso.

—No. Es una idea brillante. Y creo que tengo a la mujer perfecta en mente. Harán una magnífica pareja. —Una comisura de sus labios se curva hacia arriba—. A menos que se maten en el proceso.

Epílogo

Varios años después

Drago

Cruzo mis brazos sobre el pecho y contemplo la fila de mujeres de pie frente a mí, de espaldas a la pared del garaje.

—Pensé que teníamos un acuerdo, pero parece que me equivoqué —comento—. Entonces, ¿quién fue esta vez?

Nadie habla. Tienen las manos entrelazadas frente a ellas, las cuatro con cara de culpabilidad. Doy un paso adelante y me paro frente a mi esposa. Tiene puesto un overol de seda azul, con corazones plateados que atraviesan alegremente el material, y sandalias de tacón altísimas que hacen juego con las figuras brillantes.

—¿Sienna? ¿Fuiste tú?

—Claro que no, amor. —Me regala una de sus radiantes sonrisas—. Sabes que nunca lo haría.

Asiento con la cabeza y me pongo frente a mi hija mayor. Está vestida con un traje a juego con el de su madre, pero el suyo es verde.

—No esperaba esto de ti, Alexandra.

—No fui yo, papi. ¡Te lo juro!

—*Mm-hmm...* —Avanzo por la fila hasta mi hija del medio. Está agarrando el dobladillo de su falda dorada con vuelo, tratando de mantener una expresión seria en su rostro, pero es tan evidente como el día que apenas puede contener la risa—. Tuvimos una charla muy seria después de que esparcieras brillantina por toda la comida de la nevera, y establecimos que algunas cosas no están hechas para jugar.

Se tapa la boca con sus manitas, riendo.

—¡Pero yo no lo hice, papi!

Sacudo la cabeza. Tener tres hijas es complicado. Tener hijas que son copias idénticas de mi mujer hace que la vida sea impredecible. Y emocionante. Estiro la mano y ajusto la flor de adorno que sujeta la cola de caballo de Irina, luego me volteo y me agacho frente a mi hija menor.

—¿Pintaste de rosa las llantas de la moto de papi, pequeña Dina?

Se muerde el labio inferior.

—*Síp.*

—¿Y recuerdas que hablamos de que es peligroso entrar sola al garaje?

—Pero no estaba sola. —Hace un puchero—. Mami estuvo conmigo todo el tiempo.

—¡*Oh!*, ¿así que ella estuvo contigo? —Lanzo una mirada a mi mujer, que finge estar absorta en sus uñas pintadas de color plateado—. Entonces, ¿mami te ayudó?

—No. Lo hice todo yo solita. Tu moto es toda negra y quería hacerla bonita. —Su cabeza se balancea con absoluta certeza de su afirmación.

—Papi usa la moto para trabajar, Dina.

—Lo sé. —Sonríe, orgullosa de sí misma—. ¡Ahora tienes la moto más bonita del mundo! Puedes llevarla a tu reunión y enseñársela a tus amigos.

Imagino las caras de mis hombres cuando llegue a una sesión de interrogatorios en una moto con neumáticos rosas y suspiro. Al menos, esta vez, no tiene brillantina encima.

—Y tu casco ahora combinará —añade.

—¿Mi casco?

—Sí. Irina y Alexandra me ayudaron a ponerle pequeñas calcomanías de mariposas. También son rosas y bonitas.

Dios santo.

—¿Pero sin brillantina?

—Eso es solo para las niñas, papi. —Frunce la nariz en señal de desaprobación—. ¿Ya podemos ir a la cocina? Keva está haciendo tarta de manzana y prometió que nos dejaría probar el relleno.

—Entonces deberían darse prisa, antes de que Relja se lo coma todo.

Veo a mis hijas correr hacia la puerta trasera de la casa, seguidas por tres perros con enormes lazos de colores alrededor del cuello, luego me enderezo y miro a mi esposa.

—No fuiste tú, ¿*eh?* —Le rodeo la cintura con la mano y la levanto contra mí, aplastándola contra mi pecho.

—Solo es pintura de acuarela. —Sonríe—. Se quitará lavándola.

—¿Y las calcomanías?

—Esas fueron solo las niñas. Intentaré despegarlas con el quitaesmalte.

—Deja las malditas cosas. —Inclino la cabeza y aprieto mis labios contra los suyos—. ¿Cuánto tiempo las mantendrá ocupadas esa tarta?

—Diez minutos máximo. El relleno de manzana ya está hecho.

—¿Lo está? —Sonrío.

Manteniendo a Sienna pegada a mi cuerpo, busco mi teléfono con la mano que tengo libre y le marco a Relja.

—Ve a la cocina —ordeno—. Llévate el relleno de tarta que preparó Keva y tíralo a la basura. Cuando venga tras de ti, hazle saber que tiene que preparar uno nuevo y que haga que las niñas le ayuden de principio a fin.

Los balbuceos histéricos de Relja llegan desde el otro lado de la línea, pero me limito a cortar la llamada y a meterme el teléfono en el bolsillo trasero.

—Keva los matará a ambos —resopla Sienna.

—Entonces tengo que asegurarme de que nuestras muertes inminentes no sean en vano. —Cargo a mi esposa dentro del garaje y presiono el botón para cerrar las puertas corredizas.

Me pregunto si sus bragas combinan con sus zapatos y el esmalte de uñas de hoy.

FIN

Querido lector,

¡Muchísimas gracias por leer la historia de Drago y Sienna! Espero que te animes a dejar una reseña para que los demás lectores sepan qué te pareció ***Mentiras Silenciosas***. Aunque solo sea una frase, es una gran ayuda. ¡Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y a otros lectores a encontrar nuevos libros que les encanten!

Aquí tienes el enlace para ***Mentiras Silenciosas en la página de Amazon*** - [haz clic aquí](#)

* * *

Si quieres saber más sobre el mundo de la serie Perfecta Imperfección, los mejores sitios para seguirme son:

Para teasers de los libros y revelaciones de portada:

Instagram ([@neva_altaj - click here](#))

TikTok ([@author_neva_altaj - click here](#))

*

Para contenidos extra de los libros (árboles genealógicos, escenas adicionales):

Website (www.neva-altaj.com)

*

Para revelaciones de sinopsis y novedades (como los días de libros gratis):

Suscríbete a mi boletín de noticias ([Haz clic aquí](#)) ¡No hay SPAM, lo prometo!

*

Para charlar con otros lectores de la serie Perfecta Imperfección:

Únete a mi **grupo de lectores en FB** donde podrás compartir tus pensamientos, adivinar los personajes principales de los siguientes libros o simplemente conversar sobre libros en general.

“Neva Altaj’s Perfectly Imperfect Readers” ([Haz clic aquí](#)).

*

**¡NUEVO! Para descargar las ilustraciones de los libros de la serie
Perfecta Imperfección:**

<https://www.neva-altaj.com/book-art.html>

Siguiente en la serie:

Pecados Oscuros

(Amazon link - [Haz clic aquí](#))

NERA

En una noche de sangre y muerte,
el destino nos unió.
Creí que estaba salvando la vida de un hombre inocente,
un *hombre* que nunca volvería a ver.
Estaba equivocada.

Un ligero cambio en el aire.
Un destello de ojos color plata en la oscuridad.
Puede que no lo vea, sin embargo, sé que está ahí.
Mi *ángel de la muerte*,
acechando entre las sombras.
Vigilándome.
Protegiéndome.
Antes de desaparecer por completo,
hasta que nos encontremos de nuevo.

Un hombre que recibió una bala por mí.
Pero no me tocará,
ni me amará.

Ni siquiera me dirá su nombre.

KAI

Oscuridad. Dolor. Sangre.

Es todo lo que conozco.

Soy una carcasa vacía de un ser humano.

Sin corazón. Sin alma. Sin sueños.

Rodeado de muerte,
era un muerto en vida.

Fue entonces cuando su luz brilló a través de mi oscuridad,
dándole vida a mi alma muerta.

Mi pequeña tigresa,
mi única razón para seguir viviendo.

Cada vez que tengo que dejarla en la luz,
mi corazón negro se rompe y sangra,
mientras me refugio en las sombras,
donde pertenezco.

No puedo cambiar el pasado.
No puedo deshacer lo que hice.
Mi pecado más oscuro.

Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: <http://www.neva-altaj.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj

Instagram: www.instagram.com/neva_altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj